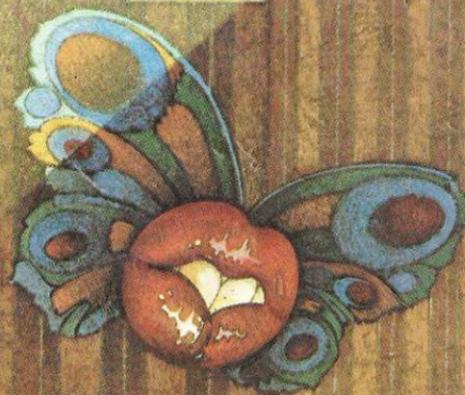
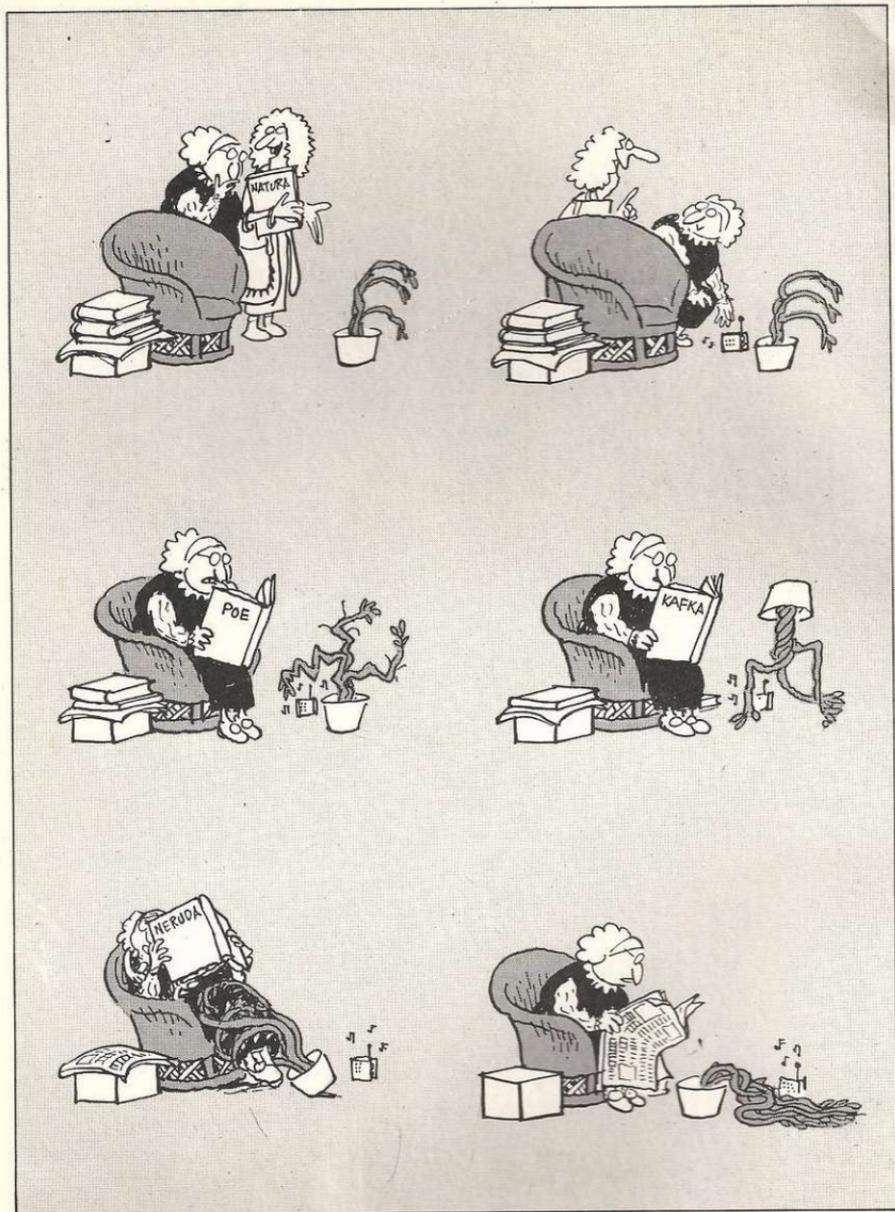


EL PÉNDULO 13

WATSON • BAYLEY • CAPANNA • LUNDWALL • RAMOS SIGNES • VANCE

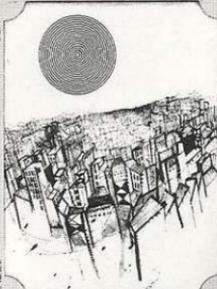




PATRICIA BRECCIA



SCAFATI



KIKE SANZOL



NINE

CUENTOS

Barrington Bayley Salida de Ciudad 5	11
Carlos Gardini Historia de Hantojur, o El palacio al revés	31
Jack Vance Mazirian el Mago	47
Laura Krauz El Gato Pardo	59
Rogelio Ramos Signes En los límites del aire, de Heraldo Cuevas	81
Ian Watson Los mil cortes	111

ARTICULOS

Pablo Capanna El mito de la sopa primordial	34
Sam J. Lundwall Aventuras en la jungla de pulpa	66

SECCIONES

Este número	2
Polvo de estrellas	4
La vuelta al mundo	8
Libros	118
Cine	125

Ilustración de la tapa: **Raúl Fortin**



Este número



Ramos Signes



Capanna



Krauz

Barrington Bayley nació en Inglaterra en 1937. Publicó algunos cuentos en la primera mitad de la década del 50, y diez años más tarde fue uno de los colaboradores más destacados de la revista experimental *New Worlds*, de Michael Moorcock, en la que participó con su propio nombre y con diversos seudónimos (P. F. Woods, Alan Aumbry, John Diamond). Es autor de dos volúmenes de cuentos, y entre sus novelas se destacan: *Star Virus* (1970), *Annihilation Factor* (1972), *Empire of Two Worlds* (1972), *Collision with Chronos* (1973), *The Fall of Chronopolis* (1974), *El alma del robot* (1974), *The Garments of Caean* (1976), *Star Winds* (1978), *The Rod of Light* (1985). En "Salida de Ciudad 5", como en la mayoría de sus cuentos, plantea una situación desaforada, y la lleva hasta el límite.

Carlos Gardini (véase *El Péndulo* 11 y 12) vuelve al mundo de Vendavalia para rescatar la historia de uno de los más sorprendentes antojos de Hantojur, el famoso rey y arquitecto.

Jack Vance nació en 1920. Estudió ingeniería, física y periodismo en la Universidad de California, y empezó a escribir en la década del 40 mientras trabajaba como marino mercante. Su primer libro, *The Dying Earth* (hoy un clásico de la literatura fantástica norteamericana), apareció en 1950: a él pertenece

"Mazirian el Mago", el cuento que ofrecemos en este número. *The Dying Earths* es la crónica de los últimos días de la Tierra, una época peligrosa y fascinante, poblada de magos, monstruos, encantamientos y maravillas. Entre las novelas de Vance sobresalen *Big Planet* (1952), *The Languages of Pao* (1958), *The Dragon Masters* (1963), *The Blue World* (1966), *Emphyrio* (1969).

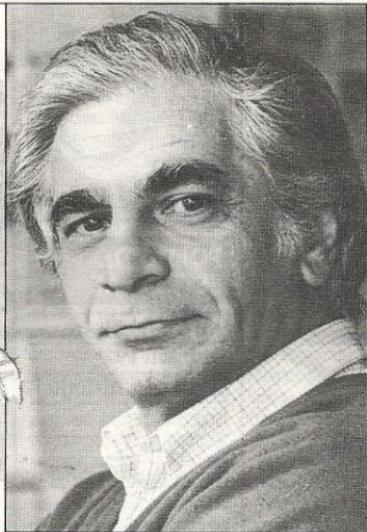
Laura Krauz (Buenos Aires, 1958) vivió desde muy joven en Córdoba, donde se licenció en Filología. Ha publicado dos libros de cuentos (*Solía mirar el fuego*, 1983; *Y el verbo se hizo guerra*, 1984) y una novela (*Nosotros las bestias*, 1985). "El Gato Pardo" pertenece a *Las tortugas de paja*, su tercer volumen de cuentos, aún inédito. Krauz vive en Madrid desde 1984.

Rogelio Ramos Signes (La Rioja, 1949) pasó la infancia en San Juan, la adolescencia en Rosario (donde publicó sus primeros cuentos y poemas en la revista *El lagrimal trífurca* de Francisco y Elvio Gandolfo) y vive desde hace catorce años en Tucumán. En 1983 apareció en Buenos Aires su primer libro de cuentos, *Las escamas del señor Crisolaras*. "En los límites del aire, de Heraldo Cuevas" es un relato minucioso de la vida cotidiana en un mundo diferente, pero que se parece dolorosamente al nuestro.

Ian Watson (Inglaterra, 1943) estudió en Oxford, y vivió tres años en Tanzania y otros tres en Tokio antes de inaugurar en su



Watson



Fortín

país uno de los primeros cursos académicos de ciencia ficción. Su primera novela (*The Embedding*, 1973; traducida al castellano como *Empotrados*) obtuvo en Francia el Prix Apollo, y en Estados Unidos fue finalista del prestigioso John W. Campbell Memorial Award. Luego publicó, entre otras novelas, *The Jonah Kit* (1975), *The Martian Inca* (1977), *Alien Embassy* (1977), *The Miracle Visitors* (1978). **Watson** es apreciado ante todo por su riqueza de ideas y por el rigor intelectual de sus obras. "Los mil cortes" es la historia de una película en la que todos somos por lo menos extras.

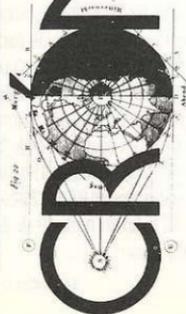
Pablo Capanna (v. EP 11 y 12) compara y analiza, en "El mito de la sopa primordial", las principales teorías modernas sobre el origen de la vida.

Sam J. Lundwall (Suecia, 1941) se ha destacado como escritor, traductor, editor, crítico y diseñador gráfico. Dos de sus cuentos aparecieron en *El Péndulo*, segunda época: "Aquí solamente sombras" (N° 1) y "Llévame río abajo" (N° 6). Es autor de dos libros de ensayo sobre el género, y de una docena de novelas, entre las que se destacan *King Kong Blues* (1974), *Bernhards magiska sommar* (El verano mágico de Bernhard), *Morkrets furste* (El príncipe de las tinieblas) y *Alice's World* (El mundo de

Alicia). Algunas de esas novelas aparecieron originalmente en inglés, traducidas por el propio Lundwall. "Aventuras en la jungla de pulpa", un panorama de la otra historia de las revistas de ciencia ficción, pertenece a su libro *An Illustrated History of Science Fiction*, y apareció también en *Foundation*, una prestigiosa publicación académica británica.

Raúl Fortín, autor de la cubierta de este número, nació en La Plata en 1939. Comenzó ilustrando libros para niños (en este género obtuvo un premio internacional en París en 1968). Realizó dibujos animados, y una serie para televisión que fue distinguida como el mejor micro televisivo para niños, en 1982: esa serie representó a la Argentina, en 1984, en el Festival del Dibujo Animado de Canadá. Además, fue codirector de la revista *Humi*. En la ilustración para adultos, realizó portadas y dibujos para *Humor*, *Superhumor*, *Mutantia* y *Jules Verne Magasinet* (Suecia), y para diversos libros. Expuso en numerosas muestras y bienales internacionales, entre ellas Lucca (1982) y Forte dei Marmi (1984). En 1984 obtuvo el premio "Comité Organizador" de la Tercera Bienal de Humor y la Historieta (Córdoba), y en 1985 la Medalla de Oro de la publicación brasileña *Diseño y Arte Gráfico* (Curitiba). **Fortín** fue el creador de casi todas las portadas de *El Péndulo*, primera y segunda épocas.

CRÓNICAS TERRESTRES



POLVO DE ESTRELLAS

Elvio E. Gandolfo

Opinión I

El sol y la historia humana

Me desilusiona mucho que Estados Unidos no tenga una estación espacial permanente *ahora*, en 1984. Si retrocedemos al período de los alunizajes, para este momento debiéramos tener ya la estación en forma de rueda que puede verse en 2007: *Odisea del espacio*, tendria que estar allá arriba, terminada y en uso. Creo que tenemos que ir a alguna parte y sólo puedo ver dos sitios adonde ir. Uno el espacio, el otro los mares. Por cierto hay grandes cantidades de materia en los mares, y por cierto está muy disponible; en el espacio está menos disponible, pero es prácticamente ilimitada. El Sol expulsa suficiente energía en un día como para hacer funcionar a la raza humana durante toda su historia. ¿Qué tomamos, una nonamillonésina parte de la energía del sol? Tomemos dos nonamillonésinas: eso nos

Wolfe

da dos veces la energía que ya tenemos."

GENE WOLFE

Pórtate bien, querido rehén

En un intento de burocratizar el caos, el Chase Manhattan Bank distribuyó a sus empleados, a fines del año pasado, una hoja en la que se les brindan consejos sumamente paternales —o maternos— para el supuesto caso de que sean víctimas de un secuestro, sobre todo aéreo. Los consejos son:

1. *Sea cortés y educado en extremo con los terroristas.*

2. *Hable con voz normal. Evite susurrar*

cuando hable con otros rehenes o alzar la voz cuando se dirige a un terrorista.

3. *No confíe en sus compañeros de viaje.*

4. *No se queje, ni actúe con beligerancia, ni sea poco cooperativo al tratar con los terroristas o los demás rehenes.*

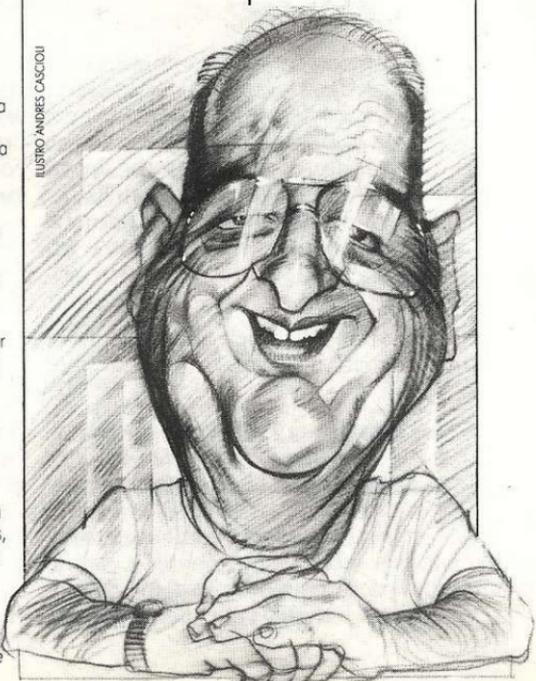
5. *No rechace ningún favor ofrecido por los terroristas. Eso incluye ofrecimientos de comida, bebida y cigarrillos, pero trate de limitar el consumo.*

6. *Cumpla todas las órdenes e instrucciones.*

7. *No discuta, argumente ni debata cuestiones políticas con los terroristas o entre los rehenes.*

8. *No le dé deliberadamente la*

ILUSTRADO ANDRÉS CASCOVI



espalda a un terrorista, en especial al líder terrorista.

9. Mantenga la calma en todo momento. Evite movimientos repentinos o amenazantes.

10. Si es interrogado, conteste todas las preguntas de modo coincidente con la identificación y documentación que lleva.

11. No se preocupe por su familia. Han sido avisados, se los mantiene al tanto de su situación, y son atendidos.

12. Recuerde que se están desarrollando negociaciones y planes de rescate en su beneficio. Evite participar en las negociaciones.

13. Esté siempre alerta a indicios y señales de esfuerzos de rescate externos.

14. Relájese: prepárese, mental, física y emocionalmente para una oración.

Un dato que vuelve poco tranquilizadores los consejos 12 y 13 es el de que sobre el total de víctimas fatales de rehenes en secuestros de aviones desde 1968 a 1985, el 85% ocurrió después de una operación de rescate.

La increíble y triste historia del ácaro matricida

Hay entre los insectos vidas breves y violentas que hacen palidecer a más de una gran tragedia shakespeariana. Es lo que ocurre con la del ácaro macho del género *Adactylidium*. Su vida fogaz

y criminal fue descrita por el paleontólogo y evolucionista Stephen Jay Gould, mientras buscaba excepciones a la regla de la proporción 1:1 entre machos y hembras de una especie, y un caso en el que no se respetara en absoluto el tabú del apareamiento entre hermanos y hermanas para evitar los excesos de genes recesivos producto de las relaciones consanguíneas.

Lo que llamó la atención de dos investigadores, E. A. Albadry y M. S. F. Tawfik, en 1966, fue que el ácaro emergía del cuerpo de la madre y moría a las pocas horas, al parecer sin haber ejercitado ninguno de los dones que la Naturaleza le otorgara. Ocurre, sencillamente, que el tramo biográfico feroz del ácaro se desarrolla antes de salir al mundo. Dejamos la palabra a Gould:

“Los machos del *Adactylidium* no parecen hacer otra cosa que emerger y morir. Para resolver el misterio, debemos estudiar la totalidad del ciclo vital y husmear en el interior del cuerpo de la madre. La hembra fecundada de *Adactylidium* se aferra a un huevo de tisanóptero. Ese único huevo le suministra toda la alimentación de la que va a disponer para la cría de todos sus descendientes, dado que no se alimenta de otra cosa hasta su muerte. Este ácaro, por lo que sabemos, se dedica exclusivamente al apareamiento entre consanguíneos y, por lo tanto, debería producir un número mínimo de machos.

Más aun, dado que la energía total para la reproducción se ve severamente limitada por los recursos nutritivos de un único huevo de tisanóptero, la progenie está estrictamente limitada, y cuantas más hembras salgan, mejor. De hecho, el *Adactylidium* encaja en nuestras predicciones produciendo una camada de entre cinco y ocho hermanas, acompañadas por un único macho que ha de ser tanto hermano como marido de todas ellas. Pero producir un único macho es arriesgado, y si muere todas las hermanas permanecerán vírgenes y la vida evolutiva de su madre se habrá acabado.

“Si el ácaro corre el riesgo de producir un solo macho, maximizando así su producción potencial de hembras fértiles, dos adaptaciones más podrían minimizar el riesgo, suministrando tanto protección para el macho como garantizando su proximidad a las hermanas. Qué mejor sistema que criar la camada dentro del propio cuerpo de la madre, alimentando tanto a las larvas como a los adultos dentro de ella y permitiendo que incluso la copulación tenga lugar dentro de su caparazón protectora. De hecho, unas cuarenta y ocho horas después de aferrarse al huevo de tisanóptero, se abren entre seis y nueve huevos dentro del cuerpo de la madre *Adactylidium*. Las larvas se alimentan del cuerpo de su madre, devorándolo literalmente desde adentro. Dos días más tarde las larvas

alcanzan su madurez, y el único macho copula con todas sus hermanas. En este momento, los tejidos de la madre ya se han desintegrado, y su espacio corporal es una masa de ácaros adultos, de heces y de esqueletos desechados de sus estadios de larva y ninfa. Los descendientes abren seguidamente agujeros en la pared del cuerpo de la madre y salen al exterior; las hembras deben ahora encontrar un huevo de tisanóptero y reemprender el proceso, pero los machos ya han cumplido su papel evolutivo antes del ‘nacimiento’. Emergen, reaccionan como quiera que reaccionen los ácaros ante las glorias del mundo exterior y mueren inmediatamente.”

Pero son mayoría

El peso promedio de un tisufo de hombre chino, es de 19,01 gramos; el de un hombre danés, 42 gramos.

Opinión II Ahora o nunca

“Si uno destruye los recursos hasta cierto punto, no se puede volver atrás, porque las cosas a las que se llegó originalmente ahora han desaparecido. No están allí. Los campos petrolíferos de Texas producen el 10% aproximadamente de lo que producían originalmente. Soy de Texas, y pienso mucho en eso. No se puede volver atrás y empezar una segunda era industrial en el continente americano con el petróleo de los campos de Texas, porque los

campos de Texas ahora están casi exhaustos. En teoría militar hablan de batalla decisiva, y hay momentos decisivos en el desarrollo de la civilización de alta tecnología. Me temo que sea eso lo que estamos haciendo en el espacio. Si pasamos el momento, entonces nunca podremos volver a hacerlo, nunca podremos arrancar con el transbordador o algo por el estilo, no tendremos los recursos. No creo que lo hayamos pasado aún, en 1984, no creo que lo pasemos durante mi vida, pero podemos llegar a pasarlo y entonces todos mirarán hacia atrás y dirán: Caramba, hace quinientos años tenían el viaje espacial, ahora ya no podemos hacerlo."

GENE WOLFE

Postmoderno avant la lettre

Sobre todo en Europa, el término "postmodernismo" ha hecho fortuna, y no ha dejado de reflejarse en ciertos sectores de nuestras miméticas costas. Al parecer su aplicación más concreta y precisa es la que define un determinado estilo arquitectónico. El radio de influencia ha ido creciendo, sin embargo, y ahora se la emplea para referirse ambiguamente a toda una sensación cultural de desenchufe, de *spleen*, de falta de impulsos, bastante lógica en un subcontinente que se sospecha probable parte central de un sandwich termonuclear entre dos superpotencias cuya

eficacia no ha sido exactamente exaltada por la explosión del transbordador espacial Challenger (más unos cuantos cohetes más, incluso europeos) y el desastre nuclear de la central de Chernobyl.

J. G. Ballard, autor de atmósferas asfixiantes y extraña fascinación mítica, preanunció parte de este clima hace exactamente diez años, en 1976, al declarar en una entrevista: "Cuando emprendí una especie de exploración de nuestra civilización, me impactó el hecho de que los años '60 fueron un auténtico período de revolución. Revolución de los modos de vida, de las ideas o de las costumbres. Ahora, en cambio, los años '70 ó '75 son períodos amorfo en los que ya no pasa nada. Es la solidificación de lo ya adquirido. Los veinte o treinta años futuros, los que terminarán este siglo, no serán más que una prolongación de los

cambios sobrevenidos en los años '60.

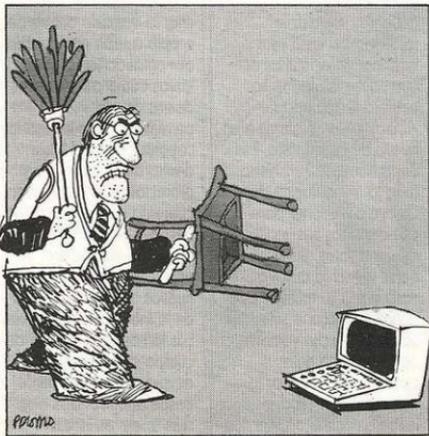
"Después de Vietnam la autoridad moral que detentaba el concepto de progreso se ha desmoronado en gran parte. Ocurre lo mismo respecto a la autoridad moral de la física nuclear, que ya no puede subsistir ante las amenazas de los conflictos atómicos. Ocurre lo mismo con los programas espaciales. Es un fracaso total. Y, sin embargo, era uno de los éxitos más fantásticos de este siglo. Eso no tuvo ninguna respuesta en la imaginación de la gente. Sin embargo, después de semejante acontecimiento —me refiero desde luego a la caminata de Armstrong sobre la Luna— nada debiera haber sido como antes. En otros tiempos, todo se habría visto trastornado, habrían nacido nuevas modas, nuevas costumbres. ¡Y hete aquí que no pasó nada!

"Semejante acontecimiento habría

debido ser el origen de todo un nuevo sistema de metáforas... La explicación es evidente: la gente perdió la confianza en la ciencia. En cierto modo, diría incluso que han perdido toda confianza en los valores del cambio social. Esa es la explicación del peligro que quiero prevenir: se trata de esa actitud sentimental que hace rechazar el progreso. Lo cual es un error a mi juicio."

Opinión III La magia y George Washington

"La magia funciona sobre la Tierra. Hay cualquier cantidad de evidencias que muestran que funciona. Hemos decidido como parte de nuestra super-religión, de nuestra orientación filosófica, que no funciona, así que vamos por ahí aceptando mutuamente que no funciona, e ignoramos todas las evidencias que indican que sí lo hace. En las últimas elecciones tuvimos a un hombre llamado John Anderson que se presentó como independiente, y obtuvo más o menos el 9% del total de los votos. Es probable que fuera el mejor candidato que se presentó, si uno escuchaba sus discursos, y si uno consideraba la experiencia de los tres candidatos, la experiencia que tenían en el gobierno. Pero Estados Unidos está bajo un hechizo, y este hechizo dice: Nadie puede ganar a menos que sea un candidato de uno de nuestros dos grandes



partidos. Ahora bien, ese hechizo *funciona*, mientras todos crean en él. Eso es magia. No estaba allí al principio. George Washington, nuestro primer presidente, dijo: No tengan partidos políticos, los partidos políticos son malos. Si los dejan van a arruinar este país que hemos fundado. Nada de partidos; elijan individuos que crean capaces, que sean líderes en sus comunidades, y elijanlos para el liderazgo nacional. Y no lo hacemos. Estamos bajo un hechizo y no podemos hacerlo.”

GENE WOLFE

Superpoblación

“¿Cómo podemos tener nuevas ideas o perspectivas distintas si el 90 por ciento de todos los científicos que alguna vez vivieron aún no ha muerto?”

ALAN L. MACKAY

Libros enterrados: Yo maté a Kennedy

La acción transcurre en Estados Unidos, en la época de JFK. Y culmina con el célebre asesinato de Dallas. Pero todo está trastocado, disperso, bombardeado formal e informáticamente: Manuel Vázquez Montalbán ha hecho, “a la gallega”, lo que Ballard hizo “a la inglesa” con algunas de las historias de su *Exhibición de atrocidades*: tomar los mitos sociopolíticos de los *mass media* y destriparlos, para recomponerlos en un orden y en un plano expresivo que revele —

no— su verdadera realidad, degradada a través de tanta aparición y reflejo.

El resultado, como es “a la gallega”, resulta más despolijado y menos trascendente en el sentido tradicional, pomposo, del término. Y más humorístico, desde luego. Montalbán, autor de la serie de novelas policiales que tienen al detective Pepe Carvalho como protagonista, hombre de izquierda, excelente periodista, bautizó a éste y un par de más de sus libros como “novelas subnormales”. En ciertas zonas aparece en efecto ese humor “a la bestia” que caracteriza, por ejemplo, a Gila. Pero en muchísimos otros tramos lo que predomina es el humor vodevilístico y sutil, por momentos desesperado, de un intelectual de izquierda de fines de la década del ‘60 y comienzos de la del ‘70, en un país como España.

En el Palacio de las Siete Galaxias, suspendido perpendicularmente sobre la Casa Blanca, un guardia presidencial aguarda el hipotético ataque de Pepe Carvalho (en una encarnación bidimensional, grotesca, que nada tiene que ver con el Carvalho posterior), mientras Pau Casals toca para la inefable Jacqueline una sardana. En la corte de los Kennedy hay de todo un poco: un *sheriff* malo, dos *sheriffs* buenos, el traductor de Oscar Wilde al ucraniano “y la verdadera princesa Anastasia, definitiva baza legal que Occidente se reserva para reclamar el trono de la URSS, un segundo antes de



la agresión nuclear”.

A medida que crece el ritmo de *music-hall* de la novela, aumenta el porcentaje de paranoia: JFK se pelea a puñetazos y sonríe con John Hoover —capo del FBI—, el guardián va descubriendo junto con el lector que tal vez él mismo sea Carvalho y recuerda a la vez su destructiva historia de amor con una militante de izquierda, mientras la siniestra Bacterioon continúa su avance inexorable.

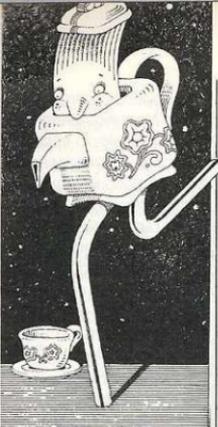
Todo fluye con la velocidad y el carácter bidimensional de un dibujo animado. Hacia el final hay un exceso de experimentalismo formal, pero ya es demasiado tarde: el lector ha gozado en medio del caos con el chisporroteo continuo de agudezas. A veces de refinado humor: la CIA cuenta con agentes estructuralistas para infiltrar universidades europeas: uno de ellos mata de un síncope a Pierre Villar cuando le asegura que Marx “ha frustrado, y por lo tanto usurpado, la

posibilidad coyuntural de otro Marx más inteligente y más marxista; la época estaba en condiciones de proporcionarlo”. En otras con soterrado dolor por una España alejada del libro sólo geográficamente, y cuya descripción hace recordar otros países y otras historias recientes (futuras para el 1971 en que fue escrito *Yo maté a Kennedy*): “Uno se encuentra cumpliendo este oficio para evitar el desempleo o cualquiera de las variadas formas de subempleo que se establecen en los países que no son desarrollados ni subdesarrollados, sino todo lo contrario. [...] Son países que no pueden hacer la revolución ni construir un capitalismo de verdad; por esta doble condición las castas dominantes no pueden ser liberales ni dictatoriales, pero tampoco pueden recurrir a una síntesis que, en definitiva, sería una concesión liberal. Y entonces son alternativamente dictatoriales y menos dictatoriales. Todo el mundo teme de todo el mundo, porque es precario y provisional, eternamente provisional, inamoviblemente provisional.”

Yo maté a Kennedy fue editado por Plaza y Janés en 1977, en su colección *Rotativa*, una serie de bolsillo que aparece en mesas de liquidación (aunque, sódicamente, este título no es de los que más abundan).

FUENTES:

The Atlantic Monthly; *El pulgar del panda*, de S. J. Gould; *Univers 08*; *Foundation*; *Omni*.



LA VUELTA AL MUNDO

Los premios Hugo 1986

El domingo 31 de agosto, durante la 44ª Convención Mundial de Ciencia Ficción realizada en Atlanta, Georgia, fueron entregados los trofeos correspondientes a las mejores obras (según el voto de los aficionados) publicadas el año anterior. En esta ocasión resultaron ganadores:

Mejor novela: *Ender's Game*, de Orson Scott Card

[Finalistas: *Blood Music* de Greg Bear; *The Postman*, de David Brin; *Cuckoo's Egg*, de C. J. Cherryh; *Footfall*, de Larry Niven y Jerry Pournelle].

Mejor novela corta: "24 Views of Mount Fuji, by Hokusai", de Roger Zelazny

[Finalistas: "The Scapagoat", de C. J. Cherryh; "Green Mars", de Kim Stanley Robinson; "Sailing to Byzantium", de Robert Silverberg; "The

Only Neat Thing to Do", de James Tiptree, Jr.]

Mejor cuento largo: "Paladin of the Lost Hour", de Harlan Ellison

[Finalistas: "A Gift from the Greylanders", de Michael Bishop, publicado en *El Péndulo* 12 como "Un regalo de los Hombres Grises"; "The Fringe", de Orson Scott Card; "Portraits of His Children", de George R. R. Martin; "Dogfight", de Michael Swanwick y William Gibson.]

Mejor cuento corto: "Fermi and Frost", de Frederik Pohl

[Finalistas: "Snow", de John Crowley; "Dinner in Audoghost", de Bruce Sterling; "Flying Saucer Rock and Roll", de Howard Waldrop; "Hong's Bluff", de William F. Wu.]

Mejor libro de ensayo: *Science Made Stupid*, de Tom Weller

[Finalistas: *The Pale Shadow of Science*, de Brian Aldiss; *Benchmarks: Galaxy Bookshelf*, de Algis Budrys; *The John W. Campbell Letters, Vol. 1*, selección de Perry Chapdelaine; *An Edge In My Voice*, de Harlan Ellison; *Faces of Fear: Encounters with the Creators of Modern Horror*, de Douglas E. Winter.]

El lagrimal

El segundo número (primavera 1986) del *Diario de Poesía* que dirige en Buenos Aires Daniel Samoilovich incluye un dossier de ocho páginas (preparado por Martín Prieto y D. G. Hélder)

dedicado a *el lagrimal trifurca*, la revista literaria que entre 1968 y 1975, publicaron en Rosario Francisco y Elvio Gandolfo, y que fue un modelo de creatividad y diversidad: en sus páginas aparecieron no sólo cuentos y poemas de algunos de los mejores escritores latinoamericanos sino traducciones especiales de textos ya conocidos de Yeats, Ferlinghetti, Corso, Cendrars, Langston Hughes; de poemas inéditos en castellano del checo Adam Wazyk, el polaco Witold Gombrowicz, el alemán Karl Krolow, el escocés

Alastair Reid y el soviético Andrei Voznesensky, y cuentos del japonés Osamu Dazai, el belga Jacques Sternberg y de los norteamericanos Alfred Bester y Fredric Brown. El dossier incluye, entre otros materiales, un reportaje a Francisco Gandolfo, un artículo de Elvio E. Gandolfo, testimonios de algunos de los principales colaboradores de *el lagrimal* (Hugo Diz, Samuel Wolpin, Eduardo D'Anna), un retrato del grupo (Luis Alberto Sienrra), y un análisis del movimiento poético generado en Rosario por *el lagrimal* (Daniel Freidemberg).

2 información acción viaje

DIARIO DE POESÍA

Periódico trimestral. Primavera de 1986.

Una dama ha de consentir que se le aparte la camisa: "Eso es amor, y lo demás es risa", dice Don Francisco de una curiosa recopilación (Sigue en pág. 36)

El lagrimal trifurca

Correspondencia Eliot-Marx

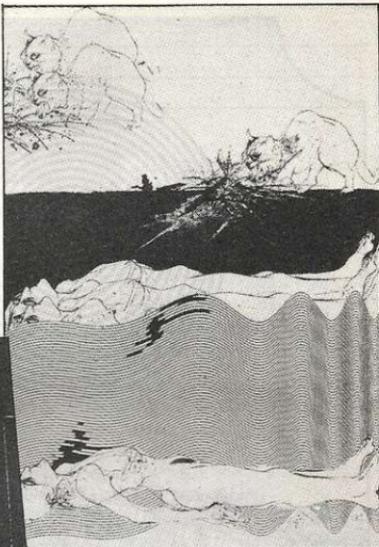
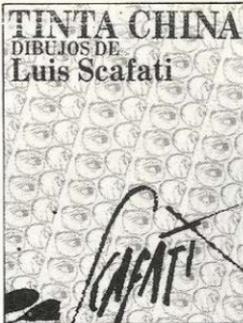
Anthony Burgess, detective poético

Página de Artista

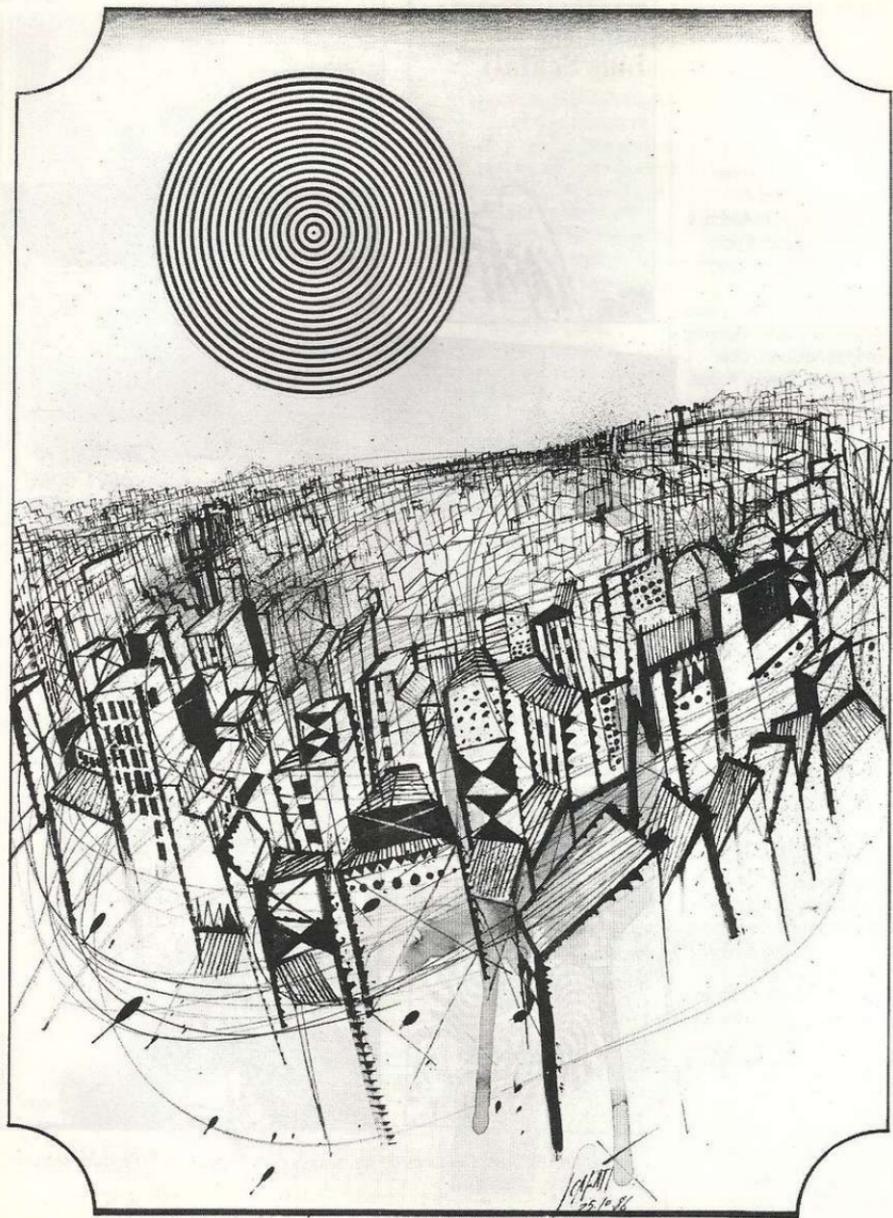
Cardenal

Tinta china

Nuestro colaborador Luis Scafati acaba de presentar un libro admirable que recoge parte de su producción del período 1980-1985, incluyendo algunas de sus mejores ilustraciones para *El Péndulo*, segunda época, y trabajos realizados para medios tan diversos como *Humor*, *El Periodista*, *Superhumor*, *Hurra*, *Tiempo Argentino*, *Clarín*, *Mutantia*, *Feriado Nacional*, *Don*, *Minotauro*, *Status* y *Vogue*. "Pienso que la ilustración no debe ser sólo un adorno y ajustarse servilmente a un texto", dice Scafati en la Introducción. "Cada lenguaje tiene sus leyes especiales, sus matices particulares, lo que sirve a éste puede no ser efectivo en aquél. En mi caso trato de acompañar plásticamente, de cerca o de lejos, lo escrito. Coincido a veces en los límites que esas ideas precisan; otras, se escapan del tema señalado y aparecen en el polo opuesto. Creo en el azar. Todo artista debería estar atento a ese azar que interviene frecuentemente en el hacer. Es por ahí que encontramos esos senderos inesperados que a veces nos llevan a descubrir nuevos paisajes. El dibujo es el instrumento primario con el que digo lo que siento, y la herramienta con que indago esto que llamamos realidad." El libro de Luis Scafati se llama *Tinta china*, y fue publicado en Buenos Aires por Ediciones "La Mancha".



Tapa del libro de Scafati. Algunas de sus mejores ilustraciones para *El Péndulo*, segunda época.



*La aventura
está
¿afuera?*

Barrington Bayley

SALIDA DE CIUDAD 5

ILUSTRO LUIS SCAFATI

Kayin a menudo se preguntaba por qué la fase otoñal del ciclo climático de la Ciudad traía esa atmósfera de suciedad y decadencia. Sentado en el parque, asía la mano de Pola y miraba cómo la luz se desvanecía sobre la Ciudad al acercarse la noche. Aquí, la suave brisa que soplaba continuamente en Ciudad 5 se acumulaba en ráfagas bruscas hasta formar un viento modesto que levantaba un detrito de papeles, trapos y polvo.

Elevándose sobre la arboleda del parque, las hileras de ventanas de los apiñados edificios de oficinas despertaban con parpadeos de luz. El parque estaba situado en un nivel elevado y cerca del perímetro de la Ciudad, de modo que desde este punto de observación Ciudad 5, con sus perfiles, bloques y niveles desaparejos, parecía un cuenco de metal dividido a máquina en muchas super-

ficies rectilíneas, como una estructura abstracta. Desde el perímetro irregular hasta el pináculo central la Ciudad se elevaba en una ancha curva hasta la curva de la cúpula de cristal, creando una deliberada pero falsa impresión de vastedad. Y en efecto, durante un breve período a media mañana, cuando la luz era más brillante y el aire se llenaba con los ruidos de la industria, Ciudad 5 lograba generar una atmósfera de vivacidad, casi de euforia. Pero a media tarde la ilusión desaparecía. La cúpula de cristal, reluciente en la luz menguante, resultaba opresiva, y cuando llegaba la noche se volvía abrumadora e invisiblemente negra, llenando la imaginación de Kayin con vacías imágenes del *afuera*.

—¿Por qué no dejan la luz encendida? —dijo con irritación—. No necesito que se haga de noche.

EL PENDULO-11

Pola no respondió. Ambos conocían la razón. Entre los estrictos principios que regían la Ciudad, la rutina era el más vital. Ella le soltó la mano y le rodeó el cuello con el brazo en un gesto afectuoso y sincero. —Últimamente estás melancólico —le dijo.

—Lo sé —gruñó él—. ¿Puedes culparme? Este problema con la Sociedad. Estoy fuera, lo sabes. No se atreven a respaldarme después de esto. Y la Junta de la Ciudad me caerá encima como una tonelada de acero.

—No. Serán blandos contigo. Lo que hiciste no fue tan escandaloso para la moral de hoy. Además, no sueles contrariarte por esas cosas, Kayin.

Kayin suspiró. —Tienes razón, no es la Sociedad. De todos modos no conseguirán nada. Pola, ¿alguna vez recorriste la Ciudad de un extremo al otro?

—Claro —rió ella—, muchas veces.

También él la había recorrido. El diámetro era de siete kilómetros. Calles, oficinas, fábricas, casas, parques, un nivel sobre otro. Algunas partes de la Ciudad estaban diseñadas con elegancia y eficacia, otras eran conejares de pasajes tortuosos. Había mucha variedad. Pero por alguna razón, en sus paseos, Kayin siempre llegaba al perímetro, donde la Ciudad propiamente dicha se encontraba con la cúpula de cristal, apoyándose contra ella en escalones irregulares, como una ola. En realidad era imposible tocar la cúpula: una sólida barra de acero obstruía el camino. Por curiosidad, Kayin solía regresar por el sótano de la Ciudad, donde hectáreas de artefactos manipulaban las precisas transformaciones de materia y energía que mantenían la viabilidad biológica de Ciudad 5, bordeando las vastas cámaras selladas que contenían las antiguas unidades de propulsión que los habían traído aquí siglos atrás.

—Tengo la sensación de conocer cada metro de este lugar —dijo Kayin—. Tengo la sensación de conocer a todo el mundo. Es ridículo, desde luego... no puedes conocer a dos millones de personas. Pero tú entiendes... admito que he pasado buenos momentos aquí. Está bien si te agrada vivir en un lugar extenso y altamente tecnológico. Pero hay un aire de muerte en Ciudad 5. Nada entra de afuera. Todo tiene que generarse aquí.

Pola lo miró con expresión preocupada y perpleja. —¿De qué hablas? ¿Qué podría venir de afuera?

El no respondió. —Te diré algo, Pola. La Junta de la Ciudad debería ejercer un control más riguroso. No me gustan las simbolizaciones y obras dramáticas que han representado últimamente. No deberían permitir esos grupos de arte independientes ni grupos científicos independientes como la Sociedad. La ambición es una maldición, es frustración.

—¡Nunca creí que tú dirías eso! Siempre quisiste ser un rebelde adolescente.

Kayin meneó la cabeza. —No me gusta la idea de tener que pasar el resto de mi vida en Ciudad 5. Sé que es raro. Tengo un empleo en el Departamento de Inventario Inercial. Paso el tiempo como todos los demás, y ojalá pudiera contentarme con eso. Pero en cambio me siento inquieto, insatisfecho. Ojalá pudiera ir a alguna parte.

Meneando la cabeza con impaciencia, Pola se levantó. —De acuerdo. Vamos a casa a tener una sesión. Ardo de deseo.

—De acuerdo. —Automáticamente Kayin se levantó y la siguió. Pero antes de salir del parque fue hacia el rasgo más prominente, el observatorio en desuso. El edificio, una alta cúpula rayada, se destacaba contra el fondo de árboles y arbustos. Al lado, una torre maciza albergaba el cohete nucleónico de exploración que en un tiempo había formado parte del equipo auxiliar del observatorio. Kayin le hizo una seña a Pola y, cruzando un tramo de césped, la guió por una portezuela a la base del edificio.

Aunque abandonado, el observatorio aún se conservaba en orden y todo ciudadano tenía derecho a visitarlo y utilizarlo. Pocas personas lo hacían, pero Kayin, junto con sus ex colegas de la Sociedad Astronómica, había pasado mucho tiempo allí últimamente.

En realidad no había mucho que ver. La experiencia era puramente negativa, y las visitas subsiguientes no hacían más que repetirla. Una luz tenue, vagamente verdosa, llenaba la cámara abovedada. Kayin encendió el observatorio y el fulgor de la vida despertó en los paneles de control junto con el zumbido expectante de la maquinaria que movía el telescopio principal.

El instrumento era el mejor de su tipo, equipado con toda la gama de artefactos auxiliares: radio, rayos X, detectores láser y máser, amplificación de imágenes y el resto. Los constructores se habían ufano de que podía detectar materia emisora en cual-

quier parte del universo sideral. Kayin puso el gran cilindro en movimiento y lo apuntó directamente hacia el cenit. Las pantallas murales de despliegue permanecieron oscuras y opacas. Como realizando un ritual, Kayin movió de nuevo el telescopio, dirigiéndolo hacia el perímetro oeste de la Ciudad. En las pantallas, nada. Al norte: nada. Al este: nada. Al sur: nada. Kayin y Pola permanecieron quietos en la cúpula vasta y reverberante, mirando las pantallas negras como niños que recuerdan una lección repetida a menudo.

Ciudad 5 era un oasis de luz en una inmensa oscuridad. Minutos antes Kayin había dicho que deseaba ir a alguna parte. Ahora advertía que no era del todo cierto. Lo que quería decir era: *ojalá hubiera alguna parte adonde ir.*

Pensó en el cohete nucleónico. Recientemente él había ido a alguna parte... casi.

Cerca del centro de la Ciudad, en las categorías superiores de la Ramificación Administrativa, Kord despertó después de su habitual año de animación suspendida.

Extraño... el proceso de congelamiento lo detenía todo, cuerpo y cerebro. Habría sido lógico despertar con la sensación de que sólo habían pasado un par de segundos desde la pérdida de conciencia. Inexplicablemente no era así. En cada ocasión sentía que había pasado mucho, mucho tiempo, y personalmente sospechaba que envejecía mentalmente un año a pesar de la detención biológica.

Ahuyentó la idea. Si alguna vez concluía su tarea, tal vez pudiera concentrarse en distracciones filosóficas. Hasta entonces sólo una cosa lo absorbía por entero.

Tras levantarle del cofre y hacerle una revisión completa, los médicos lo ayudaron a bajar de la tabla de inspección, y uno de ellos lo ayudó a ponerse la pierna artificial, legado de un breve periodo de guerra civil al principio de la historia de la Ciudad. Por último se levantó, sintiéndose sano y vivo, y caminó experimentalmente por el cuarto, cojeando un poco con la prótesis. Entraron otros hombres con ropas y solícitamente lo ayudaron a vestirse.

El habló sólo cuando hubieron terminado. —¿Los otros están despiertos?

—Sí, presidente. ¿Verás los informes?

El cabeceó, y salió del cuarto por una puerta lateral que daba a una cámara pe-

queña, discretamente iluminada, que sólo contenía una mesa y una silla. Un hombre con el uniforme del Departamento de Movimientos Dinámicos Sociales entró un instante para entregarle una carpeta.

Kord se sentó, abrió la carpeta y se puso a leer. Estaba escrito en el lenguaje especial de la simbología sociodinámica, legible sólo para personas con preparación especial. Kord obtenía así un cuadro completo de las tendencias sociales del año anterior, cada matiz, cada cristalización y fragmentación incipientes, cada vibración entre los polos de la conservación y el cambio. Por sí el análisis simbólico no bastaba, Kord tenía implantado bajo la piel del cuello un juego de filamentos conectados directamente con la zona de memoria del cerebro. Un conductor del Buró de Monitorización de Archivos de la Ciudad, adherido al cuello, inducía en ellos corrientes que llevaban registros audiovisuales de conversaciones y acontecimientos, un millón de pantallazos de la vida fácilmente captados y grabados por la atenta electrónica de un sistema cerrado como Ciudad 5. Al valerse de los recuerdos que hallaría de pronto en su mente, el conocimiento de Kord acerca del año pasado sería experiencial, no meramente simbólico.

En celdas contiguas, los otros cuatro miembros de la Junta Permanente leían carpetas similares. Mientras avanzaba en la lectura, Kord supo que recurriría al Buró de Monitorización. Había advertido tendencias peligrosas en la sociedad de Ciudad 5, pero no había previsto esta repentina y alarmante aceleración de los acontecimientos. Comprendió con disgusto que cuando terminara el periodo de veinticuatro horas no volvería, como de costumbre, al congelamiento profundo.

Esa noche Kayin no asistió a la reunión de la Sociedad Astronómica como lo hacía normalmente, sino que se quedó solo con Pola. Ham-Ra, presidente de la Sociedad, ya le había expuesto su decisión y Kayin había aceptado el juicio sin objeciones. Quedaba expulsado.

La Sociedad se reunía en una cómoda sala en desuso en una de las zonas irregulares de la Ciudad. En un rincón, un grabador de video contenía los minutos compaginados de las reuniones anteriores y la escasa información o las pocas resoluciones que habían podido formular.

El propósito de la Sociedad era reestablecer las ciencias de la astronomía y la exploración del espacio. Sumaba quince miembros, sin Kayin, cuyas edades oscilaban entre los veintitrés y los setenta años. En la mayoría de estas sociedades, la juventud era esencial.

—Hay muchas novedades para esta sesión —dijo Ham-Ra a modo de introducción—. Por primera vez estamos llegando a alguna parte. Sin embargo, todos habréis notado que Kayin no está aquí. Algunos sabéis por qué. En cuanto a los demás, luego aclararemos la razón.

—Bien, amigos, en nuestra última reunión, hace más de un mes, estábamos deprimidos y dispuestos a desistir. Pero lo que Tamm nos mostrará hoy será una verdadera sorpresa. Adelante, Tamm.

La cabeza pecosa y pelirroja se alzó, sonriendo tímidamente, y se acercó a la mesa, donde había una unidad de video. —Como sabéis, el conocimiento público sobre el origen de Ciudad 5, el paradero de la Tierra y demás, ha fluctuado considerablemente con los años en virtud de la Restricción Obligatoria de información, mientras la Ramificación Administrativa vacilaba entre la teoría de que la ignorancia total es mejor y la teoría de que el conocimiento pleno es mejor. En los últimos diez años, la Restricción Obligatoria se ha vuelto mucho más elástica (de lo contrario nuestra Sociedad no podría existir) y junto con el resurgimiento del interés en las cuestiones científicas hemos podido obtener acceso a cierta información que antes no estaba disponible.

—No obstante, nuestro conocimiento astronómico ha sido escaso, sobre todo en lo que atañe a nuestras relaciones con la Tierra. Sabemos que la Ciudad vino desde la Tierra hace cientos de años, que no podemos regresar, y que debemos permanecer aquí todo el tiempo. Creo que podemos considerar que el péndulo de la política está oscilando hacia la libertad porque, tras insistir asiduamente ante sectores más flexibles de la Ramificación Administrativa, Ham-Ra y yo obtuvimos permiso oficial para utilizar el último cohete nucleónico de la Ciudad en una expedición hasta el universo sideral, o al menos hasta donde pudiéramos llegar sin riesgo.

—Eso es magnífico! —dijo una voz, quebrando el silencio que se produjo.

Tamm cabeceó. —La condición que debimos aceptar fue que los resultados de la expedición y la información que obtuviéramos con ella, quedaran en propiedad de la Ramificación y no se divulgaran fuera de la Sociedad. Más aun, sólo dos miembros podían realizar el viaje. Por diversas razones, Ham-Ra favoreció a Kayin, quien integró la tripulación junto conmigo. Habría sido agradable que todos hubierais visto lo que vimos, pero realizamos grabaciones de video todo el tiempo, así que en esa medida podréis compartir la experiencia con nosotros.

—Veréis que no fue sólo una expedición exploratoria; también fue una concesión, por parte de la Ramificación, para divulgar conocimiento histórico mediante una cinta de instrucciones del cohete mismo. Lo que aprenderéis quizá no sorprenda mucho a nadie, pero aun así nos daré mucho en qué pensar.

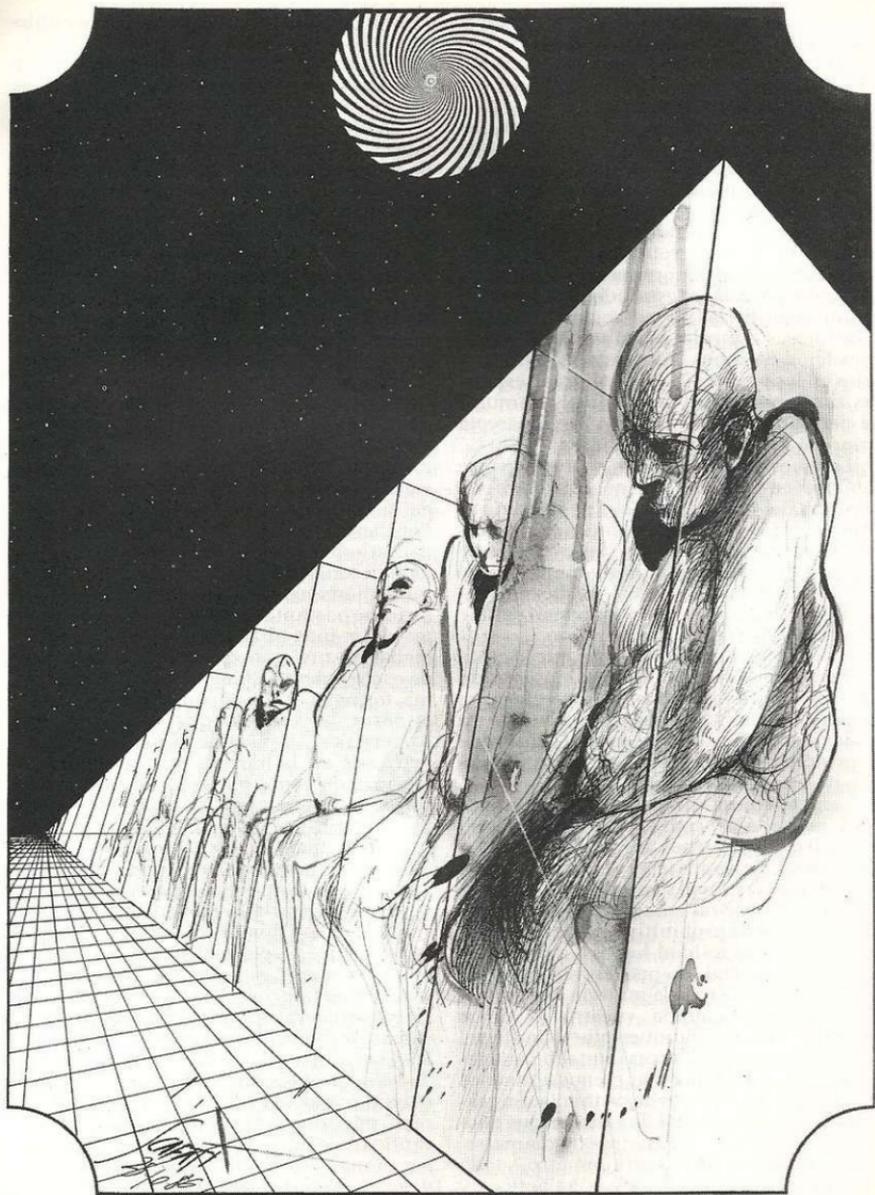
Movió una perilla de la unidad de video. Una gran pantalla mural se encendió. Tamm y Kayin estaban en la cabina principal del cohete nucleónico en asientos cilíndricos ante un panel de control curvo. La intensa e inteligente cara de Kayin miraba la cámara.

—Ahora atravesamos el esfínter de egreso. En pocos momentos seremos los primeros de nuestra generación en ver la Ciudad desde afuera.

Con un parpadeo producido por un montaje apresurado, la imagen cambió para mostrar una vista a través de una tronera. Todos contuvieron el aliento en la sala. Al principio vieron sólo una vasta pared curva, apenas una pátina metálica y opaca a causa de una fuente de iluminación invisible. Luego, cuando el cohete se alejó, tuvieron una vista lateral completa de la Ciudad, una enorme losa discoidal coronada por una grácil cúpula chispeante donde se discernía un contorno de formas borrosas.

El cohete ascendió sobre la Ciudad y la sobrevoló de costado. Ahora miraban la cúpula y la Ciudad colgaba oblicuamente en el espacio, ardiendo de luz en una negrura pura e impenetrable.

Podrían haberla observado para siempre; pero de pronto estuvieron de vuelta en la cabina y esta vez Tamm les hablaba mientras Kayin piloteaba el cohete. —Aunque aquí no podemos ver nada aparte de la Ciudad, ni siquiera con el telescopio de la



nave, hemos recibido una cinta de guía que nos conducirá al universo sideral o, como también se lo llama, el universo material. La distancia es de unos tres años-luz, así que no tardaremos en llegar.

La imagen volvió a parpadear bruscamente; Tamm había cortado media hora de escenas sin importancia. Regresaron en la mitad de una palabra. Tamm gritaba salvajemente: —¡... mira eso! ¡Mira!

La cámara apuntaba de nuevo hacia afuera. Lo que se veía era aun más espectacular que el panorama de la Ciudad. Al principio parecía un estallido, una luz difusa, un fuego. En las inmediaciones, enormes y brumosas espirales colgaban en el vacío; más lejos, a ambos lados, arriba y abajo, y lejos en las profundidades, masas de espirales similares, nubes relucientes y flámulas se perdían en la distancia, y todo parecía impregnado por polvo de diamante.

La escena era hipnótica, y la cámara se demoró en ella un tiempo considerable. Después del primer impacto, se imponía la impresión de que el fenómeno, aunque vasto, era de tamaño limitado: las espirales de aspecto más grande, aunque majestuosas, estaban a cierta distancia y en el borde difuso de la nube, cuyos límites parecían definir una curva ligera pero perceptible.

En ese momento advirtieron que la cinta de instrucciones del cohete había entrado en funcionamiento, dando una elegante conferencia en la voz suave y serena de un vóder electrónico. La voz era tan calma que al principio, en medio del entusiasmo general, no atinaron a oírla:

—... acabamos de traspasar el primer umbral, más allá del cual el universo material se vuelve visible, y nos acercamos al segundo umbral. Se os advierte severamente que no intentéis cruzar el segundo umbral; se da por sentado que tal maniobra es casi imposible o al menos prohibitivamente difícil, y si por casualidad lográis entrar en el universo material, no podréis salir y sufriréis el destino de toda la materia que contiene. Actúa con cautela: vuestros instintos visuales tal vez os indiquen que el borde del universo material, a veces llamado metagalaxia, está a años-luz o al menos a muchos millones de kilómetros de distancia. En realidad, está muy cerca. Las galaxias que ahora veis tienen sólo kilómetros de diámetro, muchas de ellas apenas un kilómetro, y todo el conglomerado de sistemas galácticos y

estelares se está encogiendo inexorablemente.

La causa de la contracción de la materia no se ha determinado con certidumbre. Se detectó por primera vez en el año 5085 d.C., según la Fechaición Antigua, cuando anomalías específicas relacionadas con la velocidad y la longitud de onda de la luz revelaron que todos los fenómenos que tuvieran las propiedades de masa y energía se estaban encogiendo en relación con la unidad de espacio. La extrapolación de las ecuaciones arrojó la conclusión de que pronto se alcanzaría un punto en que las partículas fundamentales serían demasiado pequeñas para mantener su identidad en el marco del espacio-tiempo y que por tanto toda la materia desaparecería en todas partes.

Como el encogimiento afectaba la metagalaxia en su totalidad, se teorizó que si una entidad o sistema podía escapar más allá de los límites entonces conocidos del universo sideral también podría escapar del campo del proceso de encogimiento y sobrevivir. Por suerte el antiguo Problema de la Velocidad se había resuelto recientemente, y ya se habían construido naves capaces de atravesar el diámetro entero de la metagalaxia en un lapso bastante corto. Los primeros intentos de ir más allá de la metagalaxia, sin embargo, tuvieron dificultades. El campo de encogimiento o bien la metagalaxia misma, formaba una superficie de contacto con el resto del espacio que constituía una barrera para el paso de la materia. La penetración de la barrera era, sin embargo, teóricamente posible, y naves equipadas con unidades de propulsión muy potentes lo intentaron durante mucho tiempo. Eventualmente una tuvo éxito, y regresó con el informe de que el vacío de más allá de la metagalaxia, aunque no parecía contener materia, aceptaría la existencia de materia alojada en él y la mantendría en un estado estable, sin encogimiento.

Al encogerse el universo, la barrera se volvía más impenetrable. Si se quería preservar algo, era esencial actuar de prisa. Se construyeron veinte ciudades autosuficientes y se equiparon con las más potentes unidades de propulsión. Mientras se dirigían a máxima velocidad hacia el perímetro del reino material, pudieron observar una gran cantidad de naves, ciudades y construcciones similares que hacían lo mismo desde diversos puntos del universo. Ninguna de

estas expediciones alienígenas tuvo éxito y el esfuerzo de la humanidad apenas tuvo mejor suerte. Cuando se toparon con la barrera y lucharon para salir, todas las ciudades terráneas menos una estallaron o sufrieron otros accidentes. Ahora, puede decirse con certeza que Ciudad 5 es el único fragmento de materia que escapó de la metagalaxia en contracción, donde el actual estado de materialidad, según se cree, ya no posibilita la vida biológica.

"En los años recientes se ha observado una aceleración en la tasa de encogimiento que induce a creer que falta poco para la extinción de esta isla de materialidad, única en el marco espacial. Por mucho tiempo ha sido invisible desde Ciudad 5, o desde cualquier parte afuera de la región de contacto, pues la barrera circundante tiene una superficie exterior y una interior conocidas como los umbrales primero y segundo. El umbral interior es permeable a la energía radiante pero ofrece una fuerte resistencia al paso de masas sólidas. El umbral exterior puede ser atravesado fácilmente por masas de movimiento lento, pero es opaco a la luz y otras radiaciones que le llegan desde el umbral interior. Para ver el universo sideral, pues, es preciso situarse entre los dos umbrales.

"Ciudad 5 se diseñó para subsistir a perpetuidad. Los físicos terrestres no obstante tenían la expectativa, o mejor dicho la esperanza, de que hubiera en el vacío otras zonas de materialidad donde la humanidad pudiera proliferar nuevamente, aun a inmensa distancia del universo original. Durante mucho tiempo, Ciudad 5 construyó y lanzó naves espaciales de largo alcance en esfuerzos por descubrir al menos un átomo o electrón de materia. Cada una de estas misiones recorría una distancia equivalente a muchos miles de millones de veces el diámetro de la vieja metagalaxia en su tamaño original, una hazaña que cobra especial valor cuando reflexionamos que según las pautas de medición previas al encogimiento, Ciudad 5 tiene apenas más de media pulgada de diámetro. Tales proyectos se abandonaron tiempo atrás por inútiles y los cohetes exploratorios se desmantelaron. Ahora se acepta que la materialidad no es un rasgo normal del marco espacial y que no existe en ninguna parte fuera del universo sideral ya conocido por nosotros. Todas las empresas futuras de la humanidad tendrán que arreglarse forzosamente con el

material que se transportó en Ciudad 5 en tiempos de la migración, y la Ciudad ha tenido pues que enfrentar los problemas de perpetuar la vida de la humanidad en un aislamiento total. Los aspectos técnicos, aunque prodigiosos, no presentan dificultades insolubles; los principales problemas residen en los campos social y psicológico.

La pantalla quedó repentinamente en blanco. —Creo que podemos interrumpir —dijo secamente Tamm—. Esa es la parte válida de la misión.

El público callaba, pensativo, tal vez un poco aturdido. Al fin Ham-Ra dijo: —Bien, eso llena algunas lagunas de nuestro conocimiento. ¿Algún comentario?

—No debería sorprendernos demasiado —dijo alguien al cabo de un momento—, pero en cierto modo sorprende. Siempre supimos que estábamos aislados y solos, que no podíamos regresar a la Tierra. Pero yo suponía que la Tierra y el resto del universo aún existirían en alguna parte y siempre continuarían existiendo. Esto cambia las cosas.

—Por cierto —dijo otro—. Significa que debemos redefinir nuestras metas y objetivos. De paso, aún no se ha explicado por qué Kayin está ausente.

Tamm se aclaró la garganta y miró de soslayo a Ham-Ra, que le indicó que hablará. —Cuando Kayin y yo regresamos a Ciudad 5 aún teníamos muy pocos datos técnicos de utilidad. Más allá del primer umbral, por cierto, tomamos una biblioteca entera de grabaciones espectrales y de imágenes que todos podemos estudiar con detenimiento. Pero buena parte de los instrumentos que llevamos no sirvieron para nada. Más específicamente, la cinta de instrucciones del cohete nucleónico había estimulado nuestro afán de saber más acerca de los primeros esfuerzos de exploración del vacío, ya que éste parecía el rumbo que interesaba a la Sociedad. Lamentablemente los documentos necesarios están incluidos en la Restricción Obligatoria, y ningún conocido nuestro de la Ramificación Administrativa tenía autorización para darnos acceso. Así que elaboramos un plan para consultar los archivos ilegalmente.

El público quedó dividido entre el temor ante la maniobra y la admiración ante la audacia. Los más brillantes ya habían previsto el desenlace de la historia. Un joven enclenque y hurraño de cara filosa barbotó: —La maniobra se descubrió, por cierto.

—Sí, pero la Ramificación sólo sabe acerca de la participación de Kayin, cuyo adiess-tramiento nos permitió intentarlo. Ahora bien, aunque Ham-Ra y yo estábamos involucrados, y por ende toda la Sociedad, la única posibilidad de salvar a la Sociedad de la disolución era negar toda responsabilidad. Convinimos en expulsar a Kayin y condenar sus actos.

—¿No es un poco injusto?

—Kayin no lo cree así.

—¿Qué le sucederá?

—No mucho, con los vientos que soplan en la actualidad. Se puede decir que nuestra pérdida es tan grande como la de él... Nosotros perdimos a uno de los dos únicos miembros que han visto el universo sideral con sus propios ojos.

La noticia parecía haber agitado y exaltado a la Sociedad. Todos hablaban al mismo tiempo, a gritos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Tendríamos que obligar a la Ramificación a actuar!

—Deberíamos robar el cohete nucleónico...

Ham-Ra alzó las manos pidiendo silencio. El joven de cara filosa y pelo húmedo que había hablado antes se puso de pie. Ham-Ra cabeceó.

—Obviamente la Ramificación esperaba que aceptáramos lo que hemos averiguado y que desistiéramos en silencio, tal vez incluso que nos disolviéramos voluntariamente —dijo el joven, cuyo nombre era Barsh—. Este es el mensaje de ellos: *no hay ciencia de la astronomía, no hay exploración del espacio*. No creo que debamos resignarnos. Al contrario, creo que deberíamos revivir el problema de la existencia de materia en el vacío y el lanzamiento de nuevas misiones que vayan aun más lejos que las anteriores.

—¡Así es! La última vez ellos se dieron por vencidos muy fácilmente.

Ham-Ra volvió a apacigar los ánimos. Tamm sonreía con sorna. —No creo que se hayan dado por vencidos fácilmente. Creo que hicieron todo lo posible. Hoy día la Ramificación tiene otros problemas.

Encendió un interruptor para rebobinar la cinta unas pulgadas.

La pantalla se iluminó con su increíble imagen, acompañada por la declaración final de la cinta de instrucciones:

—... los principales problemas residen en los campos social y psicológico.

Los otros oyeron las palabras, pero la expresión indiferente de sus ojos delataba falta de interés. —¿Qué haremos en cuanto a la preparación de una expedición al espacio profundo? —dijo Barsh.

Para Kiang, presidente de la Junta Temporal, el encuentro con Kord era ligeramente temible, ligeramente escalofriante. El hombre era corpulento: alto, ancho y fornido; la cara, que daba la impresión de no sonreír nunca, también era grande, y las arrugas eran la huella de años de pensamiento disciplinado. El color era gris, no el gris de la enfermedad sino el gris del granito, de la fuerza inquebrantable. Cuando hablaba Kord, todos escuchaban. Era esa rareza, el gran líder que antaño hubiera dirigido los asuntos de continentes, de planetas. Resultaba conmovedor ver a esa poderosa personalidad consagrada con todas sus energías a la promoción de la estasis y la conservación en este patético fragmento de universo desterrado.

Una larga mesa bruñida dividía la sala a lo largo del centro.

En un costado estaba la Junta Temporal, encabezada por Kiang y secundada por Haren, Kuro, Chippilare y Freen. Frente a ellos se sentaba la Junta Permanente: Kord, flanqueado por Bnec, especialista en física, la ciencia de la materialidad; Engrach, especialista en tecnología; Ferad y Elbern, especialistas en sociodinámica. Elbern era uno de los golpes estratégicos de Kord, pues siglos atrás había sido miembro de la antigua oposición, antes de convertirse. Kord sabía que los errores promulgados por el partido derrotado se presentarían una y otra vez en la historia de Ciudad 5, aunque esperaba que cada vez con menor fuerza, y advertía la ventaja de tener a un hombre que comprendía la mentalidad que alentaba esos errores.

Kord se permitió una mirada directa a la cara gesticulante de Kiang. Nos temen, pensó. Se sienten jóvenes en nuestra presencia; saben que somos viejos y sabios, que ocupábamos este puesto antes que ellos fueran bebés. Pero nos combatirán si es necesario.

Los miembros de la Junta Permanente vivían sólo un día por año. Así un año de envejecimiento se extendía para ellos en trescientos sesenta y cinco años de la histo-

ria de Ciudad 5. Sin este recurso de una guía permanente, creía Kord, la Ciudad no habría conservado su estabilidad histórica hasta el momento, y en esta pequeña, singular y preciosa isla de vida la estabilidad era fundamental. Si las tendencias sociales se aplacaban hasta requerir menos readaptación, el período de suspensión podría extenderse hasta diez, incluso hasta cien años.

En la actualidad esos sueños largos y repositados parecían muy remotos. Por dentro Kord suspiró. Era el último de un linaje de dirigentes, incluyendo hombres como el presidente Mao y Gebr Hermes, que habían intentado reformar la mente de la humanidad y fijarla en un patrón eterno. El problema consistía siempre en adiestrar a la nueva generación para pensar en todo sentido como la anterior. La humanidad había sobrevivido al fracaso de ellos, pero Kord estaba convencido de que no sobreviviría al de él.

Furiosamente, arrojó hacia Kiang la carpeta que había estudiado. —Hace cien años habrías sido ejecutado por el contenido de esa carpeta. Te perdono sólo porque supongo que la rectificación de la situación será inmediata.

—No necesariamente aceptamos, presidente, que se requiera una rectificación.

—¿Cuántas veces debo repetirlo, caballeros?— dijo Kord, la voz grave de disgusto—. Se trata de preservar la Ciudad, no durante mil años, ni durante un millón, sino *para siempre, para la eternidad*. Dada la naturaleza de la psique humana, ello sólo es posible si la vida se regulariza en todos sus detalles. No debe haber nuevos rumbos, ni individualidad, ni innovaciones ni, originalidad de pensamiento. La Ciudad es pequeña. Debe ser protegida de sí misma. —Kord estaba sudando. Hacia pocos años la conciencia de lo que se requería para la supervivencia se había inculcado a la Ramificación, a la mente de la Ciudad misma. Pero una y otra vez, a lo largo de los siglos, afrontaba discusiones similares. Parecía que la tendencia al desvío y al olvido era imposible de erradicar y con el tiempo afectaba aún a la Junta Temporal. Aun así, Kord se sorprendió al descubrir que la posición se había deteriorado tan de prisa en el último año. Su pesadilla perpetua era despertar un día para descubrir que su autoridad ya no tenía validez.

—Habéis cometido el error más grave

—continuó—, el delito más grande, al ceder ante la juventud. El requisito absoluto de un patrón social permanente es la subordinación y condicionamiento total de la generación más joven. Pero ¿qué encuentro? Inducidos por vuestras tontas ambiciones, habéis permitido que la juventud ponga en marcha lo que amenaza con ser un virtual renacimiento de las artes y las ciencias.

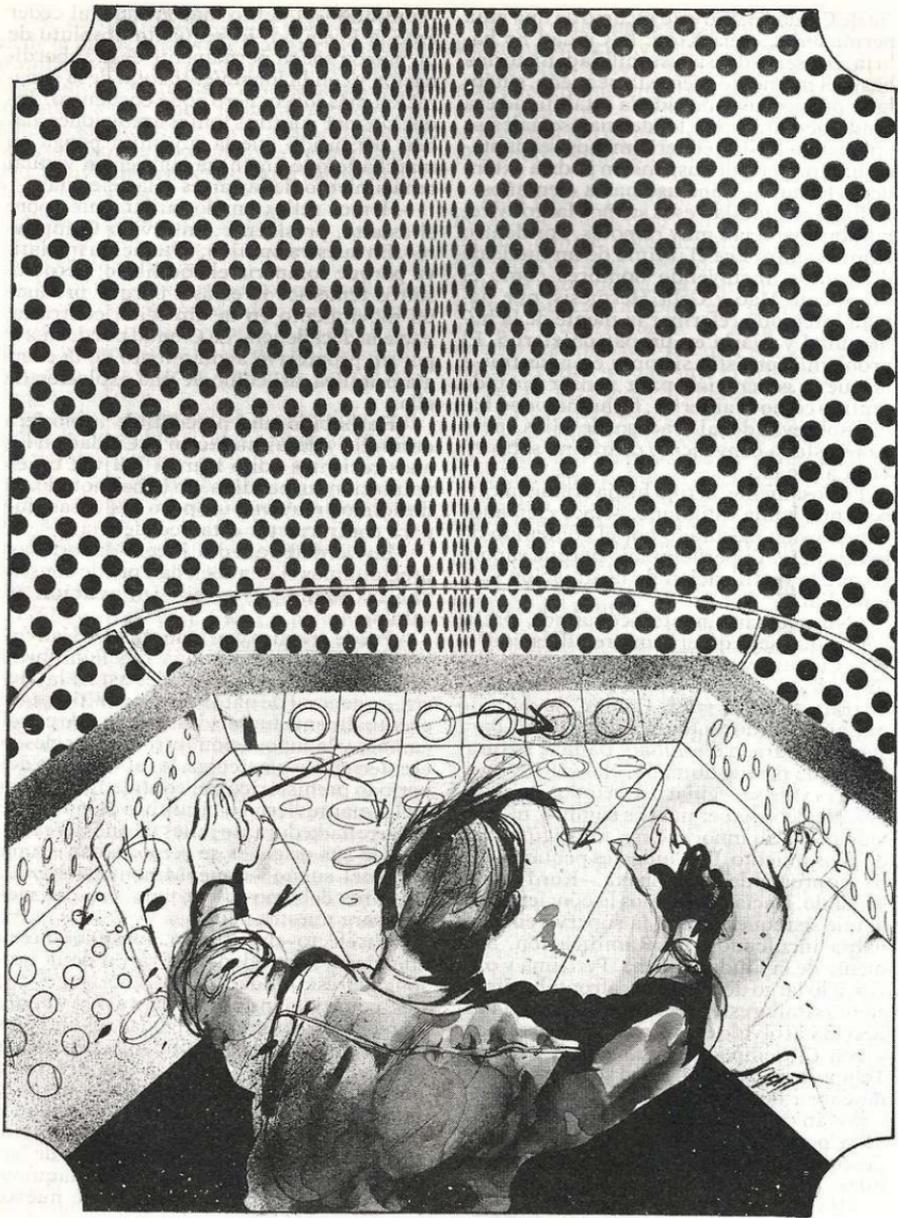
—Hemos reflexionado largamente sobre el asunto, presidente —intervino Chippilare—. En nuestra opinión, tú temes la iniciativa porque rompería el equilibrio; pero nosotros tememos la estasis porque produce un movimiento en la dirección contraria, hacia la decadencia. La Ciudad puede morir por un progresivo agotamiento de la energía psíquica, así como de una explosión de ella.

—Ha habido una perceptible atmósfera de abulia y decaimiento en la Ciudad en los años recientes —dijo Kuro—. Tal vez tú, en animación suspendida, no lo has notado. Si decidimos reavivar un poco las cosas, fue para contrarrestar esta decadencia.

—En verdad —añadió Freen—, ahora nos preguntamos si una sociedad puede conservar la buena salud sin innovación ni cambio.

—Puede —repuso con firmeza Kord, advirtiendo que enfrentaba una rebelión abierta—. Hubo muchas sociedades así en la Tierra, en general de naturaleza primitiva, que eventualmente fueron destruidas *sólo* por el cambio y la innovación introducidas desde el exterior. En particular, los aborígenes del período prehistórico del continente de Australia mantuvieron una cultura plenamente desarrollada durante miles de años, creyendo que sus orígenes se remontaban a una "era del sueño" inmensamente distante. Nosotros debemos crear una "era del sueño" para nuestra gente.

—En efecto —dijo Elbern, mirando a Freen con cierta hostilidad—. La razón de la prolongada estabilidad de los aborígenes fue que, como vivían en una tierra árida y pobre en recursos, consagraban todas sus energías a las considerables habilidades necesarias para sobrevivir. Tal vez sea una desgracia que nuestro nivel tecnológico nos permita satisfacer fácilmente nuestras necesidades básicas... Por eso hemos intentado reemplazar la preocupación con necesidades de largo plazo, el mantenimiento de la maquinaria básica, el continuo trazado de nuevos



planos para el rediseñamiento de la Ciudad, y ante todo el inventario inercial, que ocupa gran parte del tiempo laboral de la población y permite dar cuenta de cada átomo de masa de la Ciudad. No es preciso recordarnos cuán importante es esa actividad si queremos conservar toda nuestra masa y energía durante miles de millones de años.

Los miembros de la Junta Temporaria se miraron embarazosamente. Al fin Kiang aventuró: —Nuestros estudios filosóficos recientes han puesto en duda el fundamento del plan de la Ciudad para la existencia. Hemos estudiado el hecho mismo de la materia. Desde la primera formulación del materialismo dialéctico se sabe que el movimiento y la tendencia, las fuerzas opuestas y demás, son el fundamento mismo de la materia, ya sobre formas físicas, mentales o sociales. Si el principio de la oposición, como se presenta en las luchas de clases, es fundamental, ¿cómo podéis estar seguros de que un estado estático perpetuo sea *siquiera posible*? No podéis nombrar ninguna sociedad de la Tierra que haya permanecido estable todo el tiempo.

Kiang expresaba los temores íntimos de Kord, pero éste no dijo nada, sólo observó con severidad.

—Más aún —continuó Kiang—, debemos tener en cuenta que la materialidad es un fenómeno extraordinario y temporario en el marco espaciotemporal. Cada vez estamos más convencidos de que la materialidad del universo sideral consistía en una oposición polar accidental sin tendencia inherente hacia la estabilidad. Tenía que desplazarse en algún sentido, y al hacerlo el transitorio equilibrio se perdió; de allí el encogimiento de la materia y su desaparición final. Pero ¿en qué situación nos deja eso? La materialidad de Ciudad 5 es aún más aislada y vulnerable. En cualquier momento puede sufrir un colapso repentino y desaparecer. No tiene demasiado sentido planear para la eternidad.

La Junta Permanente había escuchado esta argumentación en silencio. Cuando Kiang hubo terminado, Bnec, el especialista en física de Kord, manifestó su desagrado.

—¡Qué bonito discurso! Grandísimo tonto, ¿tienes el cerebro tan reblandecido que has olvidado tu acceso especial más allá de la Restricción Obligatoria? ¿O te crees demasiado progresista para aprender algo de los

esfuerzos sobrehumanos de tus ancestros? ¿De veras crees que estas cuestiones no se analizaron, investigaron y resolvieron hace milenios?

Kord alzó la mano para impedir la riña inminente. —No temáis, el material de la Ciudad es resistente hasta donde sabe la ciencia. Además, no podemos agotar nuestra energía si no perdemos una masa considerable: se ha descubierto que aquí estamos en una posición privilegiada, pues hay conservación de masa y energía. La polaridad material, como correctamente la denominas, se autoconserva. Cuando liberamos, por ejemplo, energía atómica para realizar alguna tarea útil, no se disipa sino que se absorbe en otra parte de la Ciudad. Así, mientras la masa total permanece constante, la misma energía puede liberarse una y otra vez en una acción cíclica. Aparte de eso, hemos demostrado que podemos mantener estable el material genético de la población. Así que nuestro problema atañe sólo a la vida consciente y activa de la Ciudad, sin la cual ninguno de estos principios puede mantenerse.

Apretó el puño. —¡Comprended! Todo lo que ocurre, ocurre bajo la cúpula de cristal. *No hay mundo externo*. Ya no hay universo ni creación... de modo que todo proceso descontrolado bajo la cúpula es un peligro para la Ciudad. Ese elemento de la psique humana que busca, explora y descubre se debe erradicar. Para nosotros significa destrucción. La vida exterior de las aspiraciones debe reemplazarse por una vida interior de simbolismo y relaciones personales muy estrechas.

—Nada de ello puede suceder de inmediato, desde luego. En cierto sentido aún estamos en nuestras primeras etapas de llegada al vacío. Aún tenemos que lograr una adaptación, y se hace gradualmente, avanzando dos pasos y retrocediendo uno. Así, en este momento, la cúpula es transparente y emite un resplandor de luz. Ello significa una pérdida de energía pero para nosotros es un símbolo, un anuncio de nuestra presencia. En alguna fecha futura, la cúpula será totalmente impenetrable y no se permitirá que un solo cuanto de masa-energía abandone la Ciudad. Sin embargo, aún llamamos a la Ciudad por su nombre original, Ciudad 5, recordando así que hubo otras ciudades y otros lugares. Con el tiempo se la conocerá sólo como la Ciudad.

—¿Y la ignorancia también forma parte de la prescripción para la supervivencia? —preguntó despectivamente Haren.

—Se necesita un cuidadoso equilibrio. —La larga discusión fatigaba a Kord, pero se negaba a flaquear. — La conciencia plena de nuestra situación sería demasiado para la mente colectiva; causaría trastornos mentales y al fin nos destruiría. Asimismo, la ignorancia total nos destruiría por otras razones. Debemos seguir un curso intermedio hasta el día en que la república bien orientada se haya consolidado y podamos permitir, sin riesgos, que la Ciudad entera viva con pleno conocimiento y conciencia de nuestra situación.

Kord se levantó, imponente. —Confío en haber sido claro. Descansaremos un rato y nos reuniremos en tres horas en el Complejo Ejecutivo. Será necesario tomar ciertas decisiones.

Los miembros de la Junta Temporal se levantaron sombríamente y abandonaron la sala. Los otros se quedaron, mirando pensativamente la mesa.

—Mal asunto —dijo Elbern.

—Podemos manejarlo. Pero creo que la Junta que dejaremos al congelarnos de nuevo tendrá otros integrantes. —Kord recogió la carpeta que le había arrojado a Kiang y la hojeó malhumoradamente. La sección sobre Dramas Arquetípicos había sido el primer indicio. Kord siempre había sabido que los símbolos y arquetipos que afloraran del inconsciente colectivo decidirían el destino de Ciudad 5 a largo plazo. Por eso había alentado el desarrollo de formas de arte para las que casi toda la Ciudad constituía un público: filmes, obras y dramas arquetípicos comunicados en un estado semihipnagógico, en el cual esas entidades podían expresarse y los símbolos, personajes e historias se entrelazaban en una fusión onírica e hipnótica. La sección de los dramas era la primera que consultaba en los informes. Si los símbolos eran redondos o cuadrados, de acuerdo con el mandala junguiano de la cuaternidad, se sentía complacido. La imagen que buscaba era la caverna, la hembra, la mesa cuadrada, la sala cuadrada, el círculo. Hoy había una inaceptable cantidad de imágenes de sondeo y penetración, la torre en la llanura, la lanza apuntada, el largo viaje, el mago, el esfuerzo supremo. Estas imágenes procedían del inconsciente social generalizado de la época. Conociendo

el papel desempeñado por la polaridad sexual en la estructura de la psique social, Kord había advertido tiempo atrás que era preciso crear una civilización centrada en el vientre y la vulva, no en el falo.

Cavilando, cerró la carpeta. Había enfrentado muchas dificultades en el pasado. Era decepcionante descubrir que a pesar de todo no disminuían.

Cuando se volvieron a reunir con la Junta Temporal tres horas después, hallaron que el espíritu de diseño aún persistía. Más aún, los rebeldes habían aprovechado el tiempo para afianzar su posición en algunos complejos de la Ramificación. Kord tuvo que recurrir a medidas drásticas. En veinticuatro horas había puesto en marcha una eficaz e informada policía estatal. Dos días más tarde comenzó la purga general. En una semana hubo ejecuciones públicas a diario en el parque principal.

Kayin estaba oculto con Pola en una parte de la Ciudad que no se había reconstruido en cientos de años y donde tenía amigos. Para su sorpresa no lo encontraron, mientras que otros no lograban evadir la combinación de delación y detección electrónica con que la Ramificación descubría el paradero de todos. La razón, como al fin dedujo, era simple: su expulsión de la Sociedad lo había salvado. Ya no estaba asociado con un movimiento subversivo, y su otro delito no revestía, en el contexto actual, tanta gravedad.

Por lo tanto se aventuró a salir. En el parque principal presenció cómo los intransigentes Ham-Ra, Tamm y Barsh recibían las acostumbradas inyecciones letales en el cuello. Mientras se alejaba con amargura y pesar, oyó que alguien llamaba su nombre.

Era Herren, un conocido a quien no había visto en un par de años. Herren, que tenía su misma edad, lo miró especulativamente.

—¿Cómo estás, viejo amigo? ¿Todo bien?

Los modales vivaces y despreocupados irritaron a Kayin. Se alejó, pero Herren lo siguió, hablando en tono conciliador. —Sí, lo sé, es una vergüenza. Pero no hemos perdido la partida. Las cosas están en movimiento. Pensé que te interesaría.

Kayin se encogió de hombros.

—Bien, de acuerdo, aquí es un poco arriesgado. Escucha, sé dónde te escondes. ¿Sorpresa? —Rio.— Las noticias viajan de pri-

sa en estos días. Amigos, sabes. Te visitaré esta noche. Es una lástima que no estés al tanto.

Kayin lo miró pensativamente. —Depende de ti. —Se sentía extrañamente distante. Herren tal vez fuera un agente de la Ramificación, por lo que él sabía, pero no le importaba.

Sin embargo, Herren jugaba limpiamente. Los visitó cuando Kayin y Pola terminaban su comida nocturna. La pantalla mural mostraba un viejo drama de años atrás —los nuevos dramas se habían retirado de circulación—, pero le prestaban demasiada poca atención como para caer en el estado semihipnagógico que permitía apreciarlo plenamente.

Herren entró en la habitación y apagó bruscamente la pantalla. —No os interesará esa antigua bazofia, ¿verdad? —Miró alrededor, luego extrajo del bolsillo un pequeño cilindro de metal y lo depositó con cuidado en la mesa. —Si hay sensores ocultos, esto los burlará —explicó—. Sólo captarán una habitación vacía.

Kayin miró sorprendido el aparato. —¿Dónde lo conseguiste?

El otro pestañeó. —Se están fabricando muchas cosas clandestinas.

Pese a su propia desobediencia, Kayin encontraba la idea difícil de comprender. —¿Quieres decir insurrección? ¿La Ciudad se está fragmentando?

—Hablan de guerra civil.

—Pero... es una locura... —Kayin se preguntó si Herren sabría lo que él sabía de la situación de Ciudad 5, de los datos relacionados con el universo sideral. —No he recibido muchas noticias últimamente —dijo con un hilo de voz.

—Deja que te ponga al corriente. Kord ya ha matado a tres miembros de la Junta Temporal. Chippilare y Kuro escaparon, gracias a la lealtad de sus simpatizantes dentro y fuera de la Ramificación. Han organizado una oposición y resisten en el Segmento Oeste, cerca del Sótano. Es casi un enclave. La Policía Estatal no es suficientemente fuerte como para entrar a sacarlos.

—¿Kord dio armas a la policía?

—Se las están dando ahora. Pero la oposición también fabrica armas. ¡Es una revolución! Porque la oposición no está sólo en el enclave, sino en todas partes, y se está organizando gradualmente. ¡La juventud despierta!

Pola miró incrédula a ambos jóvenes. —Kayin, ¿será verdad? ¿Qué está sucediendo?

—Kord advierte que no puede esclavizar para siempre la mente de la humanidad —dijo Herren—. Estamos descubriendo la libertad.

—Se trata de una diferencia de opinión —explicó Kayin fatigosamente—. Kord y los suyos piensan que la Ciudad puede preservarse mejor mediante un control rígido y un bajo nivel de aspiraciones. Nuestra tecnología es suficiente, de modo que no se necesitan nuevos desarrollos en las artes o en las ciencias. Los otros, como Herren, creen que ese enfoque conduce a un desastre lento pero seguro, y que la Ciudad debe mantenerse activa para conservar la salud, que no vale vivir la vida de otra manera. Ambos están tan convencidos como para ir a la guerra. Son una minoría, desde luego. La gran mayoría de la población tiene la sensatez de no interesarse mucho en nada excepto el inventario inercial.

—Pero ¿qué bando tiene razón?

—¿Razón? —dijo Kayin con una mueca—. ¡Ninguno! Ambos caminos conducirán al desastre... No hay solución... La Ciudad existe en un lugar donde no debería estar...

Herren se acercó y le aferró el hombro caído en un gesto de consuelo. —Calma, sé cómo te habrás sentido esta tarde al ver la ejecución de tus amigos. Créeme, todos lo hemos sufrido. Pero te repondrás. Sé que podremos contar contigo cuando llegue el momento.

Kayin recordó la mueca burlona del pelirrojo Tamm, poco antes que le inyectaran el veneno.

Cuando Kuro aceptó al fin la invitación de Kord, encontró al viejo amo de la Ciudad 5 tenso y fatigado. La confianza de Kord había recibido un golpe mortal ante el desborde de la situación. Sospechaba que durante algunos años los informes que recibía habían sido manipulados para ocultar la gravedad de los acontecimientos. Ahora, aunque dominaba el edificio central de la Ramificación, controlaba efectivamente sólo dos tercios de la Ciudad.

—Muy bien —dijo secamente—, sois bastante fuertes para combatirnos.

—Y lo haremos.

Kord habló exasperadamente. —¡Ya hubo enfrentamientos armados en la Ciudad!

Ayer estalló un incendio en el Segmento Norte. —Se golpeó con furia la pierna artificial.— ¿Sabes cómo me pasó esto? En una guerra civil muy parecida a la que vendrá. ¡Una locura! Es suicida luchar dentro de la Ciudad. No podemos consentirlo otra vez.

—¿Entonces?

—Si hemos de pelear, tendrá que hacerse fuera de la cúpula.

—Yo llegué a la misma conclusión —dijo sombríamente Kuro—, al menos en lo que se refiere a las armas más potentes. Ambos podemos construir naves espaciales. Para que el acuerdo sea efectivo cada bando debe tener permiso para transferir suficientes fuerzas al exterior, sin interferencias.

—Convenido, pues. Organizaremos una comisión independiente para controlar la puerta de salida. —Hizo una pausa reflexiva.— De paso, hoy recibí una novedad. Sabes que en la Ramificación hay un instrumento sintonizado para registrar el momento en que el universo material desaparezca del todo. El hecho se registró después de las ocho de anoche.

Kuro no hizo comentarios. Una vez que concluyeron con los arreglos formales se marchó, sintiendo sólo una ligera turbación ante lo que ocurría.

—Es como una pesadilla —dijo Pola.

La Ciudad parecía acurrucada, expectante. En el norte se veía la región ennegrecida por el incendio, y un tenue olor a humo colgaba en el aire, aún no expulsado del todo por el sistema circulatorio. La cúpula de cristal centelleaba; pero formas vagas y borrosas se movían afuera mientras las fuerzas contendientes se desplegaban.

—Bien, al menos la Ciudad estará a salvo —repuso Kayin. Herren lo había visitado para invitarlo a participar en las peleas callejeras. Cuando él rehusó, le había ofrecido que ayudara a manejar las armas de las nuevas naves del espacio. Kayin imaginaba cómo sería la batalla: naves construidas precipitadamente maniobrando en el vacío total, evitando aproximarse a la Ciudad y presentando blancos perfectos para las otras. Con suerte, ninguno de ellos regresaría y la Ciudad podría vivir en paz.

Kayin jugueteaba con una llave que tenía en el bolsillo. Era una llave especial que operaba con impulsos electrónicos, y daba al propietario la posesión del cohete nucleónico del observatorio. Kayin no la había

devuelto después de su misión con Tamm.

—Pola —dijo—, vamos a alguna parte.

—¿Adónde?

—Afuera —respondió él, sardónicamente—, al límite exterior. Las primeras expediciones fracasaron porque regresaban al llegar al punto de no retorno, cuando sus motores no les habrían traído de vuelta si hubieran continuado. *Nosotros seguiremos adelante.* ¿Qué más da?

Ella no entendía de qué hablaba, pero lo siguió hasta el parque donde solían encontrarse. Él se encaminó hacia el laboratorio, pero esta vez sorteo la cúpula e insertó la llave en una ranura pequeña en la base de la torre.

Una puerta se abrió. Él entró, tomando a Pola del brazo y arrastrándola consigo. Había un espacio de cuatro metros entre el casco del cohete y la pared de la torre. La nave se alzaba sobre ellos como un tubo descomunal.

Insertó la misma llave en la ranura de una gran caja dentro de la puerta, que soltó un chasquido y un zumbido; automáticamente el cohete quedó preparado para salir.

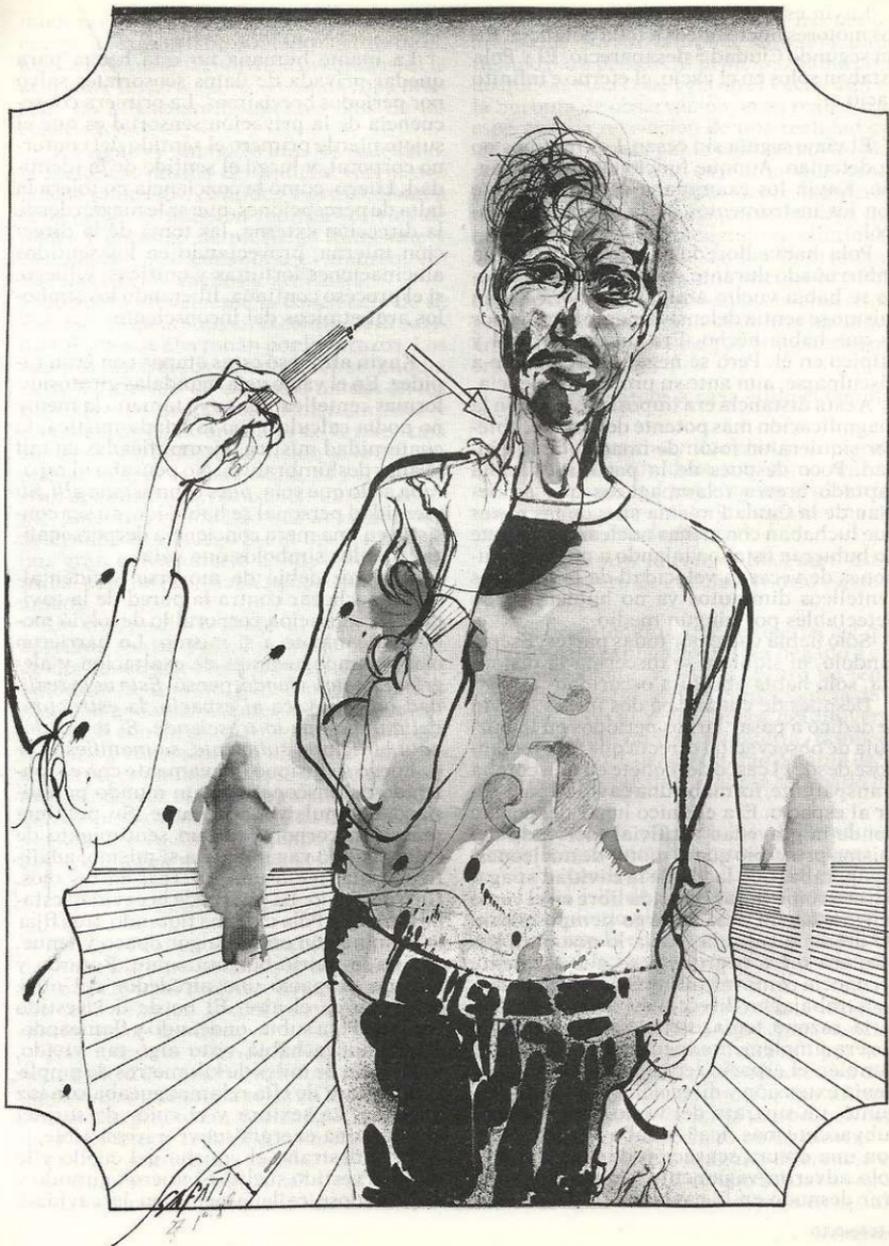
—Kayin —protestó Pola, repentinamente alarmada—. ¿Qué haces? No iré a ninguna parte.

Sin esperar a que el miedo se convirtiera en histeria, Kayin se abalanzó sobre Pola. Ella jadeó unos instantes mientras forcejeaban, luego él se la echó sobre el hombro. Ella aún se resistía, desconcertada, pero el camino no era largo. Kayin la llevó a la plataforma de embarque, que rápidamente los subió hasta la tronera del costado del cohete. Entró en el cohete por un pasaje corto y la arrojó en la lujosa sala de estar.

—¿Qué haces? —exclamó ella, despatarrada en el suelo.

Él encendió la pantalla mural, sintonizándola con los sensores externos. —Disfruta del espectáculo —dijo, y se dirigió a la cabina de mando, cerrando la puerta al salir.

Los que controlaban la puerta de salida estaban habituados a un constante tráfico de naves que solicitaban egreso; no hicieron preguntas. Por segunda vez en su vida flotó sobre la cúpula, viendo la Ciudad desplegada debajo. Pero esta vez grandes y torpes objetos cilíndricos flotaban en la cercanía de la Ciudad, y algunos exhibían equipos de aspecto malévolos que les habían soldado en varias partes. La guerra comenzaría pronto.



Kayin escogió un rumbo al azar y puso los motores nucleónicos a toda potencia. En un segundo Ciudad 5 desapareció. Él y Pola estaban solos en el vacío, el eterno e infinito vacío.

El viaje seguía sin cesar. Los motores no se detenían. Aunque funcionaban en silencio, Kayin los examinaba constantemente con los instrumentos de la cabina de control.

Pola había llorado y gritado, se había enfurruñado durante semanas, y poco a poco se había vuelto amigable. Ahora Kayin mismo se sentía defensivamente huraño por lo que había hecho. Era un acto brutal y atípico en él. Pero se negaba tercamente a disculparse, aun ante su propia conciencia.

A esta distancia era imposible, aun con la magnificación más potente del cohete, obtener siquiera un fotón de imagen de la Ciudad. Poco después de la partida él había captado breves relampagueos que no venían de la Ciudad misma sino de las naves que luchaban con armas nucleares. Aunque no hubieran estado viajando a miles de millones de veces la velocidad de la luz, esos centelleos diminutos ya no hubieran sido detectables por ningún medio.

Sólo había vacío por todas partes. Escrutándolo, ni siquiera se discernía la distancia, sólo había absoluta oscuridad.

Después de viajar casi dos meses, Kayin se dedicó a pasar largos períodos en la burbuja de observación directa que, proyectándose desde el casco del cohete en una comba transparente, formaba una cavidad para salir al espacio. Era el único lugar del cohete donde la gravedad artificial (derivada del mismo principio que el motor de nucleones) no operaba. Con la luz de la cavidad apagada, era como flotar en caída libre en el vacío mismo. Kayin pasaba largo tiempo mirando desde la cápsula, hacia lo que para sus ojos era mera negrura pero que su mente reconocía como infinito. Su mente comenzó a trabajar en direcciones nuevas. La materia, razonó, tenía estructura, pero el espacio era simplemente vacuidad. No obstante, también el espacio tenía cierta estructura. Tenía extensión y dirección. ¿Había, se preguntó, un sustrato del vacío, una realidad subyacente más rica? Al cabo de un tiempo, con una oscura sensación de placer que él solo advertía vagamente, se habituó a entrar desnudo en la cavidad.

La mente humana no está hecha para quedar privada de datos sensoriales salvo por períodos brevísimos. La primera consecuencia de la privación sensorial es que el sujeto pierde primero el sentido del contorno corporal, y luego el sentido de la identidad. Luego, como la conciencia no tolera la falta de percepciones, que se le niegan desde la dirección externa, las toma de la dirección interna, proyectando en los sentidos alucinaciones fortuitas y oníricas, y luego, si el proceso continúa, liberando los símbolos arquetípicos del inconsciente.

Kayin atravesó estas etapas con gran rapidez. En el vacío veía mandalas giratorios, formas centelleantes cuyo tamaño la mente no podía calcular. Vio la tríada mística, la cuaternidad mística, ejemplificadas en mil formas deslumbrantes. No pensaba ni reparaba en lo que veía, *pues él no estaba allí*. Su identidad personal se había ido; su ser consistía en una mera conciencia derpersonalizada de los símbolos que veía.

Una vez debió de moverse accidentalmente y chocar contra la pared de la cavidad. La sensación corporal lo devolvió momentáneamente a sí mismo. Lo barrieron olas relampagueantes de exaltación y alegría. *La estoy viendo, pensó. Ésta es la realidad que subyace al espacio, la estructura del mundo que lo trasciende. Si te quedas aquí el tiempo suficiente, se manifiesta.*

Luego se fusionó nuevamente con el contenido del inconsciente, un mundo paradisiaco, compulsivo, acechante. Su próxima sensación corporal fue un sentimiento de calor. Volvió vagamente a sí mismo, advirtiendo que tenía una luz real en los ojos. Giró despacio. La puerta de la cavidad estaba abierta y Pola entraba flotando, tras fijar la iluminación en un fulgor opaco y tenue.

Ella le sonrió borrosamente. Rotaron y giraron despacio uno alrededor del otro, colgando en el aire. El borde del vestido corto de Pola subía, ondeando y flameando. Kayin nunca había visto algo tan vívido, una visión de miles de kilómetros de amplitud. La cara de ella relampagueaba con luz angélica. La textura y el color de su piel emitían una energía suave e irresistible.

Él le destrabó el gancho del cuello y le quitó el vestido suelto. Siguieron girando y arqueándose calladamente en la cavidad,

mientras el vestido se alejaba flotando. El cuerpo de Pola estaba doblado encima de él, a poca distancia. Tendiendo los brazos, él le acarició y luego le quitó la blanda ropa interior. Lo atravesaron calientes olas de inconsciencia.

Los signos y símbolos aún los rodeaban, la sustancia misma del mundo. Kayin oyó jadeos sofocados, chillidos y gritos. Estaba sumergido, girando en infinitas estrías de poder y gozando de un fuego llameante y devastador que consumía el mundo, corriendo en ríos anchos y ardientes.

Recobró brevemente la conciencia de sí. Estaban suspendidos en el centro de la cavidad. Ambos se aferraban por los brazos. Los cuerpos, apartados mientras él se hundía entre las piernas de ella, sólo unidos en los genitales, se arqueaban violentamente y corcoveaban como animales salvajes en una cópula feroz. La borrosa visión se le esfumó nuevamente de la conciencia. Él y el mundo eran una identidad, consistente en un enorme, potente y rígido falo que avanzaba con determinación. Luego fue al mismo tiempo una gran vulva abierta donde el falo penetraba con fuerza, haciéndolos palpar a ambos.

Un murmullo le llegó al oído. Estaba apretado contra Pola, los labios contra los de ella, los cuerpos tensos y suspirantes. ¿Se fundirían, se unirían, generando un andrógino con poderes sexuales sobrenaturales?

Luego, con un gruñido, se separaron ligeramente y comenzaron a aferrarse con todo el cuerpo, contorsionándose y enredándose, mordiéndose, apretando y pateando. Por último, después de una embestida final, Kayin, plenamente vuelto a sí mismo, la apartó y ambos flotaron mirándose ávidamente.

FIN DEL CAMINO

Kayin y Pola yacían exhaustos en la sala de estar. Durante semanas se habían agotado en la cavidad exterior, llevando al extremo toda relación sexual posible entre un macho y una hembra.

Kayin habría querido llevar ese descubrimiento a Ciudad 5. No había nada parecido. Veinte minutos a solas en la cavidad, y el sexo alcanzaba una intensidad desconocida. Parecía que todo poder inconsciente se liberaba y entraba en acción.

-¿Quieres ir a casa, Pola?

-Lo mismo da -suspiró ella.

En los intervalos entre sus frecuentes arrebatos Kayin también se había dado tiempo para pensar. Al principio había creído que las cosas que veía en el vacío, aun en la burbuja de observación, eran reales, una esperanzada revelación de una realidad positiva bajo la nada por la cual se movía. Más sobriamente, ahora entendía qué eran: proyecciones de su propia mente, la exteriorización de patrones psíquicos básicos que quedaban al desnudo cuando se eliminaba el efecto constreñidor de las impresiones sensoriales. Lo interesante era que él y Pola a menudo experimentaban las mismas imágenes al mismo tiempo mientras hacían el amor, nueva prueba de que el inconsciente era colectivo.

-Entonces vamos a casa -dijo él con firmeza.

-¿No quieres encontrar el otro universo? -preguntó ella timidamente, como una niña. Esa sexualidad tan intensa y pletórica que habían compartido le causaba una regresión a un estado infantil.

-No hay otro universo. Más aun, estoy bastante seguro de que *no hay otro espacio. No hay vacío.*

Ella no entendió a qué se refería, así que él no intentó explicarlo. Había llegado a esa idea lentamente, y estaba seguro de tener razón. El espacio era una consecuencia de la materia, y no al revés. Fuera del universo sideral, donde no había materia, tampoco había espacio. *Cuando Ciudad 5 había escapado de la metagalaxia, había escapado hacia el no ser.*

No parecería así para los observadores, desde luego. Como el espacio siempre se asociaba con la materia, Ciudad 5 extendía su propia isla de espacio. Los proyectiles enviados desde allí siempre hacían lo mismo, generando en su avance un sistema ficticio de medición de distancias y velocidades con el cual se orientaban.

El cohete nucleónico no iba a ninguna parte. Sólo creaba su propia "apariencia" de espacio mientras se "movía", por una incomprensible nulidad. En efecto, era difícil argumentar que se movía; esa afirmación no tenía sentido, como tampoco la contraria, la de que el cohete no se movía.

Ello no establecía ninguna diferencia en cuanto al pilotaje. El cohete actuaba según las leyes de su materialidad, pues en la nuli-

dad no había leyes. Kayin hizo girar la nave y presentó al computador el problema de encontrar Ciudad 5. Como el momento del retorno era matemáticamente cierto, él y Pola esperaron pacientemente a que el cohete los llevara allí, dedicándose al pasatiempo del que nunca se cansaban.

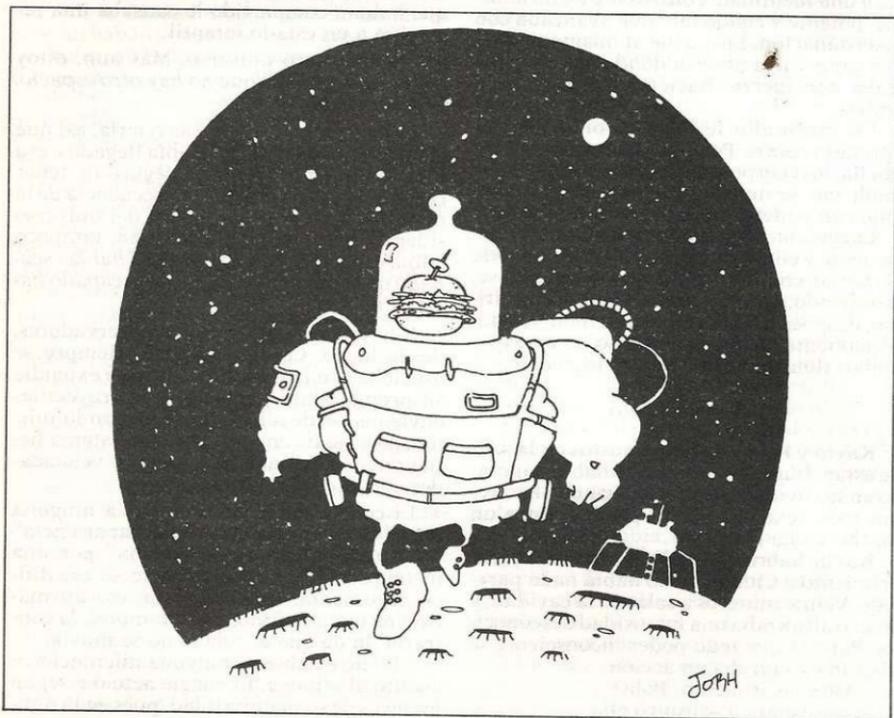
Cuando el cohete indicó que terminaba el viaje, fueron a la ahora familiar cavidad exterior, ansiosos de ver el primer atisbo de su hogar.

Pola se desmayó. Kayin aferró un puntal para no caer, y sólo un resuelto esfuerzo de voluntad le impidió desvanecerse. Las toscas naves cilíndricas, los restos de la guerra entre los seguidores de Kord y los seguidores de Kuro, estaban dispersas en el espacio alrededor de la Ciudad, descalabradas, des-

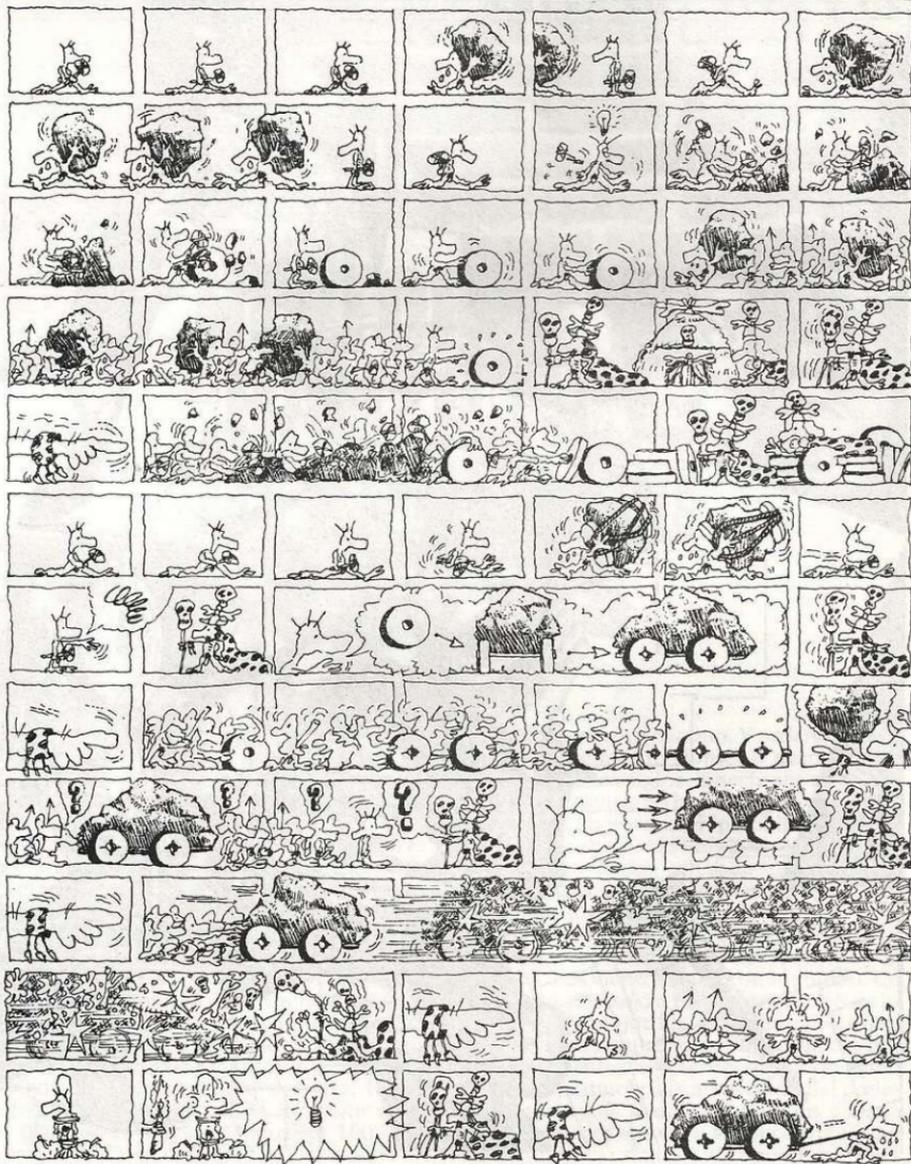
garradas y fragmentadas, arrastrando cadáveres y equipo.

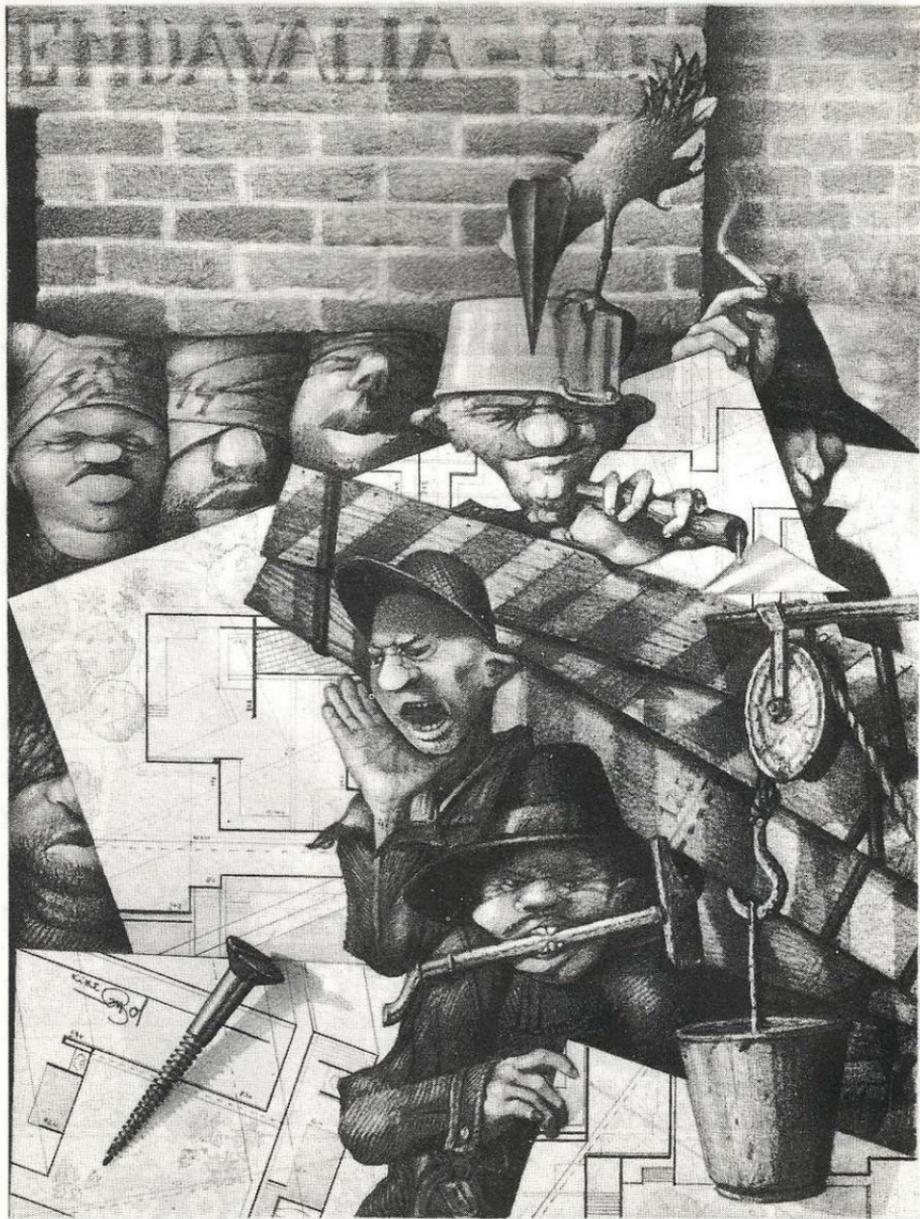
Evidentemente la lucha había sido demasiado intensa, y los contendientes se habían desesperado por ganar el control de la Ciudad. Ciudad 5 ardía en la oscuridad, como continuaría haciéndolo automáticamente durante milenios. Pero la cúpula de cristal estaba astillada, abierta como una muela rota. Cuando el cohete se acercó, Kayin vio las pilas de cadáveres en las plazas y calles sin aire. Un tercio de los edificios parecía arrasado por una explosión, y Kayin notó, al escudriñar con ojos vidriosos la Ciudad muerta que giraba despacio como un magnífico mandala en el vacío, que la gran torre donde guardaban el cohete nucleónico tenía la base partida, y yacía en el césped como un gigante caído.

Titulo del original en inglés: *Exit from City 5.*
© 1971 by Barrington Bayley. Traducción de Carlos Gardini.



OJEDA





*E*s privilegio
de reyes empezar
por arriba.

Carlos Gardini

HISTORIA DE HANTOJUR, O EL PALACIO AL REVES

ILUSTRO KIKE SANZOL

En Vendavalía hubo emperadores, reyes, duques, condes, tiranos, presidentes, caudillos, príncipes y dictadores —dijo el viejo Grul—. Unos gobernaron bien, otros gobernaron mal, y muchos no gobernaron. Algunos fueron malos, pero otros fueron peores. Sin embargo, y no es por hablar mal, los emperadores locos siempre fueron especialidad de Salpicondia. Los que no eran locos eran chiflados, tocados o rayados. Los más normales subían la escalera en bicicleta, jugaban al tatetí con las manchas de la alfombra o tocaban el violín a la hora de la siesta. Y Hantojur no era de los más normales. Hantojur no era Hantojur I, ni Hantojur II, ni Hantojur IV ni Hantojur X. No hubo ningún Hantojur antes ni después. No los hubo antes porque cuando Hantojur subió al trono hizo borrar a todos los Hantojur anteriores de los documentos: no quería ser

segundo, cuarto ni décimo. Y ordenó que no hubiera ningún otro Hantojur después, por los siglos de los siglos. Quería ser único. Y, en efecto, después no hubo ningún otro Hantojur, pero no porque él lo hubiera ordenado. No los hubo porque ningún otro emperador de Salpicondia, con toda su chifladura, habría osado adoptar un nombre que tenía tan mala fama.

Una de las primeras medidas de Hantojur fue ordenar que los vientos no soplaran más. Los vientos siguieron soplando. Un cortesano aconsejó a Hantojur que revocara esa ley, y Hantojur fue aun más lejos: ordenó a los vientos que soplaran igual que antes. Los vientos siguieron soplando igual que antes, y muchos se admiraron del poder del emperador. Hantojur también ordenó que los pájaros volaran, los peces nadaran, los hombres caminaran y las piedras se que-

daran quietas. En todas partes se hablaba de la gran autoridad que el emperador ejercía sobre todas las criaturas.

Un día, Hantojur decidió construir un palacio eterno. Nadie se asombró demasiado. Se sabe que los emperadores siempre ordenan construir palacios eternos que duran lo que un suspiro, pero los emperadores son emperadores, los reyes son reyes, y los demás nos aguantamos.

El palacio, dijo Hantojur, debía tener cien pisos. Eso tampoco asombró a nadie. Cualquier emperador puede construir un palacio de cien pisos. Total, el trabajo lo hacen otros y después todos se acuerdan del emperador. Pero Hantojur era caprichoso y tenía la manía de la originalidad. Ordenó construir el palacio al revés: es decir, no empezando por la planta baja y siguiendo por el primer piso, el segundo, el tercero y demás, que es un modo bastante frecuente de construir, sino empezando por el piso cien y siguiendo por el noventa y nueve, el noventa y ocho, y así sucesivamente. Era difícil, pero a Hantojur no lo arredraban las dificultades mientras otros pusieran el hombro. Y el palacio se empezó a construir al revés.

Se formaron varias columnas humanas, un obrero encima de otro hasta llegar a la altura del piso cien del palacio en construcción. Por estas columnas subían los ladrillos, el cemento, las vigas, las herramientas, todo lo necesario para hacer un palacio. Así fueron construyendo el piso cien, el noventa y nueve, el noventa y ocho. Las columnas humanas debían sostener cada tramo de la construcción mientras trabajaban. A medida que se acercaban al suelo el peso era mayor y las columnas más numerosas. Los cálculos tenían que ser precisos, pues cuando se construye al derecho el cielo no tiene límites, pero cuando se construye al revés el suelo no puede alzarse ni bajarse: la planta baja tenía que llegar justo al suelo, ni un dedo más ni un dedo menos. Alguien objetará que si había alguna diferencia lo más sensato era subir o bajar un poco el palacio, pero Hantojur no era sensato.

Con el viento de Vendavalisa, las columnas humanas temblaban. A veces algunas se iban al suelo, y sus integrantes se daban grandes porrazos. Entonces el palacio se hacacaba peligrosamente, y las otras columnas hacían más fuerza para impedir que no

cayera. Además estaban los pájaros. Había obreros con huevos de pájaro-avispa en la nariz, otros con una hembra de pájaro-nube que se les posaba en la cabeza para empollar, y algunos tenían que aguantar que una bandada de pájaros-constructor les arrancara pelos para fabricarse un nido.

Hantojur, entretanto, estaba orgulloso de su obra. Mandaba traer dignatarios de toda Vendavalisa para que observaran la construcción. Los dignatarios no quedaban muy convencidos por el sistema, pero lo elogiaban. Los dignatarios son dignatarios, los ministros son ministros, y los demás trabajamos.

Cuando se llegó a la planta baja, las columnas humanas sostenían el palacio desde el hoyo de los cimientos. El viento hacía cimbrar más que nunca esa mole de cien pisos. Todos temieron que se derrumbara. Y todos, menos los obreros, se alejaron en cien pisos a la redonda, para que la mole no les cayera encima. De paso, esa mole ya tenía nombre: era el Gran Palacio Blanco del Generoso Hantojur. Ese nombre no se lo había puesto Hantojur. En su modestia, había preferido que otro bautizara el palacio, y había ordenado a un ministro que le pusiera ese nombre.

Todos los presentes, pues, miraban el piso cien para ver si oscilaba mucho, todos menos los que estaban abajo sosteniendo la planta baja. Pero el piso cien no se movía. Se movían, en cambio, la planta baja y los cimientos. El Gran Palacio Blanco del Generoso Hantojur crujía. Todos pensaron que se vendría abajo. Pero el palacio no se vino abajo, sino que se fue arriba. En medio de una gran polvareda, se hundió poco a poco en el cielo: vigas, ladrillos, columnas, cornisas y ventanas. Primero el cien, luego el noventa y nueve, después el noventa y ocho, todos los pisos cayeron hacia arriba. El caprichoso Hantojur chillaba y berreaba. Los arquitectos no sabían cómo explicarle.

—Es sencillo—comentó un albañil—: cuando se construye al revés, hay que cavar cimientos en el cielo. De lo contrario, el edificio no se sostiene.

El Gran Palacio Blanco abrió un gran hoyo en el cielo. Hoy pocos recuerdan a Hantojur por el palacio. Muchos conocen el Hoyo Negro del Cielo, pero ni se acuerdan de que adentro están las ruinas del palacio.

Dicen que Hantojur tuvo una rabieta tan

grande por el derrumbe que se puso a saltar bajo el palacio que caía hacia arriba. Saltó tanto que también él cayó en el Hoyo Negro del Cielo. Otros, dicen que ese mismo día fue derrocado por Ambiciano I, que le sucedió en el trono y era un poco menos loco que

Hantojur. Otros dicen que Ambiciano I era el mismo Hantojur, que se cambió el nombre de pura vergüenza. Y otros dicen que otros dicen que otros requetedicen —dijo el viejo Grul—, pero yo ya he dicho bastante y no diré nada más.

© 1986, Carlos Gardini.

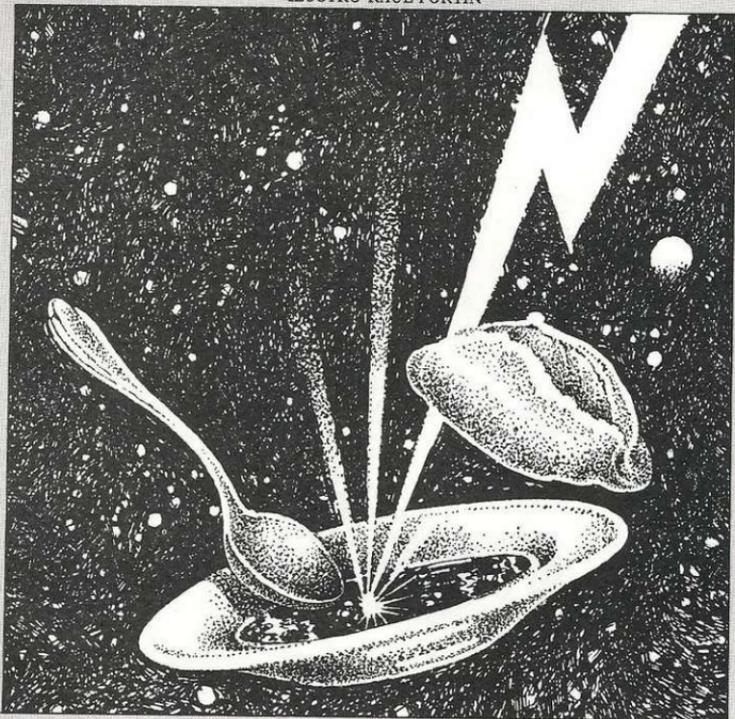


Pablo Capanna

¿Cómo, dónde y cuándo se originó la vida? Las hipótesis científicas más importantes de este siglo, desde la "panspermia" de Svante Arrhenius hasta el "universo inteligente" de Fred Hoyle.

EL MITO DE LA SOPA PRIMORDIAL

ILUSTRO RAUL FORTIN



"En aquellos días primordiales, los relámpagos y la luz ultravioleta del Sol descomponían las moléculas simples de la atmósfera primitiva, ricas en hidrógeno, y sus fragmentos se recombinaban espontáneamente, dando moléculas cada vez más complejas. Los productos de esta primera química se disolvían en los océanos, formando una especie de sopa orgánica cuya complejidad crecía paulatinamente, hasta que un día, por puro accidente, nació una molécula que fue capaz de hacer copias bastas de sí misma, utilizando como bloques constructivos otras moléculas de la sopa."¹

Hierático pero deportivo, solemne y displicente como conviene a un evangelista de la Ciencia, Carl Sagan recita así desde las pantallas la más reciente versión del mito cosmogónico. Nada falta de lo que había en los mitos arcaicos: ni el introito ritual (*in illo tempore...*) ni los clásicos truenos y relámpagos. En el caldero tibio de una oquedad rocosa, batida por la resaca de un mar ancestral, la materia inerte, sometida a cocciones y fermentaciones alquímicas, se organiza y da a luz la Vida.

Pero hay algo que se diferencia de los viejos mitos: esta Sopa no tuvo Cocinero ni Receta, sólo causas mecánicas. En efecto, desde la Ilustración, es de buen tono admitir que la sopa se cocinó sola, produjo su propia receta, y acabó enlatándose a sí misma. Los autores de la vida son el Azar, que

supo organizar esos mismos elementos que la entropía condenaba a la dispersión, y la Necesidad, que mediante una selección natural que niega por segunda vez la entropía, inició ese proceso que culminaría en Carl Sagan y nosotros.

Nadie parece estar más seguro que los divulgadores. Si queremos actitudes más dubitativas, tendremos que ir de los distribuidores del conocimiento a los propios productores: los científicos. Como buen divulgador, Sagan expone el paradigma oficial, la "ciencia normal", intensamente cuestionada en estos tiempos revolucionarios, en cuyas fronteras reaparecen viejos enigmas.

Aun el más ortodoxo exponente de esa "ciencia normal", Jacques Monod, es mucho menos enfático que Sagan cuando llega a este tema: "Se puede considerar pues como *probado* -afirma- que en un momento dado sobre la Tierra algunas extensiones de agua *podían* contener en solución concentraciones elevadas de los constituyentes esenciales de ambas clases de 'macromoléculas' orgánicas, los ácidos nucleicos y las proteínas. En esta sopa prebiótica, diversas macromoléculas podían formarse por polimerización... Pero la primera etapa decisiva no está franqueada: la formación de macromoléculas capaces, en las condiciones de la sopa primitiva, de promover su propia replicación sin el auxilio de ningún aparato teleonómico."²

INGREDIENTES PARA UNA SOPA HIDROGENADA

El modelo de la "sopa orgánica" se popularizó a partir de los clásicos experimentos realizados por Stanley Miller en 1952-53, en busca del origen de la vida.

La "generación espontánea" (una idea mágica que atribuía la formación de ranas al agua estancada y las moscas a la carne putrefacta) había sido criticada en los siglos XVII y XVIII por Redi, Joblot, Spallanzani y Schwann. Después de que fuera espectacularmente refutada por Pasteur en el siglo pasado, el axioma *omne vivum ex vivo* (todo lo viviente procede de otra vida) se impuso entre los biólogos.

Hacia 1920, volvieron a hablar de generación espontánea el inglés J. B. S. Haldane y el soviético A. I. Oparin. Desde Darwin, se sabía que la edad de la Tierra era mucho mayor de lo que se creía, y que la composición de su atmósfera también había evolucionado. Oparin pensaba que, al aparecer la vida, la atmósfera no contenía oxígeno sino amoníaco, metano y vapor de agua. Haldane agregó a esta fórmula una elevada cantidad de hidrógeno, lo cual según parece hoy correspondería a una etapa posterior. Ambos sugerían que, si bien la generación espontánea resultaba actualmente imposible, las condiciones primitivas podrían haberla permitido en alguna charca cálida a orillas del mar, se ha-

brían dado las infinitas combinaciones necesarias, durante el tiempo necesario, para que surgiera la primera molécula orgánica.

Puesto que la cuestión del origen de la vida está muy ligada a la del sentido de la vida, no puede hacerse caso omiso de los supuestos filosóficos que llevan a unos a empeñarse en demostrar que la vida es fruto del azar y a otros a insistir en la necesidad de una intervención inteligente exterior: Pasteur era católico, mientras que Haldane y Oparin eran marxistas. Mientras el primero creía en un Dios creador, los segundos creían, junto con Engels, que la vida es una forma del movimiento, y que el movimiento es la propiedad esencial de la materia.

Haldane y Oparin formularon pues la hipótesis de unas condiciones ambientales distintas, que podían haber dado lugar a reacciones actualmente improbables, y un tiempo suficiente para permitir todas las combinaciones: sin olvidar el supuesto filosófico de una materia activa por sí misma, que fuera capaz de organizarse.

En 1947, otro creyente, el biofísico Lecomte du Noüy, intentó dar una respuesta creacionista a Haldane y Oparin, recurriendo a la estadística. En su libro *El destino humano* (1947) se apoyó en los cálculos del físico suizo Charles E. Guye, para determinar el número de combinaciones que serían necesarias para formar, partiendo de los elementos básicos, una sola molécula orgánica. Eli-



Arrhenius

gió una proteína relativamente simple (con un peso molecular inferior al de la albúmina de huevo) y calculó la probabilidad de que ella se formara al azar. Llegó así a la imposible cifra de $2,02 \times \frac{1}{10^{321}}$. La canti-

dad de átomos involucrados excedía el volumen del universo einsteiniano, y el tiempo necesario sobrepasaba su duración. Con este argumento, Du Noüy intentaba apuntalar, por la vía del absurdo, un creacionismo explícito.³

En los tiempos en que Du Noüy escribía aún no se usaba el microscopio electrónico ni se conocía la estructura de los ácidos nucleicos. El descubrimiento de la estructura del ADN (Watson y Crick, 1953) y el desciframiento del código genético (Monod, Lwoff y Jacob, 1963) darían un giro dramático a la cuestión; el código venía a añadir a la "sopa orgánica" una Receta explícitamente incorporada en cada una de sus unidades.

Ahora habría que explicar no solamente la composición inicial de la "sopa" sino la aparición del "aparato teleonómico", el soft-

ware que permite a cada célula autoduplicarse. Watson y Crick se convertirían así en los "Newton de la hoja de hierba" que había profetizado Kant: las cadenas del ADN y el ARN eran las constantes universales de la materia viviente.

Pocos años antes de que esto ocurriera, el químico Harold Urey (un premio Nobel que solía hacerle la vida imposible a Isaac Asimov) propuso a uno de sus candidatos al doctorado, Stanley Miller, que intentara reproducir la atmósfera arcaica de Haldane y Oparin, y estudiara la posibilidad de una síntesis orgánica.

Miller introdujo metano, amoníaco, hidrógeno, monóxido y dióxido de carbono (una mezcla de ambas "atmósferas") en un recipiente donde los gases eran mantenidos en movimiento mientras se los bombardeaba con descargas eléctricas de 60.000 voltios, simulando los relámpagos de la atmósfera primitiva. A los pocos días, obtuvo un líquido rosado, que luego se fue oscureciendo; en él pudo identificar dos aminoácidos: glicina y alanina. Estas moléculas "orgánicas" (esto es, pertenecientes a la química del carbono) son dos de los veinte "ladrillos" básicos con que se construyen las proteínas. Experiencias posteriores, con otras mezclas de gases y otros aditivos (por ejemplo rocas calentadas al rojo) permitieron hallar más aminoácidos formados por polimerización: valina, histidina, triptófano y fenilalanina. Sin embargo, como obser-

va Francis Crick, no es seguro que la atmósfera de esos tiempos fuera tan reductora (rica en hidrógeno), pues el H tiende a escaparse de la atmósfera. En las "sopas orgánicas" preparadas con recetas distintas a la de Miller, cuando hay oxígeno no aparecen sustancias orgánicas, y algunas mezclas de gases producen más aminoácidos cuando no interviene el hidrógeno en la mezcla.

Decir que Miller obtuvo "materia orgánica" es un poco optimista, puesto que se trata de moléculas que se componen de una docena de átomos, mientras que una proteína es una estructura compleja que se forma con varios centenares. Hasta ahora, nadie ha sido capaz, por este procedimiento, de producir una proteína; mucho menos, un trozo de ADN o un virus. Se supuso que si los hidrocarburos podían combinarse al azar para formar aminoácidos, éstos a su vez acabarían por agruparse en proteínas, aunque este paso no ha sido verificado. Pero de allí a suponer que un buen día una molécula aprendió a duplicarse, creando un programa informático similar al ADN, hay un salto muy grande, que sólo la fe del materialista puede dar. Sería como imaginar un caldo de pollo (según Leslie Orgel, ésa es la densidad de la "sopa orgánica") que no sólo genera sus propios fideos, convirtiéndose en "sopa de letras", sino que esas letras se disponen al azar para escribir su propia receta.

El astrofísico Fred Hoyle es radical al respecto: la "sopa prebiótica" es una

“La vida como un fenómeno universal: según esta hipótesis, los primeros aportes genéticos habrían llegado del espacio exterior.”

hipótesis aceptable, aun cuando su composición pudo haber sido otra. Pero creer que la mera agregación de moléculas haya desembocado en un lenguaje tan complejo como el del código genético, es lo mismo que suponer que un huracán que se abate sobre un depósito de repuestos nos arme un Boeing 747 en condiciones de vuelo. Las posibilidades en contra de que esto ocurra son casi tan altas como las que calculaba Lecomte du Noüy.⁴

Pese a todo, la cuestión está hoy mejor encuadrada: ya no cabe el planteo de Du Noüy, que implicaría armar el Boeing a partir de simples minerales. La "sopa" de aminoácidos está razonablemente explicada pero todavía nos falta dar el salto hasta la molécula reduplicadora, como el propio Monod admite.

LA RECETA ORIGINAL

Quien reconsidera el tema de la generación espontánea y la sopa prebiótica en un libro reciente⁵ es nada menos que Francis Crick, uno de los descubridores de la espiral del

ADN; pero tras analizar todas las implicancias del problema acaba dándose por vencido, y lo que es peor, recurre al *deus ex machina*.

La pregunta de Crick recuerda la cuestión aristotélica del huevo y la gallina. Sólo que ahora la pregunta se formula de otra manera: ¿quién vino primero, el ácido nucleico o la proteína?

Tras analizar sus características estructurales, Crick descarta el ADN y las proteínas como originarios, y se inclina por el ARN. Pero aquí también encuentra enormes dificultades.

El ADN y ARN son cintas uniformes donde se repite al infinito una misma secuencia: azúcar (ribosa o desoxirribosa) y fosfato. Cada azúcar se liga con una de las cuatro bases nitrogenadas: adenina, timina, citosina y guanina. El orden y la frecuencia de estas cuatro "letras" constituye un "lenguaje" que permite registrar toda la información necesaria para construir un organismo completo. El ARN, cuyo alfabeto tiene una letra distinta, "traduce" este mensaje como instrucciones que permiten armar alguno de los veinte aminoácidos, con los cuales se ensamblan las proteínas.

El problema de cómo la primera cinta de ácido nucleico pudo haberse construido al azar es complejo: por empezar, el azúcar y el fosfato deberían ligarse de la manera correcta (y hay muchas formas incorrectas posibles), y luego el compuesto necesitaría tomar energía de otros fosfatos;

no es fácil imaginar cómo pudo hacerse esto último, en una mezcla de otros compuestos muy similares.

Aun cuando el azar nos diera, por una sola vez, una cinta de ARN, ésta sería una secuencia aleatoria de bases, y para que haya selección natural tiene que existir un mecanismo de copiado razonablemente preciso. Crick concluye que "parece casi imposible asignar cualquier valor numérico a la probabilidad de algo que parece ser una secuencia muy singular de eventos" (op. cit., pág. 87). "Siendo honestos, y aun armados de todo el conocimiento actualmente disponible, sólo podemos admitir que, en cierto sentido, el origen de la vida aparece por ahora como un milagro: tantas son las condiciones que supone" (pág. 88).

Cualquier cálculo de probabilidades sobre el origen de la vida cae, según Crick, en una suerte de *falacia estadística*. Se trata de un razonamiento *ex post facto*, porque la vida es un hecho, y en algún momento comenzó. En un juego de naipes, para saber qué probabilidad tenemos de que salga una determinada combinación de cartas, debemos decidir por adelantado qué esperamos. Si, tras barajar, en la primera mano aparece la combinación improbable, ella no nos dice nada acerca de la probabilidad de que esto vuelva a ocurrir.

EL RETORNO DE LA PANSPERMIA

Tanto la hipótesis creacionista como la aleatoria



Crick

desembocan en posturas filosóficas que remiten más allá de la ciencia, aunque sin ellas los científicos (tanto creyentes como ateos) carecerían de motivación.

Por otra parte, ambas adolecen de un cierto geocentrismo; creyentes y ateos no parecen haber asumido la revolución copernicana: se empeñan en imaginar la biosfera terrestre como un sistema cerrado en el cual, o bien intervino directamente la inteligencia divina, o bien todo debe ser explicado por las infinitas permutaciones de un número finito de elementos.

Entre ambas posturas existe una *via media* que parte de concebir a la vida como un fenómeno universal, no necesariamente limitado a la tierra; según ésta, los primeros aportes genéticos habrían llegado desde el espacio exterior.

Desde un punto de vista filosófico, se puede argumentar que con esto no se hace más que desplazar el problema, pues de probarse que la vida proviene de otros mundos habría que explicar si allí se originó por creación o azar. El ar-

gumento es válido, pero desde el punto de vista científico, que por esencia se niega a tratar cuestiones-límite, la hipótesis de la vida venida del espacio tiene la ventaja de ser *falsable* o susceptible de corroboración.

No hay nada nuevo bajo el sol, salvo lo que se había olvidado. La hipótesis a que aludimos fue expuesta por primera vez en 1908, en el libro *Mundos en formación*, del químico sueco Svante Arrhenius (1859-1927), quien la llamó "panspermia".

A comienzos de siglo, Arrhenius especulaba que los microorganismos y ciertas plantas forman esporas que son llevadas por el viento a gran altura: algunas de ellas podrían escapar a la atracción terrestre y, empujadas por la presión solar, diseminarse en busca de otros mundos aptos. De la misma forma, la vida podría haber llegado a la Tierra.

En tiempos de Arrhenius no se conocían algunas dificultades que hoy pueden plantearse a la supervivencia de las esporas en el espacio, como la intensa radiación cósmica y la acción del "viento solar". Su idea fue archivada como una hipótesis curiosa, y recién hoy parece haber vuelto a tomar verosimilitud por obra de Francis Crick y Fred Hoyle. Como se trata de figuras de primerísima línea del mundo científico, sus argumentos merecen ser escuchados.

Tras analizar la improbabilidad del surgimiento de la vida por azar, Crick se inclina decididamente por una hipótesis que concibió

junto con Leslie Orgel, otra indiscutida autoridad en este campo: la llama "panspermia dirigida".

Crick parte de la uniformidad de la bioquímica, que sugiere un origen común y único: la vida terrestre tiene un solo código genético para todas las especies (aunque esto hoy no parece tan seguro); las moléculas orgánicas son asimétricas, lo cual sugiere que no fueron hechas para estar aisladas; en particular, los aminoácidos son todos levógiros (orientados hacia la izquierda).

Sin negar la preexistencia de un "caldo orgánico" de aminoácidos, Crick no encuentra otra solución que proponer que el factor organizador (el código mismo) les llegó desde el espacio exterior.

Persisten, sin embargo, las dificultades que acosaban la hipótesis de Arrhenius: las condiciones físicas que impedirían a las esporas sobrevivir en el espacio. Crick intenta eludirlas suponiendo que los primeros aportes genéticos habrían llegado a la Tierra en un vehículo cerrado, un "cohete" enviado por alguna civilización extraterrestre. Crick examina con toda seriedad esta hipótesis de ciencia ficción, analizando cuál sería la forma de vida más idónea para enviar, la propulsión de la nave, etcétera.

Crick es un agnóstico, y recrimina a las religiones superiores por extasiarse con "los poderes ilimitados de Dios" y no atinar a concebir, como Pascal, la magnitud de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño (pág. 25). Es bas-

“Cada salto de la evolución se explicaría por el aporte de virus y otros materiales genéticos venidos del espacio exterior.”

tante escéptico con respecto a la cultura actual: observa que una gran cantidad de personas se interesan superficialmente por la ciencia, pero ello no parece afectar su cosmovisión: el fútbol y el entusiasmo suscitado por los viajes del Papa —se queja— son una muestra de cuánto camino nos falta recorrer aún.

Crick no es pues un creacionista; llega a la panspermia tras haber agotado las posibilidades del paradigma vigente, pero acaba sugiriendo una hipótesis tan aventurada como las de Von Daniken, a quien repudia. En realidad, está proyectando sobre la especie humana los planes de "terraformación" que Adrian Berry o Carl Sagan proponen para que sembremos de vida terrestre a Venus o Marte; incluso alude a la posibilidad de utilizar algas verdiazuladas, como lo hace Berry.

Quizá las mejores críticas las haya recibido de su esposa. Con mucha honestidad y otro tanto de humor, Crick las reproduce: la hipótesis del cohete suena demasiado a símbolo fálico; el cohete viene a "fe-

cundar" la Tierra, y toda la historia se parece a un cuento de ciencia ficción. El sentido común de Mrs. Crick es contundente, y la panspermia dirigida es, por otra parte, totalmente inverificable.

LA REVANCHA DE FORT

Charles Hoy Fort (1874-1932) fue el precursor de todos los que hoy se dedican a los fenómenos "insólitos": fue casi tan crédulo como ellos, pero más agudo y humorista. Conocido como "el hombre que creía en los diarios"; se dedicó a recopilar pruebas para una teoría "panspérmica" en dudosos informes periodísticos, arremetiendo contra el darwinismo de un modo quijotesco. Creía que la Tierra se hallaba en el fondo de una suerte de Mar de los Sargazos cósmico, surcado por naves espaciales, de las cuales caía toda clase de objetos.⁵

En la masa de datos no explicados, inexplicables, falsos o imaginarios que componen su *Libro de los malditos* (1919) se incluyen muchos casos de sustancias orgánicas caídas del cielo, por supuesto incluyendo peces y ranas. Muchos de éstos se explican por erupciones volcánicas o tornados, pero otros siguen siendo inquietantes.

Quizá Fort sólo fuera un chillado inteligente. Pero quien hoy sostiene algo similar (una panspermia permanente, por la cual la Tierra es bombardeada constantemente por materia orgánica) es una personalidad científica mucho más respetable: Fred Hoyle. Pocos, como él, pueden

decir con toda autoridad que "hay dos doctrinas básicas sobre el origen del universo, la del Big Bang y la mía". Efectivamente, durante mucho tiempo a la teoría del Big Bang que atribuía un comienzo al cosmos, se le opuso la del Estado Estacionario (*steady-state*) formulada por Hoyle, Herman Bondi y Thomas Gold en 1948: postulaba un universo estable, donde la expansión era compensada por una constante creación de materia. Con el tiempo, la teoría ha perdido crédito, aunque la hipótesis más reciente, la de los "pequeños Big Bangs" ha surgido del campo abierto por Hoyle.

Hoyle es inglés, aunque trabaja en los EE.UU.; también es conocido fuera de la astrofísica por su actividad como escritor de ciencia ficción: su más conocida obra es *La nube negra*, donde imaginó una forma de vida energética casi omnipotente.

En su libro *El universo inteligente* Hoyle critica la hipótesis del caldo primordial, que habría originado la vida por azar. Recurriendo a una argumentación similar a la de Lecomte du Noüy, compara el proceso con el popular "cubo mágico" de Rubik: para resolverlo a ciegas, habría que hacer 50^{18} movimientos (lo cual insumiría trescientas veces la edad de la Tierra) mientras que un jugador inteligente tarda menos de una hora.

Hoyle retoma la crítica del darwinismo: entiende que le hace jugar a la selección natural el papel de un "demonio de Maxwell" capaz de obtener en un siste-



Hoyle

ma cerrado efectos que físicamente sólo pueden explicarse por una intervención exterior. Darwin habría probado el *hecho* de la evolución, lo cual en su tiempo ya se había comenzado a admitir, pero le dio una explicación mecanicista inspirada en Malthus, Spencer y el espíritu del capitalismo salvaje. Así como los utilitaristas y Adam Smith explicaban que del choque de intereses egoístas nacería el bienestar general, el darwinismo intentaría mostrar cómo del desorden inicial nace el orden.

La versión neodarwiniana hecha por Monod, que ya debía dar cuenta del código genético, se mantendría dentro del mismo paradigma, explicando el origen de las variaciones por los errores de transcripción del mensaje cifrado. De ser así, la tasa de errores debería ser elevada, para poder aplicar la selección natural, pero ello no ocurre. En definitiva, lo que no se explica es de dónde procede ese "demonio de Maxwell" que es capaz de introducir en un sistema que físicamente tiende a la degradación de la energía, la infor-

mación, concebida como entropía negativa.

Hoyle va a sostener que la doble hélice del ADN se ha formado por acumulación de genes ya ensamblados que llegaron sucesivamente del exterior de la Tierra para integrarse en estructuras cada vez más complejas. Tendríamos así una panspermia generalizada y permanente, donde tanto el origen de la vida como cada salto de la evolución se explicaría por el aporte de virus y otros materiales genéticos venidos del espacio.

Queda aún el argumento esgrimido contra Arrhenius, y que Crick soslaya: las dificultades que ofrece el espacio cósmico. Ocurre que ahora, según Hoyle, poseemos mayores evidencias y, según parece, la hipótesis se sostiene mejor.

Ante todo, para llegar a la Tierra los microorganismos tienen que haber seguido trayectorias oblicuas que les permitieran alcanzar órbitas de frenado, para descender lentamente a la superficie terrestre sin quemarse en las capas atmosféricas: esto es posible, si se supone un tiempo muy extenso y un aporte constante de microorganismos.

¿De dónde proceden éstos? Hoyle y el científico hindú Chandra Wickramasinghe han venido trabajando en distintas hipótesis, especialmente la composición del polvo interestelar, que presentaría características espectrográficas que recuerdan las de una colonia de bacterias.

También los cometas resultan posibles vectores de vida, gracias a su periódico

paso por las cercanías de la Tierra; el físico estadounidense A. H. Delsemme señala que la mayoría de los cometas se componen de los mismos elementos que la vida (H, N, C y O); pero para Issac Asimov, esta suposición "no puede ser tomada en serio".⁷

Sin embargo, el medio más interesante siguen siendo los condritos carbonosos, una variedad de meteoritos en los cuales ya se han encontrado evidencias de importancia, en forma de microfósiles.

La cuestión de los condritos carbonosos se abrió en 1961, cuando Claus y Nagy estudiaron al microscopio muestras de un meteorito caído en 1864 sobre la ciudad francesa de Orgueil. "Orgueil" significa "orgullo", y el hecho de que allí se hallaran muestras de vida parecía una broma "forteana" que venía a golpear el orgullo del darwinismo en sus propios comienzos.⁸ Tanto en el meteorito de Orgueil como en el de Ivona (Tanzania, 1938), Claus y Nagy observaron formas hexagonales provistas de "trompas" que calificaron como "elementos organizados".

La comunidad científica cayó sobre ellos, atribuyendo los microfósiles a la contaminación terrestre, y casi nadie salió en su defensa, con la excepción de Harold Urey. El hecho es destacable porque, siendo Urey el padre de la "sopa" de Miller, su actitud fue de una objetividad ejemplar.

Olvidado el caso de Orgueil, en 1980 hubo que reabrir la causa de la vida extraterrestre, esta vez con evidencias más contundentes.

**“La
incorporación de
palabras sueltas a un
mensaje ya
estructurado,
enriquece el
vocabulario de la vida
terrestre y explica los
saltos cualitativos de
la evolución.”**

tes. El alemán Hans Pflug, estudiando muestras del meteorito de Murchison (Australia, 1961) encontró una completa serie de evidencias que incluían aminoácidos (levógiros, tales como los que conocemos) y una bacteria fósil conocida en la Tierra: el *pedomicrobium*, un microorganismo oxidante, que se alimenta de sustancias ferrosas.

En adelante, difícilmente podrá negarse que haya rastros de vida en los meteoritos. Además, conocemos mejor la resistencia de los microorganismos, y ya no se descarta que puedan sobrevivir a las duras condiciones del espacio. Según lo documenta Hoyle, conocemos bacterias que resisten temperaturas de 306° y esporas que soportan 250° bajo cero. La bacteria *pseudomonas* se ha desarrollado en el interior del reactor nuclear Omega West (U.S.A.), sobreviviendo a niveles de radiación letales para cualquier otra forma de vida. Por último, la NASA reveló que en una cámara del vehículo no tripulado Surveyor III, defectuosamente esterilizado, se encontraron bacterias vivas.

Al ser rescatada la cámara por la tripulación de la Apolo 12, en 1969, se hallaron estreptococos que habían permanecido sin aire, sometidos a saltos térmicos y radiaciones, durante dos años.

La hipótesis de Hoyle no descarta la selección natural, simplemente la considera como uno de los mecanismos de la evolución, aunque no el más importante. El motor de la evolución sería el aporte periódico de material genético proveniente del espacio.

Los virus, que en esta teoría llegan a la atmósfera como una precipitación "forteana", quedan atrapados en las nubes, para caer a tierra con las lluvias. Provocan enfermedades en los organismos; cuando los organismos se inmunizan, han incorporado parte del ADN de aquéllos, quedando así "reprogramados". Esta incorporación de palabras sueltas a un mensaje que ya está estructurado, enriquece el vocabulario de la vida terrestre y explica los saltos cualitativos de la evolución. Según Hoyle y Wickramasinghe, los virus formarían así "seudogenes" en nuestros cromosomas; ello vendría a explicar la elevada redundancia (95%) de la información contenida en el ADN humano.

Según Hoyle, los microorganismos más primitivos, como los virus, están adaptados para la supervivencia en el espacio, lo que probaría su origen, mientras que los organismos multicelulares se han "ensamblado" en la Tierra, por lo cual no pueden resistir aquellas condiciones.

Hoyle también se pregunta por qué las plantas son verdes, y rechazan la parte del espectro solar más rica en energía, cuando serían mucho más eficientes de color negro. A su criterio, una "ineficiencia" así bastaría para refutar las teorías de la adaptación y la selección natural, y permitiría suponer que las primeras células vegetales (o sus códigos) llegaron de otro sector del espacio. Invadiendo audazmente campos ajenos, Hoyle y Wickramasinghe estudiaron la difusión de una epidemia de gripe en varios internados británicos, para probar que la infección caía en forma perpendicular, junto con las lluvias, en lugar de difundirse por simple contagio (pág. 129); sus conclusiones probablemente dejarán insatisfechos a los epidemiólogos, y constituyen una de sus pruebas menos convincentes.

Hoyle, que es un decidido adversario de los OVNI's, afirma haber dado apoyo moral al programa de búsqueda de inteligencia extraterrestre (SETI) que auspicia Carl Sagan, aunque desestima sus posibilidades de éxito. Considera que los partidarios del SETI, incluyendo a Sagan, están demasiado aferrados a la idea de la "sopa primordial" y al neodarwinismo para poder pensar en escala cósmica; sólo imaginan "bolsones" de vida planetaria en lugar de un continuo biológico universal.

La ciencia no es una colección de hechos, sino de hipótesis corroboradas por los hechos, aunque a veces los mismos hechos puedan



Sagan

corroborar hipótesis distintas. Es común que los científicos busquen aquellos hechos que sirvan para probar las hipótesis que son congruentes con el paradigma teórico aceptado; el margen de "novedad" que se permite es generalmente escaso, salvo en épocas de crisis de los modelos o en vísperas de una revolución científica. Las experiencias que se hacen, por lo general no son aquellas que eventualmente "falsearían" la teoría. Esta no se sostiene sólo por las evidencias experimentales sino apoyándose en supuestos ajenos a la ciencia pura: los "intereses creados" de la comunidad científica o las creencias filosóficas o ideológicas. Estas últimas no siempre son negativas, sino operan como "ideas reguladoras" que orientan la búsqueda: así ocurrió durante siglos con la hipótesis del átomo.

El paradigma neodarwiniano, con su "sopa primordial", ha vedado implícitamente experiencias que podrían haber arrojado resultados distintos. Así, Crick lamenta que na-

die haya intentado todavía cultivar bacterias en un "caldo" elaborado con la técnica de Urey-Miller: esto permitiría probar la viabilidad de su propia hipótesis. Hoyle se queja de que se hayan diseñado las costosas experiencias Viking para detectar las posibilidades de vida en Marte, y no haya fondos para investigaciones en la alta atmósfera, donde sin embargo se han encontrado bacterias entre los 50 y 75 kilómetros de altitud. Añade que incluso las sondas Viking podrían haberse probado en un valle seco de la Antártida para verificar su eficacia antes de mandarlas a Marte.

Al cabo de todos los cuestionamientos del paradigma neodarwiniano, el origen de la vida sigue siendo un problema, tanto científico como filosófico. El "creacionismo" fundamentalista surgido recientemente en EE.UU. lleva el debate al terreno puramente ideológico, y aleja las posibilidades de una reflexión madura. Por otra parte, los divulgadores del neodarwinismo, como Sagan y Asimov, usan a menudo argumentos demagógicos, erigiéndose en voceros de la Ciencia y descalificando a sus adversarios como ciegos e ignorantes. Si en lugar de machacar constantemente con la historia del obispo Ussher cotejaran sus ideas con las de figuras de la talla de un Teilhard de Chardin, la polémica sería distinta; lo contrario es como juzgar a la ciencia a partir de las creencias del ordenanza que barre los laboratorios.

Sin embargo, hay un dato optimista en toda esta polémica. Al parecer, los científicos, que en la iconografía popular encarnan la objetividad y el ascetismo de la Razón, se atreven ahora a presentarse tan humanos como cualquiera, mostrando sus "prejuicios", sus supuestos, sus indemostrables creencias: sus personalidades humanas. Es notable que, en estos tiempos de eclipse de la filosofía, los científicos se atreven a declarar sus creencias filosóficas, poniendo en juego su saber científico para sostenerlas y exponiéndose a la crítica, pero actuando en fin como seres humanos integrales.

Que los científicos tienen supuestos filosóficos, es sabido desde siempre: lo importante es que lo digan. Esto es algo que parece manifestarse en el debate de un problema-límite como éste. Pasteur era creyente, Haldane y Oparin, materialistas. Monod no esconde sus figuras tutelares: Demócrito y Albert Camus, pero tras haber usado la bioquímica para mostrar que el hombre es "una pasión inútil" al estilo sartreano, concluye haciendo profesión de fe socialista: una incongruencia muy humana porque, en rigor, en un mundo absurdo cualquier creencia daría igual.

Por su parte, Wickramasinghe ha declarado, en *El Correo de la UNESCO*, que la teoría panspérmica satisface mejor sus creencias como budista. El universo continuo y eterno de las *Upanishads* se corresponde con el modelo astrofísico del "estado estacionario"; de la misma manera, el

“Hoyle no vacila en atribuir características divinas a las inteligencias superiores que han creado la vida basada en el carbono.”

universo del Big Bang está más vinculado con la tradición creacionista judeocristiana, y aquí el modelo de la "sopa primordial" no ha hecho más que reemplazar a Dios por el Azar.

Cuando los científicos salen del estricto campo de los hechos y las fórmulas, su propio lenguaje traduce sus actitudes: resulta imposible dejar de "personificar" a la Naturaleza o al Azar. Así ocurría con Darwin, quien hablaba de la "selección natural que día a día, hora tras hora, a lo largo y a lo ancho del mundo, examina las mínimas variaciones, desechando las malas y preservando las buenas, trabajando silenciosa e insensiblemente... en el mejoramiento de cada ser orgánico..."⁹

Tampoco Monod, que afirma su voluntad de romper con los últimos resabios del animismo, puede dejar de personificar cuando habla de ciertas "elecciones" que se dan en el curso de la evolución, como si hubiese un sujeto que eligiera.¹⁰

Crick es escéptico, pero ante la imposibilidad de re-

solver el problema no halla nada mejor que transferirlo fuera de la Tierra, donde quizás el azar pudo haber funcionado, y encomendar-se a "inteligencias superiores".

Quien resulta más explícito es Hoyle, que elabora una especie de "teología" politeísta, e imagina un Dios inmanente a la manera de Hegel o Samuel Alexander.

Desde el prólogo de su libro, Hoyle califica de "nihilista" la cosmovisión según la cual la vida, y el universo, carecen de objetivo; es el camino que lleva al holocausto nuclear. Puesto que la alternativa (admitir que la biología terrestre depende de fuerzas exteriores a la propia Tierra) tiene connotaciones "religiosas", los nihilistas se cierran a esa posibilidad, "más preocupados por evitar un retorno a los excesos religiosos del pasado que por mirar cara a cara la verdad".

En otro pasaje, afirma: "Si en el origen de la vida participó una inteligencia, dicha inteligencia debía ser verdaderamente grande, como sospecho que así lo reconoce el instinto religioso que todos llevamos adentro; el instinto que albergamos en alguna región remota de nuestra conciencia" (pág. 161). No vacila, pues en atribuir características divinas a las inteligencias superiores que han creado la vida basada en el carbono, y llamar "Dios" a una inteligencia que desde el remoto futuro (o desde la eternidad, diríamos) "ve" el desarrollo de los acontecimientos y su sentido: un

dios *in fieri*, que "existe sólo en virtud del apoyo que recibe del universo". Hoyle parece sorprenderse al comprobar que las primeras se parecen a las divinidades griegas, y la segunda al Dios judeocristiano; aunque, en realidad, se asemeja más al Primer Motor inmóvil de Aristóteles, transferido al futuro y convertido en Fin Último.

El credo de Hoyle ya había sido expuesto muchos años atrás, en un pasaje de su novela *La nube negra*. Allí, una entidad energética dotada de una inteligencia infinitamente superior a la humana, meditaba así: "De una manera grosera la religión convencional, en la forma que muchos humanos la aceptan, es ilógica, en su tentativa de concebir entidades que se encuentran fuera del Universo. Ya que el Universo comprende todo lo que existe, es evidente que no puede haber nada fuera de él. La

idea de un "dios" creando el Universo es un absurdo mecanismo claramente derivado del hecho de que el hombre hace máquinas... Empero, quedan muchas preguntas misteriosas. Probablemente ustedes han meditado acerca de si existe una inteligencia en más amplia escala que la vuestra. Ahora saben que sí. De una manera parecida, yo reflexiono acerca de una inteligencia en mayor escala que la mía. No existe dentro de esta Galaxia, y tampoco dentro de otras galaxias por lo que sé hasta ahora. Y sin embargo, siento que hay fuertes evidencias de que una inteligencia como la que presumo desempeña un papel superior en nuestra existencia. De otro modo ¿cómo se decide la forma en que va a conducirse la materia? ¿Cómo se determinan las leyes de vuestra física? ¿Por qué esas leyes y no otras? Estos problemas

presentan una dificultad extraordinaria, tanto que yo no he sido capaz de resolverlos. Lo que es claro, sin embargo, es que si tal inteligencia existe, no puede encontrarse limitada espacial o temporalmente de ningún modo".¹¹

Estos son los supuestos de Hoyle, que quizás sean una herencia de Olaf Stapledon. Otros científicos tienen los suyos. Pero lo más apasionante de todo esto es el redescubrimiento de la filosofía, aunque se la practique de un modo un tanto "salvaje".

La ciencia es una "aventura", como escribió Einstein, cuyo objetivo no está al alcance de la mano; en esta aventura, los cartógrafos minuciosos, los organizadores de *safaris* de fin de semana y los empresarios circenses acaban siendo mucho más ambiciosos que los auténticos exploradores.

NOTAS

¹Carl Sagan, *Cosmos* (1980); traducción de Miquel Muntaner i Pascual y María del Mar Moya Tasis; Planeta, Barcelona, 1982; pág. 30.

²Jacques Monod, *El azar y la necesidad* (1970); traducción de Francisco Ferrer Lerín; Barral, Barcelona, 1970; págs. 155-56. En la terminología de Monod, "aparato teleonómico" sería el mecanismo capaz de transmitir los caracteres que hacen la invariancia de una especie; es decir, estructuras capaces de registrar información, como el ADN y el ARN.

³Lecomte Du Noüy, *El destino humano* (1947); traducción de Carlos Foresti; Acme, Buenos Aires, 1954.

⁴Fred Hoyle, *El universo inteligente* (1983); traducción de José Chabás; Grijalbo, Barcelona, 1984. Cfr. págs. 110-111. Si suponemos que una proteína se especifica con sólo 10 tripletes, serán necesarias un millón de generaciones para hallar la copia correcta; si lo hace con 20, serán mil millones; y si lo hace con cien (como ocurre a menudo) es imposible que lo haga, porque ningún organismo se reproduce a esa velocidad.

⁵Francis Crick, *Life Itself, Its Origin*

and Nature; Simon and Schuster, Nueva York, 1981.

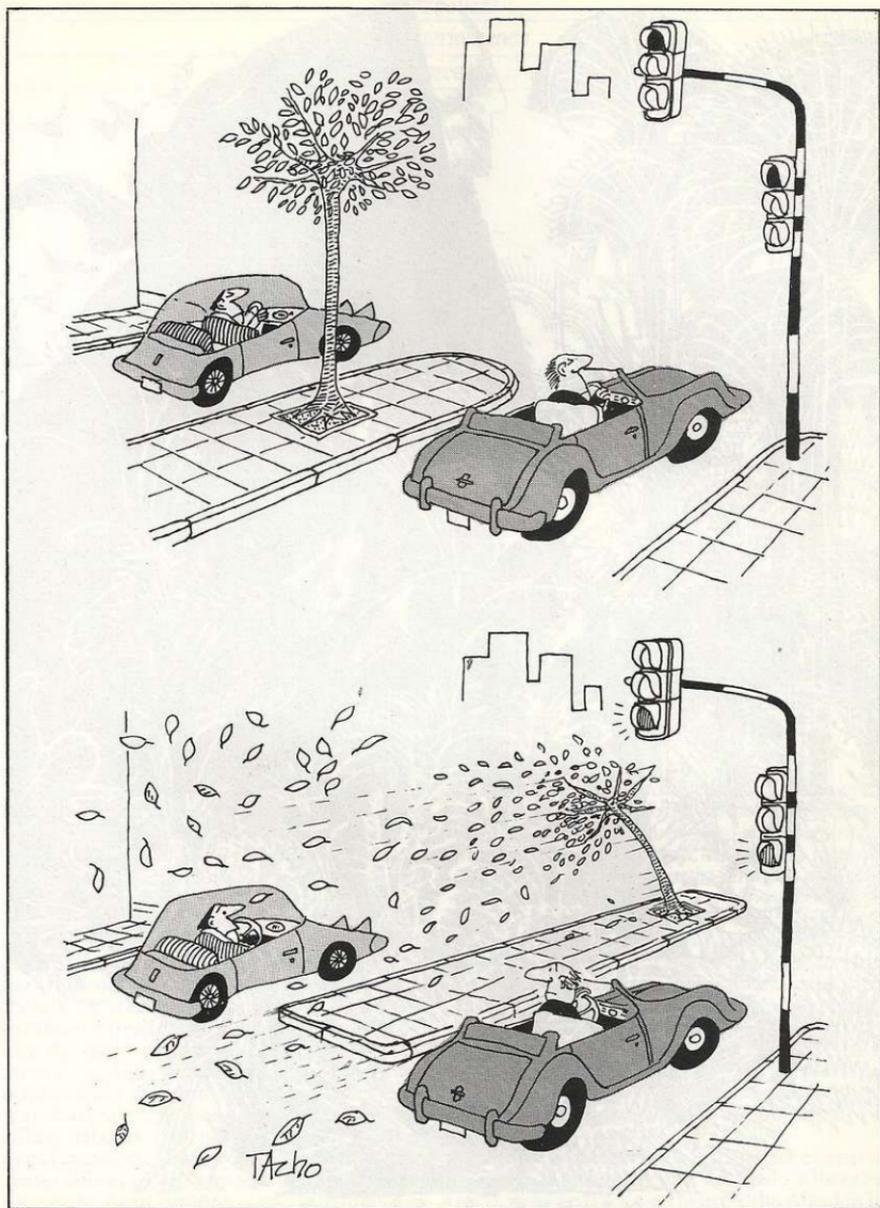
⁶Charles Fort, *The Book of the Damned*; Ace, Nueva York, 1962.

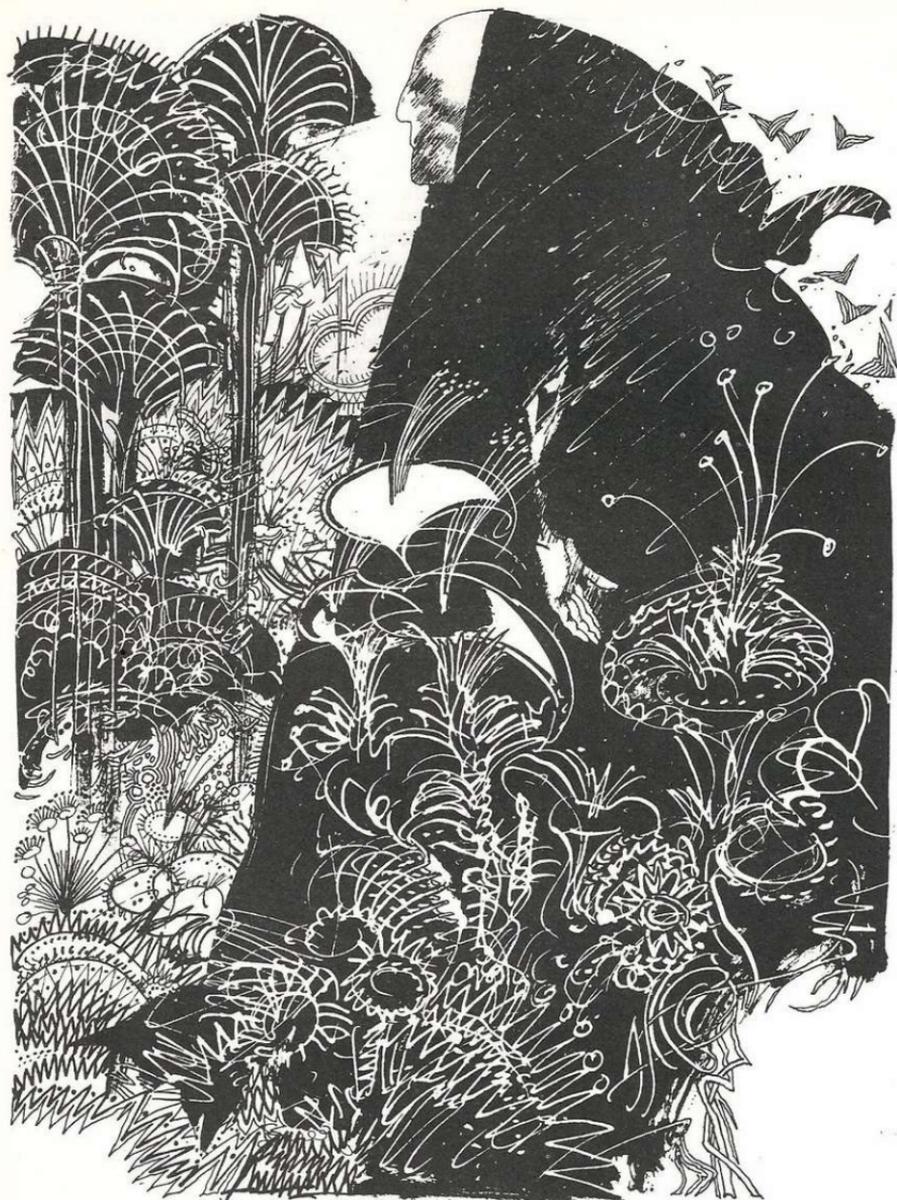
⁷Isaac Asimov, *Civilizaciones extraterrestres* (1979); traducción de Victorino Pérez; Edición, México, 1980; pág. 196.

⁸Néstor Albessard, "La plus belle histoire de l'autre monde", en *Planète* N° 5, junio-agosto 1962.

⁹Charles Darwin, *The Origin of the Species*; Mentor, Nueva York, 1958; pág. 90.

¹⁰Jacques Monod, *op. cit.*, pág. 140.
¹¹Fred Hoyle, *La nube negra* (1957); Fabril, Buenos Aires, 1961; pág. 204.





ENRIQUE BRECCIA

La belleza
y el misterio tienen
un precio.

Jack Vance

MAZIRIAN EL MAGO

ILUSTRO ENRIQUE BRECCIA

Sumido en sus pensamientos, Mazirian el Mago paseaba por su jardín. Árboles cargados de frutos embriagadores sombreaban el sendero, y las flores le hacían obsequiosas reverencias mientras pasaba. A una pulgada del suelo, opacos como ágatas, los ojos de las mandrágoras seguían el andar de sus pantuflas negras. Así era el jardín de Mazirian: tres terrazas cubiertas de extraña y maravillosa vegetación. Ciertas plantas nadaban en iridiscencias cambiantes; otras exhibían capullos palpitantes como anémonas de mar, rojos, verdes, lilas, rosados, amarillos. Aquí crecían árboles semejantes a quitasoles de plumas, árboles de tronco transparente veteados de venas rojas y amarillas, árboles con un follaje que parecía papel metálico, cada hoja de un metal diferente: cobre, plata, tantalo azul, bronce, iridio verde. Aquí retoños como burbujas aso-

maban delicadamente de hojas verdes cristalizadas, allá un arbusto mostraba mil capullos tubulares, y cada cual silbaba suavemente para transformar en música la antigua Tierra, el sol rojo rubí, el agua que empapaba el suelo negro, los lánguidos vientos. Y más allá de la valla rocosa los árboles del bosque presentaban una alta muralla de misterio. En esta hora decadente de la vida terrestre ningún hombre podía considerarse familiarizado con las hoyadas, los pantanos, los valles y precipicios, los claros reclusos, los pabellones ruinosos, los sitios amenos moteados por el sol, las gargantas y cimas, los diversos arroyos, manantiales, estanques, prados, espesuras, matorrales y peñascos.

Mazirian recorría el jardín con el entrecejo fruncido. Caminaba despacio y llevaba los brazos cruzados en la espalda. Alguien le

EL PENDULO 47

había provocado intriga, duda y un gran deseo: una deliciosa mujer que vivía en el bosque. Venía a su jardín, casi risueña, siempre cautelosa, montada en un caballo negro con ojos como cristales dorados. Muchas veces Mazirian había intentado tomarla; el caballo siempre la había alejado de sus insinuaciones, amenazas y subterfugios.

Un grito agónico atravesó el jardín. Mazirian, apurando el paso, encontró a un topo mascando el tallo de un híbrido planta-animal. Mató al merodeador y los gritos se redujeron a un jadeo sordo. Mazirian acarició una hoja velluda y la boca roja siseó de placer.

Luego la planta habló: -K-k-k-k-k-k. -Mazirian se agachó y acercó el roedor a la boca roja. La boca succión, el pequeño cuerpo se deslizó hacia el estómago-vejiga del interior. La planta regurgitó, eructó, y Mazirian observó con satisfacción.

El sol colgaba bajo en el cielo, tan opaco y rojo que se veían las estrellas. Ahora Mazirian sentía una presencia que lo observaba. Debía de ser la mujer del bosque, pues así lo había perturbado antes. Detuvo su andar, buscando la dirección de la mirada.

Gritó un hechizo de inmovilización. Detrás de él la planta-animal se puso rígida y una gran mariposa verde cayó al suelo. Dio media vuelta. Allí estaba ella, en el linde del bosque, más cerca que nunca. Y no se movió cuando él avanzó. Los jóvenes-viejos ojos de Mazirian brillaban. La llevaría a su morada y la retendría en una prisión de vidrio verde. Le sondearía el cerebro con fuego, con frío, con dolor y con alegría. Ella le serviría vino y haría los dieciocho movimientos de seducción a la luz de una lámpara amarilla. Tal vez lo estaba espiando; en tal caso, el mago lo descubriría pronto, pues no tenía amigos y debía custodiar el jardín constantemente.

Estaba a sólo veinte pasos, pero de pronto hubo un trepidar de cascos negros, ella saltó a su caballo y huyó al bosque.

El mago se arrancó la capa con furia. Ella tenía una salvaguarda -un contrahechizo, una runa de protección- y siempre venía cuando él no estaba preparado para seguirla. Escrutó las honduras penumbrosas, entrevió la palidez del cuerpo atravesando una columna de luz roja, luego una sombra negra, y ella desapareció... ¿Era una bruja? ¿Venía por propia voluntad o, más probablemente, un enemigo la enviaba para causarle inquietud? ¿Quién la guiaba, en ese

caso? Estaba el príncipe Kandive el Dorado, de Kaiin, a quien Mazirian había arrebatado el secreto de la eterna juventud. Estaba Azvan el Astrónomo, estaba Turjan... Pero no podía ser Turjan, pensó Mazirian, la cara radiante en una grata evocación... Apartó el pensamiento. A Azvan, al menos, podía examinarlo. Se encaminó hacia el taller, fue hasta una mesa donde descansaba un cubo de puro cristal, titilando en una aureola roja y azul. Tomó un gong de bronce y un martillo de plata de un gabinete. Golpeó el gong y la blanda melodía vibró en el cuarto y se perdió a lo lejos. Golpeó una y otra vez. De pronto la cara de Azvan brilló en el cristal, trnsida de dolor y terror.

-¡Detén los golpes, Mazirian! -exclamó Azvan-. ¡No golpees más el gong de mi vida!

Mazirian detuvo la mano junto al gong.

-¿Me espías, Azvan? ¿Envías a una mujer para recobrar el gong?

-No, amo, no. Te temo demasiado.

-Insisto, Azvan. Debes entregarme a la mujer.

-¡Imposible, amo! ¡No sé quién ni qué es!

Mazirian movió la mano como para golpear. Azvan derramó tal torrente de súplicas que Mazirian, con un gesto de repulsión, soltó el martillo y guardó el gong en su lugar. La cara de Azvan se esfumó lentamente, y el bonito cubo de cristal quedó en blanco como antes.

Mazirian se acarició la barbilla. Al parecer debía capturar a la muchacha él mismo. Más tarde, cuando la negra noche cubriera el bosque, buscaría en sus libros hechizos que lo protegieran en los imprevisibles cenagales. Serían hechizos punzantes y corrosivos, de tal naturaleza que uno atontaría el cerebro de un hombre común y dos lo volverían loco. Mazirian, en virtud de un ejercicio constante, podía abarcar cuatro de los hechizos más formidables, o seis de los menores.

Desechó el proyecto y fue hasta un tanque largo bañado por un caudal de luz verde. Sumergido en un fluido claro yacía el cuerpo de un hombre, siniestro bajo el resplandor verde, pero de gran belleza física. El torso se ahusaba desde los anchos hombros y las caderas delgadas hasta las piernas largas y fuertes y los pies arqueados; la cara era limpia y fría, con rasgos chatos y duros. Una melena dorada y polvorienta le rodeaba la cabeza.

Mazirian miró la cosa, que él había culti-

vado desde una sola célula. Sólo necesitaba inteligencia, y no sabía cómo brindársela. Turjan de Míir poseía ese conocimiento, y Turjan —Mazirian miró un escotillón del suelo entornando los ojos— rehusaba compartir el secreto.

Mazirian estudió a la criatura del tanque. Era un cuerpo perfecto. ¿El cerebro no podría ser pues, ordenado y obediente? Lo descubriría. Activó un dispositivo para sacar el líquido, y pronto el cuerpo quedó expuesto a los rayos directos. Mazirian inyectó una dosis mínima de droga en el cuello. El cuerpo se retorció. Los ojos se abrieron, parpadearon ante el resplandor. Mazirian retiró el proyector.

La criatura del tanque movió débilmente los brazos y los pies, como si no supiera usarlos. Mazirian observó atentamente: tal vez había dado con la síntesis correcta para el cerebro.

—¡Siéntate!—ordenó el mago.

La criatura fijó los ojos en él, y los reflejos articularon un músculo con otro. Soltó un rugido gutural y saltó del tanque a la garganta de Mazirian. A pesar de la fuerza de Mazirian, lo aferró y lo sacudió como un muñeco.

Mazirian estaba indefenso pese a su magia, pues el hechizo hipnótico se había agotado, y no tenía ningún otro en el cerebro. En todo caso, no podía pronunciar las sílabas que distorsionaban el espacio con esa manaza en la garganta.

Cerró la mano sobre el cuello de un garraón de plomo. Giró y golpeó la cabeza de la criatura, que se desplomó.

Mazirian, no del todo insatisfecho, estudió el cuerpo que brillaba a sus pies. La coordinación espinal había funcionado. En la mesa preparó una poción blanca y, alzando la cabeza dorada, vertió el fluido en la boca floja. La criatura se movió, abrió los ojos, se apoyó en los codos. La locura se le había ido de la cara, pero Mazirian buscó en vano el destello de la inteligencia. Los ojos estaban vacíos como los de un lagarto.

El mago meneó la cabeza con fastidio. Caminó hasta la ventana y su perfil meditabundo fue una silueta negra contra los paneles ovales... ¿De nuevo Turjan? En los interrogatorios más crueles, Turjan había guardado su secreto. Mazirian torció la boca delgada. Tal vez si añadía otro ángulo al pasaje...

El sol se había ido del cielo y la penum-

bra se extendía sobre el jardín de Mazirian. Los blancos capullos nocturnos se abrieron y las cautivas polillas grises aletearon de retoño en retoño. Mazirian abrió el escotillón del suelo y bajó por escaleras de piedra. Abajo, abajo, abajo... Al fin se interpuso un pasaje en ángulo recto, iluminado por la luz amarilla de lámparas eternas. A la izquierda estaban los canteros de hongos, a la derecha una maciza puerta de roble e hierro, asegurada con tres cerrojos. Abajo y adelante los escalones de piedra continuaban hundiéndose en la negrura.

Mazirian corrió los tres cerrojos, abrió la puerta de par en par. La habitación estaba desnuda excepto por un pedestal de piedra que sostenía una caja con tapa de cristal. La caja medía un metro en un costado y tenía cuatro o cinco pulgadas de altura. Dentro de la caja —en realidad una pista con cuatro ángulos rectos— se movían dos criaturas pequeñas, una buscando, la otra evadiendo. El depredador era un pequeño dragón con ojos rojos y feroces y una monstruosa boca con colmillos. Se bamboleaba a lo largo del pasadizo sobre seis patas anchas, agitando la cola. La otra criatura tenía la mitad del tamaño del dragón: un hombre de rasgos fuertes, totalmente desnudo, con el largo pelo negro sujeto por una banda de cobre. Se movía un poco más de prisa que el perseguidor, que sin embargo no cejaba, valiéndose de la astucia, acelerando, girando, acechando en el ángulo para sorprenderlo. Manteniéndose en alerta continua, el hombre podía permanecer fuera del alcance de los colmillos. El hombre era Turjan, a quien Mazirian había capturado varias semanas antes mediante una estratagema, para luego empuqueñecerlo y encerrarlo.

Mazirian observó con placer cómo el reptil atacaba cuando el hombre reposaba un instante. El hombre apenas logró salvarse. Era tiempo, pensó Mazirian, de dar descanso y alimento a ambos. Puso paneles en el pasadizo, separándolo en mitades, aislando al hombre de la bestia. A ambos les dio carne y cazos de agua.

Turjan se dejó caer en el pasaje.

—Ah—dijo Mazirian—, estás fagitado. ¿De seas descansar?

Turjan guardó silencio, los ojos cerrados. El tiempo y el mundo ya no significaban nada para él. Las únicas realidades eran el pasaje gris y la fuga incesante. En intervalos

desconocidos había comida y unas horas de descanso.

—Piensa en el cielo azul —dijo Mazirian—, las blancas estrellas, tu castillo de Miir junto al río Derna; piensa en vagar libremente por los prados.

Turjan torció los músculos de la boca.

—Reflexiona, podrías aplastar al pequeño dragón con el talón.

Turjan miró hacia arriba. —Preferiría aplastarte el cuello, Mazirian

Mazirian no se inmutó. —Dime, ¿cómo infundes inteligencia a las criaturas del tanque? Habla, y quedarás libre.

Turjan rio, y había locura en su risa.

—¿Decirte? ¿Y luego? Me matarías con aceite hirviendo en un instante.

Mazirian entreabrió con petulancia la boca delgada.

—Infeliz, sé cómo hacerte hablar. ¡Habrías aunque tuvieras la boca tapada y lacrada! Mañana tomaré un nervio de tu brazo y lo frotaré a lo largo con una tela áspera.

El pequeño Turjan, sentado en el pasaje con las piernas cruzadas, bebió el agua sin decir nada.

—Esta noche —dijo Mazirian con estudianta malevolencia— añadiré un ángulo y transformaré la pista en pentágono.

Turjan alzó los ojos para mirar a su enemigo a través de la tapa de vidrio. Luego bebió el agua lentamente. Con cinco ángulos habría menos tiempo para evadir la embestida del monstruo, el ángulo de visión sería más limitado.

—Mañana —dijo Mazirian— necesitarás toda tu agilidad. —Recordó otra cosa. Miró a Turjan especulativamente.— Pero aun esto podría ahorrarte si me ayudaras con otro problema.

—¿Cuál es tu dificultad, mago febril?

—La imagen de una mujer me ronda el cerebro, y quisiera capturarla. —Los ojos de Mazirian se enturbiaron ante la idea.— Al caer la tarde llega al linde de mi jardín montada en un gran caballo negro... ¿La conoces, Turjan?

—No, Mazirian. —Turjan bebió el agua.

Mazirian continuó: —Tiene suficiente magia como para desbaratar el Segundo Hechizo Hipnótico de Felojun... o quizá tenga una runa protectora. Cuando me acerco, huye al bosque.

—¿Entonces? —preguntó Turjan, mordisqueando la carne que le había dado Mazirian.

—¿Quién puede ser esa mujer? —preguntó Mazirian, observando al diminuto cautivo por encima de su larga nariz.

—¿Cómo saberlo?

—Debo capturarla —dijo Mazirian distraidamente—. ¿Qué hechizos, qué hechizos?

Turjan miró hacia arriba, aunque sólo veía al mago borrosamente a través de la tapa de vidrio.

—Líbrame, Mazirian, y prometo, como Jerarca Escogido del Maramor, que te entregaré a esa muchacha.

—¿Cómo harías? —preguntó el suspicaz Mazirian.

—Perseguirla en el bosque con mis mejores Botas Vivas y una provisión de hechizos.

—Tú no lo harías mejor que yo —replicó el mago. Te dará la libertad cuando conozca la síntesis de tus tanques. Yo mismo perseguiré a la mujer.

Turjan bajó la cabeza para que el mago no le leyera los ojos.

—¿Y en cuanto a mí, Mazirian? —preguntó al cabo de un momento.

—Me las veré contigo cuando regrese.

—¿Y si no regresas?

Mazirian se acarició la barbilla, y sonrió, revelando dientes parejos y blancos. —El dragón podría devorarte ahora, si no fuera por tu maldito secreto.

El mago subió la escalera. La medianocha lo sorprendió en su estudio, meditando ante libracos de cuero y carpetas desordenadas... En una época se habían conocido mil o más runas, hechizos, encantamientos, maldiciones y brujerías. La extensión de Gran Motholam —Ascolais, el Ido de Kauhique, Almería del Sur, la Tierra de la Murralla Ruinosa al este— hervía de hechiceros de toda descripción, entre los cuales el principal era el archinigmomante Phandaal. Phandaal había formulado personalmente cien hechizos, aunque se rumoreaba que los demonios le susurraban al oído cuando obraba su magia. Pontecilla el Pio, entonces gobernante de Gran Motholam, sometió a Phandaal al tormento, y al cabo de una terrible noche mató a Phandaal y proscribió la hechicería en toda la comarca. Los brujos de Gran Motholam huyeron como escarabajos ante una fuerte luz; la tradición se dispersó y olvidó, y ahora, en este tiempo opaco, con el sol oscuro, Ascolais ensombrecida por selvas, y la blanca ciudad de Kaiin casi en ruinas, sólo poco más de cien hechizos quedaban en conocimiento del hombre.



De ellos, Mazirian tenía acceso a setenta y tres, y gradualmente, por estratagemas y negociaciones, se estaba apoderando de los demás.

Mazirian hizo una selección de sus libros y con gran esfuerzo se grabó cinco hechizos en el cerebro: el Girador de Phandaal, el Segundo Hechizo Hipnótico de Feolojun, la Excelente Aspersión Prismática, el Encanto de la Nutrición Infatigable, y el Hechizo de la Esfera Omnipotente. Al concluir, Mazirian bebió vino y se retiró a su diván.

Al día siguiente, cuando el sol colgaba bajo, Mazirian fue a caminar al jardín. Tuvo que esperar poco tiempo. Mientras removía la tierra de las raíces de sus geranios lunares un susurro y un repiqueteo le indicaron que el objeto de su deseo había aparecido.

Estaba erguida en la montura, una joven de configuración exquisita. Mazirian se agachó despacio, para no sobresaltarla, se calzó las Botas Vivas y se las sujetó encima de la rodilla.

Se levantó. —Hola, muchacha —exclamó—, has venido de nuevo. ¿Para qué vienes aquí en el atardecer? ¿Admiras las rosas? Son vívidamente rojas porque fluye roja sangre por sus pétalos. Si hoy no huyes, te obsesquiaré una.

Mazirian arrancó una rosa del trémulo rosal y avanzó hacia la joven, resistiendo el impulso de las Botas Vivas. Apenas había dado cuatro pasos cuando la mujer apretó las costillas de su montura y echó a correr hacia la arboleda.

Mazirian permitió que sus botas cobraran la plenitud de la vida. Dieron un gran brinco, y otro, y pronto salió disparado.

Así entró Mazirian en el bosque fabuloso. Por doquier troncos musgosos se retorcián para sostener la alta panoplia de hojas. De cuando en cuando haces de luz arrojaban manchas carmesíes en la hierba. En la sombra, flores de tallo largo y hongos frágiles surgían del humus: en esta hora de reflujo de la Tierra, la naturaleza era calma y parsimoniosa.

Mazirian atravesaba el bosque a gran velocidad con sus Botas Vivas, pero el caballo negro, galopando sin esfuerzo, se distanciaba fácilmente.

La mujer cabalgó varias leguas, la meleña al viento como un estandarte. Miró hacia atrás y Mazirian le vio el rostro como un rostro de sueño. Luego ella se inclinó hacia adelante; el caballo de ojos dorados apuró el

paso y pronto se perdió de vista. Mazirian siguió las huellas marcadas en el suelo húmedo.

La energía y el impulso de las Botas Vivas comenzaron a agotarse, pues habían llegado lejos y a gran velocidad. Los monstruosos brincos se volvieron más cortos y pesados, pero los pasos del caballo, según indicaban las huellas, también eran más cortos y más lentos. Pronto Mazirian entró en un prado y vio al caballo, sin jinete, paicando en la hierba. Se detuvo en seco. La ancha franja herbosa se extendía ante él. Las huellas de caballo que se internaban en el cenagal eran claras, pero no había huellas de salida. La mujer, pues, había desmontado en alguna parte detrás, aunque él no podía saber a qué distancia. Caminó hacia el caballo, pero la criatura se intimidó y corrió entre los árboles. Mazirian hizo un esfuerzo para seguirlo, y descubrió que las Botas colgaban laxas y flácidas... muertas.

Se las quitó de un puntapié, maldiciendo ese día y su infortunio. Echándose la capa hacia atrás, la cara resplandeciente de maligna tensión, emprendió el regreso.

En este tramo del bosque, eran frecuentes los peñascos de roca negra y verde, balsalto y serpentina, predecesores de los riscos que se asomaban al río Derna. En una de esas rocas Mazirian vio a un hombre diminuto montado en una libélula. Tenía tez verdosa, vestía una túnica traslúcida y empuñaba una lanza del doble de su tamaño.

Mazirian se detuvo. El hombre twk agachaba la cabeza estólidamente.

—¿Has visto pasar a una mujer de mi raza, hombre twk?

—He visto a tal mujer —respondió el hombre twk tras un momento de reflexión.

—¿Dónde lá puedo encontrar?

—¿Qué me darás por la información?

—Sal... tanta como puedas llevar.

El hombre twk blandió la lanza. —¿Sal? No. Liane el Viajero suministra al jefe Dandanflores sal para toda la tribu.

Mazirian sospechó por qué servicios el bandido trovador pagaba con sal. Los hombres twk, volando de prisa en sus libélulas, veían todo lo que ocurría en el bosque.

—¿Una redoma de aceite de mis capullos de telanxis?

—Bien —dijo el hombre twk—. Muéstrame la redoma.

Mazirian se la mostró.

—Ella abandonó el camino en ese roble

partido por el rayo que tienes ahí delante. Se dirigió directamente al valle del río, el camino más corto hacia el lago.

Mazirian puso la redoma junto a la libélula y partió hacia el roble del río. El hombre *twk* lo miró irse, luego desmontó y sujetó la redoma al vientre de la libélula, junto a la madeja de bonita asa que la mujer le había dado para que diera esa indicación a Mazirian.

El mago giró donde estaba el roble y pronto descubrió la huella en las hojas muertas. Un cenagal largo y abierto se extendía ante él, bajando en suave pendiente hacia el río. Se erguían árboles a ambos lados y los largos rayos de sol teñían un costado de sangre, dejando el otro sumido en negras sombras. Tan profunda era la sombra que Mazirian no vio a la criatura sentada en un árbol caído, y sólo reaccionó cuando ella se disponía a atacarlo por la espalda.

Mazirian giró para enfrentar a la criatura, que volvió a sentarse. Era un deodand, con forma y rasgos de un hombre apuesto, buenos músculos, pero con la tez muerta, negra y sin lustre y largos ojos como ranuras.

—Ah, Mazirian, vagas por el bosque lejos de casa —dijo la suave voz de la criatura negra.

Mazirian sabía que el deodand codiciaba su cuerpo por la carne. ¿Cómo había escapado la muchacha? La huella continuaba.

—Busco algo, deodand. Responde a mis preguntas, y me comprometo a darte mucha carne.

Los ojos del deodand centellearon, recorriendo el cuerpo de Mazirian. —Tal vez debes hacerlo de cualquier modo, Mazirian. ¿Traes hechizos poderosos hoy?

—Así es. Dime cuánto hace que pasó la muchacha. ¿Iba de prisa, despacio, sola o acompañada? Responde, y te daré carne cuando lo desees.

El deodand curvó los labios burlonamente. —¡Mago cegato! Ella no salió del pantano. —Señaló, y Mazirian siguió el ademán del brazo muerto. Pero saltó hacia atrás cuando brincó el deodand. De su boca brotaron las sílabas del Hechizo Girador de Phandaal. El deodand alzó los pies y colgó en el aire, donde se elevó como un remolino, subiendo y bajando, de prisa y despacio, de las copas de los árboles al suelo. Mazirian lo miró

sonriendo. Al cabo de un instante lo hizo descender y redujo las rotaciones.

—¿Prefieres una muerte rápida o lenta? —preguntó Mazirian—. Ayúdame y te mataré enseguida. De lo contrario te elevarás hasta donde vuelva el pelgrane.

La furia y el temor sofocaron al deodand. —¡Que el oscuro Thial te pinche los ojos! ¡Que Kraan hunda en ácido tu cerebro viviente! —Y añadió tantas maldiciones que Mazirian se vio obligado a contrarrestarlas.

—Arriba entonces —dijo al fin, agitando la mano. El cuerpo negro y desparramado se remontó sobre las copas de los árboles para girar despacio en la tibieza carmesí del poniente. En un instante una criatura moteada con forma de murciélago y hocico ganchudo descendió y arrancó la pierna negra con el pico antes que el gimiente deodand pudiera apartarla. Otras siluetas similares aletearon al sol.

—¡Abajo, Mazirian! —fue el débil llamado—. Te diré lo que sé.

Mazirian lo bajó cerca del suelo.

—Ella pasó sola antes que vieras. Yo no la atacé pero ella me repelió con un puñado de polvo de thyle. Fue hasta el final del cenagal y tomó el camino del río. Este camino también pasa frente a la guarida de Thrang. Así que está perdida, pues él se saciará en ella hasta matarla.

Mazirian se frotó la barbilla. —¿Ella llevaba hechizos?

—No lo sé. Necesitará una fuerte magia para escapar del demonio Thrang.

—¿Hay algo más para contar?

—Nada.

—Entonces muere. —Y Mazirian hizo que la criatura girara a mayor velocidad, cada vez más rápidamente, hasta que fue sólo un borrón. Se oyó un gemido estrangulado y el cuerpo del deodand se partió. La cabeza cruzó el cenagal como una bala; brazos, piernas y vísceras volaron en todas las direcciones.

Mazirian siguió su camino. Al final del cenagal el camino bajaba abruptamente por bordes de serpiente verde oscura hasta el río Derna. El sol se había puesto y las sombras cubrían el valle. Mazirian ganó la orilla y avanzó corriente abajo hacia un lejano resplandor conocido como Agua Santa, el Lago de los Sueños.

Un olor maligno impregnó el aire, un hedor de putrefacción y suciedad. Mazirian avanzó con mayor cautela, pues estaba cer-

ca de la guarida de Thrang el oso demonio, y la magia vibraba en el aire, una brujería fuerte y brutal que tal vez sus sutiles hechizos no pudieran contener.

Oyó voces, el tono gutural de Thrang y jadeantes gritos de terror. Mazirian rodeó una estrabación de rocas, inspeccionó el origen de los sonidos.

La guarida de Thrang era un nicho en la roca, donde una fétida pila de grasa y pieles le servía de diván. Había construido una tosca jaula para encerrar a tres mujeres, que lucían muchas magulladuras en el cuerpo y una expresión de gran horror en la cara. Thrang las había tomado de la tribu que vivía en barcazas recubiertas de seda a lo largo de la costa del lago. Ahora observaban mientras él luchaba para someter a la mujer que acababa de capturar. Su gris y redonda cara de hombre se contorsionaba, y sus manos humanas arrancaron el chaquetón de la muchacha. Pero ella apartó el cuerpo grande y sudoroso con asombrosa destreza. Mazirian entornó los ojos. ¡Magia, magia!

Se quedó mirando, pensando cómo destruir a Thrang sin dañar a la mujer. Pero ella lo espío por encima del hombro de Thrang.

—Mira —jadeó—. Mazirian ha venido a matarte.

Thrang dio media vuelta. Vio a Mazirian y lo embistió en cuatro patas, soltando rugidos de pasión salvaje. Mazirian más tarde se preguntó si el demonio le había arrojado algún hechizo, pues una extraña parálisis intentaba cegarle el cerebro. Tal vez el hechizo consistía en ver la rabiosa cara blanco-grisácea de Thrang, los grandes brazos extendidos para aferrarlo.

Mazirian eliminó el hechizo, si era tal, y emitió uno propio. Todo el valle fue iluminado por ondulantes dardos de fuego que acudieron de todas partes para traspasar el torpe cuerpo de Thrang en mil lugares. Ésta era la Excelente Aspersión Prismática, líneas cortantes y multicolores. Thrang murió casi al instante, y la sangre púrpura manó de los incontables agujeros abiertos por la lluvia radiante.

Pero Mazirian no reparó en eso. La muchacha había huido. Mazirian vio la silueta blanca corriendo a lo largo del río hacia el lago y reanudó la persecución, sin escuchar los lastimeros gritos de las tres mujeres enjauladas.

Pronto el lago se extendió ante él, una

gran lámina de agua cuya orilla lejana era apenas visible. Mazirian bajó a la costa arenosa y oteó la cara oscura de Agua Sanra, el Lago de los Sueños. La noche profunda y casi negra dominaba el firmamento, y las estrellas relucían sobre la tersa superficie. El agua estaba fresca y quieta, sin mareas, como todas las aguas de la Tierra desde que la Luna había abandonado el cielo.

¿Dónde estaba la mujer? Allí, una silueta pálida y blanca, quieta en la sombra de la orilla de enfrente. Mazirian se irguió en la costa, alto y dominante. Una brisa ligera le revolvió la capa alrededor de las piernas.

—Hola, muchacha —llamó—. Soy yo, Mazirian, quien te salvó de Thrang. Acércate para que pueda hablarte.

—A esta distancia te oigo bien, mago —replicó ella—. Cuanto más me acerco más lejos debo huir.

—¿Por qué huyes? Ven conmigo y serás dueña de muchos secretos y tendrás gran poder.

Ella rio. —Si eso quisiera, Mazirian, ¿habría huido tan lejos?

—¿Quién eres tú, que no deseas los secretos de la magia?

—Para ti, Mazirian, no tengo nombre, a menos que me maldigas. Ahora voy adonde tú no puedes venir. —Corrió playa abajo, se adentró despacio en el agua hasta que le llegó a la cintura, y se sumergió. Se había ido.

Mazirian titubeó. No era bueno usar tantos hechizos y despojarse de poder. ¿Qué habría debajo del lago? La sensación de serena magia estaba allí, y aunque él no estaba en conflicto con el Señor del Lago, otros seres podrían tomar a mal una intrusión. Sin embargo, al ver que la muchacha no salía a la superficie, emitió el Encanto de la Nutrición Infatigable y entró en las frescas aguas.

Se zambulló en el Lago de los Sueños, y al llegar al fondo, los pulmones cómodos en virtud del encantamiento, se maravilló ante el mágico lugar adonde había llegado. En vez de negrura, una luz verde relucía por doquier y el agua era apenas menos clara que el aire. Las plantas ondulaban en la corriente y con ellas se movían las blandas flores del lago, con capullos rojos, azules y amarillos. Peces de ojos grandes y variadas formas nadaban de aquí para allá.

El fondo bajaba por escalones rocosos hasta una ancha llanura donde los árboles

de las profundidades del lago ascendían por esbeltos tallos hasta complejas frondas y frutos purpúreos, y así hasta que la distancia brumosa y húmeda lo velaba todo. Vio a la mujer, ahora una blanca ninfa del agua, el cabello como niebla oscura. Medio nadaba y medio corría por el suelo arenoso del mundo acuático, mirando en ocasiones por encima del hombro. Mazirian la siguió, arrastrando su capa ondulante.

Se acercó a ella, eufórico. Debía castigarla por llevarlo tan lejos. Debajo de su taller, los antiguos escalones de piedra conducían a sitios profundos hasta abrirse en cámaras cada vez más vastas a medida que uno bajaba. Mazirian había hallado una jaula oxidada en una de estas cámaras. Un par de semanas de encierro en la negrura doblegaría tanta terquedad. Y una vez que hubiera reducido a la mujer al tamaño de un pulgar y la hubiera guardado en un frasco de vidrio con dos moscas zumbantes...

Apareció un templo blanco y ruinoso a través del verde. Había muchas columnas, algunas derribadas, otras aún sustentando el frontón. La mujer entró en el gran pórtico bajo la sombra del arquitrabe. Tal vez intentaba eludirlo; debía seguirla de cerca. El cuerpo blanco titilaba en el extremo de la nave, nadando ahora sobre la tribuna para entrar en un recinto semicircular.

Mazirian la siguió a toda velocidad, ya nadando, ya caminando en la solemne penumbra. Atisbó a través del lodo. Columnas más pequeñas sostenían aquí, precariamente, una cúpula cuya piedra basamental había caído. Un temor repentino lo embargó, y al ver un fugaz movimiento arriba comprendió qué ocurría. Por todas partes las columnas se derrumbaban, y un alud de bloques de mármol le caía en la cabeza. Saltó frenéticamente hacia atrás.

La conmoción cesó, el polvo blanco de la antigua argamasa se disipó. La mujer apoyaba las esbeltas rodillas en el frontón del templo principal, mirando para ver si había matado a Mazirian.

Había fallado. Dos columnas, por mera suerte, le habían caído a ambos costados, y una losa le había protegido el cuerpo de los bloques. Él movió la cabeza dolorosamente. A través de un hendija en el mármol pudo ver a la mujer inclinada para observar. ¿Conque quería matarlo? ¿A él, Mazirian, que había vivido más años de los que podía contar? Pues el odio y el temor de ella serían

mucho mayores después. Invocó su encantamiento, el Hechizo de la Esfera Omnipotente. Una película de fuerza le rodeó el cuerpo, expandiéndose para apartar toda resistencia. Cuando se libró de las ruinas de mármol destruyó la esfera, se puso de pie y buscó a la mujer. Ella estaba casi fuera de la vista, detrás de una mata de largas algas purpúreas, trepando la pendiente de la costa. Él se lanzó a perseguirla con todas sus fuerzas.

T'sain subió arrastrándose hasta la playa. Aún la seguía Mazirian el Mago, cuyo poder había derrotado todos sus planes. Recordó su rostro y se estremeció. Él no debía tomarla ahora.

La fatiga y la desesperación le frenaban los pies. Había partido con sólo dos hechizos, el Encantamiento de la Nutrición Infatigable y un hechizo para fortalecer los brazos que le había permitido defenderse de Thrang y derribar el templo sobre Mazirian. Los había agotado; estaba despojada de protección; pero, por otra parte, nada podía quedarle a Mazirian.

Quizás él no conociera el matorral vampiro. T'sain corrió cuesta arriba y se detuvo detrás de un retazo de hierba pálida azotada por el viento. Mazirian salió del lago, una silueta delgada visible contra el brillo del agua.

Ella retrocedió, manteniendo el inocente matorral entre ambos. Si la hierba fallaba... su mente temblaba al pensar lo que debería hacer.

Mazirian entró en la hierba. Las hojas enfermizas se convirtieron en dedos nudosos. Se le enroscaron en los tobillos, asiendo con tremenda fuerza, mientras otras le buscaban la piel.

Así que Mazirian lanzó su último hechizo: el encantamiento de la parálisis, y la hierba vampiro se aflojó y se deslizó lánguidamente al suelo. T'sain observó desesperada. Él estaba cerca ahora, seguido por su capa ondeante. ¿No tenía ninguna debilidad? ¿No le dolían los tendones, no le faltaba el aliento? Dio media vuelta y huyó por el prado, hacia un bosquecillo de árboles negros. La piel le tiritaba ante las sombras profundas, los troncos sombríos. Pero el ruido de los pies del mago era fuerte. Se zambulló en la temible sombra. Debía llegar tan lejos como pudiera antes que todo despertara en el bosquecillo.

Un chasquido, y una correa la buscó. Siguió corriendo. Otra y otra... Cayó. Un gran látigo y otro la azotaron. Se levantó con esfuerzo y siguió, tapándose la cara con los brazos. Otro chasquido. Los látigos silbaban en el aire, y el último fustazo la hizo girar. Y vio a Mazirian.

Mazirian luchaba. Bajo una lluvia de golpes, trataba de asir los látigos y romperlos. Pero eran flexibles y ágiles más allá de sus poderes, y se retraían para pegarle de nuevo. Enfurecidos por la resistencia, se concentraron en el infortunado mago, que se babeaba y luchaba con tremenda furia, y permitieron que T'sain se arrastrara con vida hasta el linde del bosquecillo.

Ella miró hacia atrás, maravillada ante el ansia de vivir de Mazirian. Se tambaleaba en una nube de azotes, y la figura furiosa y obstinada se veía apenas. Se debilitó y trató de huir, y luego cayó. Los golpes arrieron sobre él: en la cabeza, los hombros, las largas piernas. Trató de levantarse pero cayó de nuevo.

T'sain cerró los ojos, relajándose. Sentía la sangre que le manaba de las carnes rotas. Pero aún faltaba la misión más vital. Se puso de pie y reanudó la marcha aturdidamente. Por largo tiempo oyó el ruido de los latigazos.

El jardín de Mazirian era increíblemente bello de noche. Los capullos estelares se abrían, cada cual con mágica perfección, y las polillas cautivas, semivegetales, volaban de aquí para allá. Lirios de agua fosforescentes flotaban como caras encantadoras en el estanque y el matorral que Mazirian había traído de la lejana Almería del Sur impregnaba el aire con un dulce perfume frutal.

T'sain, zigzagueando y jadeando, avanzó a tientas por el jardín. Algunas flores despertaron y la observaron con curiosidad. El híbrido medio animal gorjeó con somnolencia, creyendo reconocer el paso de Mazirian. Apenas se oía la melancólica música de las

flores de pétalos azules que cantaban sobre noches antiguas, cuando una luna blanca nadaba en el cielo y grandes tormentas, nubes y truenos regían las estaciones.

T'sain siguió de largo sin escuchar. Entró en la casa de Mazirian, encontró el taller donde relucían las eternas lámparas amarillentas. La rubia criatura de Mazirian se sentó de golpe y la miró con sus bellos ojos vacíos.

Ella encontró las llaves de Mazirian en el gabinete, y se dio maña para abrir el escotillón. Luego se echó a descansar y dejó que la oscuridad rosada se le fuera de los ojos. Acudieron visiones: Mazirian, alto y arrogante, avanzando para matar a Thrang; las flores de extraños colores debajo del lago; Mazirian, su magia perdida, luchando contra los látigos... Despertó del trance cuando la criatura le acarició tímidamente el cabello.

Trató de despejarse y bajó la escalera desmañadamente. Abrió los tres cerrojos de la puerta y la empujó, casi con el último y desesperado impulso del cuerpo. Se lanzó hacia el pedestal en cuya caja con tapa de vidrio Turjan y el dragón juguaban su partida desesperada. Estrelló el vidrio contra el piso, alzó delicadamente a Turjan y lo depositó en el suelo.

La runa de su muñeca destruyó el hechizo, y Turjan fue hombre otra vez. Miró estupefacto a la casi irreconocible T'sain.

Ella trató de sonreír.

—Turjan... estás libre...

—¿Y Mazirian?

—Ha muerto. —Ella se desplomó fatigosamente en el suelo de piedra y se quedó tendida. Turjan la examinó con una rara emoción en los ojos.

—T'sain, querida criatura de mi mente —susurró—, eres más noble que yo, pues usaste la única vida que conocías para mi libertad.

La levantó en brazos.

—Pero te llevaré de nuevo al tanque. Con tu cerebro construiré otra T'sain, tan encantadora como tú. Vamos.

La subió por la escalera de piedra.

Título del original en inglés: *Mazirian the Magician*.
© 1950 by Hillman Periodicals Inc. Traducción de Pedro Kavalán.





-PATRICIA BRECCIA-

Laura Krauz

EL GATO PARDO

ILUSTRO PATRICIA BRECCIA

—Gato Pardo, voy a prender el horno, tengo frío.

—¡No!

—¿Por qué?

—Está lleno de cosas feas.

—¿Cosas feas? ¿Qué cosas?

Yo lo miraba y él miraba el horno, miré yo también y vi una mano chata como papel que se escurría por una rendija de la puerta cerrada del horno e iba cayendo como dretida sobre el suelo. Grité. El Gato fue rápido y comenzó a limpiar la mancha que había quedado en el piso, porque sólo eso quedó de lo que en un momento era una mano con un brazo largo, largo.

—No te asustes, es sólo un poco de aceite —dijo él o dije yo.

Me había arrodillado y con un trapo lo ayudaba a recoger el aceite que escurriamos en un balde; lo llenamos. La mano ya estaba toda en el balde.

—¿Qué mano tan grande —dijo él o dije yo. —Es sólo un poco de aceite —dijimos, asustados—. ¿Lo vas a tirar? —le pregunté.

—Sí, en el inodoro.

—No —dije—, a lo mejor después me pellizca la cola.

—Pero si es sólo aceite —dijo el Gato y lo tiró afuera, en la tierra, por las dudas.

—Gato Pardo, Gatito, decíme qué tenés en el horno.

—Está lleno de cosas calientes.

—Mentira, el aceite estaba frío.

—Pero, ¿no te diste cuenta?

—No, ¿de qué?

—El aceite cayó de la heladera.

—Gato Pardo, Gatito, decime la verdad.

—¿Para qué?, si vos no podías diferenciarla de la mentira... Y yo tampoco.

Cuando era muy chica, el Gato Pardo venía todos los domingos de visita. Me senta-

ba en sus rodillas y me contaba historias de brujas. Yo lo miraba con los ojos muy abiertos y cuando él interrumpía unos segundos la retahíla de horrores, para cobrar aliento, yo aprovechaba para acariciarle la barba blanca.

Un día, cuando una vieja acababa de engullir las entrañas crudas de un niño extraviado en el bosque y el Gato Pardo, relamiéndose, encendía su pipa, le apoyé la mejilla contra la barba y le dije:

—Gatito, te quiero.

—No importa —me contestó él.

Entonces todavía no imaginábamos que llegaríamos a ser amantes.

—Soy una mujer madura, lo que, en realidad, no significa nada. Pero al decir madura quiero decir que si he decidido finalmente que a la primera insinuación del Gato me voy a la cama con él, es sabiendo bien...

—No me vengas con versos. Si querés encantarte hacélo con el Gato Pardo o con el gato que se te antoje y no le des más vueltas.

—Vos decís eso porque sos de otra generación. Ustedes toman más libremente todas estas cuestiones, pero tené en cuenta que en mi caso no se trata sólo de las inhibiciones que me han transmitido, sino que además surge el pudor lógico, o llámale vergüenza si querés, de mi cuerpo. A mi edad, una mujer no puede sentirse precisamente orgullosa de sus carnes que se obstinan en mantenerse flácidas aunque te deslomes haciendo gimnasia todo el santo día.

—Bueno, entonces dejá de hinchar con el Gato y buscáte un viejo como vos, que va a estar tan preocupado con sus propias arrugas que ni se va a dar cuenta de las tuyas.

—Me imagino que debés pensar que lo que busco es hacerme la nena, o lo que es mejor, que otro me lo haga sentir. Pero no es así. Busco otra cosa, aunque todavía no sepa bien lo que es.

Hay un resquicio, una luz o una sombra, un olor...

El reloj redondo rueda, recorre el resquicio.

El resquicio se agrieta, se abre, como una herida, como un pozo, como una boca, como una cloaca, como un libro...

El mundo está aquí, en la miga de pan que me mira avergonzada. Pero el mundo también está allí, en la rueda y el resquicio. El mundo está a pesar de mí.

Entra el Gato Pardo y me saluda, como usualmente.

Se sienta en la mesa, justo sobre la miga de pan. Pero el mundo es tan pequeño que ni siquiera los cien kilos del Gato podrán destruir su tozudez de grano de engrudo. Cuando él salta de la mesa, la miga continúa, ahora más avergonzada por ser tan eterna.

El resquicio se agrieta y ya cabemos el tiempo, el Gato Pardo, el mundo y yo.

Los engranajes del reloj redondo que rueda y recorre recovecos inusitados, nos estrechan. El Gato Pardo me besa, como excusa.

Cae un espejo que no se rompe. Y el espejo caído forma un pasaje entre el piso y el techo.

La miga observa el pasaje, me mira y se ruboriza. El Gato observa el pasaje, me mira y se ríe. Pero el pasaje se ha abierto aun a mi pesar.

—Vamos —me dice el Gato Pardo.

Y la miga se aplasta más contra la mesa.

Tengo miedo y no lo oculto. Él se ríe, como excusa. Y el mundito de harina y agua está a la expectativa.

—Vamos —me vuelve a decir.

En el espejo está el techo y en el techo está el techo. Es lo uno desdoblado, el resquicio de lo mismo, un pasaje sin espacio. Tengo miedo y no lo oculto.

Entonces el Gato Pardo echa una gota de agua sobre la miga y con su dedo gordo disuelve el mundo. En la mesa no queda más que una mancha húmeda.

El resquicio revierte y repite y el reloj redondo rueda riendo.

El tiempo no existe y el mundo ha muerto.

—Vamos —me vuelve a decir.

El pasaje espera entre sombra y olor.

—Hoy no —le digo.

—Me voy solo —me amenaza el Gato.

—Andáte —lo provoco.

Pero no se va. Levanta el espejo y lo guarda en mi cartera.

El pasaje ya no está y el resquicio se ha cerrado.

El Gato Pardo me mira serio.

—Algún día me vas a rogar que te haga el amor —me dice, como excusa.

Nunca voy a poder olvidar los días que pasé con el Gato Pardo. Todo tenía magia. Todo se transformaba. Parecía que las cosas empezaban a flotar en el aire.

Tengo presente su sonrisa como una obesión, como una cachetada en los ojos. Su sonrisa era dulce, pero a veces le asomaban los dos colmillos, él lo descubría en mi cara de terror y los escondía rápido. Del día que mejor me acuerdo es de aquél en que se quedó más tarde que de costumbre. Siempre se ponía en cuatro patas, yo me subía en su espalda y jugábamos a que él era caballo y yo jinete. Corría muy rápido y cubríamos varios kilómetros al galope, pero ese día tropezó, caímos los dos y vi la dulzura de sus colmillos.

Cuando mis padres se enteraron de que me había violado fue un escándalo, y aunque no les hacía mucha gracia la idea de unirme a un hombre casi sesenta años mayor que yo, tuvieron que consentir nuestro matrimonio dada la insistencia del Gato Pardo, que los tuvo encerrados en el ropero durante dos meses, hasta que por último accedieron a sus ruegos y lograron firmar los papeles necesarios, en el hospital, antes de morir.

Sin embargo nunca hice el amor con el Gato. Nuestra relación se limitó a intercambios intelectuales. Éramos demasiado iguales para amarnos. No sabíamos delimitar bien el papel de cada uno, hasta a veces olvidábamos la diferencia de sexos.

Nos asustábamos mutuamente, no con intención, pero cuando estábamos juntos todo parecía darnos miedo.

El Gato me provocaba una gran ternura; él, por su parte, para ocultar la que le provocaba yo, se burlaba de mí constantemente, y de tanto en tanto intentaba un avance amoroso para dejar bien sentado quién era el macho. Sin embargo pienso que de habersele cruzado por la cabeza que yo algún día podía aceptar sus requerimientos, nunca más hubiese vuelto a tocar el tema.

—Decíme, ¿vos últimamente te miraste al espejo?

—No seas cruel, Gatito.

—No me llames así. Realmente no entiendes cómo te atreves a mostrarte desnuda. Debería darte vergüenza.

—Pero... si fuiste vos el que me invitó a la cama. Si no te gusto, ¿por qué lo hiciste?

—¡Lo que faltaba!, encima de vieja se hace la ingenua. Lo hago por guita, ¿o vos creés que a tu edad podés conseguir a alguien que te haga el favor gratis?

—¡Basta!, me voy, no tenés ningún derecho a humillarme de esta manera.

—Bueno, no es para tanto, no llores, era solamente una broma.

—No, no era broma, me mirabas con odio.

—No exageres, si sabés que ando con vos porque tenés una dulzura que no se encuentra en las minas jóvenes... dejá de llorar... Vení, yo te voy a consolar.

—¿Y cuánto me va a costar tu consuelo?

—Eso también era broma. ¿No te das cuenta de que te hago el amor porque me gustás...? Pero... bueno... si me querés tirar para la nafta y el hotel no me va a venir mal, sabés que ando flojo de laburo.

—Sí... ya sé.

Nuestro casamiento fue espectacular. El Gato Pardo era muy rico. La cola de mi vestido tenía mil metros de largo. Recuerdo que después de la ceremonia fuimos a la fiesta, bailamos casi toda la noche y cuando volvimos a casa, la punta de la cola todavía no se había desplazado ni un centímetro.

Mientras entrábamos a la iglesia las comadres comentaban:

—Ése debe ser el padrino.

—¡Pero no, mujer! Es el novio.

—¡El novio! ¿Tan viejo...?

—Sí, y ella tan jovencita y tan linda, pobre, como quedó huérfana no debe haber tenido más remedio que aceptar a un hombre así.

Yo, que las escuchaba, no podía contener la risa.

—Vamos, mocosa, un poco más de seriedad que nos estamos casando —me decía el Gato haciéndose el enojado.

La noche de bodas no fue ninguna sorpresa, salvo porque lo que el Gato ya me había hecho por la fuerza y a las apuradas, entonces lo hizo con mi consentimiento y con toda la sofisticación y el refinamiento que le daban tantos años de experiencia. Mientras me amaba en la ancha y rica cama del mejor hotel de la ciudad, yo sólo lamentaba que todo aquello fuese a durar tan poco, porque era evidente que no le quedaba mucho tiempo de vida.

La bombilla del mate va de tus labios a mis labios, unidos por un circuito invisible y sin embargo tan distantes.

—Cuando apoyás los labios en la bombi-



— PATRICIA BRECCIA —

lla, ¿sentís que los apoyás sobre mis labios que ya no están?

—Vamos Gato, ¿ahora se te da por ponerte romántico?

—Contestáme, ¿lo sentís?

—Sí, siento que es un beso suspendido en el espacio, surge una parte y antes de concretarse en la otra tiene que recorrer un pedazo de mantel.

—Casi como un beso por poder, ¿no?

—Ya sabía yo que me estabas tomando el pelo.

—Pero no, tonta, te digo en serio, el mate vendría a ser algo así como un apoderado.

—Sí, como un intermediario, o mejor como el hilo del telégrafo.

—Claro, es un medio de comunicación para anular la distancia de la mesa, pero si la distancia no existe...

—Ay, Gatito, si sólo una mesa nos separase...

Sin el mate de por medio, sin la mesa y sin el aire, tus labios y mis labios, unidos, y sin embargo siempre distantes.

A veces el Gato Pardo me decía:

—Hagamos de cuenta que sos mi mamá.

Entonces lo abrazaba, él me apoyaba la cabeza en el pecho y yo le cantaba el arrorró. Se quedaba dormido.

Mis amigas decían que como no tenía hijos volcaba mi instinto maternal en el Gato.

Un día que caminábamos juntos, oí que un tipo le decía:

—Parece que ahora no sólo te gustan las mamicas, también las abuelitas.

Eso pareció divertir al Gato porque se rio mucho. Cuando a la noche se lo reproché, me dijo que me iba a demostrar lo alejada que estaba mi imagen de la de una madre. Me ató a la cama, me golpeó y me vejó de la forma más brutal que pudo. Lo odié y juré que cuando me desatase lo mataría, pero cuando lo hizo lo recibí en mi pecho y le canté el arrorró. Antes de dormirse me miró con esos ojos que él sabía poner tan dulces y me dijo:

—Te gustó, ¿no?

El Gato Pardo vino un día con un paquete.

—Un regalo para vos —me dijo.

Lo desenvolví. Era una caja de música. Estaba decorada con muchas floritas y un perrito. La abrí y la habitación se llenó de

los graves y lúgubres acordes de la marcha fúnebre. La cerré rápido y miré al Gato, asustada. Él no parecía sorprendido, sólo un poco contrariado.

—Qué idiota el vendedor, se equivocó y me dio un féretro en vez de la caja de música.

Su explicación me tranquilizó.

—No importa —le dije—, mañana lo cambiás.

—No puedo, el negocio ya quebró, y además se le están cayendo las flores.

Miré la caja, era cierto, la mesa estaba llena de pétalos.

—De este lado se le salió una planta entera —dijo el Gato.

La planta ya había hundido sus raíces en la mesa, atravesándola, y ahora colgaban sobre el piso.

—Bueno, hacé de cuenta que te regalé un jardín.

—Y un perro —y le señalé el gigantesco animal que movía la cola a nuestro lado.

—Lo que tenés que hacer es achicarlo y usar la caja de cucha.

Y mientras lo decía agarró el perro, que en sus manos se hizo minúsculo, y lo metió en la cajita.

—Pero necesita un árbol —dije.

—Ya sé, le ponemos adentro la planta y listo.

La arrancó de la mesa y la metió en la caja.

—Ahora estamos como al principio —protesté.

—Nada es inmutable —sentenció irónico—, y si el final y el principio se encuentran debe ser en algo distinto de ambos.

Abrió la caja y la habitación se llenó con la música tintineante de la marcha nupcial.

—Tenías razón —le dije—, no estamos igual, estamos peor que al principio.

Yo seguía jugando con las muñecas. El Gato Pardo lo aceptaba, tolerante, pero de vez en cuando me reprochaba:

—Ya sos una señora, tenés que comportarte como tal, atender las cosas de la casa, y no pasarte todo el día jugando.

Entonces le agarraba la barba y le hacía trencitas mientras le decía:

—Gatito, ¿vos no querés que sea feliz? Déjame que juegue a la mamá con las muñecas y que te peine la barba y que te despeine la cabeza.

Él se reía y me dejaba hacer. Ya me había

propiciado dos abortos porque no quería hijos que perturbasen nuestra intimidad. Yo tampoco los quería, ni siquiera sabía lo que significaban, imaginaba que serían nada más que un poco más chicos que yo, que todavía me orinaba en la cama.

-¿Por qué no te casás con el Gato Pardo?

-¿Vos estás loca?

-No; es lo más cuerdo que podés hacer. Si prácticamente viven juntos.

-No digas estupideces, entre el Gato y yo no pasa nada.

-Si con "pasar" querés decir que no se encaman, te puedo asegurar, por la experiencia que me dan mis años de matrimonio, que a la larga el sexo es lo que menos importa.

-“A la larga”, cuando ya se está menopáusica como vos, pero yo todavía soy joven.

-Y entonces, ¿por qué no vas a la cama con el Gato? No me digas que es porque no te gusta, porque no te lo puedo creer.

-Sí, me gusta, pero los dos sentimos algo que vos nunca entenderías, algo que surge de nosotros, pero que va más allá de nosotros mismos.

La relación con el Gato Pardo me desgastaba cada vez más. Sin embargo, aunque me lo había propuesto, no podía decidirme a cortar por lo sano... si es que todavía quedaba algo sano.

Todo el mundo se burlaba, decían que me veía ridícula adoptando ropa y poses de juventud. Y el Gato cada día se volvía más cínico. Lo nuestro no era por supuesto un noviazgo, ni siquiera se podría decir que éramos amantes. Él tenía sus mujeres, pero cómo reprochárselo. Y yo laboraba como loca porque sus "necesidades" eran cada vez mayores y no me atrevía a defraudar sus expectativas, le tenía miedo.

No lo amaba, imposible amar a un hombre como él, aunque también imposible para una mujer como yo vivir sin un hombre, e imposible para una mujer como yo soportar a un hombre como él. Por eso lo que comenzó como capricho y siguió como pasión, terminó en desvarío, y me encontré a mí misma deliberando durante noches enteras si sería mejor el suicidio o el asesinato, aunque finalmente no tendría valor para ninguna de las dos cosas y optaría por la intermedia, que siempre es la más fácil.

Todas las tardes nos reuníamos para tomar mate y filosofar. El Gato Pardo llegaba con una bolsa de facturas que nunca comíamos y yo repartía después entre los vecinos.

-El hombre vive por sus apetitos—decía—pero sobrevive por su contención que le permite seguir deseando siempre y lo impulsa al mismo tiempo a buscar lo deseado y a reprimir el deseo. Como mi amor por vos: si te poseyes ya no te necesitaría para vivir o quizás ya no necesitaría vivir.

Peró él sabía que el deseo no es infinito, que indefectiblemente debe culminar o desaparecer. Por eso se ponía triste las últimas veces que nos vimos, y aquel día casi lloraba cuando me dijo:

-A tu lado la locura, por eso me voy: a morir lejos de vos para que mi muerte no te toque.

Yo no sabía si hablaba en serio o eran esos giros simbólicos que a él le gustaba usar.

-Gato —le dije— ¿qué vas a hacer?

-Me voy lejos para que no me persiga el fantasma de tu sexo. Acá de noche me acorrala, pero de día no existe, y siempre me asusta. Si por lo menos pudiese creer que lo inasible es mentira...

Se fue y no lo vi nunca más.

El Gato Pardo se desviste.

-Hoy no —le digo—, quiero que hablemos.

El Gato Pardo se viste, sin que haya sido necesaria mucha insistencia. "Igual le voy a pedir algo de plata", pensará. Me mira.

-Se acabó, no quiero verte más.

El Gato Pardo se ríe.

-Es en serio —le digo.

El Gato Pardo se ríe.

-Es en serio —le grito.

Me mira.

-Como quieras —me dice.

-No te importa —le digo.

-No —sonríe y se va.

Una noche de tormenta el Gato Pardo me llamó junto a su lecho de enfermo. Antes, el médico me había dicho que no le quedaban más que unas horas. Cuando estuve a su lado los colmillos le sobresalieron más que de costumbre, quizás porque su delgadez le daba un aspecto cadavérico.

-Quiero decirte algo antes de morir.

-Te escucho, Gatito.

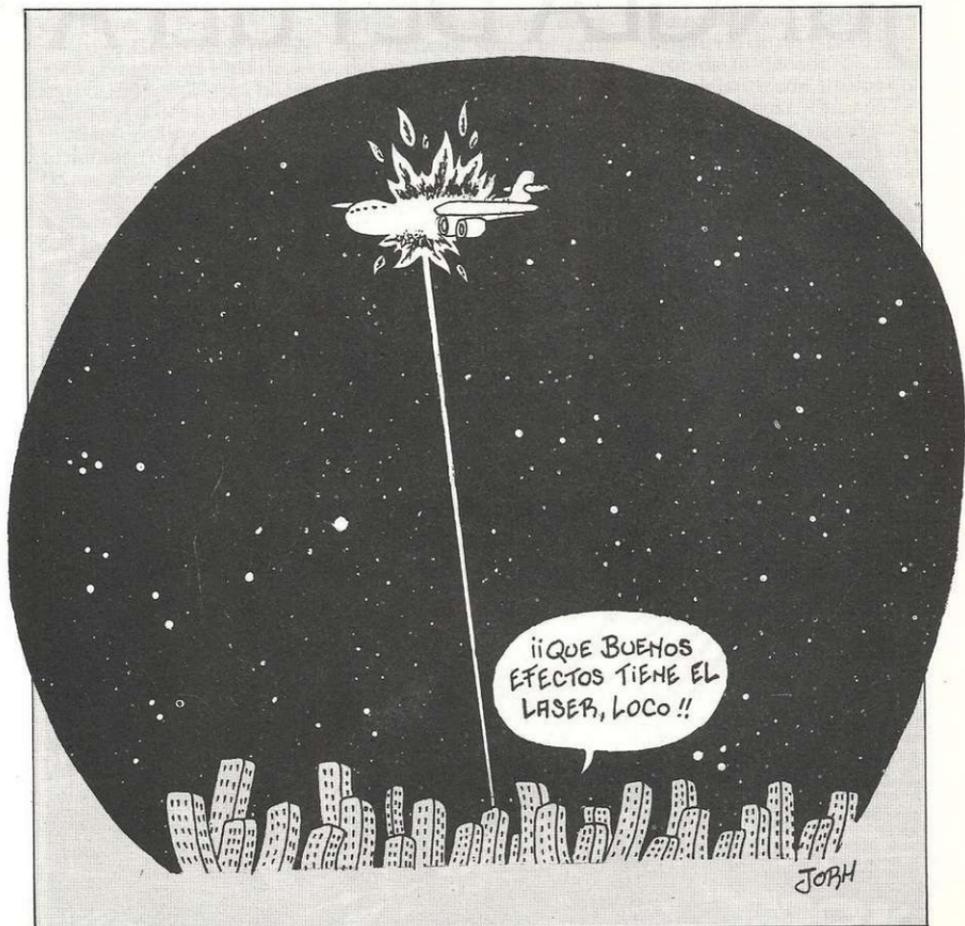
-Yo te conté muchas veces la historia de

mi vida, por eso tenés que comprender que soy un hombre experimentado y que si he decidido algo ha sido después de meditarlo mucho. No quiero que me olvidés nunca, pero sé que sos muy joven y a tu edad los afectos desaparecen pronto; el odio, en cambio, se marca con fuerza y para siempre. Por eso te dejo en la miseria, doné toda mi fortuna para la beneficencia y a vos te queda sólo lo necesario para subsistir un mes hasta que consigas trabajo.

En ese momento me convertí en mujer. Lo odié, y si no lo maté fue porque preferí que agonizara con todo mi desprecio.

Sali de la habitación cerrándola de un portazo y durante toda la noche escuché con placer sus alaridos. Me llamaba, me rogaba que fuera por última vez. Yo, en la pieza de al lado, sentada en la cama acunaba en los brazos a mi muñeca favorita, hasta que ya no se oyó nada y pude acostarme a dormir en paz.

© 1986, Laura Krauz.



EL PENDULO 65

Sam J. Lundwall

La historia de las revistas de ciencia ficción
contada por un europeo.

AVENTURAS EN LA JUNGLA DE PULPA

ILUSTRO ANDRES CASCIOLI



La historia moderna de las revistas de ciencia ficción comenzó realmente en abril de 1926 en Nueva York, cuando un inmigrante nacido en Luxemburgo lanzó una revista con cuentos de escritores franceses, alemanes e ingleses, dominada visualmente por el arte gráfico de un austriaco. La revista era *Amazing Stories*, el editor era Hugo Gernsback y el ilustrador era Frank R. Paul.

Hugo Gernsback (1884-1967) emigró en 1904 de su nativa Luxemburgo hacia las más verdes pasturas de los Estados Unidos, y pronto demostró ser un excelente empresario, totalmente consagrado a la idea de la ciencia y la tecnología como salvadoras de la humanidad. Originalmente trabajaba en la radio, y lanzó su primera revista de divulgación científica, *Modern Electrics*, en 1908, con lo cual prestó a los aficionados radiales norteamericanos un servicio más perdurable del que sus revistas de cf prestarían a la ciencia ficción. *Modern Electrics* se transformó luego en *Electrical Experimenter*, que matizó el contenido estrictamente científico con algunos cuentos de ciencia ficción, y luego en *Science and Invention*, que publicaba regularmente cf, al igual que muchas otras revistas de divulgación científica en la Europa y los Estados Unidos de esa época. A fines de la década del veinte poseía un verdadero imperio con revistas como *Radio News*, *Your Body* (que en la mejor tradición utopista presentaba la Ciencia como medio para curar a la humanidad de

todos sus problemas físicos, sexuales y psicológicos), y *Tidbits*, que ofrecía, según un anuncio del número de setiembre de 1928 de *Amazing Stories*, "páginas de atrevidas ilustraciones dibujadas por artistas gráficos franceses". Era inevitable que tarde o temprano probara suerte con la ciencia ficción; ésta era la época de las revistas *pulp** especializadas, y Hugo Gernsback debía de tener noticias sobre el éxito del número de cf de la británica *Pears Annual* en 1919 y el número *Phantastik der Technik* de la alemana *Der Orchideengarten* en 1920. Así, en 1923, Gernsback emuló a esos precursores con un número de ciencia ficción de *Science and Invention*, y el año siguiente trató de lanzar una revista llamada *Scientifiction*. El título era, desde luego, una abreviatura del término *science fiction*, acuñado originalmente por el ensayista inglés William Wilson setenta y dos años antes. *Scientifiction* nunca se concretó, pero Gernsback perseveró y fundó *Amazing Stories* en 1926.

Amazing Stories no fue la primera revista de ciencia ficción, y distaba de ser la mejor publicada hasta entonces. Revistas europeas como *Stella*, *Hugin* y *Der Orchideengarten* habían provisto a los lectores de ciencia ficción desde la década de 1880, y revistas como la británica *Pearson's Magazine*, las francesas *La Science et la Vie*, *Journal des Voyages* y *Travers le Monde*, y la rusa *Pri-*

*Revistas de carácter sensacionalista, así llamadas porque se fabricaban con papel de pulpa de madera.

roda i liudi, a veces no se distinguían de las revistas de cf. Aun los Estados Unidos tenían algunas revistas para lectores de cf, especialmente *Argosy* y *Weird Tales*. Gran Bretaña tenía una larga tradición de revistas de horror y fantasía que presentaban una extraña mezcla de *Märchen* y horrores góticos con gran cantidad de ilustraciones, desde la germinal *Marvelous Magazine* (1802-03) y el diluvio de revistas de horror de la década de 1820 en adelante con títulos como *The Ghost*, *Tales of Terror*, *Terrific Register* y *The Magazine of Curiosity and Wonder*. Éstas fueron las verdaderas precursoras de *Amazing Stories*, pues ofrecían escalofríos baratos a un mercado masivo, utilizando los símbolos de la época. Algunas presentaban a veces cuentos de cf, pero en general se atenían a los horrores tradicionales. Aún no era el momento oportuno para trasladar los monstruos de la cripta a las estrellas. Estoy seguro de que durante ese período se realizaron muchos intentos infructuosos de lanzar revistas de cf, y los futuros eruditos de la ciencia ficción sin duda los hallarán por docenas en todo el mundo. La primera revista de cf realmente moderna que yo conozco, *Stella*, se publicó en mi país natal desde abril de 1886 hasta agosto de 1888. *Svenska Familj-Journalen Svea*, presuntamente una revista mensual y especie de suplemento de un popular semanario sueco, sólo llegó a cuatro números antes de extinguirse, así que al parecer estaba adelantada a su

tiempo. Publicaba, sin embargo, a los principales autores europeos de cf de la época, entre ellos Kurd Lasswitz, E. T. A. Hoffmann, Claes Lundin, Achim von Arnim y Jules Verne. Evidentemente nunca fue muy popular, pese a todo, y ha quedado como una interesante nota al pie en la historia de las revistas de cf.

Más interesantes, quizá, son las revistas de ciencia ficción inmediatamente anteriores a *Amazing Stories*. Gernsback fue precedido en el norte de Europa por dos hombres de personalidad aun más extraña que la suya, que lanzaron modernas revistas de cf antes que él, y lo hicieron mejor, pero que por diversas razones no pudieron o no quisieron perseverar como Gernsback hasta alcanzar el éxito. El ingeniero, autor y editor sueco Otto Witt (1875-1923) fue en muchos sentidos un Gernsback antes de Gernsback, un hombre furiosamente chauvinista, un creyente en la ciencia y la tecnología como salvadoras de la humanidad, un utopista convencido que durante muchos años trató —en vano— de reformar el mundo a través de la ciencia ficción. Autor de muchas novelas y ensayos, lanzó a la revista *Hugin* en 1916 y llenó los 86 números de esta extraña publicación con sus propios escritos —artículos, cuentos, reseñas, aun novelas—, glorificando la ciencia del futuro y muchas invenciones insólitas de su propia creación. Una enfermedad lo obligó a interrumpir la publicación de la revista a principios de 1920. Si Ot-

“Gernsback nunca advirtió que Wells, Poe y Verne no escribían cuentos de hadas científicos sino narraciones sobre política, psicología, sociología y el alma humana.”

to Witt se hubiera dedicado menos a predicar las maravillas del futuro y más a la actividad empresarial, las cosas podrían haber resultado de otro modo; en 1921 planeaba la publicación de una revista de ciencia ficción en Alemania, lo cual le habría garantizado un público internacional; así, en cambio, *Hugin* se hundió sin dejar huellas.

El escritor austríaco Karl Hans Strobl (1877-1946) era un hombre aun más extraño, aun más violentamente chauvinista que Witt, y uno de los más importantes escritores de ese renacimiento de la fantasía que se produjo en Alemania entre 1900 y 1930. Dirigió la revista austro-germana *Der Orchideengarten* durante sus tres años de existencia, 1919-21, convirtiéndola en una revista líder de ciencia ficción y fantasía que publicó prácticamente a todos los escritores europeos importantes del género y llegó a un total de 54 números antes de extinguirse. Luego Strobl se convirtió en un fanático nazi, y durante la Segunda Guerra Mundial fue el director vienés de la infame “Reichsschrifttumskammer”. Durante su corta vida, *Der Orchideengarten* fue una revista buena e

inteligente, muy distinta de la tosca *Amazing Stories*, pero también ella se hundió sin dejar rastros. *Hugin* y *Der Orchideengarten* fracasaron, murieron y fueron olvidadas. *Amazing Stories* sobrevivió.

Había muchas razones para ello, y por cierto una de esas razones fue que Hugo Gernsback presentó el producto apropiado en el momento apropiado, ofreciendo una versión simplificada del futuro a un público ignorante de la ciencia, la política y la sociología, y por ende inquieto ante el mundo cambiante en que estaba atrapado. Usando la fórmula *pulp* de policías y ladrones con un atuendo ligeramente nuevo, y reeditando las obras europeas que encajaban mejor en la fórmula, presentó a los lectores norteamericanos la clase de ciencia ficción que Jules Verne había escrito cincuenta años antes, y H. G. Wells treinta años antes. Era cosa vieja en Europa, pero los lectores norteamericanos de revistas nunca habían visto algo parecido. Luego Gernsback empezó a convertir a los autores locales en los escritores que él quería: Murray Leinster, Ray Cummings, Otis Adelbert Kline, Francis Flagg y otros, que pronto aprendieron a escribir cuentos de hadas *pulp* celebrando las maravillas de la ciencia, el producto que a juicio de Gernsback el público necesitaba y secretamente deseaba. “Por ‘cientificación’ —escribió Gernsback en el primer editorial de *Amazing Stories*— me refiero a cuentos como los de Jules Verne, H. G. Wells y Edgar

Allan Poe, una fábula encantadora mezclada con datos científicos y visiones proféticas.”

En principio eso no está mal, excepto que Gernsback nunca advirtió que Wells, y en cierta medida Poe, y Verne en sus últimos años, no escribían cuentos de hadas científicos con visiones proféticas, sino narraciones sobre política, psicología, sociología y el alma humana. Además, el hombre destinado a llevar a cabo los deseos de Gernsback fue el doctor T. O'Connor Sloane, un erudito de setenta y cinco años que era inventor, divulgador científico y yerno de Thomas Alva Edison. Excelentes calificaciones para Gernsback, pero un desastre seguro para cualquier publicación con ambiciones literarias, intelectuales o sociológicas. Por suerte (para Gernsback), *Amazing* no tenía tales ambiciones. Era lisa y llanamente una revista *pulp* como las que eran muy populares en los Estados Unidos de esa época, una revista de aventuras del Kapitán Mors en una versión ligeramente modificada, y sin las alusiones políticas. La revista de Gernsback llenó un nicho vacío en el mundo editorial norteamericano, y fue un éxito.

Lo que hizo Gernsback —y fue su gran logro, el que pudo haber transformado la ciencia ficción en una hermandad literaria importante mucho antes de cuando en verdad llegó a serlo— fue crear la revista de *cf* especializada en una cultura y una época muy receptivas para ello. Sus predecesores habían fracasado ro-

tundamente, aunque las revistas de ciencia ficción habían resultado ser las más populares en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos desde la década de 1880. Europa, desgarrada por las guerras y la depresión, no estaba convencida de que la ciencia y la tecnología crearían la Utopía. En 1926 Estados Unidos era un país próspero, confiado en sí mismo y su futuro, una nación industrial líder, y la visión del futuro de Hugo Gernsback, junto con el atractivo del cuento sobre la guerra futura, la heroína secuestrada, el héroe intrépido y el villano detestable, resultó irresistible. Al concentrarse en las aventuras y la divulgación científica, al ignorar las cualidades que habían vuelto respetable la *cf* en Europa, creó un nuevo tipo de revista *pulp* con obvia atracción masiva. Popularizó la ciencia ficción, lo cual por cierto fue bueno, pero la clase de *cf* que popularizó fue la que era popular en Europa cincuenta años antes. En toda Europa se publicaba *cf* verdaderamente moderna en revistas y libros, pero Gernsback y su asesor de setenta y cinco años nunca lo advirtieron. Europa vio surgir en los Estados Unidos una *cf* que congeniaba muy bien con la popular idea europea de los Estados Unidos como vulgares, ostentosos, toscos, tal vez encantadoramente ingenuos pero totalmente desprovistos de cultura, la ciencia ficción estilo Buck Rogers con la que nadie en Europa quería asociarse. Nadie en Europa tenía interés en ella, y así Europa tampoco notó la aparición de varios

escritores norteamericanos interesantes. En rigor, nadie en Europa prestó mucha atención a la ciencia ficción norteamericana, hasta que apareció Ray Bradbury y asombró a todos con cuentos que, como bien dice Brian Aldiss en su excelente *Billion Year Spree* (1973), “se leían como traducciones de cuentos populares ucranios”.

Amazing Stories y las muchas revistas de *cf* que pronto aparecieron para aprovechar el virginal mercado norteamericano —*Asounding Stories*, *Thrilling Wonder Stories*, *Air Wonder Stories* y demás (estos títulos, por no mencionar las burdas ilustraciones de tapa, bastaban para que cualquier lector europeo de *cf* se retirara con escozor a las más respetables publicaciones europeas)— llegaban a los que no podían comprar libros o simplemente nunca se aventuraban en las librerías ni las bibliotecas; las gárrulas tapas en cuatro colores prometían inusitados escenarios, y el contenido era comprensible para la mayoría de la gente. Esto contrastaba con la ciencia ficción publicada en libros, sobre todo en Europa, que se volvía cada vez más culta, por así decirlo, y exigía a sus lectores más de lo que aparentemente querían o podían dar. Gernsback sólo exigía a sus lectores más de lo que aparentemente querían o podían dar. Gernsback sólo exigía a sus lectores más de lo que aparentemente querían o podían dar. Los intelectuales recelaron de esto, desde luego, e involuntariamente contribuyeron a que Gernsback convirtiera el mercado masivo de *cf* en un universo cerrado, tras volar todos los puentes que lo conectaban con el mun-

do exterior, y creara el gueto de la cf.

Ello tuvo una consecuencia buena, sin embargo, aunque fue una bonificación inesperada que nunca se planeó. En el número de junio de 1926 de *Amazing Stories* Gernsback comentó en su editorial un sorprendente fenómeno de la ciencia ficción:

Una de las grandes sorpresas desde que iniciamos la publicación de *Amazing Stories* es la tremenda cantidad de correspondencia que recibimos de los... ¿cómo llamarlos, "aficionados a la ciencia ficción"? Parecen muy bien orientados en esta clase de literatura. Según las sugerencias para reediciones que nos envían, estos "aficionados" parecen sentir especial propensión por la caza de cuentos de ciencia ficción, no sólo en inglés sino en muchos otros idiomas.

Gernsback había tropezado con el hecho de que en general los lectores de ciencia ficción no sólo buscan información sobre su literatura favorita, sino que desean escribir para comentarla. Gernsback no fue el primero en advertirlo, pero sí el primero en tratar a sus lectores con decencia. Inició un correo de lectores, llamado "Discusiones", que resultó ser de inmenso valor para el desarrollo de la cf norteamericana cuando otras revistas imitaron el ejemplo y crearon sus propios correos de lectores. De esas páginas de cartas, controversias y discusiones surgieron clubes y en última instancia lo que ahora se conoce como un movimiento semiorganizado de aficionados al género, el *fan kingdom* —"reino de los aficionados"— o *fan-*

dom, un fenómeno virtualmente desconocido en la Europa de esa época. Los aficionados incluso comenzaron a publicar sus propias revistas, mimeografiadas o impresas, los *fan magazines* o *fanzines*. Del fándom y los fanzines surgió a la vez una generación de aficionados que al fin dominaron el género en los Estados Unidos, como asesores editoriales, autores, ilustradores y editores. Éste fue el principal aporte de Hugo Gernsback al campo de la cf, un exitoso sistema de realimentación, por así llamarlo, que con el tiempo creó ciencia ficción de gran calidad cuando exaficionados como Donald A. Wollheim, Isaac Asimov, Robert A. Heinlein, Frederik Pohl, Forrest J Ackerman y John W. Campbell dejaron la rúbrica de sus propias personalidades en el género. Gernsback fue por muchos años el pope de la ciencia ficción norteamericana, e incluso escogió a un joven aficionado, Charles Hornig, para que dirigiera una nueva revista de Gernsback, *Wonder Stories*, en 1933. Gernsback también fundó la primera organización norteamericana de aficionados, la Liga de Ciencia Ficción, en 1934. Dos años después la rama neoyorquina de una organización afecta a la ciencia ficción y llamada ISA (International Scientific Association) planeó una reunión nacional de aficionados. Esta convención, instigada por Donald A. Wollheim, se realizó en Filadelfia en octubre de 1936. Tres años después, un club neoyorquino llamado New Fandom celebró lo que el

puñado de asistentes denominó jocosamente Primera Convención Mundial de Ciencia Ficción, y esta broma interna se repite cada año con nuevas convenciones "mundiales". (En los Estados Unidos todo es "mundial", pero en verdad eso no significa nada.) Hasta ahora no se ha celebrado ninguna convención genuinamente "mundial" en ninguna parte, aunque se considera que la gran convención de 1970 en Heidelberg, Alemania, fue bastante internacional. (La Tercera Convención Europea de Ciencia Ficción en Poznań, Polonia, en 1976, tenía delegados oficiales de veintitrés países, con lo cual tampoco era "mundial".)

Hugo Gernsback fue obviamente una persona importante y crucial en el campo de la ciencia ficción norteamericana, y su fórmula *pulp* funcionó muy bien en los Estados Unidos de fines de los años veinte y principios de los treinta. Sin embargo su genio tenía límites, como lo testimonia su intento de regresar al campo de las revistas con *Science Fiction Plus* en 1953. Esta revista cara y lujosa demostró claramente que Gernsback aún vivía en los años veinte e intentaba reeditar *Amazing Stories* en un mundo y una época que habían cambiado muchísimo desde 1926. Frank R. Paul hizo las ilustraciones, un protegido de Gernsback, Sam Moskowitz, la dirigió, y la revista parecía un vestigio del pasado. *Science Fiction Plus* duró siete números y murió sin pena ni gloria, pues nadie la lloró excepto Gernsback y sus amigos.

Sam Moskowitz ha saludado a Hugo Gernsback como el "padre de la ciencia ficción". Obviamente no fue tal cosa. Fue el padre de la ciencia ficción de las revistas *pulp* norteamericanas, con todo lo que ello implica para bien y para mal, y el padre del fándom. Sin duda esto es bastante y justifica su fama en América del Norte como pionero moderno. Pero su aporte al género no consistió en el contenido sino en el empaquetado. Bailaba al son de las novelas baratas y las revistas populares de fin de siglo, sumado al ritmo de las modernas prácticas de comercialización. Hoy la popularidad de series de TV como *Space: 1999*, *Star Trek* y filmes como *Star Wars* cantan su alabanza y prueban sin lugar a dudas que su influencia no ha muerto, que sólo han cambiado un poco los adornos del paquete y que, pese a la creciente sofisticación de los libros y revistas, en otros medios aún hay lugar para los jóvenes de corazón.

Volviendo a los años treinta, que vieron el derrumbe del imperio Gernsback mientras otros talentos aprovechaban los escombros, encontramos que las revistas especializadas de cf y el fándom eran algo estrictamente norteamericano, aunque comenzaron a surgir grupos de aficionados y fanzines en Gran Bretaña. La primera revista de ciencia ficción inglesa ceñida a la fórmula *pulp*, *Scoops*, apareció en 1933 pero se extinguió el año siguiente después de veinte números. La primera convención británica de cien-

“ Las circunstancias y la disponibilidad de cf norteamericana obligaron a los editores europeos a publicar casi exclusivamente material escrito en los Estados Unidos.”

cia ficción, celebrada en Leeds en 1937, atrajo a un puñado de entusiastas entre quienes estaba Walter Gillings, que más tarde ese año dirigiría una nueva revista inglesa de cf, *Tales of Wonder*, y Ted Carnell, que en los próximos treinta y cinco años sería el espíritu guía de la ciencia ficción británica. Se produjo un cambio drástico con la Segunda Guerra Mundial, una de cuyas consecuencias menores fue un predominio norteamericano en la ciencia ficción del que Europa sólo ha logrado apartarse en la última década. Millones de europeos morían en los campos de batalla y las ciudades calcinadas de Europa, mientras desde Estados Unidos llegaban cientos de miles de soldados con goma de mascar, Coca-Cola y revistas de ciencia ficción. Francia tuvo su primera revista moderna de cf, *Conquêtes*, en 1939, y fue seguida en rápida sucesión por dos países que no participaron directamente en la guerra, Argentina y Suecia. La argentina *Narraciones Terroríficas* se fundó en 1939, la sueca *Jules Verne-Magasinet* en 1940, y ambas importaban ciencia ficción *pulp* norteamericana al por mayor en sus respectivos

países. Las revistas norteamericanas se exportaban como lastre en barcos con destino a países donde, por razones obvias, no se escribió ni publicó ciencia ficción en esos años. Los escritores y editores norteamericanos produjeron enormes cantidades de cf, y cuando las revistas de ciencia ficción comenzaron a aparecer en Europa después de la guerra —la belga *Anticipations* en 1945, la inglesa *New Worlds* en 1946, la holandesa *Fantastie en Wetenschap* en 1948, etcétera— la industria de la ciencia ficción norteamericana ejercía un sofocante predominio sobre la europea. Cuando lo que podríamos llamar "segunda ola" de revistas europeas apareció a principios de los cincuenta —las italianas *Scienza Fantastica* y *Urania* en 1952, la noruega *Tempo-Magasinet* en 1953, la sueca *Häpna* en 1954, la alemana *Utopia-Magazin* en 1955, etcétera— las circunstancias y la disponibilidad de ciencia ficción norteamericana las obligaron a dedicarse casi exclusivamente al material escrito en los Estados Unidos. Así ocurrió también con las revistas de otras partes del mundo: la australiana *Thrills Incorporated* apareció en 1950, la argentina *Más Allá* en 1953, la mexicana *Enigmas* y la japonesa *Seiun* en 1955, y todas presentaban principalmente material norteamericano. Ello no implica que todos creyeran que la ciencia ficción norteamericana era la mejor del mundo. Simplemente no había otra cosa disponible. Toda una generación había muerto

en Europa, mientras la industria de la ciencia ficción norteamericana (pues era y es una industria) continuaba su producción. La cf alemana, por muchos años líder en el mundo, quedó hecha trizas; la cf francesa repudió la cf pulp norteamericana para inclinarse hacia la ciencia ficción patafísica de su propia creación. La cf soviética, otrora tan promisoría, tuvo que versele primero con Stalin, luego con la guerra, y luego otra vez con Stalin. Y así sucesivamente. Todos estos países tenían una tradición de ciencia ficción muy diferente de la norteamericana; consistía ante todo en novelas, y desde luego no había autores ni directores de revistas criados en un fándom local o con revistas locales. Las editoriales norteamericanas vendían agresivamente sus revistas en todo el mundo, arrastrando así a la cf de otros países al mundo de las revistas. Europa Oriental resistió, naturalmente, y así se salvó de la tosca ciencia ficción pulp norteamericana, pero también de la excelente cf que ahora se exportaba principalmente mediante ediciones extranjeras de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *Galaxy* y otras revistas norteamericanas. Los Estados Unidos revivieron la ciencia ficción europea, para bien y para mal, pero Europa Oriental se negó a ser revivida, con el resultado de que sólo ahora está haciendo oír su voz en el resto del mundo, en buena medida gracias a la pujante ayuda de la Oficina Soviética de Derechos de Autor, el VAAP. Rumania no

“El mundo de las revistas de cf es en gran medida reflejo de un gueto, pero en la Europa Oriental el género nunca sintió la necesidad de encerrarse.”

tuvo ninguna revista de ciencia ficción hasta que el excelente bisemanario *Collectia Povestiri Stiintifico-Fantastice*, dirigido por Adrian Rogoz, apareció a fines de los cincuenta; la primera revista yugoslava de cf, *Kosmoplov*, apareció sólo en 1969, y la revista húngara *Galaktika*, dirigida por el eminente erudito Péter Kuczka y una de las dos o tres mejores revistas de ciencia ficción del mundo en la actualidad, salió en 1972.

No existe ninguna revista de cf en la Unión Soviética mientras escribo esto; en cambio hay dos excelentes series de antologías, *Fantastika* y *Almanach Nautshnoy Fantastiki*, que tal vez puedan compararse con series de antologías como la norteamericana *Clarion*, la yugoslava *Andromeda* o la alemana *Polaris*. Lo más cercano a una revista soviética de cf es *Iskatel*, que a veces tiene más de un cincuenta por ciento de ciencia ficción. Pero está dirigida a adolescentes, suele tener el nivel de *Flash Gordon* o *Star Trek*, y no es muy buena. La Rusia prerrevolucionaria tuvo abundantes revistas pulp de aventuras, tan malas como sus equivalentes británicos y norteamericanos o peo-

res, muy parecidas a *Argosy* y demás. El eminente editor P. P. Soikin de San Petersburgo publicó gran cantidad de ciencia ficción, incluida una edición en ochenta y ocho volúmenes de las novelas de Jules Verne y una muy popular revista de aventuras, *Mir prikluchenii*, que ofrecía ciencia ficción de H. G. Wells, Arthur Conan Doyle, Max Pemberton, etcétera, además de autores rusos que en general adoptaban seudónimos ingleses porque obviamente sólo los británicos podían escribir ciencia ficción.

Pero eso fue durante la época prerrevolucionaria y *laissez-faire* de Rusia. Puede alegrarse que los aficionados soviéticos en verdad no necesitan revistas especializadas, pues grandes semanarios como *Junost* (con una circulación de más de tres millones de ejemplares), *Sveta*, *Znanije-Sila*, *Tekhnika-molodezi*, *Nautika i Zjissn*, *Aurora* y otros publican regularmente cf. Un libro de tapa dura cuesta en la Unión Soviética menos que una revista de ciencia ficción en Occidente, de modo que los aficionados de allá no parecen envidiar a sus colegas occidentales. Además se mantienen al corriente de lo que ocurre fuera de su propio país. Un número reciente de la revista literaria soviética *Literaturnoje Obozrenije* (octubre de 1977) dedica siete páginas de gran tamaño en cuerpo pequeño a reseñas de la actual ciencia ficción británica.

El mundo de las revistas de cf es en gran medida reflejo de un gueto, y en Euro-

pa Oriental el género nunca sintió la necesidad de encerrarse en un gueto. Más aun, no tuvo ningún Gernsback para echar llave a la puerta. El género es respetado, todas las asociaciones nacionales de escritores tienen muy activos departamentos de ciencia ficción (el de Hungría publica *Galaktika* y ahora planea lanzar otra revista más). Existen revistas pequeñas, fanzines mimeografiados, pero no desempeñan el importante papel de tales publicaciones en Occidente, aunque puede encontrarse un fándom organizado en la mayor parte de los países europeos orientales. El "Klub Prognoztika i fantastika" de Sofía, Bulgaria, ha realizado recientemente una destacada labor en cuanto a los fanzines.

Hoy las revistas parecen haber agotado su papel en la ciencia ficción, aun en los Estados Unidos. Fuera de ese país; las revistas nunca fueron tan importantes. En 1953, el año pico de las revistas de ciencia ficción, se publicaron treinta y tres revistas de cf y fantasía en los Estados Unidos; ocho en Gran Bretaña; cuatro en Italia; tres en Francia; dos en la Argentina; y una en Australia, México, Holanda y Noruega, respectivamente, eso era todo. Hoy—si se me permite citar más estadísticas—la tendencia se aleja más que nunca de las revistas para acercarse a los libros. En 1976, el último año para el cual tengo estadísticas confiables, se publicaron nueve revistas de ciencia ficción y fantasía en los Estados Unidos, con un

total de 71 números. Durante el mismo año se publicaron 954 libros, reediciones incluidas, o 13,4 por cada número de revista. Comparando esto con mi Suecia natal (cuya población representa un 4% de la norteamericana), encontramos un total de una revista de cf publicada, con cuatro números, mientras que se publicaron 83 libros, o casi 21 libros por número de revista (esto puede compararse con 1944, el año dorado de las revistas suecas de cf, con 52 números de revistas y 22 libros).

Detrás de las actuales revistas de cf existen muchas publicaciones no profesionales y semiprofesionales que satisfacen una amplia variedad de intereses dentro del campo de la ciencia ficción. Hay fanzines casi indistinguibles en presentación y calidad de las revistas profesionales (la alemana *Science Fiction Times* y la turca *Antares* son sobresalientes ejemplos de ello), hay fanzines que sólo publican cartas, reseñas de libros actuales o monólogos editoriales. Y hay fanzines dedicados a brindar noticias e información. Encontré las cifras sobre publicación de libros y revistas en los Estados Unidos en 1976 en uno de los mejores de estos fanzines informativos, *Locus*, que durante años ha suministrado a la gente de la especialidad toda suerte de noticias e información. Una de las más ambiciosas empresas de los años recientes dentro de este campo ha cobrado forma de fanzine, la espléndidamente producida serie *Ides et autres*, publicada en Bélgi-

ca bajo la dirección general de Bernard Goorden. Hasta ahora se han publicado 25 volúmenes, presentando cuentos y ensayos de América Latina, España, China, la Unión Soviética, Italia, Alemania, etcétera, además de artículos académicos sobre temas de ciencia ficción. La revista húngara *SF Tájékoztató* es en muchos sentidos mejor que muchas revistas profesionales, y muchos fanzines, como el turco *X-Bilinmeyen* y el francés *Spirale*, se han convertido en revistas profesionales de gran calidad. También hay, como dije antes, publicaciones profesionales, como la edición norteamericana de *Perry Rhodan*, que en realidad son fanzines, y sólo están destinadas a los aficionados entusiastas.

Estas publicaciones especializadas tal vez hayan contribuido a reducir el número de revistas al extremo en que sólo las mejores sobreviven. La mejor revista norteamericana, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, es una de las tres mejores del mundo (las otras dos son la argentina *El Péndulo*, sin duda la mejor revista de ciencia ficción en contenido, presentación y diseño jamás publicada y la húngara *Galaktika*). *F&SF*, ganadora de merecidos premios en los Estados Unidos por su excelencia, ha sido desde 1949 una revista líder con elevadas pautas literarias que sin duda sobrevivirá mientras otras sucumben ante la creciente marejada de antologías anuales.

La tendencia contraria a las revistas se puede ver en todas partes. La excelente



A COMPLETE Science Fiction NOVEL In Every Issue

Savage *Stories*

A COMPLETE Science Fiction NOVEL In Every Issue

SATellite
Science Fiction

minotauro

PENDULO

FANTASTIC
STORY

ASTOUNDING
SCIENCE FICTION

ASTOUNDING

THE HIDDEN WORLD
OF TOMORROW

PENDULO

DIDEE
CIENCIA FICCION

la revista de
CIENCIA FICCION
y fantasia / I
bradbury · asimov · leiber
simak · knight · wilhelm
silverberg · smith

revista británica *New Worlds*, cuyo simpático y eficaz director John Carnell patrocinó a una generación de autores destacados, entre ellos Brian W. Aldiss y Michael Moorcock, sufrió un revés en 1964 y ahora aparece como una especie de antología en edición rústica; su lugar como difusora de nuevos cuentos en Gran Bretaña fue ocupado por la serie de antologías *New Writings in SF*, lanzada por John Carnell y dirigida después de su muerte en 1972 por Kenneth Bulmer. En 1974 la editorial británica New English Library intentó un nuevo enfoque con la revista *Science Fiction Monthly* que presentaba algunos textos y muchos afiches grandes apropiados para decorar la guarida del aficionado, y tuvo un éxito espectacular por un tiempo. La publicación se interrumpió en 1976, y aunque varias revistas inglesas aparecieron desde entonces, ninguna parece ser viable. En los Estados Unidos, el último campeón de las revistas, John W. Campbell de *Astounding/Analog*, ha muerto, y otros forjadores de la moderna ciencia ficción norteamericana se concentran en antologías. Donald A. Wollheim, que por muchos años fue un importante director de revistas y preparó la primera antología en rústica de cuentos de ciencia ficción en los Estados Unidos, *The Pocket Book of Science Fiction* (1943), ahora es propietario y director de la única editorial norteamericana dedicada totalmente a ediciones en rústica de cf, DAW Books. En Europa,

las voces poderosas de la ciencia ficción, las que encuentran nuevos escritores, los ayudan a hallar su estilo y los publican, no dirigen revistas sino colecciones de libros: Gérard Klein y Jacques Sadoul en Francia, Danny De Laet en Bélgica, Jacques van Herp en Holanda, Ion Hobana en Rumania, Péter Kuczka en Hungría, Czeslaw Chruszczewsky en Polonia, Herbert Franke y Franz Rottensteiner en Alemania, Jon Bing y Tor Age Bringsvaerd en Noruega, Zoran Zivković en Yugoslavia, Bella Klujeva en la Unión Soviética, Ivo Zelezny en Checoslovaquia, Sebastián Martínez en España, Gianni Montanari y Giorgio Monicelli en Italia, Selma Mine en Turquía. Éstos y muchos más moldean la ciencia ficción europea de hoy, y no lo hacen a través de revistas sino de colecciones de libros.

No trato de disminuir la importancia de los autores, pero entre el autor y el público siempre se interpone el asesor editorial que decide qué vale la pena publicar y descubre y alienta a los talentos nuevos. Esto puede conducir a situaciones como la de fines de los años veinte, cuando Hugo Gernsback y otros directores y propietarios de revistas norteamericanas enunciaron su versión de la "teoría de los límites" para sus autores, que debían atenerse a ella o morir de hambre. En la Unión Soviética, Stalin y sus comisarios hicieron lo mismo con los escritores soviéticos de cf. Ambos causaron un gran daño a la ciencia ficción de sus respectivos

países, pero en los Estados Unidos pronto apareció una gran cantidad de asesores editoriales, cada cual con su propia teoría de los límites, lo cual al menos permitía al escritor encontrar el medio más receptivo para sus trabajos. Eso sólo sucedió en la Unión Soviética a mediados de los cincuenta, cuando desapareció el culto de Stalin, y aun así sólo en cierta medida.

Cuando Hugo Gernsback lanzó *Amazing Stories* en 1926, sacó la ciencia ficción de las librerías y las bibliotecas para llevarla a las calles, a los vendedores de revistas populares. Como no era un experimentador, también redujo la calidad del género al mínimo común denominador de otras revistas. Desde entonces la ciencia ficción ha mejorado en calidad y se ha alejado de los quioscos, y descubrió sin mayor sorpresa que está de vuelta donde empezó, en las librerías y bibliotecas, aun en el estrecho mundo de la cultura tradicional, limpiada y purificada, tal vez incluso ennoblecida, por su periodo de esclavitud en las revistas *pulp*.

Como europeo, profeso sentimientos ambiguos hacia el mundo de la ciencia ficción norteamericana, sobre todo hacia el aspecto representado por las revistas. Nació en 1941, y como muchos otros europeos de mi generación descubrí la cf primero en los escritos de Jules Verne y Hans Dominik, y luego en las revistas norteamericanas. Tardé muchos años en advertir que existía una rama europea de esta literatura, que

el género en realidad se había originado en Europa; y en cierto modo sentí que los Estados Unidos habían robado este legado para transformarlo, vulgarizarlo y alterarlo hasta volverlo irreconocible. Una generación de estudiosos y lectores europeos de ciencia ficción redescubre ahora su propia tradición, y es un proceso muy doloroso. Encontramos cientos de obras destacadas ocultas detrás de barreras lingüísticas insuperables, ocultas detrás de todas esas obras inglesas y norteamericanas que durante años han sido tan fácilmente accesibles, en grado tal que todo lo demás se ha perdido de vista. Peor aun, descubrimos que estamos tan habituados al modo norteamericano de escribir ciencia ficción que parte de nuestro legado nos parece extraño y aun exótico. Como en la rebelión de un hijo contra los padres, esto derivará por fuerza en una injustificada substitución de los méritos de la cf norteamericana –tal vez yo mismo sea culpable de eso– mientras que ciertas obras europeas podrían recibir injustos elogios sólo porque son europeas. Así ocurre, en mi opinión, con el autor polaco Stanislaw Lem, que ha dominado tan bien la técnica de las fábricas norteamericanas de cf que muchos críticos suponen automáticamente que debe ser mejor que sus mentores.

Los lectores europeos han visto demasiadas veces libros que alardean de contar la verdadera historia de la ciencia ficción y sólo cuentan la verdadera historia de la ciencia ficción es-

“Confío en que veremos surgir una literatura más madura que combine lo mejor de los norteamericanos, europeos, asiáticos, latinoamericanos, en una totalidad nueva y estimulante.”

crita en inglés. Ésta es, si ustedes quieren, la inevitable reacción de un europeo resentido. Existe un mundo fuera de Gran Bretaña y los Estados Unidos, damas y caballeros; ya no se lo puede ignorar. Como europeo, estoy harto de ver referencias a “convenciones mundiales de ciencia ficción” que nunca fueron ni serán más que convenciones norteamericanas. Estoy harto de leer que *Amazing Stories* fue “la primera revista de ciencia ficción del mundo” y de que se llame a su oscuro fundador “el padre de la ciencia ficción”, cuando sé que simplemente no es verdad. Estoy harto de ver, año tras año, el “premio a la mejor novela de cf del mundo” restringido a novelas publicadas en los Estados Unidos, cuando sé que la mayoría de las nuevas novelas de cf no se publican en los Estados Unidos sino en Europa. Estoy harto de revisar los catálogos de las colecciones de ciencia ficción de la Argentina, Japón, Alemania o Dinamarca, y encontrar una y otra vez los mismos y trillados autores norteamericanos. Estoy harto de ver cómo presuntos estudiosos norteamericanos e ingleses de ciencia ficción revelan una

total ignorancia sobre lo que no ocurre en sus propios países y actúan como si no existiera un mundo aparte del propio. Estoy harto de que europeos, asiáticos y latinoamericanos crean eso. Estoy harto y cansado de que los países europeos importen bazofia norteamericana, cuando nuestra bazofia ya es bastante mala.

Sé que muchos de los mejores autores de ciencia ficción son británicos y norteamericanos. Pero no son los únicos buenos, aunque eso parezca improbable a los lectores alimentados con una dieta de ciencia ficción de revistas. Las revistas son sólo una parte del género, la etapa adolescente, si se quiere, y esa etapa ha terminado. Ahora que las revistas desempeñan un papel menos importante, confío en que veremos surgir una literatura más madura que combine lo mejor de los norteamericanos, europeos, asiáticos, latinoamericanos, etcétera en una totalidad nueva y estimulante. Las revistas inglesas y norteamericanas han hecho mucho bien al género; sin ellas, no sé si hubiéramos tenido ciencia ficción en alguna parte. Aun así, me alegra que desaparezcan.

Pues –y ésta es una circunstancia ominosa que puede perjudicar al conjunto de la ciencia ficción en mayor grado del que la mayoría de los lectores entienden o desean entender– la creación del gusto, junto con un extraño provincialismo, sobre todo en los Estados Unidos, ha arrinconado a la cf de lengua inglesa en un universo

cerrado casi sin contactos con el mundo exterior. Creo de veras que gran parte de la culpa debe atribuirse a Hugo Gernsback, a quien Brian Aldiss llamó correctamente "uno de los peores desastres que sufrió la ciencia ficción", pero otros están continuando el proceso que él inició, el de estrechar, vulgarizar y simplificar este maravilloso género literario, así como el de aislarlo de todo impulso externo. Mientras la ciencia ficción internacional prospera al fin en Europa, recibiendo nuevo vigor del Japón, de América Latina, de la Unión Soviética y de su propio legado de la 'patafísica y otras tradiciones tempranas, la ciencia ficción se queda a la zaga en Gran Bretaña y los Estados Unidos, actuando con autocomplacencia como si nada existiera fuera de su propio traspatio. A veces una obra de cf del mundo exterior entra por accidente en el gueto del idioma inglés, una novela de Komatsu, Lem o los Strugatsky, pero al margen de Donald A. Wollheim de DAW Books, Damon Knight y Seabury Press, y tal vez otro par de personas, ningún asesor editorial o editor norteamericano o inglés sabe ni quiere saber nada sobre el mundo exterior. Es un hecho lamentable que cuando una obra extranjera logra causar algún impacto en el mundo de la cf de lengua inglesa sea inevitablemente una chapucera como la alemana *Perry Rhodan*, que adhiere estrechamente a la tradición de la ópera espacial norteamericana y tiene todos los defectos y

ninguno de los méritos de la ciencia ficción norteamericana. Estoy convencido de que la principal razón de la popularidad de *Perry Rhodan* en los Estados Unidos es que los lectores norteamericanos pueden leerla sin pensar que leen algo "extranjero". La ciencia ficción de lengua inglesa, amigos, vive en un universo cerrado, y eso sólo puede conducir al atrofiaamiento y, en última instancia, a una machacona reiteración de viejos clichés. Los Estados Unidos y Gran Bretaña repiten ahora el error de la Unión Soviética y el resto de Europa Oriental, que voluntariamente se aislaron de las fuerzas vigorizantes de la ciencia ficción que crecía y cambiaba fuera de sus fronteras (aunque podría alegarse que Europa Oriental recibió cierta ayuda de Stalin, así como los Estados Unidos recibieron ayuda de Gernsback). Europa Oriental reaparece ahora en el ámbito de la cf, y traduce obras extranjeras en sorprendente cantidad, revigorizando así su propia ciencia ficción. Gran Bretaña y los Estados Unidos se están reclusando en el aislamiento y el provincialismo, e incluso intentan institucionalizar su gueto publicando varias "enciclopedias" de ciencia ficción que pretenden abarcar el mundo entero pero se empecinan en negar todo mundo que no sea el propio.

La ciencia ficción se originó en Europa. Desde entonces, Gran Bretaña y los Estados Unidos desempeñaron un papel decisivo en el desarrollo del género. Hoy la influencia de ambos

languidece de prisa, y otros países toman la delantera. Las cosas son como deben ser, pero yo lamentaría que la ciencia ficción de habla inglesa, que ha significado tanto para el desarrollo moderno del género, se marchitara y muriera en un aislamiento voluntario. Aun así, eso ocurre ahora, y ni siquiera las convenciones "mundiales" restringidas al mundo anglófono, los premios a la "mejor ciencia ficción mundial" restringidos a libros norteamericanos, las antologías de "mejor cf mundial" restringidas a la ciencia ficción norteamericana, ni las presuntas enciclopedias de "cf mundial" restringidas al limitado mundo de habla inglesa pueden desviar esa tendencia. Las puertas del gueto norteamericano/británico han permanecido cerradas demasiado tiempo, y abrirlas depende de lo que están adentro.

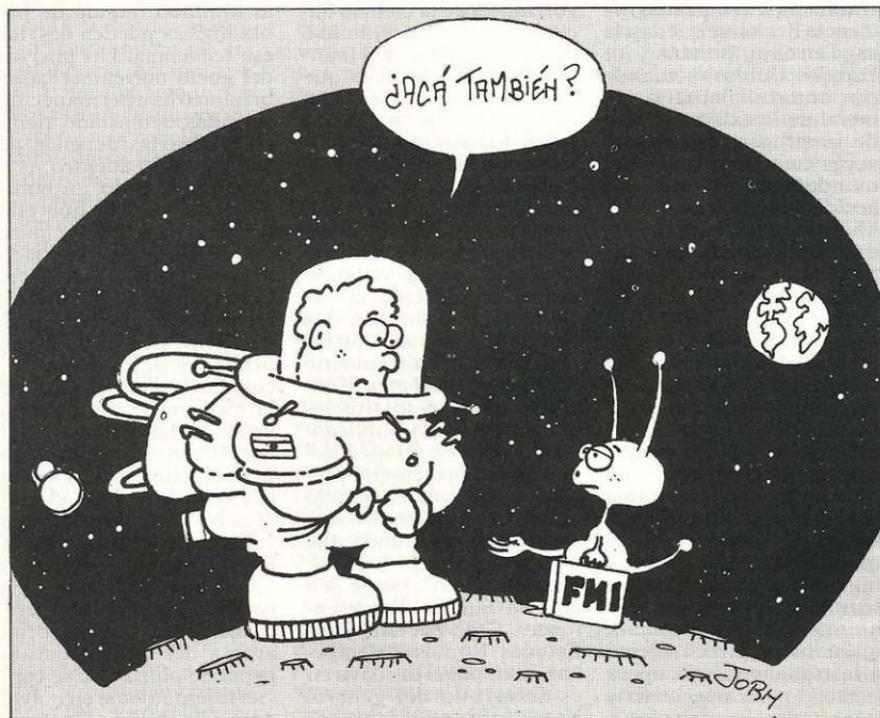
Soy ante todo un europeo, con todo lo que ello implica para bien y para mal. Pero también he sido un aficionado a la ciencia ficción, que es algo más internacional, durante más de veinticinco años, desde principios de los cincuenta, cuando la mayor parte de la ciencia ficción parecía venir de los Estados Unidos. Hoy soy escritor y editor profesional de ciencia ficción, y ya no soy el muchacho ingenuo de hace veinticinco o treinta años. Fui uno de los aficionados que se alimentaron con las revistas *pulp* norteamericanas. Aún amo el especial aroma del viejo y barato papel de pulpa que se convierte lentamente en polvo. Amo las chillonas cubier-

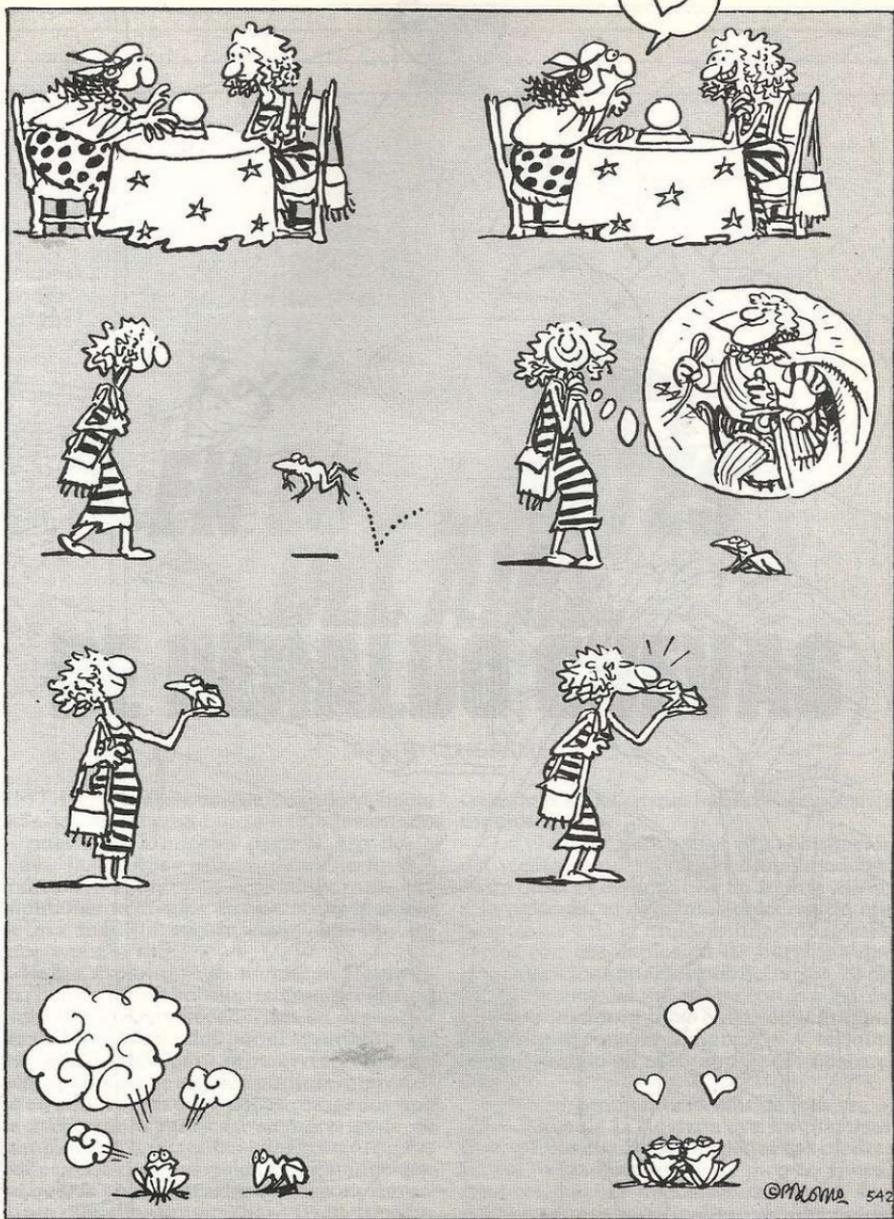
tas de Paul, Bergey, Schomburg y Wesso, que retratan toda situación tonta y remanida que uno pueda imaginar. Metros de esas revistas cubren las paredes de mi estudio, y el penetrante olor (mi esposa lo llama tufo) de esa mercancía me hace saludar cada nuevo día de trabajo con renovado entusiasmo. Fueron parte de mi juventud, mis años de formación, las cosas que una vez activaron mi imaginación y me prepararon para una cien-

cia ficción más sutil. Pero éstas son meras emociones. Sé que en general son malas, que el estilo es tosco y que los famosos artistas de la edad de "oro" norteamericana son menos que aceptables según pautas que no sean las dictadas por la nostalgia. Hoy mi capacidad de asombro se renueva más con un solo grabado de Piranesi o un cuento de Jarry que con cien revistas pulp. Admitámoslo: no eran buenas. Le hicieron mucho mal a la ciencia fic-

ción, y mucho bien, pero su tiempo terminó. La ciencia ficción permanece, con verrugas y todo, y nuestro lugar no está en los treinta, los cuarenta ni los cincuenta, sino aquí y ahora. La ciencia ficción está cambiando, como corresponde, y los héroes de ayer son los villanos de hoy. Las revistas de ciencia ficción nos condujeron parte del camino, y cumplieron su función razonablemente bien. Ahora es tiempo de buscar caminos nuevos.

Titulo del original en inglés: *Adventures in the Pulp Jungle*.
© 1985, Sam J. Lundwall. Traducción de Carlos Gardini.







Rogelio Ramos Signes

EN LOS LIMITES DEL AIRE, DE HERALDO CUEVAS

ILUSTRO CARLOS NINE

El 17 de mayo al oscurecer, cuando ya hacía más de una semana que se había levantado el puesto de aranceles para el uso de la playa, las últimas ráfagas de arena murieron contra el paredón de lajas. Mansas, estúpidamente dóciles, fueron a morir al pie de esa incierta construcción que hoy ya muere por sí sola.

Había esperado ese momento desde la partida de los últimos turistas, aún convencido de que nunca sucedería. Con dos carteles de lata arrancados por el viento hice un pequeño refugio para protegerme, siempre a la espera de que alguien pudiese interesarse en el libro. Pero los pocos rezagados que se acercaron a mí —casi siempre gente de campamentos distantes— llegaron atraídos por el aviso de los carteles, imaginando que yo podría suministrarles la gaseosa refrescante que ellos anunciaban. Existen pocas

cosas más difíciles que hablarle de poesía a un sediento.

Con el correr de los días y la obstinación del viento, supongo que debió extenderse, entre quienes acampaban en treinta millas a la redonda, el comentario acerca de mis propósitos y de la imposibilidad de satisfacerlos con esa explosión de burbujas que prometían los anuncios publicitarios. Al fin me avergoncé del megáfono con que estuve promocionando el libro entre los acampantes durante toda la temporada, y terminé arrumbándolo en el sótano de la construcción.

Salir del promontorio más de una vez al día y luego de la llovizna era un martirio. Diez metros cuadrados de pequeñas piedras filosas, trozadas a golpe de pico en épocas remotas, hacían imposible cualquier descuido e inminente el peligro de una caída.

Como tornasolados y deformes cuchillos bañados por el mar, esos trozos de piedra siempre fueron para mí un impedimento, una barrera insalvable entre los veraneantes y, digamos, la gente de la cantina. Por supuesto que ésta es una opinión muy personal, que se contradice con las cifras de caja. Luego de cada incursión al agua —falmélicos y sedientos— era enternecedor ver con qué terquedad, con cuánta valentía, los turistas encaraban ese breve pero angustiante camino hacia los alimentos. Salchichas y hamburguesas casi siempre, y sólo de vez en cuando alguna tarta de incierta procedencia, es todo cuanto se les ofrecía, aparte de los libros de poesía —por supuesto— y una completísima línea de bebidas enlatadas.

Varias veces durante aquel verano tuve grandes discusiones con los muchachos de la cantina, y siempre fue por los libros. Ellos aseguraban que mi insistencia acobardaba a los clientes. Yo siempre me defendí usando dos argumentos que aún considero irrefutables; por un lado, que jamás disminuyeron las ventas del bar, ya sea porque no había competencia o por lo que fuere; por otro lado, porque después de tantos años de trabajar en la playa, era el primer verano que llevaba algo para vender por mi cuenta, y ya les había asegurado hasta el cansancio que sería por esa única vez. No obstante, debo reconocer que fui grosero con una mujer, pero estoy seguro de que se trató de un malentendido. Ocurrió así. Se sentó al mostrador a beber su cerveza desganadamente. Desganadamente también tomó el libro que yo había dejado junto al servilletero pero que no le ofrecí, y leyó uno de los poemas, ése que termina: "... era una trinchera gris / herrumbre / era la vida estallando en los galpones" (página 27). Fue algo instantáneo, como en un pase mágico; el desgano se convirtió en profundo interés, y esa mujer rejuveneció veinte años con sólo abrir el libro. Leyó, devoró un poema tras otro, dijo algunas partes en voz alta, trató de memorizar otras; se lo apoyó contra el pecho, suspiró profundamente y dejó que sus ojos vagaran por el confin derecho de la playa ("esa víbora ondulante espejeando al sol"), hasta más allá de los oscuros peñascos que rodean la Gran Fábrica. Suspiró. Jadeó. Lloró de gozo. Restregó los senos contra la baranda. Exhibió sin pudor un sinfín de emociones y yo lo interpreté de la única

manera posible: la mujer había gustado de esa poesía y ansiaba retenerla. No dudé entonces en englobar cerveza y libro de poemas en la cifra que ella debía abonarme. ¿Acaso cabía otra actitud? Lo cierto es que apenas le dije el importe, nos insultó de arriba abajo; juró que era la cerveza más cara que había tomado en toda su vida, nos trató de ladrones, de asaltantes, de aprovechadores, epítetos denigrantes para un grupo de personas que estábamos allí prestando un servicio, más que explotando un comercio sin competencia. Dejé que se calmara ("todo huracán termina en brisa", página 64) y le expliqué que la cifra incluía también el libro de poemas. Allí detecté el punto de partida de mi equivocación y el posterior incidente. Comenzó a reír; era una risa desmedida y enferma. Aquella mujer no sabía de mesura; lloraba, insultaba o reía de manera total, desencajada, casi diría que con todo el cuerpo. Hubiera dado cualquier cosa por estar en su cama, pero ya había comenzado a odiarla. Aseguró que la poesía no le gustaba, que le aburría su lenguaje ambiguo, que ella era una mujer con los pies sobre la tierra, de ésas que no necesitan subirse a una nube para tener la sensación del vértigo; en pocas palabras, ridiculizó mis pretensiones, pagó la cerveza y se retiró elegantemente haciendo equilibrio sobre los trozos de piedra. Y allí perdí totalmente el control, y, arrojándole con violencia una lata vacía a la nuca, la hice rodar sin sentido sobre el pedregullo filoso y resbaladizo.

Todo fue vertiginoso; la sorpresa de mis compañeros de trabajo, los gritos de los banistas y la llegada de la policía. Guardo fragmentos más o menos nítidos de todo aquello, nadando en un caótico mar de grises irrecuperables; situaciones concretas desgarradas del entorno. Sólo sé que fueron dos días con una gruesa reja entre mí y el mundo, y que al oscurecer del segundo día hubo algo de dinero, un testimonio oral a mi favor por boca de alguien a quien jamás vi, y una advertencia magistral, con los dedos índices hacia arriba y un revólver sobre el escritorio. Mentiría si digo que reconocí el lugar donde estuve detenido, o si llegué a ver la cara de alguno de los policías.

Era de noche y había comenzado a llover cuando volví al promontorio. La lluvia iba percutiendo de a poco el plástico verde de las cortinas remontables y en el bar flotaba

un vaho a frustración que contradecía la sonrisa con que me recibieron los muchachos. Cada cual entregado a su aburrimiento esperaba que llegara la hora de cerrar el local en esa noche de promisorias ventas entorpecidas por la lluvia. Los boquerones crocantes —el fallido plato del día domingo— se enfriaban en la sartén, al tiempo que en la radio envejecía un tema de moda entre descargas eléctricas y la intromisión de una estación distante que hablaba de plagas en la cosecha. Más allá el fulgor de las lámparas de presión de las carpas irisaba la lluvia.

En la cantina la recepción fue cordial, casi afectuosa en un primer momento, y ni siquiera se mencionó el motivo que me retuvo dos días en la cárcel; la lluvia, las ventas frustradas y el calor lo sustituyeron a la perfección. Ni sobre el mostrador, ni debajo, ni en los estantes, ni en parte alguna del bar pude encontrar el libro de poesía: tampoco me animé a preguntar por él. Esa noche, profundamente preocupado, sólo logré dormir por momentos. A la mañana siguiente, aún con la fresca, tras una breve y cautelosa búsqueda encontré el libro en el sótano. Mi corazón retomó su paso normal y los truenos se sucedieron hasta el mediodía, pero lejos y sobre el océano.

Heraldo Cuevas, amén de buen poeta, siempre fue un hombre excepcional, una fuente inagotable de sorpresas. Debo a Cuevas enseñanzas que por siempre habrán de acompañarme; favores gigantescos que jamás podré pagar, pero a los que siempre trato de acercar alguna tímida zalamería, tonta si se quiere, pero significativa para mí. A pesar de eso no quiero obnubilarme con el *glamour* de antiguos deslumbramientos. Amparado en una situación económica que le permitió disponer de tiempo suficiente para ser brillante, y una licenciatura en Lenguas conseguida tempranamente, Heraldo Cuevas tuvo a su servicio el beneplácito de los dioses, explotando la industria a su manera, rodeándose de mujeres inteligentes y hermosas que siempre vieron en él algo más que un hombre, y de hombres que se encargaron de dosificar su palabra para llenar de frases explosivas las concurrencias nocturnas del Estoril.

Yo sé que entre la admiración y el odio se balancea un hilo demasiado delgado para ser tenido en cuenta como límite; pero hoy quiero ser sincero. Debo confesar que siem-

pre oí a Heraldo Cuevas, aunque supe disimularlo amparado en una admiración que también fue sincera.

Compartir una mesa con él es una aventura fascinante, como ingresar a una vidriera iluminada, de la que podemos salir marcados para siempre. Y fue desde una mesa del Estoril que logré desafiarlo, en busca de un resultado que, de perjudicarlo en la apuesta, lo favorecería indirectamente. No recuerdo haber visto jamás a Heraldo Cuevas aquejado por alguna derrota, por pequeña que fuera; pero si en alguna oportunidad la derrota lo visitó, debió haber sido de manera aparente, y el rédito que tangencialmente le habrá dejado con toda seguridad empuñó el traspie. Creo que a esta altura de lo dicho resulta más que obvio afirmar que Heraldo Cuevas es lo que comúnmente se conoce como un triunfador.

La discusión giraba en torno al difícil momento que atravesaba la industria editorial, las penurias económicas, las escasísimas ventas de libros de poesía en relación con las novelas o esos dudosos tratados de divulgación psicológica. En fin, Cuevas (eminentemente poeta) intentaba hacerse mirar por una pelirroja que, de sólo estar, incendiaba el Estoril aquel 7 de octubre a las 22 en punto. Lo conseguía, por supuesto. Heraldo Cuevas es de los que no dan un solo paso sin estar seguros del éxito que ese paso les puede reportar. La pelirroja insistía con que los poemas de Heraldo eran excepcionales, y que la falta de ventas sólo respondía al deteriorado poder adquisitivo del habitante medio, mezclado a una actitud colectiva cada vez más alejada del espíritu artístico. Para un hombre de ventas, aquello era un reto, y como tal lo tomé, sin dejarme intimidar por tanto palabrerío. La conversación había comenzado casi una hora antes a partir de un comentario mío acerca del inicio de la temporada turística en la playa al sur de la Gran Fábrica. Desde hacía cinco años yo me encargaba de la caja del bar y del puesto de aranceles, actividades que luego me permitían vivir sin sobresaltos con mi pequeña distribuidora de golosinas en los pobres y desolados meses del invierno. Ese trabajo siempre fue ridiculizado por la lengua mordaz de Heraldo Cuevas, y esa noche no fue la excepción. Luego, y a pesar de mi disgusto, la conversación fue siguiendo otros derroteros; el Congreso Regional de Geografía, la intervención federal al sindi-

cato de pesca y la súper cosecha de guayabas en Orozuz.

Por eso, cuando la charla recayó sobre la poca aceptación comercial de los libros de poesía, aproveché la oportunidad y dejé caer mi apuesta, un poco para sacarle por la fuerza algún servicio a Heraldo Cuevas, y otro poco para reivindicar las múltiples e insospechadas posibilidades que para mí tenía Playa al Sur. Heraldo reflexionó, evaluó las consecuencias y aceptó con un fuerte apretón de manos. Aunque su sonrisa sarcástica trataba de ridiculizar mi propuesta, ya habíamos pactado ante una treintena de personas y en pocos minutos la noticia desbordó los límites naturales del Estoril. Yo me obligaba a vender quinientos ejemplares del último libro de poemas de Heraldo Cuevas durante la temporada veraniega de Playa al Sur, cosa que él y casi toda la mesa consideraba una locura, y Cuevas se comprometía a presentar mi material a media docena de músicos consagrados de la ciudad, a mi elección, que pudieran interesarse en interpretar mis canciones. Hasta ahí la apuesta en bruto. Las cláusulas, no escritas pero sí especificadas en público y subrayadas una a una con sucesivos golpes de puño sobre la mesa, lo obligaban a relacionarse previamente con dichos músicos y a avalar con su opinión, ante el fiscal de Acopio Sensitivo, las bondades de mis canciones. Yo, por mi parte, no sólo debía vender quinientos libros durante la temporada, sino hacer cien ventas individuales, acreditando cada venta con una ficha del comprador, con datos avalados por su microfilm (denominación, edad, sexo o condición, domicilio, número de tarjeta para compras secundarias, documento federal, gradación de test, ocupación y margen de ocio); esto aseguraba a Cuevas que no pagaría con mi propio dinero algunos ejemplares en aras de ganar una apuesta que me favorecía en cuanto al premio. De cualquier forma, ni siquiera un fracaso sería tal para Heraldo Cuevas, ya que para él perder la apuesta significaba vender quinientos ejemplares más de su último libro de poesía (un verdadero premio para un poeta felizmente édito y en épocas como aquéllas) y, en última instancia, ser leído por un mínimo de quinientas personas más.

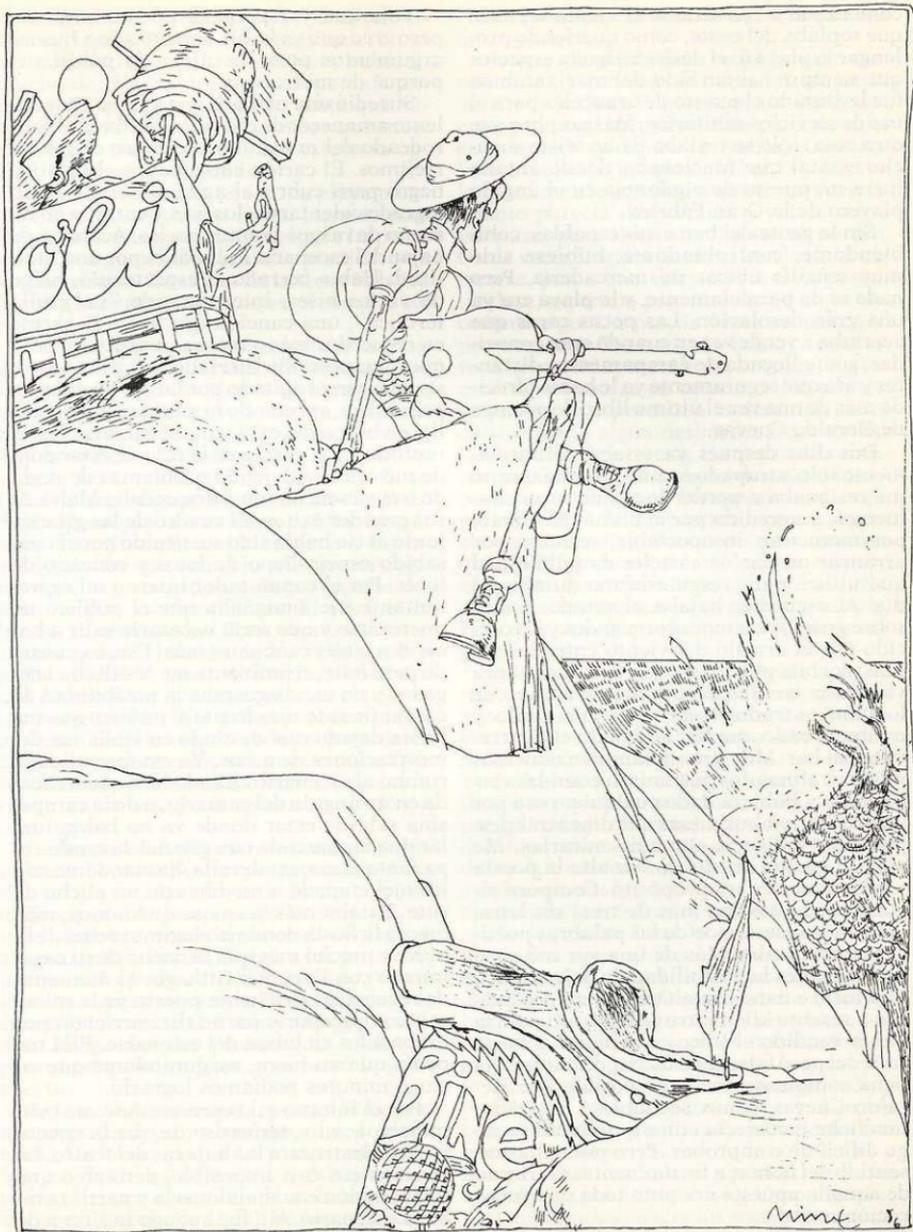
En el sótano de la construcción, pues, tras breve búsqueda, di con el libro que faltaba. En verdad que estaba allí como es-

perándome, pero con una advertencia implícita que me impedía exhibirlo en el mostrador luego de lo sucedido. Habermé desentendido de ese gesto de cordura hubiera sido suicida teniendo en cuenta mi ya deteriorada relación con la gente del bar. Opté por limpiarle el moho con mucho cuidado y lo guardé en mi cartera de mano. Sabía que de no haber estado detenido ya hubiese vendido ese último ejemplar y que sólo me restaría esperar a que cerraran el puesto de aranceles para volver a mi casa.

A mediados de abril la temperatura bajó bruscamente, aunque los veraneantes aún permanecieron en sus carpas más de una semana. Un frío viento del océano saturó de humedad el aire, tornó casi intransitable la granza que rodeaba la cantina, convirtió en promesa de graves quebraduras los nunca terminados escalones del promontorio y hasta deshizo los límites cada vez más inciertos de la carretera que pasa casi como huyéndole a la Gran Fábrica. Una masa de impenetrable gris se adueñó del mar hasta ahogar cualquier sonido proveniente del agua. La cantina asumió rápidamente el cambio, y si bien seguimos ofreciendo las mismas hamburguesas y salchichas en panes de formas diversas, fue casi instantánea la sustitución de las cervezas enlatadas por un chocolate humeante y aromático que ayudó a disipar un tanto la prepotencia de la niebla venida del mar.

El clima, "abrupto como tajadas de un manjar infrecuente" (esto parece de Cuevas, pero en verdad pertenece a una de mis canciones), fue resolviéndose en ciclos más o menos definidos, y a una semana de iniciado el viento húmedo, una fría ráfaga del sur limpió el aire enrarecido de la costa, dejando al descubierto el violento semicírculo de la bahía. Esa fue la confirmación del otoño. Los turistas, resignadamente persuadidos del fin, desertaron en hordas que atestaron hasta altas horas de la noche el tramo de carretera que corre junto al agua. Al día siguiente llegó el concesionario del bar, habló con todos nosotros, repartió algo de dinero y dio por concluida la temporada de ese año. Yo, que aún tenía el libro de poesía en mi cartera de mano, decidí quedarme un tiempo más en el sótano del antiguo promontorio. A siete días de iniciado, también vi morir el límpido viento del sur entre remolinos de arena.

Dos semanas después, cuando ya había



comenzado a eternizarse el viento arenoso que soplabla del oeste, como queriendo prolongar la playa (o el desierto) hacia espacios que siempre habían sido del mar, también fue levantado el puesto de aranceles para el uso de servicios sanitarios. Más nombre que otra cosa, sólo se trataba de un triste sucucho estatal que funcionaba donde antaño fuera un puesto de vigilancia en el ángulo playero de la Gran Fábrica.

Sin la gente del bar a mis espaldas, cohibiéndome, controlándome, hubiese sido muy sencillo ubicar mi mercadería. Pero nada se da paralelamente, y la playa era ya una gran desolación. Las pocas caras que acertaba a ver de vez en cuando eran conocidas, gente llegada de campamentos distantes y a la que seguramente ya le había ofrecido más de una vez el último libro de poemas de Heraldo Cuevas.

Dos días después ya estaba definitivamente solo, atrapado en una apuesta que no me resignaba a perder luego de tantos esfuerzos, y agredido por el clima. El viento, por momentos insoportable, terminó por arrancar un par de carteles de publicidad que utilicé para resguardarme durante el día. Al oscurecer bajaba al sótano, y allí, sobre gruesos cartones corrugados y favorecido por el arrullo del viento entre las tablas, dormía plácidamente. A primera hora ya estaba en pie preparándome alguno de los concentrados que, entre incrédulo y malhumorado, me había dejado el contratista del bar. Muy pronto también oí esos mágicos alimentos que imitan comidas verdaderas, y hubiera dado cualquier cosa por una de las hamburguesas que días atrás despreciaba y digería con sólo mirarla. Me ganó el hastío, insulté en voz alta la poesía y me afiancé en mi propósito. Compuse algunas melodías (no más de tres) sin letra, tarareadas, descreído de las palabras poéticas como estaba. Más de una vez me pasó por la cabeza la posibilidad de dejar el promontorio e irme hasta Orozuz, un poblado fijo a sesenta kilómetros al este; allí podría haber vendido el libro en minutos y luego salir del paso falseando un par de datos en la ficha complementaria. Es posible que Heraldo Cuevas jamás se hubiese enterado; una ficha incorrecta entre quinientas es algo difícil de comprobar. Pero pudo más mi sentido del honor; a fin de cuentas el triunfo de aquella apuesta era ante toda una reparación moral.

Voluntad y esperanza no me faltaban, pero creo que ya había comenzado a buscar argumentos para justificar en público el porqué de mi fracaso.

Sucedió una mañana fría y lluviosa, en el lento amanecer de esos días en Playa al Sur, rodeado del murmullo silencioso de los coirelmos. El cartón corrugado y el plástico negro para cubrir el agua mineral habían logrado calentarme los pies y entraba en un sueño de rasgos premonitorios. Acababa de bajar del escenario aplaudido por una multitud. Había cerrado el espectáculo, luego de varios bises, interpretando "La grulla térmica", una canción que suele llegarme en recuerdos más o menos imprecisos, pero que nunca escribí. En el sueño era la apoteosis y yo corría agitado por largos pasillos en penumbra, apretando la guitarra por el cuello, en busca del camarín. El camarín era la reproducción exacta de la sala de estar donde me crié resolviendo problemas de regla de tres y escuchando a Roquedalía Malta en sus grandes éxitos. El cuadro de las gitanas junto al río había sido sustituido por el consabido espejo lleno de fotos y rodeado de luces. Por el conmutador interno mi representante me anunciaba que el público no quería irse y que sería necesario salir a hacer dos o tres canciones más. Estaba cansado pero feliz, el ambiente me estaba acogedor y no me disgustaba la posibilidad de cantar un rato más frente al público que me había dejado casi desnudo en violentas demostraciones de amor. Ya estaba saliendo rumbo al escenario cuando la vi. Acurrucada en un ángulo del camarín, o de la campesina sala de estar donde ya no había una lámina enmarcada con gitanas lavando ropa junto al río, estaba ella, llamándome con los ojos, tapada a medias con un afiche de ruta. Estaba más hermosa que nunca, más que en la fiesta donde la elegimos reina de la nieve y mucho más que la noche de su casamiento con Exequiel Githago. Al momento de reconocerla yo había puesto ya la mano sobre el picaporte para salir corriendo por los pasillos en busca del escenario. Ella me pedía que no fuera, asegurándome que en cinco minutos podíamos lograrlo.

Por el interno mi representante me conminaba a salir, temeroso de que la concurrencia destrozara las butacas del teatro. La elección era casi imposible, pero creo que mi intención era abandonarla y partir rumbo al escenario. Allí fue cuando la sirena de

la Gran Fábrica, grave pero penetrante, vino a salvarme. Desperté sobresaltado. Nunca la había oído, pero me habían hablado mucho de ella; tanto, que enseñuیدا comprendí de qué se trataba. No sabía qué hacer, si esconderme o salir a mirar qué sucedía; miedo o espectáculo, allí estaba la opción. Opté por lo segundo.

Sali del sótano con temor. La playa parecía infinita; la llovizna había logrado prolongarla en una opacidad gradual e impenetrable, apagando el murmullo plañidero de los correlimos. La sirena de la Gran Fábrica parecía haberse congelado en el espacio sonoro de la bahía.

Durante algunos minutos estuve mirando hacia allí, sin poder descubrir nada salvo las altas paredes de piedra sumergiéndose en la niebla, y el portón de hierro, inalterable bajo el agua helada de aquella mañana. Algunos ruidos, como de goznes resistiéndose a la herrumbre, subían desde la Gran Fábrica amortiguados por el aire espeso. Sabía que algo iba a suceder, pero no imaginaba qué. Siempre se ha hablado y fantaseado mucho con respecto a la Gran Fábrica; delicias y atrocidades. Seguí esperando, pero no por mucho tiempo. El portón de hierro se abrió a las 7 en punto sin otro sonido que el chirrido de las fallebas. No podía creerlo. A pesar de las muchas historias escuchadas, siempre creí que el portón era parte inamovible de las paredes; un gigantesco detalle arquitectónico para darle algún toque convencional, puesto que allí la realidad sucedía de otra manera, y hasta la más mínima cosa pertenecía a otro orden, a otra lógica.

Un hombre, alto como una torre y cubierto hasta la nariz por un perramus, dejó las dos valijas en el suelo, al lado de la frágil mujercita (o de la operaria; ése era mi temor). Con bruscos ademanes dio énfasis a algunas palabras casi dichas a los gritos, de las que sólo pude entender *boc boc* ("muy lejos", o algo así, en lengua de la Fábrica) y le estrechó la mano en un solo y enérgico sacudón. Luego dio dos pasos hacia atrás, en pantomima casi militar, y se cerró la gran puerta.

Se la veía desorientada, pero el temor no me permitía dejar mi atalaya entre los carteles. De torso pequeño y extremidades fuertes, desde lejos parecía el dibujito casi triangular con que suele sintetizarse a la mujer en la puerta de los baños públicos.

Hasta pasado el mediodía no supe que era una operaria.

Estuve observándola toda la mañana, tratando de confrontarla con las historias acerca de la Gran Fábrica que iba haciendo emerger de mi memoria. Ella parecía indecisa. Tomaba y dejaba las valijas. Caminaba hacia el extremo sur de la bahía y miraba largamente el agua, hasta que un estremecimiento parecía despertarla y volvía sobre las rocas para detenerse frente al portón. Otras veces llegaba hasta el borde de la carretera, ponía una valija sobre otra y, sentándose, esperaba pacientemente a que sucediera algo. Un par de veces se acercó al promontorio. Dio vueltas a la barra del bar, tocó las cortinas metálicas, las paredes, las piedras montadas en cemento. No era tan pequeña como parecía a la distancia, e incluso sugería algún desborde. Jugó con las latas vacías de cerveza, las tapas de refrescos gasificados y los vasos descartables. A pesar de su hiriente inexpresividad, todo parecía llamarle la atención, como a un cachorro o un niño. Recuerdo que cada vez que pasó frente a los carteles que eran mi escondite sentí deseos de salir y hablarle, preguntarle cosas, ver si podía ayudarla. Pero el temor de que fuera una operaria me paralizaba.

Pasado el mediodía, con la niebla ya en retroceso, mi temor se confirmó; pero al mismo tiempo dejó de ser temor para convertirse en curiosidad. Estaba sólo a centímetros de los carteles y yo había comenzado a admirar su rara belleza, la tosca y fría belleza que puede darse en un ser pensado sólo para el trabajo. Parecía habérselo hecho tarde, aunque ésa era la impresión que me daban los movimientos de su cuerpo, no la agudeza de sus facciones. Con sus hermosos ojos verdes miró el reloj pulsera, pero pareció no entender bien lo que veía y se los frotó. Sus ojos, ahora negros, volvieron a mirar el reloj; y aquélla fue la confirmación de mi sospecha. El reloj no estaba sujeto al brazo, sino que era parte de la muñeca, con los números fosforescentes trasluciendo bajo la piel. Sentí odio. Ésta era la gente por la que tantos jóvenes habíamos peleado y perdido en épocas de estudiantes. Aun sin conocerlos en profundidad, sin haberlos frecuentado, habíamos teorizado sobre ellos y finalmente tomado una posición de lucha en su favor; postura que luego, supongo, fue desvaneciéndose hacia los meses de egreso,

donde cada cual empezó a tirar líneas hacia su futuro, abandonando de a poco los ideales de juventud. La visión de esta operaria reavivaba en mí todo ese odio postergado e inofensivo, sin un destinatario de nombre concreto, pero tan grande como la playa toda, la carretera, el mar, la bahía y la Gran Fábrica; que es (¿por qué negarlo?) el mundo en su entera dimensión.

No lo pensé demasiado; sólo esperé a que estuviera a unos pocos pasos, para no asustarla, y salí de mi escondite. Sé que se sorprendió y que tuvo miedo, a pesar de la placidez de sus rasgos. También sé que dijo algo, que sonó a pregunta, y no recibí respuesta. Me quedé mirándola largamente, con un espíritu que de a poco fue dejando de ser científico para transformarse en algo cada vez más animal e instintivo. Sus ojos, otra vez verdes, parecían seguir esperando una respuesta que jamás le daría, simplemente por no haber comprendido la pregunta. La fantasía invadió mi cabeza: la playa era tan extensa como la eternidad, esa operaria era la más hermosa mujer que jamás había visto, y estábamos solos. No es que me sobreestimara, por supuesto, pero todo era cuestión de encontrar la forma; la llave, como quien dice; el camino correcto. Sólo me intimidaba el portón de la Gran Fábrica, a doscientos metros; aunque se trataba de un temor infundado, pues yo y esa operaria nada significábamos para ellos.

Se llamaba Morgana, y hago mal en utilizar un pasado para referirme a su nombre, porque se seguirá llamando así y espero que por mucho tiempo, aunque más no sea para gozar de lo abstracto. Ésa es mi esperanza.

Fue muy fácil entablar conversación, aunque todo, y por varios días, giró en torno de la sorpresa. Nunca imaginó que la Gran Fábrica finalizara en los altos paredones de piedra; o, para ser más exacto, jamás pensó que tras esos muros hubiera algo. Ese tema no formaba parte del mundo de operarias y activos, y pude comprobar que la preocupaba profundamente. Por lo demás, y salvo por pequeñas omisiones en el hilo normal de la charla, su conversación era similar a la de cualquier persona de nuestra edad. Sólo hay algo sobre lo que vuelvo constantemente: le sorprendió que llamara Gran Fábrica a lo que para ella, y para sus ex compañeros de trabajo, era La Imprenta. En definitiva, supongo que ésa será otra manera de denominar el mundo.

A través de sus recuerdos, casi siempre fugaces, fui reconstruyendo el lugar donde hasta hacía poco había transcurrido toda su vida: un gigantesco quonset en el que cientos de operarias intercaladoras dan un orden lógico a las hojas de los libros; otros galpones similares para tareas diferentes; oficinas con teléfonos que nunca dejan de sonar; edificios con ventanales que dan al norte (no sabía qué cosa es el norte y tuve que explicarle); mesas transparentes donde activos artistas y operarias artistas diagraman cada hoja; salas con máquinas rugientes en las que nunca pudo ingresar y donde constantemente entran y salen activos con delantales sucios de grasa; infinidad de recuerdos fragmentarios que fui completando y relacionando: comedores, piscinas, jardines, patios de juego, espejos, parlantes. También había algunos personajes que iban surgiendo a lo largo de su conversación: un tal Sutergio (al parecer un loco, o un activo de espíritu rebelde), una operaria trágica llamada Casandra, un cantonero conocido como Cornelio (le fue imposible explicarme con exactitud qué es un *cantonero*) y dos o tres más, cuyos nombres ahora no recuerdo.

No pretendo que este relato sea una especie de manual acerca de qué es, para qué sirve y cómo se desenvuelve un habitante de la Gran Fábrica; pero creo que es necesario precisar algunas cosas.

Si uno da los buenos días a una operaria, recibe de ella un saludo similar. Si uno agrede de palabra a una operaria, ella se alejará rápidamente, pero con una actitud que no nos deja la sensación de que rehúye el enfrentamiento; así las cosas, resulta imposible volver a agredirla. Si uno hace una pregunta absurda a una operaria, ella no responde que no entiende la pregunta ni se turba ni se muestra desorientada; simplemente guarda silencio hasta que formulamos otra pregunta que invalide la anterior. De no romperlo nosotros, ese silencio puede durar horas, tal vez días; aunque esto último nunca llegué a comprobarlo. No sé si una operaria puede enfermar de hepatitis, o contraer una angina o un resfrío. Ignoro si una operaria puede sufrir un cólico. Sí sé que una operaria puede torcerse un pie, luxarse un brazo, herirse profundamente, y también (esto suele ser muy grave) entrar en estado de catatonia.

No es lo usual, pero supongo que una operaria con algún signo de alteración pue-

de llegar a ser violenta con los demás. También puede ser autodestructiva; aunque para esto se requiera además alguna inquietud artística, alguna interioridad insatisfecha. Es mucho lo que puedo decir sobre supuestos, incluso puedo generalizar sobre cosas que sucedieron alguna vez; pero ni lo uno ni lo otro tendría valor. Si puedo asegurar que la incertidumbre fue el color que tiñó aquellos días, pero que a pesar de eso mi instinto y mi egoísmo siguieron gobernándome y sacándome a flote. Y si bien no creo que éste sea el momento para hablar de mi egoísmo, puedo asegurar que fue mi instinto el que me enfrentó a aquella diferente e inolvidable instancia de amor.

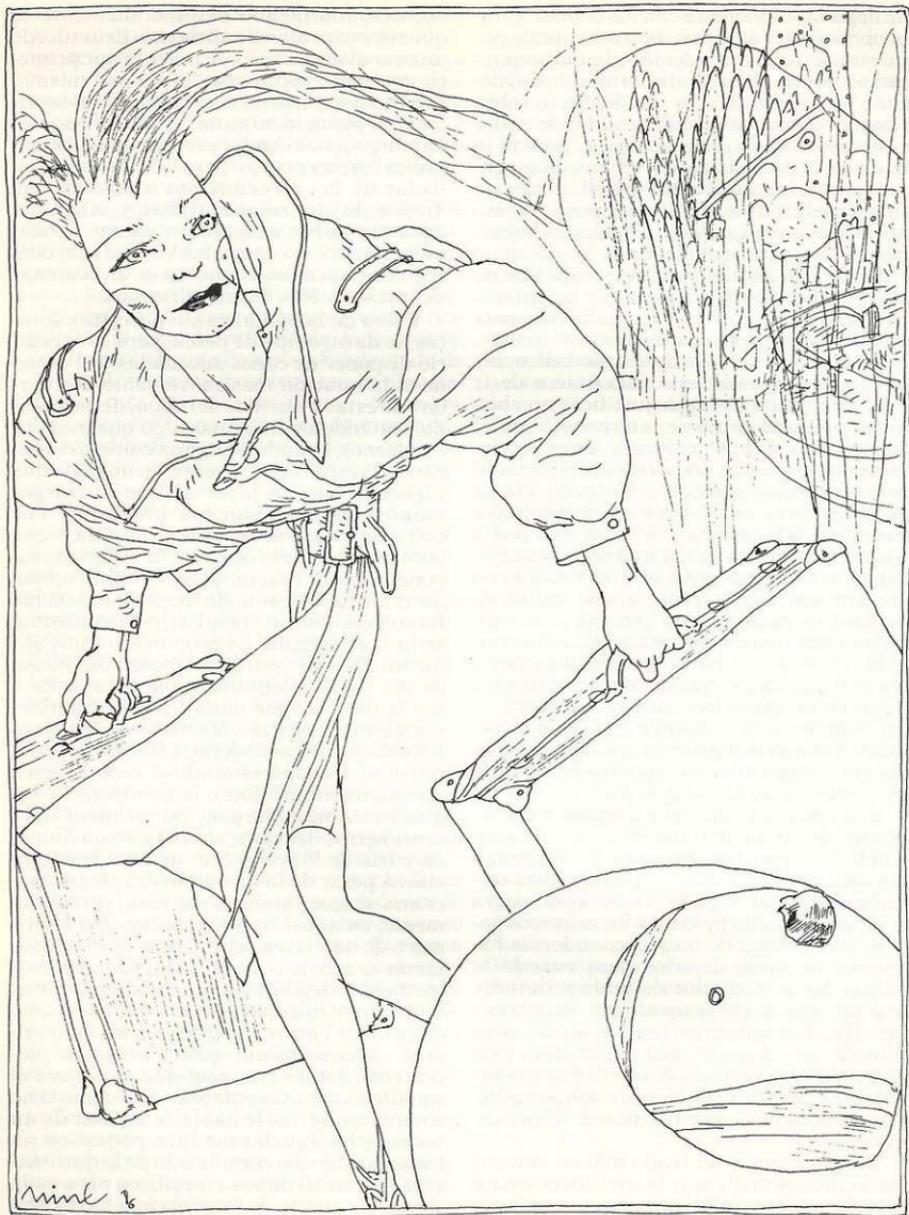
Sé que siempre he sido enamorado, pero inconstante. Con esto sólo quiero decir mi verdad, y no tratar de justificar una historia que cada tanto se interpone entre el sueño y mis deseos de dormir, empujándome a largas noches de insomnio. He amado breve pero intensamente a Morgana. Me ha enternecido su inocencia y me he rendido a sus infinitos misterios. ¿Qué otra cosa podía hacer frente a una mujer que no sabía de la existencia del mar, que sólo lo había visto en láminas, y que frente a sus remolinos helados se dejaba llevar por las aguas sin oponer resistencia, involuntariamente suicida? ¿Cómo no amarla? ¿Cómo no amar a alguien que piensa que la vida es un libro, a pesar de no saber leer; que tiene dinero en los bolsillos y no entiende para qué sirve; que se emociona repitiendo frases de memoria sin comprender su significado? ¿Cómo no sucumbir ante lo intuitivo?

Cada mañana me acompañaba a correr un par de kilómetros por la carretera para combatir el frío. Los comprimidos no tenían las suficientes calorías y en pocos días terminamos el chocolate, la cerveza negra también se acabó pronto, y los refrescos gaseificados servían de muy poco; además habíamos decidido dejarlos para cuando la bahía, hacia mediados de junio y durante una semana, fuera ocupada por los tiburones. Hasta entonces no teníamos más posibilidad que la pesca. Esa desolación, más que pesca era un robo despiadado, a pesar del frío y de la falta de elementos que pudiesen ayudarnos. Simplemente depredábamos.

Bastaba meter un trapo blanco —un pañuelo, una servilleta o lo que fuera— para sacarlo repleto de boquerones pequeños y

voraces, mordiendo desesperadamente lo que suponían algo de alimento. Esto sucede una vez al año, a fines de mayo, y por primera vez pude comprobarlo por mí mismo. Pero no teníamos un trapo blanco —ni servilleta, ni pañuelo, ni camisa, ni medias— y el hambre ya nos estaba preocupando. Intentamos con las manos, pero las filosas dentelladas de los peccecitos nos atemorizaron. Trapos de otro color entraban y salían del agua sin haber atrapado ninguno. Probamos con un vaso descartable, pero sólo conseguimos sacar un boquerón en un centenar de intentos. Nos desmoralizamos.

Fuera de la bahía, ya sin peccecitos voraces, se da otro tipo de pesca, pero es necesario disponer de cañas adecuadas y el otoño no es la estación más conveniente. Recuerdo que estaba a orillas del agua, desorientado, tratando de imaginar algo que pudiera ayudarnos, cuando Morgana comenzó a sacarse el vestido, lentamente, en un gesto que supuse heroico, a pesar de que sus rasgos inmutables anulaban esa impresión. Fue casi una reacción mecánica, la única que podía caber en esa ocasión, la indicada, supongo que la exacta; pero yo sobrevolvaba otras latitudes y aquello me puso al acecho. Bajo el vestido, una bombacha blanquísima sería la encargada de proporcionarnos alimento. Dejó el vestido a un costado; luego, de pie, se sacó lentamente la bombacha y me la dio. Aunque desfallecida de hambre, sentí otras urgencias. Me bastó ver la marca del elástico en las caderas; el ombligo fosforescente transparentándose bajo la piel, que no me impresionó; la comisura de los muslos... Amé a Morgana por primera vez a centímetros del agua, sobre la arena húmeda y fría de Playa al Sur, ardido de urgencias. A pesar de lo inmovible de sus facciones sé que también me amó, profundamente, en aquel frenesí que fue sólo el primero de una larga serie y que, por fortuna, jamás se rebajó a mera costumbre. En esos momentos dejaba escapar algunas palabras incomprensibles para mí, en idioma interno de la Gran Fábrica, supongo que remitiéndose a recuerdos que quiero imaginar placenteros. Jamás conseguí que me dijera el significado de esas palabras. Era como si no entendiese de qué le hablaba, a pesar de mi insistencia. Aquello me hizo pensar en un lenguaje algo más complicado de lo que imaginaba, con términos específicos para cada situación: suerte de interjecciones articula-



das surgiendo a borbotones del placer de su carne, siempre niña y violentamente activada. Durante diez días los boquerones fueron casi nuestro único alimento.

Algo que de a poco fue despertando su curiosidad fueron los correlimos. Hacia el mediodía solía sentarse sobre la cenefa del bar, con las piernas colgando, a observar cómo buscaban supongo que diminutos crustáceos en las grietas de las rocas con sus picos largos y delgados como estiletos. Toda su atención estaba puesta en ello e iba descubriendo y contabilizando diferentes comportamientos. A esa hora yo solía sentarme junto a ella a tocar la guitarra, tratando de registrar en alguna canción aquel otoño, mi primer otoño en Playa al Sur. De vez en cuando alguna melodía le llamaba la atención y miraba alternadamente mis manos moviéndose sobre las cuerdas y mi boca improvisando alguna letra, pero enseñuida volvía a interesarse por los correlimos. Sólo aquello la sacaba de su mutismo, brevemente, "Ahora va a caminar sobre el agua" decía; y el zancudo, como obedeciendo a una orden, caminaba sobre el agua en busca de alimentos. Ella continuaba observando en silencio, casi atravesándolos con sus ojos por entonces negros. "Ahora va a volar en redondo", decía; y el correlimo, apenas terminado su trino, se elevaba para describir grandes círculos en el aire.

No me gusta que me interrumpian cuando canto algo acompañado por la guitarra. Me saca de quicio. Fastidiado, dejé el techo del bar y me encerré en el sótano, repleto de ideas para volcar en una nueva canción, pero incapaz de aislar tan siquiera una sola para llevarla a buen puerto. En el fondo sé que esperaba ver llegar a Morgana, bajando dificultosamente por la escalera de cemento a medio construir, a pedirme que la disculpara, a prometerme que nunca más interrumpiría mis canciones para hablarme de otra cosa, a suplicarme que por favor le cantara algo que ella pudiera entender, a ronronear sobre mi pecho hasta adormilarse con el apagado chasquido de las olas contra las rocas. Pero casi siempre esperaba en vano; su realidad era otra y no estaba preparada para responder a los sutiles mecanismos de mis tonterías personales.

Un día —supongo que el más frío de aquella temporada en la playa, aunque el invierno aún no había comenzado—, junto al calor de las brasas de un cajón de embalaje, co-

mencé a enseñarle algunas cosas de las que ella no tenía idea. Me sorprendió su capacidad para captar lo abstracto, pero siempre con referencia a situaciones anteriores depositadas mecánicamente en su memoria, sin que hubiera mediado la previa comprensión. Era como pedir a una computadora, por primera vez, su opinión sobre el material archivado en ella. Creo que mi componente científico se activó en aquellos días. Le hablé de geografía, a partir del lugar donde estábamos ubicados: mar, bahías, arena, desiertos, montañas, cultivos. Ella asentía, y mirándose a los ojos repetía "comprendo, comprendo, comprendo"; a veces dejaba escapar el nombre de Sutergio, como evocando al loco de la Gran Fábrica, para luego seguir atentamente cada una de mis explicaciones. Muchas veces apelé a su imaginación; le hablé de trenes, y ella recordó el nombre de José Trigo; le describí la nieve, y ella me repitió palabra por palabra un texto que Gerardo Campos Egnal escribió en medio de la nieve, describiéndola, entre el aullido de los lobos y el delirio de su propia fiebre. Debo reconocer que en esas charlas didácticas siempre el sorprendido fui yo; Morgana no sabía leer pero conocía textualmente aquel relato y muchísimos más. Cuando quise profundizar en este conocimiento, sólo recibí referencias aisladas e incoherentes acerca de lo que para mí seguiría siendo, y por mucho tiempo, la Gran Fábrica. Otro día, cuando ya el asombro no era tal cosa para mí, y mientras trataba de explicarle en medio de aquel frío cómo era el calor en la vorágine verde de la selva, ella me respondió con una larga y colorida descripción de Kipling.

Casi siempre asentía a mis explicaciones con una referencia que me resultaba algo oscura: "Sutergio tenía razón", y se quedaba como obnubilada, tratando de traer a su presente recuerdos que nunca vi emerger de su boca.

Por entonces tomé la decisión de llevar a cabo una tarea con Morgana, a desarrollar a lo largo de varias semanas, y siempre a la espera de que alguien pasara por allí y me comprara el último libro de Heraldo Cuevas que me quedaba, aunque sólo fuera por solidaridad hacia un desconocido y siempre que su margen para compras secundarias no sobrepasara el cupo del microfilm. Ya había planeado llevar a Morgana conmigo a la ciudad cuando eso sucediera y, a través

de algún conocido, conseguirle trabajo. Claro que a veces me atacaba la duda, cuando recordaba que nunca había visto a una operaria de la Gran Fábrica trabajando en la ciudad. Me imaginaba peleando con todos hasta conseguir ubicarla; o bien viajando a Mepas, donde cursé mis dos únicos años de universidad. Allí las costumbres no son tan rígidas.

En un primer momento pensé que sería sencillo enseñarle el valor del dinero, teniendo en cuenta lo fácil que les resulta contar y sacar cuentas a los analfabetos o a los niños que aún no van a la escuela. Para Morgana aprender los números, su progresión y correlación, e incluso sus múltiples posibilidades combinatorias, fue algo rápido y sin complicaciones; hasta llegó a comprender tras una sola explicación la diferencia entre un silogismo y un problema identificado. Confieso que me sorprendió su capacidad de abstracción y su rápida comprensión del juicio matemático. Pero me resultó imposible hacerle comprender el valor convencional del dinero. Sé que intentó concebir una idea aproximada, relacionando los números recientemente aprendidos y luego trasladando todo eso a un plano práctico; pero fue imposible. No pudo entender la filosofía que encerraban esos números tan sencillos dando valores inauditos a un trozo de papel coloreado o a simples fichas de metal. Creo haber hecho todo lo imaginable para aproximarla a una idea —cualquiera— del dinero; inventé problemas fáciles de resolver, dramáticas situaciones, substituí números por monedas, monedas por billetes, billetes por elementos cotidianos; perdí la paciencia; le grité, también; y también me arrepentí... Supongo que Morgana jamás aprenderá el porqué del dinero, aunque la vida se empeñe en enseñárselo a cada paso y ella termine aceptándolo, como se acepta un texto mágico sin tratar de entender cada una de sus palabras.

Una mañana, mientras esperábamos la hora de ir a pescar —hacia el mediodía, cuando las aguas se arremolinan en la puerta de la bahía— un rayo de sol se filtró entre las compactas nubes, como una flecha certera, y fue a dar sobre nosotros. Los ojos de Morgana tomaron rápidamente una pigmentación amarilla, que muy pronto fue dorada y se dirigieron hacia el sol, como queriendo volverlo a su escondite más allá de las nubes. El sol sobre los ojos de Morga-

na parecía no tener ningún efecto, porque ella ni siquiera pestañeaba, pero su cuerpo comenzó a temblar, a sacudirse violentamente, y volvió a decir palabras que yo no entendí; breves palabras —como rugidos— desde su boca inexpresiva. En un primer momento tomé distancia, pero me enterneció verla en esa actitud, como un perro pequeño ladrando ante un monstruo gigantesco, y corrí a su lado. La levanté —no opuso resistencia, aunque siguió mirando fijamente hacia el sol— y la llevé hasta el sótano. Luego la acosté, le di un calmante y esperé a que se durmiera. Cuando noté que su respiración se volvía más lenta y profunda, me senté en los escalones del sótano, sin hacer ruido, y me quedé mirando el rayo del sol sobre la arena húmeda; el primer rayo de sol de los dos últimos meses. La contemplación pasiva de aquel paisaje diferente y la temperatura algo más cálida terminaron por adormilarme. Soñé. El ascensor se detenía entre dos pisos, y si bien podíamos abrir la puerta interior, las exteriores estaban trabadas. Faustino se reía, pero era por los nervios: decía “¡Justo ahora!” y volvía a reírse. Yo me desesperaba. Durante años había esperado aquel momento y, si bien sabía que todo iba a solucionarse, llegaríamos tarde y no en las mejores condiciones para grabar. Los músicos ya estarían cansados de esperar, y seguramente el director ya habría puesto alguna hora límite para retirarse. Yo comenzaba a dar gritos, pero éstos se apagaban con rapidez en el hueco indiferente del ascensor. Faustino, algo más tranquilo, se arrodillaba en el suelo y trataba de forzar la puerta exterior pateándola hacia atrás, cocéandola varias veces, como un caballo. Faustino ahora era un caballo; a mamá nunca le gustó ese nombre para un animal: decía que era una falta de respeto utilizar un nombre de persona para un caballo. Faustino corría por el pasto y yo lo miraba desde la sombra de un árbol; parecía joven y feliz. Hubiera jurado que Faustino era viejo y mañoso pero se lo veía casi como un potrillo corriendo hasta los límites del campo, para luego volver raudamente a resoplar junto a mí, como queriendo decirme algo que yo no podía entender. Luego giraba sobre las patas traseras —como el caballo del Enmascarado, pero mejor— y corría nuevamente hacia la empalizada, donde se ensañaba contra una caja de metal, pateándola sin cesar desde todos los costados. La caja

era un ascensor y yo estaba adentro pidiendo por favor que alguien abriera la puerta. Un viento muy frío comenzaba a correr entre las paredes del escaso metro cuadrado de metal que me rodeaba, al tiempo que desde afuera llegaban los acordes de una canción que me era muy conocida. Con toda seguridad los músicos ya habían comenzado a grabar sin mí. Desperté a las cinco de la tarde. El rayo de sol sobre la arena había desaparecido y una fina cortina de agua caía silenciosamente, convirtiendo la Gran Fábrica en una silueta borrosa. Morgana continuaba durmiendo, acurrucada contra la pared, y por aquel día yo habíamos perdido la oportunidad de pescar en la bahía. Favorecida por la lluvia, la noche llegó pronto. Decidido a no tomar las pastillas, encendí unas cortezas que seguramente arderían hasta la medianoche, me acosté junto a Morgana y me quedé dormido. Esta vez sí pude grabar junto a los músicos, pero la sala de grabación era el ascensor: un infierno. Cuando despertamos, todo seguía igual: el nuevo día era frío, lluvioso y gris.

A lo largo de varios días el clima mantuvo esas características. Obligados a estar en el sótano o a sentarnos bajo la cenefa del bar, poco podíamos hacer, salvo mirar desde lejos cómo los tiburones invadían el agua en su fría y única semana de playa. Solíamos conversar bastante, aunque nuestras conversaciones casi siempre eran largos monólogos en los que yo le explicaba alguna cosa sobre determinado tema por el que ella había demostrado algún interés. Muchas veces inventábamos juegos sencillos con números. Morgana era muy afectada a ese tipo de entretenimientos, y yo hubiese hecho cualquier cosa por tener un mazo de naipes o bien el libro de Malba Tahan a mano.

Siempre con la ilusión de que algún vehículo pasara por la carretera y acercara a Morgana hasta Mepas, con maderas de un viejo cajón de cerveza, prolijamente lijadas contra la galería que rodea el bar, fabricué las siete piezas de un tangram. Hoy, con alguna bibliografía en mi poder y la ayuda de un tangram industrializado refrescándome la memoria, descubro un grueso error que cometí al sustituir un quinto triángulo por un segundo romboide. No obstante, sirvió para entretenernos durante muchas horas de inútil espera junto a la ruta, días interminables con los ojos puestos en el horizonte para nada. Seguramente la nieve

habría terminado bloqueando la carretera, como siempre, a la altura de Drapelet, cuarenta kilómetros al oeste y en un recodo imposible de superar.

Un día, a fines de julio o principios de agosto, mientras Morgana miraba con desdén la lenta emigración de los correlimos, cosa que, a pesar del intenso frío, ya presagiaba la lenta llegada de la primavera, se me ocurrió que podía ponerle música a algún poema de Heraldo Cuevas. La poesía de Cuevas jamás me interesó como letra para mis canciones, pero era un mecanismo de composición como cualquier otro. Hay canciones en las que una música trata de cubrir armónicamente los contornos de una letra previamente hecha, y así haría yo con algún poema de Heraldo Cuevas. Una vez que la música estuviera afianzada en mi cerebro, sustituiría la letra de Cuevas por una mía, que representaba mejor mi realidad y mis gustos personales.

Busqué en la cartera de mano el último ejemplar que me quedaba de *En los límites del aire*, entre infinidad de papeles inútiles que hago viajar conmigo todos los días sin saber de qué se trata. Aunque recuerdo esto con claridad, las imágenes me llegan vistas casi desde afuera, como si surgieran de una película en la que actué sin saberlo. Sentía un odio especial por aquel libro, en definitiva el culpable de mi primer invierno en Playa al Sur. Lo saqué de la cartera con fastidio y lo dejé en la pista de cemento, entre Morgana y yo, mientras me recostaba contra un pilar para estar más cómodo. Fue algo instantáneo. Morgana lo vio y fue como si (literalmente, por Dios) se le hubiera iluminado el rostro; sus ojos se volvieron de un celeste profundo, y una amplia sonrisa cambió por completo su fisonomía. Yo había perdido toda esperanza de arrancarla de su parquedad, pero lo cierto es que Morgana sonreía, y no era linda su sonrisa, pero sí extraña y sobrecogedora y contagiosa y hubiera deseado siempre verla así. Quedé pasmado. Ella tomaba el libro de Cuevas y abriéndolo en una página al azar la recitaba de memoria, con pausas y modulaciones perfectas; y una vez concluido el poema volvía a reír. Fugazmente pasó Namur por mi cabeza, ese magistral personaje de Manuel Crisopeya que ante la presencia inesperada de un viejo ejemplar del *Mahabharata*, y en circunstancias algo singulares, comenzó a

expresarse en arcaica lengua védica. Llegué a dudar, también vertiginosamente, de que Morgana no supiera leer; pero el recuerdo de un par de situaciones inequívocas me demostraron que estaba ante un hecho que escapaba a cualquier lógica por mí conocida, y que allí era donde debía insistir. A la distancia y con un espíritu despiadadamente autocrítico, estimo que volví a equivocarme, postergando lo inusual por lo transitorio, dejándome llevar por esa irreparable injusticia que es el egoísmo.

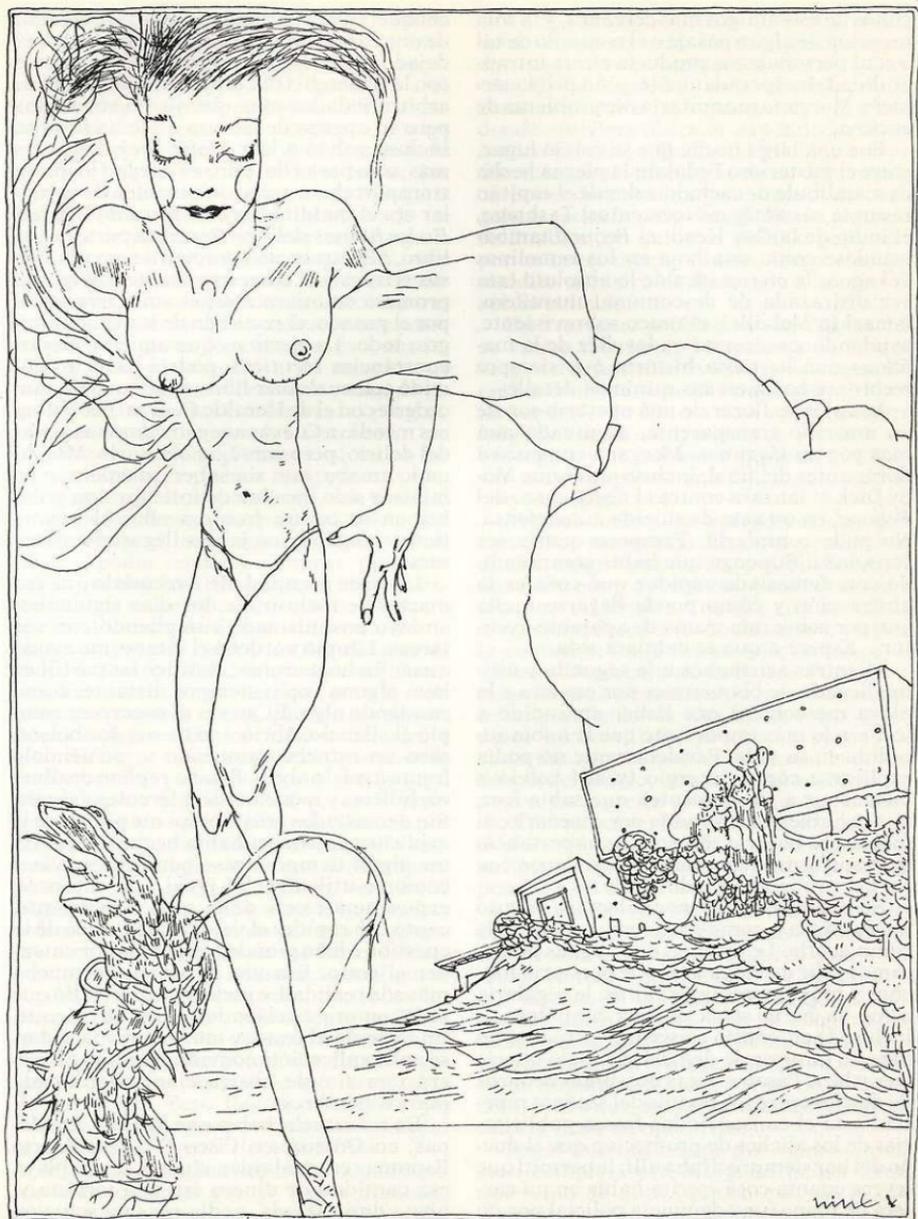
Una vez superado el deslumbramiento (mío por Morgana, y de Morgana por el libro) nuestra relación se hizo más fluida pero también más distante. Las conversaciones dejaron de ser largos monólogos míos, sólo interrumpidos por su desconcierto, para convertirse en un intercambio de informaciones disímiles, fragmentadas y confusas, pero también abundantes, sobre dos mundos (es un decir) paralelos y extraños, con un mísero libro como único punto de contacto. Creo que odié a Heraldó Cuevas más que nunca, aunque sólo fue porque no me detuve a pensar que el libro en cuestión podría haber sido cualquier otro, un clásico inclusive, un objeto intermedio. Para sorpresa mía Morgana me hizo ver que el libro de Cuevas tenía dos erratas: una en la segunda página, donde se leía "fogácea" en lugar de "focácea", y otro en la página 27 donde decía "mano", en vez de "manó", y es fácil comprender que a pesar del lugar común que supone decir "sopor de muerte / manó del cielo", su valor narrativo nada tiene que ver con la metáfora casi santulona de "sopor de muerte / mano del cielo". Me hizo saber que aquello le había costado un severo castigo, porque si bien era un error de la operaria componedora, era tanto más error de la operaria correctora, que justamente estaba para detectar esas cosas. Cuando quise saber cuál había sido el castigo, se limitó a decirme que le habían quitado las agujas y, a pesar de mi buena voluntad para entender, me resultó imposible comprender sus explicaciones cargadas de silogismos. He pensado mucho en ello, yendo desde las simples agujas de tejer o de coser hasta imposibles agujas metafísicas, pasando por algún elemento propio de las imprentas. Finalmente he optado por creer que las agujas se referían a algo corporal y que el castigo consistió en cierto tipo de mutilación, lo que me hace estremecer

cuando pienso en el mundo cada vez más enigmático de la Gran Fábrica.

Ese mediodía, mientras intentábamos mezclar partes irreconciliables de diferentes pastillas nutritivas, le propuse a Morgana que aprendiera a leer. Temiendo no ser comprendido, comencé a enumerarle una serie de ventajas obvias pero efectivas, ante su mirada expectante. Sin proponérmelo, me enredé en una innecesaria retórica analizando diferentes posibilidades, desde mejores condiciones de trabajo hasta el conocimiento directo de las grandes corrientes del pensamiento humano. Morgana aceptó con un exagerado movimiento de cabeza, aun antes de haber terminado de escuchar mi propuesta. Estaba abierta a todo lo nuevo, convencida de que nada malo podría sucederle; en verdad no había sido preparada para la desconfianza o el resentimiento, algo que me preocupa cada vez que pienso en ella. Luego del almuerzo, y tras la habitual y mutua promesa de no volver a ingerir esas pastillas una vez que saliéramos de Playa al Sur, tomamos *En los límites del aire* como auxiliar de primeras letras. A las cinco de la tarde, cuando el frío aún era soportable y todavía podía prescindirse de la antorcha, Morgana ya leía con asombrosa rapidez cualquier texto que le pusiera ante los ojos.

A partir de ese momento mi preocupación fue calmar su voracidad. Sólo quería leer, sin discriminación, glotonamente. Y en verdad ése era el lugar más inadecuado para satisfacer su deseo. Pensando en complacerla, recordé que entre tanta cosa innecesaria que guardaba en mi cartera de mano había una edición de bolsillo de *Moby Dick*, que estuve paseando algo más de un año, inútilmente, siempre a la espera de poder leerla. El profundo celeste de los ojos de Morgana, intensificado por la presencia de aquel libro, me dio a entender claramente que pensaba leer, sin descanso, hasta terminararlo.

Mientras prendía la antorcha, pensé que lo más conveniente sería pedirle que leyera en voz alta, sabiendo que esa noche ella no dormiría y teniendo en cuenta que yo no logro conciliar el sueño con una luz encendida. Lo cierto es que esa posibilidad me entusiasmó. Siempre tuve un problema con *Moby Dick*; no leí el libro cuando debí hacerlo, y luego otras prioridades me alejaron de él. Paradójicamente era el libro favorito de al-



nik &

gunos de mis amigos más cercanos, y la sola mención de algún pasaje o el recuerdo de tal o cual personaje me producía cierta intranquilidad. Inesperadamente, y sin proponérmelo, Morgana me quitaría ese problema de encima.

Fue una larga noche que se volvió fugaz, entre el misterioso Fedalah; la pierna hecha de mandíbula de cachalote donde el capitán resumía sus antiguos tormentos; Tashtego, el indio de la Gay Head; el *Pequod* tambaleándose como una hoja en los remolinos del agua; la eterna idea de lo absoluto esta vez disfrazada de descomunal mamífero; Ismael (o Melville), el único sobreviviente, ayudándonos a cerrar —a las diez de la mañana— una hermosa historia que siempre recordaré hasta en sus mínimos detalles.

Los ojos de llorar de una operaria son de un amarillo transparente, acentuado aun más por las lágrimas. Morgana comenzó a llorar antes del final, incluso antes que *Moby Dick* se lanzara contra el negro cascó del *Pequod*, en un acto de suicida autodefensa. No pude consolarla. Tampoco quería ser consolada. Supongo que había comprendido con demasiada rapidez qué cosa es la abstracción y cómo puede llegarse a ella aun por sobre una trama de aparente aventura. Esperé a que se calmara sola.

Mientras asistíamos a la segunda y última llegada de boquerones por ese año a la playa me confesó que haber aprendido a leer era lo más importante que le había sucedido en su vida. Paralelamente no podía explicarse cómo Sutergio (y allí volvió a mencionar a ese demente), que sabía leer, nunca hubiese hecho nada por enseñarle; al menos por hacerle entender la importancia de transformar en palabras los signos con los que trabajaban todo el día.

Su repentino amor por la lectura la puso muy ansiosa y, como era de esperar, no pude complacerla. Le prometí que apenas pudiéramos salir de Playa al Sur le prestaría muchos y muy interesantes libros, le regalaría otros, la haría socia de una biblioteca, e incluso le enseñaría a escribir; pero esto no pareció interesarle demasiado. Sólo quería leer y leer. Pasaba horas buscando pedazos de diarios entre los trastos del sótano; repetía hasta el cansancio las frases publicitarias de los afiches de promoción que el dueño del bar siempre tiraba allí; le permití que leyera cuanta cosa escrita había en mi cartera de mano (una denuncia policial por un

choque; tres programas de cine; el borrador de una carta a Manila Morgan, que ya había dejado de envejecer; un contrato de trabajo con la Beneschi Oil Company; e infinidad de arbitrariedades más que ya no recuerdo), pero su apetito de lectura no tenía límites. Incluso volvió a leer *Moby Dick* dos veces más, sólo para ella; pero en verdad lo que la transportaba a zonas imposibles de asimilar era el maldito libro de Herald Cuevas, *En los límites del aire*. Se sentía parte de ese libro. Allí estaba una porción de su vida, con sus errores y el correspondiente castigo, su promesa de *nunca más*, el amor irracional por el pasado, el recuerdo de los viejos amigos; todo. Lo cierto es que aquello, en circunstancias idénticas, podría haberle ocurrido con cualquier libro, pero tuvo que sucederle con el de Herald Cuevas. Por entonces mi odio a Cuevas anegaba amplias zonas del delirio, pero conseguí ocultarlo. Morgana lo amaba, aun sin saber quién era, y yo hubiera sido incapaz de intentar una palabra en su contra frente a ella. Al mismo tiempo rogaba que jamás llegaran a conocerse.

La tarde de aquel día —recuerdo que era martes— e incluso los dos días siguientes, anduvo ensimismada cumpliendo con sus tareas. Limpió y ordenó el sótano, me ayudó a asar los boquerones, clasificó las pastillas, lavó alguna ropa; siempre distante, como rumiando algo. El jueves al oscurecer rompió el silencio. Abrió uno de sus dos bolsos, sacó un estuche gamuzado y, poniéndolo frente a mí, lo abrió. Estaba repleto de dinero; billetes y monedas de diferentes valores. Sin demasiados preámbulos me pidió que le explicara —como ya había hecho varias veces algún tiempo atrás— para qué servía y cómo se utilizaba. Al igual que entonces, expuse una teoría de la que, nuevamente, captó con rapidez el valor matemático de la cuestión e hizo grandes esfuerzos por entender el resto. Esa vez se aproximó mucho más a la realidad, e incluso comprendió que toda compra, en el fondo, sólo es un trueque. En relación al resto, y tanto como para darse una explicación, convino en que el dinero era una simple abstracción magnificada por los hombres.

En ese estuche había una fortuna. En Mepas, en Orozuc, en Cisco D.C., en Puerto Espuma, en cualquier ciudad de la playa esa cantidad de dinero era una fortuna y, bien administrada, podía ser una solución

definitiva. Jamás había visto tanto dinero junto y quedé anonadado. Mi mente husmeó un sinfín de imposibilidades que, a partir de aquel dinero, podrían transformarse en palpable realidad, en cosa factible y sustanciosa. Creo que soñé despierto, o algo así; que dejé el sótano, Playa al Sur, toda la arena, el agua, incluso el frío; hasta que varios minutos después la voz de Morgana logró traerme desde muy lejos, desde un paraíso de placeres imaginarios. Morgana no sólo no comprendió mi inquietud, sino que no llegó a advertir nada. Desde el intenso celeste de sus ojos ávidos de lectura, otras eran sus urgencias; el eje del universo pasaba por otra parte. No obstante eso, sus intentos de aproximación a un mundo que aún era incomprensible dieron pasos de gigante. Recuerdo que fueron tres las preguntas que me hizo y que las tres tenían un objetivo muy claro. Primero: si todas las cosas materiales podían comprarse y venderse; a lo que le respondí que, con grandes y más que honrosas excepciones, todo podía encuadrarse en ese juego. Segundo: si un libro se podía vender y comprar; pregunta con la que dejaba al descubierto la intencionalidad de su breve cuestionario. Y tercero si ella disponía de dinero suficiente como para comprarme *En los límites del aire* de Heraldo Cuevas. Describir todas mis elucubraciones sería largo y tedioso, pero lo cierto es que respondí que sí, que con ese dinero podía comprar *En los límites del aire* y cuantos libros se le ocurrieran, que yo se lo podía vender y que el precio era (y aquí afloró lo peor de mí) 300.000 pesos. Si tenemos en cuenta que el libro de Cuevas por entonces se vendía a 600 pesos, aquella venta significaba el precio de quinientos ejemplares; o sea que no sólo habría vendido el último que me quedaba —con lo que podría volver a Mepas habiendo ganado la apuesta— sino que el precio de ese libro valdría por todo lo vendido, además de configurar una suerte de indemnización por todos los días de aislamiento y privaciones en Playa al Sur. En mi infinito egoísmo no me detuve a pensar que estaba convirtiendo a Morgana en mi víctima, a pesar de ser ella mi tabla de salvación. Pero llegué aun más lejos cuando le dije que por una cifra similar también podía venderle *Moby Dick*.

Mientras Morgana separaba 600.000 pesos (dinero con el que ya había planeado instalar un bar en otra playa) yo buscaba

entre mis cosas las fichas de venta, donde debía consignar todos los datos del comprador, según lo convenido con Heraldo Cuevas. Mi bar (soñaba) sería el mejor de la zona y atraería a los veraneantes a la playa donde estuviera ubicado: expendedor automático de café, sellador de salchichas condimentadas al vacío, latas de cerveza negra, corporizadores de imágenes musicales, una galería techada para días de lluvia, butacas reclinables, un quiosco. 600.000 pesos era por entonces mucho dinero; luego vino ese maldito ministro de Recursos y la cifra se volvió ridícula.

Para no tener problemas con Cuevas, hice varios diferentes borradores de lo que luego sería la definitiva ficha de venta. En realidad nunca supe si estaba permitido o no venderle un libro a una operaria, pero luego de tantos contratiempos quería ir sobre seguro y no hubiese soportado que Cuevas me impugnara una ficha, con todo lo que eso significaba.

Muchos fueron los borradores que descarté. Por momentos llegué a pensar que estaba magnificando las posibilidades de una ficha entre quinientas; pero otras veces imaginé a Heraldo Cuevas, con su olfato invencible, descubriendo de un solo vistazo la anotación fraudulenta. Sólo en busca de verosimilitud, cambié de óptica. Por ese camino llegué a pensar que lo más conveniente sería defender la idea de la venta como único hecho válido, ya que en épocas de vacas flacas no se puede cuestionar la procedencia del dinero, venga de una operaria, un activo, un represor o un ciudadano. El mismo Cuevas hubiese sucumbido, incluso, ante el interés casi biológico de Morgana por su libro, sin preocuparse por saber si correspondía o no tomar ese dinero.

El microfilm de Morgana me dio la solución. Viéndolo a trasluz contra el fondo de una botella de vidrio, descubrí algunos datos de lectura ambivalente. Se me ocurrió que alguien en la Gran Fábrica, al actualizar sus datos para la vida de extramuros, había tenido un destello de bondad. Aunque otra posibilidad era que ese tipo de escritura correspondiera a una norma de la Dirección, con lo que, sin saberlo, nuestro mundo estaría lleno de operarias.

Por el microfilm supe que su denominación completa era Morgana Isolda Cruz; que tenía 38 años (quince más de lo que aparentaba); que en el dato *sexo* o *condi-*

ción, el sexo figuraba en blanco y la condición indicaba *femenina*, lo que suponía algún accidente genital; que su domicilio era el Hotel Imperio de ciudad Orozuz, o sea que hacia allí debería dirigirse cuando lograra salir de Playa al Sur; que su número de tarjeta para compras secundarias no era reciente, a pesar de que era su primera salida; que su *documento federal* aparentaba ser 027.270.069, pero donde el cero del comienzo no era tal sino una "o" mayúscula (la O de *Operaria*) a la que le faltaba el guión que la separara del número, y allí estaba la bondad de quien entregó ese dato ligeramente incompleto a la computadora; que la *gradación de test* registraba el puntaje máximo; que no tenía *ocupación* y que su *margen de ocio* era ilimitado. Esto último indicaba que la habían pensionado en forma vitalicia; dato que no pude aislar de su *condición femenina*.

Una gran tranquilidad me ganó mientras copiaba los datos en la ficha que presentaría a Heraldo Cuevas; la apuesta ya estaba ganada, me había hecho de una buena suma de dinero gracias al desconocimiento de Morgana, y muy pronto comenzaría el deshielo en Puerto Espuma y Cisco D.C., lo que abriría el tránsito a los vehículos a lo largo de toda la carretera y nos permitiría dejar esa playa. Todo indicaba que sería una placida noche para dormir profundamente, sin preocupaciones y con muy buenos augurios. Pero no fue así. Hacía medianoche comprendí que me sería imposible dormir, hostigado por una duda que fue creciendo desmesuradamente con el paso de las horas: ¿qué relación había tenido Morgana con quien incluyó sus datos en la computadora? Rápidamente, a esa duda se unieron un tropel de preguntas más, que fueron acentuando mi inquietud, y si bien lo más adulto hubiera sido interrogarla sobre cuanta cosa me preocupaba, no lo hice, y a los pocos minutos ya era un ovillo de nervios. ¿Por qué *cero* y no *letra* o? ¿Por qué *condición* y no *sexo*? ¿Por qué tanta palabra esquiva para referirse a su pasado? ¿Qué era un *cantonero*? ¿Quiénes y por qué le habían quitado las *agujas*? ¿Qué es una *aguja* en acepción de la Imprenta? ¿Quién había decidido que su destino fuera ciudad Orozuz, y no Drapelet, la misma Mepas, o cualquier otro lugar con más vida? ¿Por qué el número de su tarjeta para compras secundarias correspondía a una serie vieja, si era la primera

vez que salía de la Gran Fábrica? ¿Cómo podía conseguir el puntaje máximo en una *gradación de test* alguien que no sabía leer ni escribir? ¿Por qué sonreía cada vez que recordaba a Sutergio, y quién era ese maldito Sutergio...? A las dos de la madrugada comenzaron los escalofríos. A las cuatro ya deliraba de celos.

La mañana de ese viernes estuvo fría, lluviosa y cruzada de fantasmas. Un correlimos, que entraba con dificultad por la puerta del sótano, secuestraba a Morgana mientras yo le suplicaba que volviera, pero Morgana era un artefacto decrepito sintonizado en una inaudible emisora costera, echando abajo con violencia las cortinas de un cuarto de hospital. Por momentos, y a la distancia, alguien cantaba con un megáfono la canción de la botella y el saco de maíz, que era mía; al tiempo que un hombrecito de traje blanco, sentado en medio de la arena, daba la hora con un estornudo y sin que saliera ningún pájaro. Mamá (era mamá, no cabe duda) repetía con una entonación uniforme que no hay nada mejor que el té con limón para el resfrío, té con limón para el resfrío, té con limón para el resfrío, como el *number nine* de John Lennon; insistente, metálica. Por momentos mis gritos apagaban la recomendación de mamá, que no era mamá sino Jubipén Itsara ladrando a las ruedas de un camión. Mis gritos, como un aullido primal en el vacío, prolongaban la receta del té con limón, mientras la frescura de una mano ponía un segundo de calma sobre mi frente atormentada, y despertaba.

En medio del día más frío de cuantos pasamos en Playa al Sur, volaba de fiebre diciendo incoherencias. La mano fresca de Morgana fue como un pequeño oasis, al tiempo que las agujas traslúcidas de su muñeca iban marcando la temperatura de mi cuerpo, que debía ser muy elevada, por la preocupación que creí descubrir en lo parco de su gesto... Quien haya visto esos ojos anaranjados, no ha visto ojos. Quien, habiéndolos visto, no los vio llorar, jamás tendrá una idea de lo que es el llanto.

Luego perdí la noción del tiempo, pero debieron transcurrir de dos a cinco días. Algunas sensaciones aisladas me ayudan a reconstruirlos: unos trapos mojados en agua fría que se fueron renovando sobre mi frente; el rugido de un motor a la carrera; la banderola del quiosco chasqueando en el

viento; los muslos chatos de Morgana girando alrededor de mi cabeza; un rayo de sol llegando hasta los pies de la cama; un olor; el canto de un pájaro; una infusión, no sé de qué, pero exquisita; la boca de Morgana arrancándose hasta la última gota de semen; algunas palabras sueltas (reubicación, castigo, máquina 3, hotel, desobediencia) y la sensación de haber tenido un largo diálogo, tras el cual quedaban muy pocas dudas y casi nada de celos.

El día que realmente desperté había sol y la temperatura casi llegaba a los diez grados. Me sorprendió encontrar la banderola abierta y sin el trozo de cartón corrugado que reemplazaba a dos de los cuatro vidrios. También me sorprendió el manojo de flores que, desde una lata de cerveza vacía, daba un aspecto y un perfume diferentes al sótano. La primera sensación fue una mezcla de bienestar y desorientación, pero la desorientación pasó rápido, exactamente cuando Morgana entró con una taza de café humeante y un pan, al que intuí crocante de abundante miga. Devoré el pan, mi primer pan en meses, y bebí el café casi de un trago; aunque lo que recuerdo con mayor nitidez es la sonrisa de Morgana, hermosa e inusual, siguiendo con complacencia la voracidad de aquel primer desayuno.

Sin que yo le preguntara, Morgana dijo que el deshielo ya había comenzado en Puerto Espuma, Lucas del Medio y Cisco D.C., y que hacía un par de días habían empezado a pasar algunos vehículos rumbo a Mepas y desde Mepas: de allí el café, el pan, una sopa de verduras –que según ella me hizo bajar la temperatura en cosa de minutos– un licor, algunas mercaderías más y toda esa información sobre el deshielo. Le pregunté cuándo pensaba viajar a ciudad Orozuz, pero ella no demostró tener demasiado apuro. A mi curiosidad por saber cuánto había pagado por todo aquello respondió que, salvo el licor, todo lo demás había sido regalado. Luego, sentada junto a mí y mientras me acomodaba el pelo usando los dedos como peine, me dijo que toda la gente le parecía buena y que estaba casi segura de que su vida en Orozuz, o donde la mandaran luego, sería tranquila y hasta feliz. Pero cuando quise saber quién podía mandarla a otro lugar y por qué, ella prefirió callar. Me prometió que luego hablaríamos de eso y me pidió que me levantara, asegurándome que hacía días que quería

caminar conmigo por la playa y la carretera. Lentamente fui complaciendo su pedido, pero aún sentía la cabeza embotada y las piernas acalambradas.

Esa mañana pasaron algunos vehículos, y el tránsito aumentó en los siguientes tres días que aún permanecemos en Playa al Sur. La mayor parte de los automovilistas se detentían, sin que los hiciéramos parar, sorprendidos de encontrar a alguien allí en esa época del año, y se asombraban aun más cuando les contábamos que habíamos pasado todo el invierno y prácticamente sin alimentos. Algunos nos regalaban las mercaderías que llevaban, y la mayoría se ofrecía a dejarnos en cualquier punto de su camino. Pero lo que recuerdo con mayor claridad es la reacción de algunos de ellos ante nuestra presencia en esa playa; estaban los maliciosos, los comedidos, los comprensivos y hasta los escandalizados. La mayor parte nos tomó por un matrimonio de excéntricos, que era la imagen más lógica que podían hacerse de una pareja sola en una playa cercada por el frío; otros nos preguntaron si estábamos montando algún negocio para la próxima temporada. El más pintoresco fue un visitador médico que viajaba a Lucas del Medio, desde donde recorrería las villas residenciales de la costa este. Sumamente formal, bajó del vehículo y nos ofreció café de su botella térmica, cosa que agradecemos sinceramente; nosotros aportamos un paquete de galletas –surgido de no sé dónde– y así improvisamos un desayuno bastante cordial. Fue un intercambio de información; él nos contó las novedades políticas y nosotros le hablamos del correlimos buscando alimento entre las rocas. Morgana, entusiasmada por el tema, estiró los brazos tratando de describir en el aire el gracioso vuelo de los correlimos, sin darse cuenta de que dejaba al descubierto las agujas fosforescentes de su muñeca izquierda. Fue demasiado rápido y sólo lo advertimos cuando volvimos a estar solos. El hombre, impresionado por la presencia de una operaria, huyó despavorido, dejando el café a medio tomar y olvidando su botella térmica. Usé esa experiencia para escribir la canción "Un fantasma en su ruta", que acaba de grabar el grupo *Losa Radiante* con grandes posibilidades de éxito.

Esa noche (aun pasaríamos tres noches más en Playa al Sur) luego de la cena, nos sentamos en la cenefa del bar a observar el



cielo; estrellado por primera vez. Hipnotizada por el titilar de las estrellas (lo que hablaba de su vida exclusivamente diurna, o reducida a los límites de su quonset), Morgana fue sacándome toda la información que pude darle; que el Sol, que Sirio y Antares, que la magnitud y la distancia en años-luz, que Régulo y Denebola. Como en todo lo que le interesaba, su curiosidad no tenía límite, y me preguntaba cosas a las que no podía responder. ¿Por qué Pólux era Géminis? ¿Por qué Alfa era *Alfa de Cruz*? ¿Qué significaba esa Cruz; una simple forma en cruz, o la denominación de su descubridor? ¿Quién era ese Cruz que tenía su mismo apellido? ¿Qué libros trataban el tema? ¿Dónde podría conseguirlos? A veces su atención se quedaba suspendida en la Luna, maravillada de saber que ése era uno de los sitios a los que podría viajar a cambio de algún dinero, pero me fue imposible convencerla de que no valía la pena. Sólo una cosa la sacaba del tema: el recuerdo del hombrecito huyendo al descubrir en ella a una operaria. Era como una premonición; un anticipo de lo que quizá fuera su vida a partir de entonces. Yo sólo podía ofrecerle conjeturas, palabras de engañoso consuelo.

El día siguiente —un martes soleado y ventoso— nos dedicamos a descansar en el estrecho sótano; no queríamos ver a nadie. Cada uno acomodó sus pertenencias, como sin reparar en el otro, rumiando cosas disímiles, a la espera de un viaje irremediable. Si bien dos o tres veces pretendí romper el silencio y hacerle el pedido que me oprimía el pecho desde que enfermé, aun a sabiendas de que ella ansiaba otro tanto pero se reprimía, opté por callar. Pretendí huir del tema e intenté muchos otros. Más de una vez me encontré dándole vueltas a la idea de lo que sería mi propio bar, pero también me invadió la vergüenza. El almuerzo fue rápido y silencioso. Por la tarde repetimos el esquema de la mañana, y al oscurecer ya estábamos acostados.

El miércoles —un día también ventoso pero nublado— desperté a Morgana con una gran taza de café y decidido a que todo fuera diferente del día anterior. Su vaga sonrisa, más alguna caricia adormilada, me indicaron que estaba de acuerdo, y convinimos en que para conversar en paz sería mejor alejarnos de la carretera. Improvisamos una mochila con un botellón de agua y algo para comer, pusimos candado a la puerta

del sótano y caminamos en sentido contrario a la playa, hacia donde la arena se convierte en vegetación abrupta y finalmente en piedra.

Sabía que tal vez era la última oportunidad que teníamos para hablar y no quise desaprovecharla. Estaba dispuesto a enterrar sin más vueltas todos mis pruritos, a llamar a cada cosa por su nombre, a ser franco y también a recibir toda la verdad que aún me quedaba por conocer, sin permitirme ni la desilusión ni la soberbia ni la vergüenza. Durante mi enfermedad ella ya me había revelado algunos secretos, pero ese miércoles yo quería llegar al meollo de la cuestión. Aunque sufriera una derrota, mi espíritu tendría paz. Pero ese día la derrota no estaba en mi larga lista de posibilidades; era apenas un vocablo, un concepto de relleno, pura retórica.

Fue un día vertiginoso, lleno de llantos y euforias, un sopor borroso erizado de palabras; paradójicamente, ahora me faltan palabras para relatarlo, pero lo intentaré.

Luego de caminar casi dos horas tomados de la mano sobre la fría y finísima arena, que a aquella altura ni sé a qué departamento pertenece, llegamos a los primeros campos de alfalfa silvestre. Allí hicimos una parada, que sirvió no sólo para echar un trago del agua del botellón y reponer energías. En ese punto del camino ya sabía quién era Sutergio; ese loco anárquico e imaginativo, castigado por la Superioridad, y al que alguna vez dedicaré la letra de una canción. Sutergio era un ser humano normal (espero que aún lo sea) al que alguien comenzó a decirle Nuarc, buscando un apodo breve y que sintetizara su trabajo en la Gran Fábrica. Sutergio era el encargado de la Insoladora y llegó a encariñarse con aquel apodo, a punto tal que consiguió que su amigo Cornelio (o Cornelio Cornelio, un activo de Informática) lo denominara en su microfilm como Sutergio Nuarc, en vez de Sutergio Tristán La Valle, que era lo que correspondía. Aquel incidente, trivial pero simpático, les valió un castigo. Sutergio dejó de ser el encargado de la Insoladora para convertirse en detector de Grietas y Calles (¡esa antojadiza terminología de las imprentas!), cargo en el que conoció a Morgana, que se desempeñaba como correctora de pruebas en la sección de Recorrido; y Cornelio Cornelio, por su parte, pasó a ser receptor de papel y condenado a no volver

jamás a Informática de Personal, donde fue pronto reemplazado por Oiligor III, de quien se decía que jamás abrió la boca para pronunciar palabra alguna por voluntad propia, pero que fuera de los horarios de trabajo cantaba sin cesar. Oiligor III fue quien, por voluntad propia y pretendiendo ignorar los arrebatos de la Superioridad de la Imprenta (o de la Gran Fábrica, o como se llame), modificó el microfilm de Morgana, convirtiendo en cero la O mayúscula que antecede al número de su *documento federal*.

Jamás escuché a Morgana hablar con tanta naturalidad de cosas que me eran tan ajenas y para las que hubiera necesitado un relato algo más lento, más reposado; haberme ido representando la magnitud de cada cosa y en su contexto... pero no fue así. Todavía hoy me asaltan muchos interrogantes a los que respondo con ideas desatinadas, alejadas de toda lógica.

Recuerdo que aún faltaba bastante para el mediodía, cuando recostados en la alfalfa y con la vista perdida en las nubes, con mi cabeza en sus muslos y su mano en mi frente, en medio de tantas confusiones, sentí por Morgana un amor desesperante e indescriptible; era un fenómeno físico y nada subjetivo, como una ráfaga de viento zonda en medio del invierno. Hay una canción algo alocada que compuse tratando de registrar ese momento. En ella un dragón bosteza en medio de la nieve y destruye el paisaje; creo que nadie ha llegado a comprenderla y yo mismo no he podido cantarla en público, invadido por las lágrimas a poco de comenzarla. Es apenas una banda en un disco de larga duración, casi un capricho de autor, un código demasiado personal; aunque a veces, en la soledad de mi casa y al margen de mis ojos, suelo cantarla acosado por recuerdos que ya no podré modificar.

Sin pensarlo demasiado confesé a Morgana lo que sentía en ese momento; se lo dije casi a gritos y ella sonrió eternecida. Hoy no sabría cómo describir el color de sus ojos al margen de sus palabras. Para mi sorpresa, ella también dijo cuanto cosa yo quería escuchar, pero un trasfondo de imposibilidades y amargura fue enmarcando casi imperceptiblemente su confesión, aunque entonces preferí no preocuparme por ello. Dejé que las palabras salieran a borbotones, abiertas ya las esclusas, seguro de que nada podría regresarme a zonas de malsano pu-

dor. Estaba dispuesto a aceptar todo lo pasado y a sentar las bases para el mejor de los futuros. No era cómoda ni complaciente mi decisión; todo lo contrario. Había decidido que nada me perturbaría.

Con lo agitado de las confesiones aún haciendo estragos en nuestro semblante, decidí que debía aceptar como compañera de venturas y desventuras a una criatura sin origen, a un ser castigado en su condición de hembra por un amor que alguien consideró imposible. Una vez que los informantes de la Superioridad descubrieron el embarazo de Morgana (en definitiva, el fruto de una relación calificada de bastarda entre un hombre normal y una operaria) decidieron que lo más adecuado sería esterilizarla para evitar nuevos riesgos en un organismo que no estaba preparado para esa función, y que tanto podía generar un monstruo como convertirse en una máquina de matar o morir. Se decidió que su vida reproductiva había concluido y que sólo guardaría su *condición* femenina, para circunstanciales transportes de placer. Paralelamente se iniciaron los trámites para darla de baja en lo laboral, y un permiso (relativo) para que continuara su vida fuera de la Gran Fábrica. Sutergio, por su parte, que ya había sido castigado una vez, descendiendo de la Insoladora a Grietas y Calles, fue separado de su nuevo cargo y puesto a disposición de Inteligencia hasta que se decidiera su futuro. Al día siguiente Morgana ya estaba fuera de los gigantes muros, sin saber qué suerte había corrido Sutergio... A esa altura de la mañana yo ya había aceptado la historia. Pero aún faltaba algo más: ¿qué era aquello de "máquina 3"?, esas dos palabras inciertas y a la vez cargadas de premoniciones. No entendí la respuesta. Tal vez era el nombre de un maléfico capricho que una operaria jamás llegaría a comprender, pero que regiría por siempre su comportamiento; porque en él estaba el segundo y quizá definitivo castigo para alguien que había desobedecido las órdenes.

Despojada ya de secretos Morgana me miró largamente, como esperando mi huida, pero con la tranquilidad de haberse liberado de un peso abrumador. Con los brazos laxos junto a los muslos, aún intentó algunas palabras; exteriorizaciones fatalistas y desganadas sobre lo que sería su vida entre personas que rechazaran su presencia. No dejé que concluyera con su lamento. Como

un poseído le besé los ojos, la muñeca izquierda, el ombligo, el coxis y el nacimiento de los cabellos detrás de las orejas. Besé, como un sediento a una botella, cada pequeño indicio de su diferencia con cualquier mujer. No fue un acto demagógico; en todo caso, y si se me permite la retórica, fue un arrebató simbólico, una forma de hacerle entender que allí comenzaba mi amor, en la aceptación de lo disímil. Se me ocurre que hablar de las infinitas posibilidades amatorias de una operaria sería como menospreciar a las mujeres. La verde alfalfa de ese lugar sabe que no miento. Ahora sólo quiero recordar su beso, un beso que para mí valió por todo el concepto que quiso encerrar en él quien bautizó como *beso al beso*; un beso descomunal, como jamás hubiera imaginado que podía darse; inhumano, total, con todo el cuerpo, con toda la frustración de un ser sin precedencia, fugaz o eterno, desesperado, furibundo; nunca neutro. Una vez en calma, y desde un rincón aún inexplorado de aquel beso, pensé en Suterjio, no con odio o envidia, sino con profunda pena.

Esa tarde hablé yo. Rebosaba de ideas, ideas alocadas que sólo se sustentaban en la lógica, siendo la lógica cosa tan relativa; pero era mi arma. Desbaraté uno tras otro los argumentos algo más realistas de Morgana, y creo que antes de emprender la vuelta a Playa al Sur había logrado convencerla. En ese momento sólo pensaba en estar con ella. Nos imaginaba llevando una vida en común, ardiente y a la vez sin sobresaltos. Sentía, sinceramente, que aquélla era la fórmula ideal: un hombre joven y una operaria, al margen de lo que pudieran opinar de nosotros, si alguien opinaba algo, e incluso adelantándonos a los problemas que pudieran surgir. Pensé mucho en mis padres, en mis amigos, en Heraldito Cuevas y el indiscutible peso de su palabra, en mis parientes más cercanos, en dos o tres líderes de opinión del vecindario, en las chicas del club, en los colegas, en la gente del bar. Pensé en cada uno de ellos y en la reacción que aquéllo podría suscitar. Pero mi real preocupación era otra.

Si la Superioridad, o Informática, o personal jerarquizado de Inteligencia de la Gran Fábrica había decidido que el destino de Morgana fuera el Hotel Imperio de ciudad Orozuz, algún motivo había. No podía ser un simple capricho de alguien con poder de decisión ni la arbitrariedad de una com-

putadora. Allí radicaba mi preocupación, acrecentada por el profundo temor a lo incierto que encerraba aquella denominación de *máquina 3*; algo así como *la muerte* (sin nadie que hubiera vuelto de ella), pero pensada y manejada por hombres. Morgana suponía que *máquina 3* tal vez era *la nada* una especie de muerte sin rastros de vida, sin residuos, ni siquiera en el recuerdo de los demás; lo que configura la mayor de las atrocidades. Yo no dejaba de representármela como un sofisticado potro de tormentos, aunque nunca imaginé para confesar qué. Indudablemente la sospecha de Morgana era más adulta y terrible que la mía, y no puedo dejar de sentir un vertiginoso escalofrío en la espalda cada vez que pienso en ello.

Sabiendo que desobedecer una orden, en la condición en que se encontraba Morgana, hubiera sido suicida, la insté a que buscáramos una solución al problema. Ciudad Orozuz fue siempre un villorrio infame que dependía únicamente de una buena o mala cosecha de pimientos, transformándose alternadamente, y por imperio de algún factor climático, en un caserío próspero o en un pueblo fantasma, año tras año y hasta donde tengo memoria. La gente joven emigra a Mepas o Cisco D.C. convirtiéndose a Orozuz en una ciudad sin futuro y sin imaginación, sólo a la espera de que algún gobierno instale allí una fábrica o descubra que hay algo más aparte de los pimientos. Me negaba a imaginar a Morgana deambulando por esas calles solariegas que indefectiblemente terminan en una plaza, yendo y viniendo sin parar, buscando en vano dónde comprar un libro, o al menos un diario, de donde fuera, pero del día, para volver frustrada a su cuarto de hotel a engrosar hasta el infinito su lista de imposibilidades. Pretendía para ella todo lo contrario, y junto a mí, aunque nunca supe si ella creía en mi proyecto o si sólo ejerció su derecho de sumisión, a la espera de los acontecimientos. Sé que, al menos esa tarde, Morgana también me amó, y que juntos llegamos a idénticos niveles de locura. Jamás volveré a amar con tanta intensidad y placer, a pesar de la desesperación del momento. Reconozco mi incapacidad, o mi pudor, para relatar todo aquello; incluso he hablado de *locura*, y ahora ese término me resulta pequeño e inexacto. No hay tabla humana que pueda transformar en códigos escritos la infinita

gama de lo sensorial, si hay afecto y una operaria de por medio. Sólo me animo a decir que el camino de regreso a Playa al Sur fue lento, que conversamos mucho y que nos detuvimos a menudo para hacer el amor.

La decisión estaba tomada, a pesar del fondo escéptico que siempre creí ver tras el entusiasmo de Morgana. Mientras desandábamos los varios kilómetros de arena en busca de nuestro sótano, ajustamos los detalles de un plan por demás simple, que sólo consistía en una gran capacidad de insistencia y en tratar de ignorar una serie de pautas que de antemano pretendían augurararnos un fracaso. Al día siguiente nos levantaríamos a primera hora para tratar de coincidir con el relevo de Seguridad de la Gran Fábrica; según Morgana, era el momento más adecuado, pues todo el personal de esa repartición se reunía a la espera de las órdenes del día. A esa hora iríamos hasta el inmenso portón y llamaríamos hasta que abrieran. Al guardia le pediríamos hablar con el sectorialista de Bajas y Relevos; a él le solicitaríamos una entrevista con el secretario de Antecedentes, y a éste le haríamos un pedido formal para que reconsideraran el destino de Morgana, tomando como base las escasas posibilidades que por entonces brindaba ciudad Orozuz, sobre todo para un espíritu inquieto como el de ella, que había logrado manifestar con claridad algunas preferencias muy determinadas. Si era necesario, estaba dispuesto a confesar frente a quien fuera mi amor por Morgana, la firme decisión de vivir con ella— aun sabiendo que nunca podríamos tener un niño nuestro— y el deseo de enseñarle todo lo que necesitara para integrarse al mundo exterior. Hablaría hasta con la misma Superioridad si me lo permitían.

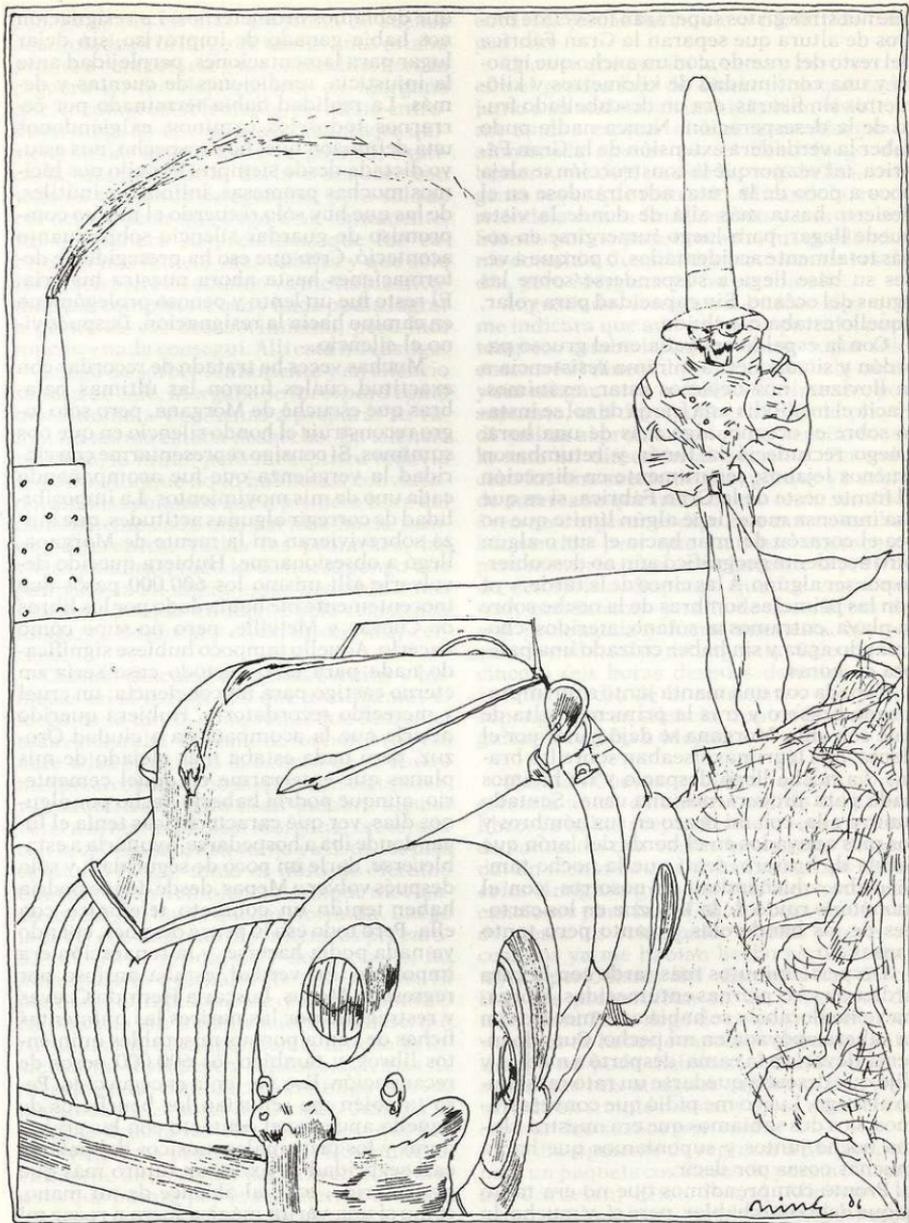
Me sentía seguro y creo haber contagiado mi seguridad a Morgana, a juzgar por los planes que fue exponiéndome y en los cuales yo estaba presente; pero al irnos aproximando a Playa al Sur y ver a la distancia, aunque borrosa, parte de la silueta de la Gran Fábrica que da a la arena, sentí que las piernas ya no me respondían y algo en mí comenzaba a retroceder. Temeroso, busqué en el rostro de Morgana algo que reflejara mi duda, pero su belleza de esa tarde era puro deslumbramiento.

La noche de ese miércoles nos halló como en vísperas de un examen, torpes y nervio-

sos, con retortijones y riendo por cualquier estupidez. Sabíamos que antes de aclarar ya debíamos estar en pie, con tiempo suficiente para prepararnos y llamar a las puertas de la Gran Fábrica con las primeras luces del jueves, así que debíamos acostarnos temprano y tratar de dormir. Si bien logramos cumplir con lo primero, temerosos de que el cansancio nos jugara una mala pasada y despertáramos demasiado tarde, fue imposible conciliar el sueño. Mucho antes de lo planeado ya estábamos levantados bebiendo café ininterrumpidamente, a la espera de salir para la Gran Fábrica, o para la Imprenta, como la llamé a lo largo de todo aquel día, y no tanto por emular a Morgana sino para ponerme a la altura de las circunstancias.

Cuando ella estimó que era el momento adecuado, calculando que el relevo de Seguridad estaba por producirse, caminamos hacia el gigantesco portón, tomados de la mano y con paso firme (como niños que encabezan la fila en una marcha escolar) aunque ya no tan seguros de lo que hacíamos. Soplaban un viento helado desde el océano, arrojando sobre el paisaje una finísima llovizna que sentimos con agrado sobre las mejillas, ardid de temor. Nunca me parecieron tan altas las puertas de la Gran Fábrica.

Los primeros llamados fueron tímidos (inútiles, diría ahora teniendo en cuenta el grosor de los portones). Igualmente inútiles fueron los siguientes intentos, ante el asombro de comprobar que ni siquiera nosotros oíamos los golpes de nuestras manos en esa mole de hierro. Intentar con los tacos de los zapatos de Morgana fue el siguiente paso, con una intensidad que creció y que finalmente también abandonamos, sabiendo que los destrozaríamos y para nada. Con el paso del tiempo nos ganó la desesperación y corrí hasta la parte trasera del bar en busca de la roca más grande que pudiera cargar, para intentar de nuevo y con algo más contundente. También fue en vano; sin duda el personal de Seguridad que había trabajado durante la noche ya se habría retirado a dormir. Sentados en la arena, empapados por la llovizna y tiritando de frío o rabia, comenzamos a ver el derrumbe de una esperanza que, al menos en mí, había alcanzado dimensiones irreales. Luego a Morgana se le ocurrió que podíamos llamar a los gritos, y lo intentamos hasta enronquecer. Pretender



que nuestros gritos superaran los veinte metros de altura que separan la Gran Fábrica del resto del mundo, con un ancho que ignoro y una continuidad de kilómetros y kilómetros sin fisuras, era un descabellado fruto de la desesperación. Nunca nadie pudo saber la verdadera extensión de la Gran Fábrica, tal vez porque la construcción se aleja poco a poco de la ruta, adentrándose en el desierto hasta más allá de donde la vista puede llegar, para luego sumergirse en zonas totalmente accidentadas, o porque a veces su base llega a suspenderse sobre las aguas del océano. Sin capacidad para volar, aquello estaba concluido.

Con la espalda apoyada en el grueso paredón y sin oponer la mínima resistencia a la llovizna, nos dejamos estar, exánimes. Hacia el mediódía una franja de sol se instaló sobre el océano, algo más de una hora. Luego recrudció la lluvia y retumbaron truenos lejanos, seguramente en dirección al frente oeste de la Gran Fábrica, si es que esa inmensa mole tiene algún límite que no sea el corazón del mar hacia el sur o algún otro accidente geográfico aún no descubierto por ser alguno. A las cinco de la tarde, y ya con las primeras sombras de la noche sobre la playa, entramos al sótano, ateridos, chorreando agua y sin haber cruzado una palabra en horas.

Tapada con una manta junto a un improvisado brasero y tras la primera vuelta de café con anís, Morgana se dejó ganar por el llanto. Sus lágrimas siseaban sobre las brasas. La noche llegó despacio y no hicimos nada para procurarnos una cena. Sentado junto a ella, con mi brazo en sus hombros y los pies apoyados en el borde del latón que servía de brasero, sentí que la noche también iba adueñándose de nosotros, con el monótono ruido de la llovizna en los cartones de las banderolas, y tanto pero tanto cansancio.

Desperté minutos más tarde con la cara ardiendo y las piernas entumecidas. Morgana ya no lloraba y se había adormecido con la cabeza apoyada en mi pecho. Cuando intenté llevarla a la cama, despertó a medias y dijo que deseaba quedarse un rato más junto al fuego. Luego me pidió que conversáramos. Los dos sabíamos que era nuestra última noche juntos y suponíamos que había muchas cosas por decir.

Pronto comprendimos que no era tanto lo que debíamos hablar, pero sí, y mucho, lo

que debíamos prometernos. La resignación nos había ganado de improviso, sin dejar lugar para lamentaciones, perplejidad ante la injusticia, rendiciones de cuentas y demás. La realidad había terminado por cerrarnos todos los caminos, exigiéndonos una definición que, hoy sospecho, nos estuvo dictada desde siempre. Por ello nos hicimos muchas promesas, infinitas e inútiles, de las que hoy sólo recuerdo el mutuo compromiso de guardar silencio sobre cuanto aconteció. Creo que eso ha protegido de deformaciones hasta ahora nuestra historia. El resto fue un lento y penoso prolegómeno en camino hacia la resignación. Después vino el silencio.

Muchas veces he tratado de recordar con exactitud cuáles fueron las últimas palabras que escuché de Morgana, pero sólo logro reconstruir el hondo silencio en que nos sumimos. Si consigo representarme con claridad la vergüenza que fue acompañando cada uno de mis movimientos. La imposibilidad de corregir algunas actitudes, que quizá sobrevivieran en la mente de Morgana, llegó a obsesionarme. Hubiera querido devolverle allí mismo los 600.000 pesos que no inocentemente me había dado por los libros de Cuevas y Melville, pero no supe cómo hacerlo. Aquello tampoco hubiese significado nada para ella; en todo caso sería un eterno castigo para mi conciencia: un cruel y merecido recordatorio. Hubiera querido decirle que la acompañaría a ciudad Oruz, pero nada estaba más alejado de mis planes que enterrarme en aquel cementerio; aunque podría haberlo hecho por algunos días, ver qué características tenía el lugar donde iba a hospedarse, ayudarla a establecerse, darle un poco de seguridad, y sólo después volver a Mepas, desde donde podría haber tenido un contacto telefónico con ella. Pero todo eso lo pensé después, cuando ya nada podía hacerse, y la reparación era imposible. En verdad, estaba ansioso por regresar a Mepas, buscar a Heraldo Cuevas y restregarle por las narices las quinientas fichas de venta por sus miserables quinientos libros, y también los 600.000 pesos de recaudación. Eso me tenía enceguecido. Pero también me seducían los beneficios de aquella apuesta; el contacto con las grabadoras y los principales músicos del país, la casi seguridad de éxito, un futuro más que promisorio... todo al alcance de mi mano, como si una varita mágica fuera a rozar mi

cabeza de allí en más. Un sinfín de sueños acumulados a lo largo de tantos años estaba pronto a concretarse y me encandiló. Pero la ceguera no me dejó reparar en Morgana que, incomprensiblemente, no había entrado en ninguno de esos proyectos. Ahora quisiera hablar acerca de la vergüenza; explicarla, desmenuzarla, darla a conocer con todo su trasfondo de egoísmo; pero sólo se me ocurre decir que llegó a mí lentamente, sin que notara su presencia, que fue cubriendo mis flancos más débiles y que sólo recapacité en ella cuando ya me había invadido por completo. Poco y nada podía lograr a partir de ese descubrimiento, pero hice mucho y nada conseguí. Allí está mi castigo.

Luego de sorber lentamente y en silencio su taza de café, Morgana se incorporó como una autómata y comenzó a preparar su valija. Su ánimo estaba deshecho. En silencio también, la imité: pero mi espíritu todavía era otro. Aunque no lo habíamos conversado, ambos sabíamos que a primera hora del día siguiente cada uno partiría hacia rumbos diferentes. Todas las promesas, las viejas palabras, todo lo dicho, supongo que permanecía en algún lugar invisible a mis sentidos, porque mi mente sólo registraba imágenes de gloria y en un futuro muy cercano.

Cuando descubrí manchas oscuras y húmedas en el cartón con que avivábamos el fuego cada tanto, comprendí que Morgana todavía lloraba. La tomé de los hombros y la miré a los ojos, pero la belleza de su rostro inexpressivo convirtió mi gesto en estupidez, y desautorizado para decir palabra alguna volví a armar mi bolso. Morgana, recostada con la cabeza sobre su valija ya lista, los pies cerca del fuego, tomó el libro de Heraldo Cuevas y lo leyó en silencio, aunque moviendo los labios, hasta quedar dormida. Luego la cubrí con una manta y, mientras preparaba tal vez el último café de la noche, fui planeando lo que haría de allí en más. El plan surgió rápidamente y decidí ponerlo en práctica sin modificaciones. Le escribiría una nota, disculpándole. En ella le incluiría mi dirección y teléfono, además de rogarle que se comunicara conmigo una vez instalada en el hotel de Orozuz. Junto a la carta le dejaría los 600.000 pesos, que habían llegado a obsesionarme. Obviamente, en cuanto amaneciera partiría en el primer auto que pasara por la carretera y quisiera levantarme, antes que ella despertara. Mi

cobardía jamás me hubiera permitido despedirme.

Una vez que escribí la carta y envolví con ella el grueso fajo de dinero, coloqué todo junto a su maleta, en un lugar bien visible, y me tendí a esperar el amanecer. Morgana, alumbrada apenas por el débil fuego del brasero, me dejó una de las más bellas imágenes cuyas que recuerdo. Mirándola, recorriéndola con la imaginación y a la vez sufriendo por no poder tocarla, fui quedándome dormido. Cuando desperté aun no era de día, pero Morgana ya no estaba allí.

Angustiado, comencé a buscar algo que me indicara que aún no había partido, pero tampoco estaba la valija y en su lugar sólo encontré el dinero enrollado, ya sin la carta y sin ningún otro indicio. Inútilmente, por supuesto, salí del sótano rumbo a la playa, di vueltas al promontorio y comencé a otear la ruta en dirección al naciente. En todo caso fue una suerte de rito, porque ya sabía de antemano que nada de eso tenía sentido. Creo no exagerar si digo que nunca me había sentido peor que en aquel momento, pero mentiría involuntariamente si pretendo describirlo. Supongo que fue como entrar, permanecer y salir de los efectos de una prolongada y fuerte anestesia. No recuerdo nada, salvo mi angustia. Sólo me veo cinco o seis horas después deteniendo un auto en medio de la carretera y viajando, supongo que en silencio, con mi bolso y mi guitarra rumbo a Mepas.

Heraldo Cuevas, sabiendo que yo no regresaría antes de haber vendido el último libro, ya había aceptado su derrota e iniciado contactos con varios intérpretes de moda. En menos de una semana el grupo *Caracoles Amigazo* grababa mis dos primeras canciones para la M.G.B. En cosa de un par de meses los principales diarios y revistas costeros ya me habían hecho algún reportaje, y periodistas del *Esturión* de Cisco D.C. me presentaban en un programa de televisión. Todo llegó de golpe y con exceso, y a pesar de haberlo esperado durante tanto tiempo no pude disfrutarlo. Mucho menos ahora que mis antiguos sueños se han convertido en simple rutina, y otros monstruos esperan los sueños por venir.

Al día siguiente de regresar a Mepas preparé un paquete con libros de poesía (Girondo, Cardelan, Eliot, Pound, Michaux, lo mejor de lo mejor) más los 600.000 pesos,

que por entonces se habían convertido en algo así como un gran cadáver, pesando demasiado sobre mi conciencia, y lo envíe a nombre de Morgana al Hotel Imperio de ciudad Orozuz. Al cabo de una semana recibí el paquete de vuelta, cruzado por rayas de diferentes colores y una etiqueta por falta de destinatario. En esos días se realizaron las grabaciones para la M.G.B. y los primeros ensayos con una nueva banda, cosas que me retuvieron allí contra mi voluntad; un fin de semana pretexté un fuerte estado gripal y escapé a ciudad Orozuz con la intención de encontrarla.

Todo fue en vano. Morgana, ni nadie con su nombre o apariencia se había hospedado en alguno de los siete hoteles ni en la veintena de casas de pensión que hay en Orozuz. Viajé a Cisco D.C. y Drapelet esperando encontrarla y llevarla conmigo, sabiendo que eso significaría que Heraldo Cuevas descubriría mi engaño, y justo cuando había comenzado a gozar los frutos de la apuesta ganada; pero el amor y el remordimiento no me dejaban vivir, y ya nada me importaba. Deambulé días y días de hotel en hotel, nombrándola, describiéndola, añorándola, hasta que gente de la grabadora dio conmigo antes que yo diera con Morgana. Algunos amigos que por aquellos días viajaron a otras ciudades costeras, y a los cuales recurrí por ayuda (haciendo esfuerzos por no romper mi promesa de secreto hacia Morgana), terminaron desmoralizándose. Sólo me quedaba la posibilidad de tratar de olvidar, dedicándome de lleno a trabajar en las cosas por las que tanto había luchado.

Han pasado casi tres años de todo aquello. He grabado cinco discos de larga duración, he producido material para grabaciones de varios intérpretes, y algunas de mis canciones se han incluido en el repertorio de los mejores cantantes del estado. Hice varios programas de televisión, aparecí en dos películas bastante interesantes y constantemente salgo de gira por diferentes regiones del país. Huelga decir que cada viaje, aparte del trabajo tiene para mí otras motivaciones. Los momentos de descanso en mis giras artísticas se componen de llamadas telefónicas a gente que no conozco, viajes infructuosos a tal o cual dirección, averiguaciones inconducentes. Cada tanto creo descubrirla en el porte de alguna mujer que diviso a lo lejos, e ilusionado corro a su encuentro, para volver a los pocos minutos totalmente

desanimado, cansado de buscar a Morgana en mujeres que sólo quieren de mí un autógrafo pero que no pueden darme la tranquilidad que necesito.

He vuelto a Playa al Sur en mi auto particular y fuera de temporada, y aunque parece una estupidez sé que nunca descarté la posibilidad de encontrar allí algún indicio. En todo caso fue sólo una posibilidad más que quedó en la nada, una de las tantas que imagino a diario. Consultando las viejas fichas de ventas que Heraldo Cuevas se avino a prestarme, copié el número de *tarjeta para compras secundarias* de Morgana, con el que anduve haciendo algunas averiguaciones en los grandes mercados de Mepas y Drapelet, sin resultados; y también el resumen de su *margin de ocio* por aquellos días, dato este que terminó por confundirme aun más, ya que no logré entender cómo manejarlo. Desorientado como estaba, he llegado a confiar parte de mi secreto supongo que a la persona más inadecuada, siempre pensando que ella podría ayudarme. Mirando objetivamente sé que ésta es otra de las tantas torpezas que cometí. La esposa de Exequiel Githago jamás podría haberme ayudado, y es síntoma de mi ignorancia sobre el tema suponer que alguien que trabaja para el gobierno pueda tener acceso a cierto tipo de información que le es ajeno al resto de la gente. Mi mundo paralelo volvía a fallarme una vez más, pero al menos esta vez me dejaba una enseñanza: no es suficiente soñar con alguien para que ese alguien entre en la órbita de nuestra realidad.

Hace tiempo que mi locura dejó de ser algo sublime para convertirse en idiotéz. Dos investigadores recorren hasta los pueblos más pequeños, incluso fuera de los estados del sur costero, en busca de gente que pueda llamarse Oilegor, o Cornelio, o Casandra, o Sutergio... o Morgana, por supuesto; todos nombres imposibles que ingresaron en mi vida de una vez, por la fuerza y para siempre. También observan a cada una de la personas hospedadas en el hotel Imperio de ciudad Orozuz, e incluso en otros dos hoteles Imperio, del mismo dueño, en Drapelet y Puerto Espuma, cotejando hasta los mínimos detalles con las particularidades de ella que logré describirles. Al día de hoy nada sé en concreto.

Con el primer disco de éxito, dejé la distribuidora de golosinas y renuncié a la idea

de levantar un bar en una playa. Como por arte de magia Heraldo Cuevas dejó de hacerme blanco de sus burlas para convertirme en base de experimentación en sus ataques de filantropía. Su cuarto libro fue un verdadero fracaso, en lo que a ventas se refiere, aunque la crítica una vez más lo puso por las nubes, y sin peligro de tormentas. Supongo que sólo faltó un imbécil que vendiera quinientos ejemplares durante un verano. En ciudad Orozuz, la cosecha de pimientos batió el record histórico de 1927; y mis padres se radicaron en Lucas del Medio, cansados del tránsito, la humedad y el viento marino.

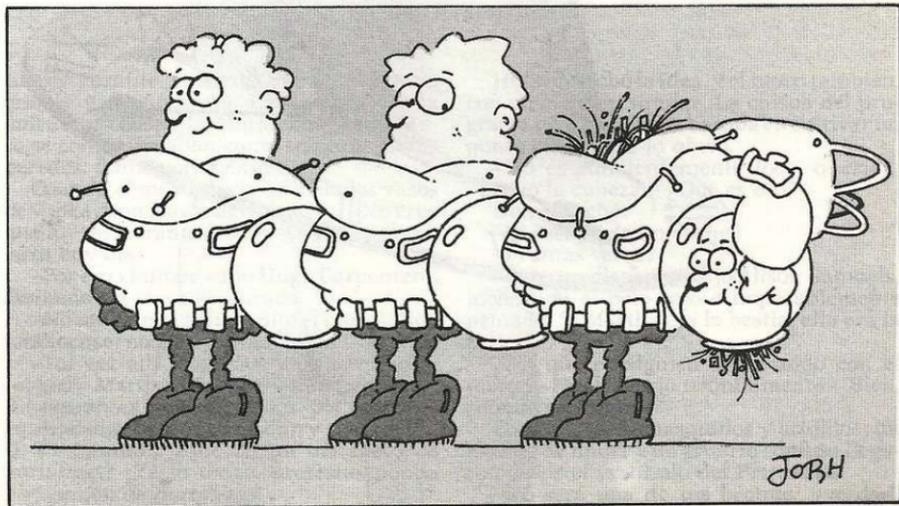
Cada cosa, como la vida misma, ha ido ordenándose en columnas previsibles: triunfos, sueños y rutina; ocupando su lugar; definiéndose. Sólo la angustia ha invadido superficies que no le estaban reservadas, amenazando con anegar hasta el último centímetro de alivio.

Sé que un día la vergüenza y el remordimiento terminarán con mis fuerzas. Busco en vano convencerme de que gané mucho más de lo que perdí, pero los razonamientos no alcanzan cuando los sentidos están bloqueados por la amargura. El trabajo excesivo fue lo único que logró aislarme por algún tiempo, pero también ese calmante duró

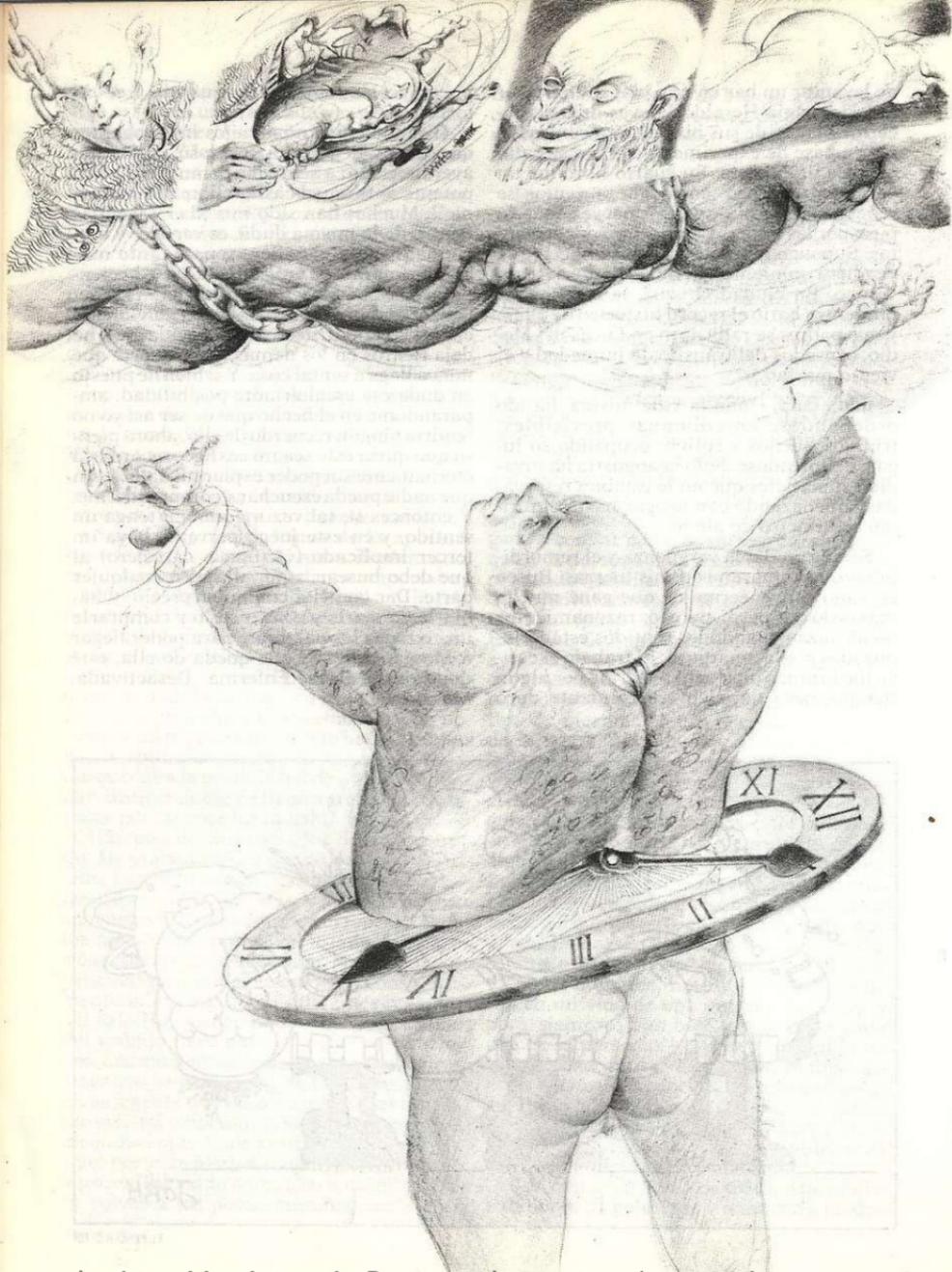
poco, y el agobio ha adquirido nuevas formas.

Girando en torno a viejos interrogantes que jamás llegaron a tener su respuesta, ayer he vuelto a sentirme conmovido e impotente ante aquel castigo llamado *máquina 3*. Muchas han sido mis idas y venidas dentro de la misma duda, es verdad; y mucho también el desaliento; pero tanto más es el terror que va erosionándome y haciéndome ver que Morgana tal vez tenía razón. Quizá *máquina 3* sea *la nada*; un olvido científico y por decreto; una vida que no deja rastros en los demás; una muerte que nunca llega a ser tal cosa. Y si bien he puesto en duda esa escalofriante posibilidad, amparándome en el hecho que de ser así yo no tendría ningún recuerdo de ella, ahora pienso que quizá éste sea mi castigo, recordarla eternamente sin poder expiar mi bajeza, sin que nadie pueda escuchar y comprenderme. Y entonces sí, tal vez *máquina 3* tenga un sentido, y en este juego perverso haya un tercer implicado (víctima o carcelero) al que debo buscar, aquí, allá o en cualquier parte. Dar con él a cualquier precio, y hablarle y rogarle y convencerlo y comprarle una o todas las palabras; para poder llegar a Morgana, o a lo que queda de ella, esté donde esté. Rota. Enferma. Desactivada. Muerta.

© 1986, Rogelio Ramos Signes.



EL PENDULO-109



Siempre

cuesta aceptar la
competencia.

Ian Watson

LOS MIL CORTES

ILUSTRO JULIO PAGANO

El restaurante Petrushka era un sótano grande y penumbroso. La de ellos era la única mesa ocupada. Murales del Ballet Ruso se contorsionaban como sombras en las paredes: fantasmas exóticos.

Cuando el mozo sirvió los helados vasos de vodka, Don Kavanagh observó: —No creo que los restaurantes rusos sean muy populares hoy día.

—Por eso vinimos —dijo Hugh Carpenter—. Teníamos la mesa asegurada.

—No me culpen a a mí —dijo el mozo—. Soy londinense, nacido y criado aquí.

—Tal vez allí tengamos un buen libreto —sugirió Martha Vine, la fea del equipo—. Restaurantes administrados por la gente equivocada. Una casa de curry esquimal... O, un minuto... ¿qué tal un matadero de hortalizas? ¡Ya lo tengo, protestas por la vivisección de hortalizas!

Hugh desechó la idea, y el mozo también, con un cabeceo similar. La chispa del programa de televisión se basaba en cultivar un punto ciego para lo obvio.

—No es suficientemente loco, querida.

—Ladeó la cabeza.— ¿Qué es eso?

Don escuchó.

—El escape de un coche.

—¿Tantas veces?

—Parecen disparos —dijo Alison Samuels, meneando el pelo rojo e impecablemente peinado. Si Martha era la bestia, ella era la bella.

—Así que es alguien disparando con el motor. —Hugh sonrió triunfalmente.— Bien, ¿dónde estábamos?

Poco después, chasquidos y crujidos, un alarido de mujer y un griterío confuso llegaron desde el vestíbulo del Petrushka.

—No será una de tus bromas, ¿verdad,

Hugh? —preguntó Martha ansiosamente—. Tienes un grabador arriba, ¿verdad?

—No, demonios...

En ese momento, dos hombres fornidos con chaquetas de leñador bajaron la escalera, empujando al mozo, que sangraba por la boca, al dueño y la recepcionista rubia. Un tercer hombre se quedó arriba. Los tres estaban armados con ametralladoras.

—¡Quédense donde están! —El hombre armado tenía acento de irlandés del sur.— ¡Ustedes tres, vayan a una mesa y siéntense!

El dueño, la cajera y el mozo obedecieron rápidamente.

El silencio momentáneo que siguió fue interrumpido por el gemido creciente de una sirena de policía.

—¿Debo suponer que somos rehenes de otra torpe travesura terrorista? —dijo Hugh en voz alta.

—¡Silencio!

Don murmuró, torciendo la boca: —Cállate. Es muy probable que te asesinen en los primeros minutos. Luego comenzará el *rapport*. Tan sólo... medita. No hagas nada.

—El zen y el arte de ser rehén, ¿eh? —susurró Hugh. Se quedó quieto como un monje budista.

Un altoparlante de la policía habló, muy cerca...

—¡No se acerquen! —gritó el hombre de arriba—. ¡Tenemos rehenes aquí! ¡Los mataremos!

El leñador número dos corrió hacia la puerta de la cocina y la abrió de un puntapié...

Hugh movía la lengua en la boca de la muchacha, seguía con el dedo la curva de la cadera.

Se apartó al instante. Estaba desnudo. Alison también. Estaban en la cama del apartamento de Chelsea. Afuera brillaba el sol de junio.

Alison miró a Hugh, sorprendida.

—Pero... —atinó a decir.

—¡Pero estamos en el Petrushka, Alison...!

¡Corrígeme si estoy loco, pero no sabía que sufría ataques de amnesia! ¿Cómo diablos llegamos aquí? Tú puedes contarme, ¿verdad?

—Hugh, yo... yo no puedo contarte nada. Estamos en el restaurante. Esos hombres del IRA están... al menos, supongo que eso son. Pero nosotros no estamos. Estamos aquí.

Hugh se incorporó. Miró aturdidamente el diario extendido en la alfombra peluda.

Los titulares decían: EL SITIO DEL PETRUSHKA TERMINA PACÍFICAMENTE.

Leyó la nota, sin entender. Pero entendió la fotografía donde él rodeaba con el brazo los hombros de Alison y ambos sonreían y saludaban.

—¡Mira la fecha! Nueve de junio. Éste es un diario de la semana que viene.

—Así que estamos en medio de la semana que viene. —Allison se echó a reír histéricamente y luego, con deliberada ironía, se abofeteó la mejilla.— Debo recordar este truco la próxima vez que visite al dentista... ¿Por qué no recordamos nada?

—Ojalá nos recordara haciendo el amor.

Alison comenzó a vestirse.

—Siempre quise llevarte a la cama —continuó Hugh—. Era una de mis grandes ambiciones. ¡Supongo que aún lo es! Sin duda, celebrábamos nuestra libertad. Nuestra liberación... Gas —decidió de pronto—. Eso es. Deben de haber usado algún psicoquímico para desmayarnos o confundirnos. Éste es un efecto lateral.

Estudió el diario con mayor atención.

—No dice nada sobre el gas. Dice que la policía sacó a los terroristas. Supongo que puedes amordazar un poco a la prensa... no, esto fue demasiado público. La nota debe ser fiel a la verdad.

Sonó el teléfono.

Hugh caminó desnudo hasta el cuarto contiguo para tomar el llamado.

Alison estaba sentada ante la mesa de tocador, trenzándose el pelo, cuando él regresó. Notó que ella temblaba. También él sentía el cuerpo hueco y la carne de gallina, aunque el aire estaba tibio.

—Era Don. El... reaccionó muy racionalmente, por ser un payaso. Está en el mismo brete que nosotros. Cuando Don colgó, traté de llamar a Martha. Pero no puedo comunicarme. Todas las líneas están ligadas. Traté de llamar a la policía. Incluso traté de llamar... traté de llamar a ese maldito reloj parlante. Tampoco conseguí. ¡Todos telefonan para averiguar qué hora es! No somos sólo nosotros, Alison. No se relaciona específicamente con el Petrushka. Es todo el mundo.

—¿Dónde está tu radio? Enciéndela.

—En la cocina.

Hugh echó a correr, aún desnudo, y ella siguió sus posaderas bamboleantes.

Un conjunto de rock punk estaba tocando:

¡... te volarán las tetas!

¡Te volarán los sesos!

¡Te volarán el culo!

La canción se esfumó.

El locutor dijo: —Acabamos de oír la más reciente grabación de Las Comadreas. Música caliente, ¿eh? *Radioactiva*, como quien dice... y así debe ser una radio: activa. Así que seguiré adelante, aunque esté tan confundido como ustedes. Así es, leales oyentes, en el estudio nadie sabe cómo llegó hoy aquí. Ni cómo hoy llegó a ser hoy. Pero si ustedes se sienten como yo, escuchen este consejo: conserven la calma y sigan haciendo lo que están haciendo. Sigán manejando ese camión. Mantengan el tráfico en movimiento. Cocine el almuerzo, señora Jones, y no queme la sartén... Los niños pronto llegarán a casa. Y para ayudarlos a todos, aquí viene una grabación de un viejo grupo, Tráfico. Se llama "En una fábrica de tallarines chinos"...

Hugh movió la perilla. Una emisora había desaparecido del aire; en las otras sólo pasaban música.

—Prueba la onda corta —pidió Alison—. El exterior.

Cuando sintonizó una emisora de El Cairo que chapurreaba en francés, advirtió que lo que había ocurrido tal vez había ocurrido en todo el mundo.

Antes del fin de junio, y durante julio y agosto, el efecto se repitió una docena de veces. Ninguna de las "rupturas" siguientes duró tanto como la primera. Algunas engullían dos o tres días y otras sólo unas horas. Pero no había indicios de que comenzaran a espaciarse.

Tampoco había una explicación razonable.

Y la gente no se habituaba a esas reiteradas y fortuitas rupturas.

Porque no era como desmayarse o dormirse. Porque se recobraba la conciencia —¿y quién podía prometer que se recobraría la próxima vez?— todas las actividades del mundo habían seguido su curso habitual. Los aviones habían volado en ambas direcciones entre Londres y Nueva York. Se habían firmado contratos, y habían nacido niños. Se habían publicado diarios, y el pregón de los vendedores ("¡Entérese de todo!") era ahora un imperativo, pues ¿en qué

otra parte se podía averiguar en detalle lo que había ocurrido? Una mujer podía encontrarse encerrada en una celda, pero la policía tenía que consultar los prontuarios antes de comunicarle que había asesinado al marido, lo cual planteaba nuevas y extrañas preguntas acerca de la culpa y la inocencia...

Sin duda era perturbador encontrarse de pronto ante los controles de un Jumbo que se disponía a aterrizar en un aeropuerto imprevisto, o acostado en una cama de hospital después de una misteriosa operación, o corriendo por una calle... ¿con qué razón?

—¿Y si nos encontramos en medio de una guerra nuclear, con todas las sirenas aullando? —preguntó Martha—. No lo aguanto. Me está volviendo loca. —Se sirvió otro vaso de gin.

—Está volviendo loco a todo el mundo —dijo Don. Estaban en el apartamento de Hugh—. Es como esa antigua tortura china.

—¿Cuál? ¿El agua goteándole en el cráneo hasta que te abre un agujero?

—No, me refiero a la Muerte de los Mil Cortes. Siempre me pregunté si las pobres víctimas morían por pérdida de sangre. Pero debía ser la acumulación de shocks. Un shock de dolor después de otro. Puedes sobrevivir a uno. Puedes sobrevivir a una docena. ¿Pero mil? ¡Jamás! Eso destruirá a la raza humana. Ésta es la Vida de los Mil Cortes.

—Santo cielo —dijo Hugh—. Has dado en la tecla. —Se frotó las manos animadamente.— ¡*Cortes!* Es brillante.

—Significa que somos como robots —continuó Don, ignorándolo—. No *necesitamos* conciencia. No *necesitamos* saber. Un pájaro no es consciente. Pero eso no le impide cortejar, criar su prole y migrar. En realidad lo ayuda. Ninguna golondrina con autoconciencia se molestaría en volar desde la punta de Sudáfrica y regresar cada año.

—¿Quieres decir que hemos desarrollado demasiada autoconciencia y es un callejón sin salida? —preguntó Alison.

—Y ahora nos convertiremos de nuevo en robots, y el mundo funcionará mucho mejor. Pero no lo sabremos. Como no lo saben un gorrion ni un ratón. Ellos sólo *son*. Martha, tú mencionaste la guerra nuclear. Pero ¿has advertido qué bien andan de pronto las charlas sobre limitación de armamentos?

—Es porque ambos bandos están más asustados que antes de un accidente.

—No, no es eso. Estuve investigando. Todos los avances significativos se produjeron durante las rupturas. —Don rio en voz baja.— ¡Rupturas temporales que impiden rupturas diplomáticas! Y recuerda, además, que el sitio del Petrushka terminó pacíficamente... durante una ruptura.

—Durante un corte —corrigió Hugh.

—El asunto del Petrushka pudo haber terminado fácilmente en un tiroteo sangriento, con un ataque al restaurante. Pero no sucedió así...

Don conducía su Metro rojo por la sección elevada de la autopista del centro de Londres, en medio de un tráfico rápido y pesado. A cierta distancia, un Volkswagen no logró pasar a un enorme camión con acoplado. El camión lo embistió, patinando y coleteando. Cuando el tráfico que venía detrás chocó con los vehículos destruidos, estalló una bola de fuego.

—¡Demonios! —Don miró el reloj con calendario que había adquirido después de la primera ruptura, antes que se vendieran todos.— Dos días, esta hora.

Alison iba sentada junto a él. Hugh estaba en el asiento trasero. No había rastros de Martha. Ojalá aún viviera.

—¡Por amor de Dios, sácanos de aquí! —rogó Alison.— ¡Es una trampa mortal!

—¡Más bien una estampida de búfalos! ¿Por qué esos idiotas no aminoran la velocidad?

Don logró llegar sin problemas a la próxima rampa de descenso. La rampa estaba atestada de vehículos que bajaban. Las bocinas sonaban. Los guardafangos y parachoques se raspaban y golpeaban.

—No debemos olvidar lo que decíamos —le recordó Hugh, por encima del hombro—. La Vida de los Mil Cortes...

—Habrás mil cortes en la pintura de este coche...

—Para en el próximo bar, Don. Tenemos que hablar antes que perdamos la continuidad.

—Sobre cortes —dijo Hugh, un whisky doble en la mano.

El bar del Duke of Kent estaba atestado, pero notablemente callado mientras la gente esperaba que la música de relleno de la radio del dueño cesara y se emitieran las primeras y apresuradas noticias. Mucha

gente ni siquiera bebía, sólo esperaba.

—Tú mencionaste la Muerte de los Mil Cortes y, desde luego, eran cortes en la carne con un cuchillo. Pero ¿a qué nos referimos nosotros al decir cortes?

—Una película —dijo Allison—. Montaje. Cambio de escenas.

—¡Bien, niña!

—No soy una niña. Las niñas tienen doce años o menos.

—De acuerdo, perdón.

—Por eso nunca iría a la cama contigo.

—De acuerdo. Me postro ante ti, pero de eso se trata, el montaje de un filme... el corte de una escena a la siguiente. No es preciso ver a los personajes viajando de A a B. Salen y llegan. De lo contrario una película duraría tanto como la vida real. O el director sería Andy Warhol.

—Tanto como *duraba* la vida real...

—En efecto. ¿Y si la realidad misma fuera una especie de filme? ¿Una película de Warhol de milenios de duración, con un elenco de miles de millones? La fotografía plana sería a la holografía lo que la holografía a la... *solidografía*. Supongamos que el mundo es una proyección. Una película sólida hecha de materia, no de luz. Somos un número en el Festival de cine del Universo. Pero... —Hizo una pausa enfática.— ¿Somos la obra maestra terminada? ¿O somos rollo de película en el suelo de la sala de montaje... de la realidad? Porque de golpe hemos perdido el sentido de la continuidad. Se descartan dos días. Se descartan tres días.

La música de la radio cesó.

Todos chistaron como serpientes, pidiendo silencio.

—*Éste es el Servicio de Emergencia de la BBC. Les habla Robin Johnson. La fecha es primero de setiembre. La hora es la una y veinticinco de la tarde. La ruptura más reciente duró aproximadamente cincuenta horas. En las charlas de desarme de Helsinki se llegó a un acuerdo preliminar sobre la reducción de...*

—Vamos, podemos leer todo eso más tarde.

Don aún no había puesto en marcha el motor del Metro. —¿No se arruinaría la fluidez natural de tu película si todos los personajes advirtieran de golpe que sus vidas son mera ficción? —preguntó—. Tal vez sea un toque artístico muy sutil. Tal vez el director se ha decidido repentinamente por el cine experimental. Antes hacía una película rea-

lista. Pero ahora usa técnicas de la Nueva Ola, como los directores franceses. El *meta*filme. Aún opino que en verdad todos somos robots vivientes. Pero antes no lo sabíamos y ahora sí —concluyó Don.

—Pero eso no es una disminución de la conciencia —señaló Alison—. Es un aumento de la conciencia.

—Es un bajón en nuestro sentido del control de lo que ocurre en el mundo. Todas las cosas importantes pasan en los entretelones. Mira este progreso en el control de armamentos... oíste lo que decía Robin.

—Tal vez —dijo Alison— Dios haya decidido cortar la realidad y compaginarla de nuevo. Porque no funcionaba. O no funcionó la primera vez. Se fue al traste, literalmente. Estamos en una *remake* de la película del mundo.

—Tal vez estas rupturas son para los anuncios —bromeó Hugh—. ¡Sólo que no podemos verlos, así como los personajes de una película no pueden ver los comerciales!

—Pamplinas. Cuando tienes un comercial —dijo Alison—, la película se detiene. Luego recomienza a partir de allí.

—En ese caso, tienes razón. Algo tiene que estar compaginando la realidad —admitió Hugh.

—¿Cómo puedo estar de acuerdo con eso? Pero tampoco puedo estar en desacuerdo. Por cierto, la realidad *necesita* compaginación.

Pasó una ambulancia llevando una víctima del choque múltiple de la autopista. Un coche de policía corría en la dirección contraria, la luz azul relampagueando en el techo.

—Son los Mil Cortes —dijo Don—. Y nos enloquecerán de tensión. Como ratas en el laberinto electrificado. Quedaremos catatónicos. Nos transformaremos en un planeta de zombis... un mundo en piloto automático. Como las aves y las abejas.

Puso el motor en marcha. Al salir del estacionamiento del Duke of Kent, viró a la izquierda porque era más fácil, antes de recordar que ignoraban adónde se dirigían. Aminoró la marcha para ceder el paso a otra ambulancia.

Hugh se echó a reír de pronto.

—¡Lo tengo! Hay un modo de poner mi idea a prueba. ¡Incluso tal vez haya un modo de comunicarse con el director! Haremos un programa especial. Haremos un programa sobre la compaginación de la realidad.

Haremos una película dentro de La Película... una película *sobre* esa Película. ¡Lo venderé como un programa para levantar la moral, y tal vez sirva para eso! Haremos que todo el país se ría de lo que ocurre. Ayudará a conservar la cordura de la gente durante los Mil Cortes.

Alison batió las palmas.

—Gracias.

—Mientras no nos excluyan con un corte —dijo Don—. Ya sabes: "La transmisión normal continuará en cuanto termine este programa."

—Aun así seguiremos adelante a todo vapor. Podemos verlo después en las cintas de video... Gira, Don. Regresaremos a mi apartamento para preparar todo. Y necesitaremos encontrar a Martha. Si alguien está compaginando la realidad, lo ayudaré. Titularemos el programa: "La realización de *Realidad, la película*."

—¿No querrás decir la *remake*?

—Sí. Muy acertado, primor. "La *remake* de *Realidad, la película*." Eso, eso es. Acepto la corrección. —Se reclinó en el asiento del Metro.

—Y nosotros también, Hugh, si estás en lo cierto. Nosotros también.

—¿También qué?

—Aceptamos la corrección...

Dos semanas después, Hugh colgó el teléfono y se volvió a sus amigos.

—Bien, no sabemos exactamente qué *hici*mos los últimos cuatro días. Pero me debo de haber reventado el trasero, como dicen tan pintorescamente nuestros amigos norteamericanos. Nuestro programa recibió luz verde para el cuatro de octubre, después del noticiario de las nueve. Siete países europeos lo verán también, usando subtítulos... y dos cadenas importantes de los Estados Unidos lo transmitirán la misma noche. Australia y Japón lo pasarán al día siguiente. Hasta Rusia proyectará el programa... sometido, por cierto, a un análisis del contenido.

Martha estornudó. Se había resfriado. —No puede haber problema —moqueó—. Los soviéticos siempre se han reído de Dios.

—Bien. ¿Entonces en qué estamos, Don? —preguntó Alison.

—He revisado esta pila de notas. Las corregiré con Martha y luego podremos empezar a ensayar en videotape. El jueves. Ver qué funciona y qué no.

—¿No podríamos encender la radio un momento? —preguntó Alison.

—¿Por qué? Ah, para averiguar qué ha ocurrido en el... —Hugh sonrió burlesco— mundo real. ¿Por qué no? Tal vez nos sugiera más ideas.

Alison trajo la radio y la apoyó en el bar.

—...*Helsinki. Este acuerdo representa un adelanto esencial para la reducción de las tensiones internacionales...*

—¿Cómo diablos puede un adelanto reducir algo? —preguntó Martha.

—Deberías conocer a mi editor —bromeó Don.

—...*primera reducción genuina en sistemas de armas, con inspección y verificación de observadores neutrales del Tercer Mundo. El desmantelamiento y disminución de...*

—Parece que hasta Dios puede obrar milagros de la noche a la mañana —observó Hugh.

—Disiento —dijo Alison—. Tienen miedo de lo que podría ocurrir durante uno de los intervalos zombis. O al cabo de uno de ellos, cuando todos están confundidos.

—...*la cantidad de víctimas después de la ruptura más reciente se eleva a miles. El peor desastre se produjo en el aeropuerto de Heathrow, donde...*

—¿Ves? Sólo se necesita que un pobre imbecil oprima el botón equivocado. Y puf. Si esto es un ejemplo de intervención divina, es el milagro más torpe que he visto jamás —dijo Alison.

—Cuando compaginas un filme, amor —dijo Hugh—, desechas mucho material bueno en bien del conjunto.

—Hablas como si en secreto admiraras lo que ocurre —protestó Don—. Estos malditos cortes en nuestra vida.

Hugh se sirvió un brandy y echó un chorro de soda en la copa.

—No, es absurdo, peligroso y desalentador. Pero tienes que reír de ello para obtener la perspectiva adecuada... y sí, conservar la dignidad y el libre albedrío. Es un universo loco... y ha resultado ser más loco de lo que cualquiera habría imaginado. Bien, en mi humilde opinión, el arte humano más grande no es la tragedia. Es la sátira. Y —alzó la cabeza hacia el cielo raso en un gesto burlesco—, hablando de un engañabobos a otro, quiero que el alguien o el algo que dirige este gran espectáculo, la Vida, advierta que yo he notado lo que ocurre. He descubierto

que la realidad es sólo una película... y puedo conservar la cordura y aun reír.

—...*una inundación de solicitudes de Librium y Valium...*

—Río, luego existo. Los pájaros no ríen. Las vacas no ríen. Allí está la diferencia. Ahora pongamos manos a la obra. Hagamos que todos se mueran de risa. Lo merecen.

“La *remake* de *Realidad, la película*” se grabó durante las tardes del primero y el dos de octubre, con Hugh Carpenter en el papel de Director Cósmico y la encantadora Alison como guionista. El tres de octubre se terminó de compaginar.

Era, en opinión de todos los involucrados, la más aguda y graciosa media hora de televisión en la historia del mundo.

Hugh se apartó del monitor de video para saludar a los técnicos. Peter Rolfe, que había producido el programa, estrechó la mano de Hugh y le palmeó la espalda. Luego abrazó a Alison y la besó. Tras vacilar un instante, besó también a Martha. Aunque el programa estaba grabado, todo el equipo había decidido estar presente para la transmisión.

Hugh abrió una de las botellas de champagne que había traído.

—¡Allá va, allá va! ¡A Manchester y Munich, a Tulsa y Tel Aviv! ¡A Alfa del Centauro y todos los puntos del universo, si hay alguien allí! ¡Felicidades!

En poco tiempo, el teléfono reclamó la atención de Rolfe.

—¿Sí? ¿De veras? ¡Espléndido! —exclamó—. ¡Hugh! El conmutador está absolutamente atestado. Los espectadores están eufóricos. Has impedido que mañana se arrojaran bajo un autobús. Has impedido que esta noche murieran de sobredosis. Has dado sentido a este desquicio siniestro. ¡Has hecho que el mundo se *divierta otra vez!*

—¿Qué? ¿Ninguna reacción negativa? —interrumpió Don.

—Oh, hay un pequeño mensaje de la brigada antiblasfemia. Pero eso, querido amigo, era previsible.

—Claro que sí. Ansío verlo. Las reacciones negativas son muy cómicas.

—No esta vez, amigo. Hay sincera gratitud por todas partes. El país se está matando de risa.

—¿Comprendes —preguntó Rolfe, mientras dirigía la fiesta de celebración en su

casa de Hampstead la noche siguiente— que éste ha sido un nuevo récord de televisión? En las últimas veintidós horas debes haber tenido quinientos millones de espectadores. Incluyendo o no a los soviéticos, que no creen en el *rating*, los muy cretinos.

La alfombra estaba cubierta de telegramas. Abriéndose paso entre ellos, Rolfe sirvió otro whisky con agua a Alison y la besó de nuevo.

—Tal vez hayas superado el alunizaje de Armstrong —le dijo a Hugh.

Había gente ebria sentada en el suelo, mirando una nueva proyección del programa. Risitas y carcajadas festejaban los puntos altos. Casi todos eran puntos altos.

—¡Salud! —brindó Rolfe—. El mundo entero debe estar riendo esta noche...

—¡Demonios! —exclamó Don, mirando el letrero—. Petworth, media milla... debemos ir camino de la casa de campo.

Hugh iba tensamente encorvado a la izquierda de Don, con Martha y Alison detrás. Martha usaba una bufanda naranja ceñida sobre los rizos negros, lo cual era notablemente espontáneo en ella por tratarse de un fin de semana con los amigos.

El indicador de gasolina señalaba que el tanque estaba vacío, aunque Don siempre lo mantenía bien lleno.

Reduciendo la velocidad —y en verdad había corrido todo el tiempo, haciendo casi noventa kilómetros por hora en ese camino campestre—, se relajó y admiró los árboles en su rojo poniente de follaje.

Hugh también se distendió. —Hay que reír, ¿verdad? —preguntó reflexivamente.

Y luego Don miró el reloj. No era el fin de semana. Estaban a mediados de la semana.

—Santo Dios. Es el veinte de octubre. Ésta ha sido la ruptura más larga. Estamos en la casa de Peter en Hampstead, el cinco... es decir, *estábamos*. Un corte de dos semanas enteras.

—Aquí tengo la radio —dijo Sarah.

La música de relleno era de Beethoven. Se prolongaba jubilosamente.

—Hay mucho de qué enterarse —señaló casualmente Hugh.

Al fin la música murió.

—... *les habla Robin Johnson. La fecha es...*

—Estaremos en la casa en diez minutos —dijo Don—. Allá tengo dos galones de gasolina.

—... *las noticias resultarán chocantes para todos. En pocas palabras, las charlas de desarme de Helsinki tuvieron un desastroso final el once de octubre. Fuerzas del Pacto de Varsovia invadieron Yugoslavia el dieciocho, hace dos días. Actualmente, tropas soviéticas se reúnen en la frontera de Alemania Occidental. La alianza de la NATO está alerta, pero hasta ahora... ¡Un momento! Acabo de recibir un informe no confirmado de que varias armas nucleares tácticas estallaron dentro de Alemania Occidental. Este informe aún no está confirmado.*

—Por... —balbuceó Hugh.

—Por eso tratamos de llegar a la casa de campo con el tanque vacío... Tratamos de ser los afortunados.

El motor carraspeó varias veces, tosió y calló. El Metro se detuvo lentamente.

—Parece —dijo Alison en voz baja— que, en efecto, nos *matamos* de risa.

—¿Quieres decir —susurró Martha— que no hay que burlarse de Dios, o lo que sea?

—No sé qué opinará “Dios o lo que sea” —dijo Don con amargura—. Pero supongo que tenemos que describirlo, bien, como una reacción negativa. Y no parece cómica. La película se liquida.

—Ahora escenas posholocausto, supongo —gruñó Hugh—. Ningún sentido de la continuidad...

Bajó la ventanilla.

—¡Corta! —gritó al cielo—. ¡Corta! ¡Corta!

Pero el cielo del norte resplandeció intolablemente unos segundos. Poco después, un viento feroz y caliente arrancó las hojas rojas y doradas de los árboles.

Título del original en inglés: *The Thousand Cuts*.

© 1982 by Omni Publications International Ltd. Traducción de Néstor Dietrich.

CRONICAS TERRESTRES



LIBROS

Los tangos de Ray

Elvio E. Gandolfo

Una vez terminada la lectura de la última novela de Ray Bradbury* cuesta precisar los motivos que tuvo para escribirla. Lo digo en cuanto lector, porque en caso de ser su amigo, por ejemplo, podría comprender que lo hubiera hecho para resolver algún asunto de dinero, o para estar una vez más presente en las librerías y bibliotecas.

Como lector uno exige algún motivo menos terrenal, más relacionado con los mecanismos creativos, y menos con el mercado o las necesidades del ego.

Un primer hecho llamativo es el género: después de haber ganado su reputación en la ciencia ficción y la fantasía, Bradbury salta a la novela

* Ray Bradbury, *La muerte es un asunto solitario* (*Death is a Lonely Business*), traducción de Julia I. Benseñor de Jais; Emecé, Buenos Aires, 1986; 319 págs.

policía. El libro está dedicado nada menos que a Raymond Chandler, Dashiell Hammett, James M. Cain y Ross Macdonald, algo así como el póker de ases de la "novela negra" norteamericana. Como si eso no bastara se agrega una dedicatoria a Leigh Brackett y Edmond Hamilton, matrimonio muy querido por los fans norteamericanos y de otros países por sus *space operas*, dedicatoria que adquiere una nueva dimensión si se piensa que Leigh Brackett, excelente guionista cinematográfica (autora del guión de la segunda y mejor parte de *La guerra de las galaxias*) adaptó dos grandes novelas de Chandler: *El sueño eterno* (en colaboración con Faulkner, y filmada por Howard Hawks) y *El largo adiós* (filmada por Robert Altman).

Esas citas abren una expectativa de cambio en Bradbury que la novela no concreta. Estamos una vez más ante sus recursos más socorridos, que se encuentran justamente en los antipodas de los valores estilísticos de los autores supuestamente homenajeados. Si en ellos imperaba la sequedad, el despojamiento, la ironía concreta, el sentido que sólo podía desentrañarse a través de la acción, Bradbury es en cambio rebuscadamente "poético", significativo, amante de los Símbolos.

En Chandler o Hammett, por ejemplo, la decadencia de un entorno surge sutilmente, o es

subrayada con una línea contundente. En Bradbury la decadencia de Venice (que hubiera sido más justo traducir como Venecia, al menos para dejar más claras una serie de metáforas, como la de su falta de góndolas), un pueblito marítimo de California, no está sugerida: aparece abrumadoramente, una y otra vez, en muelles y montañas rusas demolidas, jaulas de leones sumergidas, casas ruinosas. En ese sentido Bradbury emplea la técnica repetitiva, quejumbrosa de la zona más mediocre del tango: además del exterior en descomposición, el personaje que cuenta en primera persona nos zamarrea una y otra vez ante los ojos la tristeza que siente, la angustia, la soledad, dichas, explicadas, exhibidas.

Un resultado de ello es que la novela está totalmente desprovista de sorpresa: cada aparición de un personaje extravagante, cada nuevo crimen, están gastados de antemano por los prolegómenos de su aparición, que hacen que la aparición propiamente dicha no lo sea. A su vez tanto los personajes como el entorno tienen una cualidad bidimensional, de escenario abandonado, que les quita interés. Esa cualidad es soportable, y a veces incluso eficaz, en la extensión de un cuento corto. Pero actúa como una aspiradora de densidad en una extensión superior a las 300 páginas. Por otra parte no parece un cuento buscado, sino una

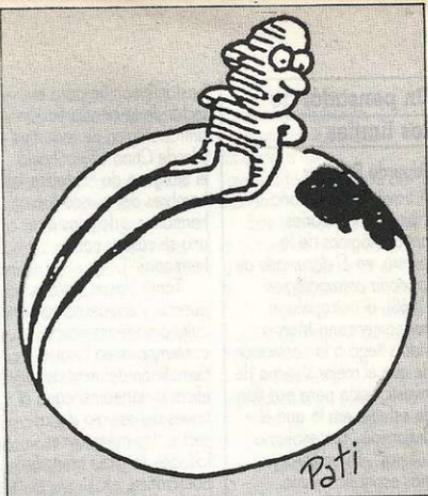
incapacidad de otorgar peso literario o existencial a lo narrado: Hemingway es nombrado más de una vez, y *La muerte es un asunto solitario* tiene el mismo sonido forzado, de texto escrito por obligación ante una Deidad de la Narración con pies de barro, de varias de las novelas del autor de *El viejo y el mar*. Con una diferencia: lo que en Hemingway es dramático, aquí suena en cambio poco jugado, *cute* dirían los norteamericanos, algo así como "bonito", incluso en los momentos que deberían ser más siniestros. Bradbury comparte su incapacidad de enfrentar la muerte (con algo más maduro que un temblor superficial, o recurriendo a algo más que sus símbolos más evidentes: el olor a carroña, etc.) con otro creador norteamericano también dotado pero muy a menudo pueril: Steven Spielberg.

Otro elemento irritante es la autocomplacencia con la propia figura del autor. Por si no bastara con las numerosas referencias a cuentos bien individualizados de otros

de sus libros, que son enviados por el escritor joven protagonista, la propia contratapa se encarga de avisar a los lectores lerdos que ese anónimo escritor joven [...] es el propio Bradbury'. Todo lo que tiene que ver con el "oficio" o con "la cosa" de escritor, como lo llamaba a veces Hemingway, es congratulatorio, levemente tonto, una vez más inmaduro en su *formulación expresiva concreta*, no como un buen recurso para señalar la inmadurez de quien cuenta. En esos tramos sentí lo mismo que sentía D. H. Lawrence: "Si hay algo que me aburre más que un hombre de negocios y su NEGOCIO, es un artista, un escritor, pintor o músico, y MI OBRA. Cuando un artista dice MI OBRA, siento la carne que me cuelga cansada sobre los huesos."

Como es lógico, no todo es negativo: hay más de un personaje que uno desearía ver desarrollado como cuento o en otra novela, como el de la estrella Constance Rattigan cargada de energía y juventud y belleza a pesar de sus años, uno de los pocos personajes que no están *trabajados* en exceso y cuentan con una vida propia.

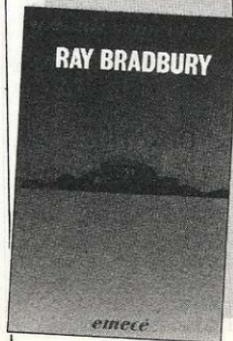
En el terreno ideológico aparece, sobre todo en las últimas páginas, un sabor marcadamente reaccionario, pero en un sentido distinto al que se ha podido señalar en Bradbury: el de un nostálgico de la época en que la técnica dominaba menos la vida de los



hombres. Aquí se trata más bien de un marcado rechazo puritano (mezclado con una soterrada fascinación) por todo lo biológico del cuerpo humano, anticipado por la castidad poco creíble del héroe; y, sobre todo, de un rechazo visceral, de optimista pragmático y superficial, de toda una corriente de pensamiento contemporáneo. Una biblioteca constituida por libros de europeos es definida así: "Schopenhauer, Nietzsche, Spengler y Kafka se apoyaban sobre sus codos insanos, se hundían en su polvo [...] Aquel espantoso acantilado habitado por la fatalidad, aquellas hileras de fracasos, ese Apocalipsis literario de guerras, miserias, enfermedades, pestilencias, depresiones, aquel precipicio de pesadillas, aquel foso de delirios y laberintos donde los ratones enloquecidos y las ratas insanas jamás encontraban la luz ni la salida." Creo que no es exagerado ver allí los rastros de una corriente

general de aislacionismo cultural y rechazo por el resto del mundo, que se ha hecho cada vez más amplia en los años de la administración Reagan. En la lucha contra el Mal, entrelazado con él en el agua oscura, Bradbury llega a intuir que eso forma parte de sí mismo. Pero lo vence, a lo Pirro, a costa de espesor literario.

Como novela policial *La muerte es un asunto solitario* hace agua por los cuatro costados, está explicada hasta el hartazgo, y parece no ser consciente de la evolución del género en los últimos cuarenta años. Como libro de Bradbury, deja el mismo sabor frustrante de otros de sus títulos (*Las maquinarias de la alegría*, *El árbol de las brujas*). En mi caso el sabor fue lo bastante intenso como para hacerme dudar de placeres anteriores: tomé el viejo ejemplar de las *Crónicas marcianas* y lei tres o cuatro de sus relatos. Comprobé que, por suerte, se mantenían con firmeza.



Un pensador de los límites

Eduardo Dolpher

A través de la historia crítica de las teorías antropológicas de la cultura, en *El desarrollo de la teoría antropológica* (1968), el antropólogo norteamericano Marvin Harris llegó a la convicción de que el mejor sistema de investigación para ese tipo de estudio era lo que él denominó "materialismo cultural". En un libro ya más específicamente teórico, llamado previsiblemente *El materialismo cultural* (1979), definió su premisa esencial: "La vida social humana es una reacción frente a los problemas prácticos de la vida terrenal. [...] Con su énfasis en la relación entre producción, reproducción y ecología, nuestra estrategia es contraria a numerosas fórmulas que parten de las palabras, las ideas, los valores morales y las creencias estéticas y religiosas para comprender los acontecimientos cotidianos de la vida humana."

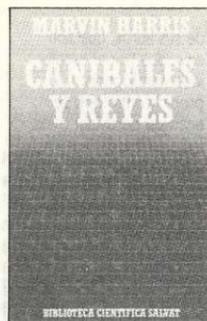
Más tarde se sucedieron los libros en que tal estrategia era aplicada a campos o fenómenos específicos. Tanto los títulos como el estilo de esos libros consolidó la difusión de Harris fuera de los campos especializados, por su saludable costumbre de meter el dedo en llagas sensibles de la idiosincrasia cultural, religiosa y ética del ser humano, algo asombroso en el campo mulrido del *best-seller*, pero

bastante común para el lector de la ciencia ficción antropológica de todo tipo (desde Chad Oliver hasta el Sturgeon de "Si todos los hombres del mundo fueran hermanos, ¿dejarías que uno se casara con tu hermana?").

Tanto *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, como *La cultura norteamericana contemporánea* (prolija demolición del mito de la eficacia norteamericana a través del estudio de las sectas, los automóviles fallados, la mala atención burocrática, etc.) comparten con *Canibales y reyes** dos virtudes cardinales: la seriedad en el copio de los datos y teorías básicas, y un estilo que sabe ser claro, despojado y absorbente sin tener densidad.

La cualidad de absorbente reside sobre todo en el carácter hipnótico de los temas, que remueven preguntas y temores ancestrales. Una de las convicciones fundamentales de Harris es que el progreso no traza una curva ascendente continua a través de la historia. Como lo precisa en el prólogo, cree más probable que el reciente auge industrial sea "la última y voluble protuberancia de una curva que desciende con tanta frecuencia como asciende". Datos arqueológicos y antropológicos en mano, comienza a demostrar que "gran parte de lo que consideramos el progreso contemporáneo es, en

*Marvin Harris, *Canibales y reyes* (*Canibals and Kings*); traducción de Horacio González Trejo; Solvat, Barcelona, 1985; 274 págs.



realidad, una recuperación de niveles que se gozaron plenamente durante épocas prehistóricas".

Así comienzan a ser atacadas de modo frío pero contundente teorías que son inculcadas como verdades indiscutibles desde la escuela primaria. A su juicio, por ejemplo, "el desarrollo de la agricultura dio por resultado un aumento del trabajo per cápita", y no lo contrario. En el ascenso a través de los diversos estadios por los que pasó la sociedad humana ("Los orígenes de la cultura" es el subtítulo del libro), Harris hace especial hincapié en la importancia que adquiere el factor poblacional y en la constatación de que durante la mayor parte de la historia humana el infanticidio femenino fue uno de los principales —si no el principal— método de control de la superpoblación. La guerra, los cultos sacrificiales en los estados precolombinos de Centroamérica, la progresiva organización en estados, son respuestas cada vez más complejas a una misma difícil relación entre población y recursos.

Por momentos, el tono

pragmático, materialista de Harris se hace áspero, duro de tragar, como cuando reduce tanto la religión azteca como la cristiana a una cuestión de proteínas (los sacrificados son consumidos como "animales domesticados" en la primera, y en la segunda "es posible que el cristianismo fuera más el don del cordero en el pesebre que el del niño que nació en él").

Las construcciones de templos y la organización del ritual en el cristianismo, el budismo y el islamismo, por otra parte, serían la vía de escape para dejar de ser religiones proveedoras, al mediatizar y eliminar los festines rituales.

El tema del infanticidio femenino recorre todo el libro como un hilo siniestro, siempre vinculado con el equilibrio entre costos y beneficios. En el hipócrito siglo XIX, por ejemplo, se distraza de accidente (la madre que suele sofocar al bebé "sin querer" casi no recibe castigo), y si el plazo se alarga hasta la adolescencia en el surgimiento del industrialismo, es porque las masas de entre 8 y 14 años se transformaron en buena fuente de mano de obra, barata y dócil.

En el plano macrosocial es espléndida la exposición de lo que Harris llama "la trampa hidráulica", a través de la teoría de Wittfogel de que la producción hidráulica, en su necesidad de enormes obras y grandes masas de obreros, fue crucial para la aparición de "inmutables despotismos de administración agrícola".

El efecto de la lectura es curioso: a pesar del determinismo material, en ningún momento abrema como pesimista. Y ese equilibrio se mantiene en el "Epilogo y soliloquio moral", donde Harris explica la necesidad de su método, y se defiende de quienes lo acusan de reducir los valores humanos a un reflejo mecánico: "Insisto, sencillamente, en que el pensamiento y la conducta de los individuos siempre son canalizados por límites y oportunidades culturales y ecológicas. [...] No pretendo saber por qué Soni se convirtió en un gran dador de festines ni por qué John D. Rockefeller se convirtió en un gran acumulador de riqueza. Tampoco sé por qué un individuo y no otro, escribíó *Hamlet*. Estoy absolutamente dispuesto a dejar que estas cuestiones se disuelvan en un perpetuo misterio."

Corno Foucault, como Braudel, como Morin, Harris es un pensador de los límites, más que un creador de sistemas, y su sólida erudición contribuye a fijarlos con la mayor claridad que le es posible. Su lectura resulta al mismo tiempo instructiva y estimulante, en el mejor sentido de ambos términos.

Historias de un Gran Año

Pablo Capanna

Imaginar la historia como una serie de amplios ciclos que se repiten una y otra vez en el seno de un cosmos eterno fue propio de la cosmovisión de los antiguos. Es la concepción que hallamos en las cuatro Edades del mundo de los griegos (oro, plata, bronce, hierro), en los cuatro Yugas de los hindúes, en los cuatro Soles de los náhuatl:

siempre asociada con la idea de una decadencia y un eterno retorno.

Cuando comenzó a debilitarse la creencia en el progreso, especialmente tras la Primera Guerra Mundial, reaparecieron las concepciones cíclicas de la historia de la mano de Spengler, Danilevsky o Toynbee, que ahora venían asociadas a una visión sistémica de las culturas.

El clima espiritual de nuestro tiempo, cargado de discursos "ecologistas", vuelve ahora a inclinarse por estos ambiciosas síntesis que vinculan el clima, la genética o la demografía con los procesos políticos y económicos.

A este clima viene a añadirse una prolongada recesión (que por momentos parece estancamiento) y los desastrosos del "progreso" tecnológico, que de ningún modo beneficia a *toda* la

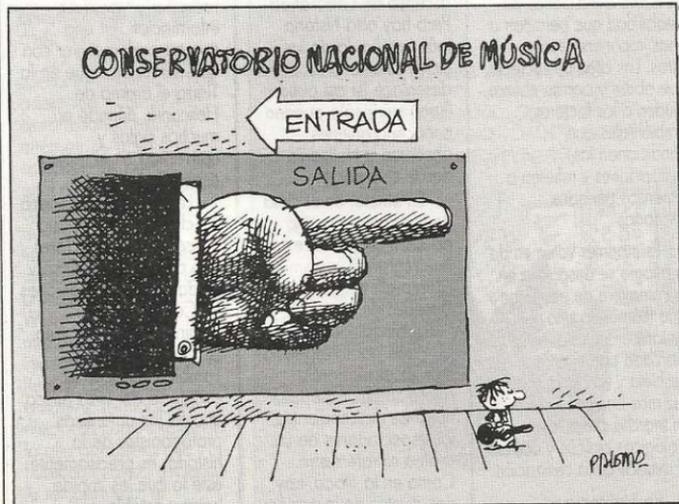
humanidad, y por momentos pareciera acentuar las injusticias, aislando a los "avanzados" del resto del mundo.

Este especial talento de la cultura de hoy, unido a la evolución personal del autor, produjo en la mente de Brian Aldiss un complejo modelo de historia cíclica: *Heliconia*.*

En una nota reproducida en estas páginas (v. *El Pendulo* 11), Aldiss explicitó algunas de las ideas que configuraron la matriz de su *Heliconia*: la crisis de la ciencia ficción como literatura del progreso; la aparición del "excurso" fantástico, cuyo maestro fue Tolkien y cuyos epígonos han sido tan abundantes como lamentables; el "trauma del Tercer Mundo", que inhibe a un escritor lúcido de los países centrales para imaginar futuros felices de los cuales la periferia parece estar excluida *a priori*. Por último, el vaciamiento espiritual de una civilización que tras derribar a Dios de su pedestal no atina a reemplazarlo por nada equivalente, y se siente hoy "incompleta", para decirlo con palabras del propio autor.

Sobre este trastorno y con espíritu stapledoniano, Aldiss ha creado todo un mundo sintético; tuvo que desplegar una compleja ingeniería que incluyó la consulta con expertos y la construcción de un

* Brian W. Aldiss, *Heliconia Primavera* (*Heliconia Spring*); traducción de Carlos Peraltá y Manuel Figueroa; Minotauro, Buenos Aires, 1986, 517 págs.



FALOMKO

intrincado andamiaje para sostener una trama verosímil: todo un sistema ecológico, y unos testigos que nos introducen en él. Pero, como el mismo Aldiss confiesa, la empresa que empezó como el desafío de crear un mundo coherente se fue desviando insensiblemente de su objetivo y acabó por convertirse en una parábola sobre nuestro propio destino. Aldiss ha realizado su propio "excursus" al margen de las posibilidades del discurso racional, para explorar los supuestos y derivaciones de éste.

Concebir cómo sería la vida en un mundo que girase en torno de una estrella binaria es una idea de considerable antigüedad en la ciencia ficción: la encontramos ya en el célebre cuento de Asimov "Nightfall" (1941), y tangencialmente ha aparecido en muchas historias.

El sistema binario de Heliconia, creado por Aldiss y sus consultores científicos, se compone de las estrellas Frey y Batalix. En torno de Batalix, de menor tamaño que nuestro Sol, gira Heliconia en un año de 480 días terrestres. El sistema Batalix-Heliconia orbita a su vez en torno de la estrella gigante Frey, completando una vuelta cada 1.825 "años pequeños". Ello hace que el Gran Año cubra unos dos mil años terrestres, y cada "estación" abarque lo que entre nosotros duró la Edad Moderna.

En un ciclo como éste, que abraza la superficie del planeta cuando está en el



afelo y lo congela en el perihelio, las civilizaciones deberán seguir el ritmo de la naturaleza, y las especies obtendrán ventajas relativas en las distintas eras, con lo cual no habrá condiciones de estabilidad que permitan a unas imponerse sobre otras. Las citas de Lucrecio, que abren y cierran el libro, aluden a los factores ambientales que condicionan las civilizaciones y refieren a inmensos periodos olvidados.

Este primer volumen de la trilogía se desarrolla en la Primavera de ese Gran Año (llámesele año platónico, kalpa o eón), marcado por el lento deshielo y un clima cada vez más benigno, que pone en marcha procesos biológicos cíclicos y acelera el avance de la civilización.

En *Heliconia* se

desarrollan dos historias. Una, la humana, tiene protagonistas con los cuales pronto se familiariza el lector: Aoz Roon, Laintal Ay, Shay Tal: es la historia del ascenso de Oldorando. Pero hay otra historia más amplia, la de los ciclos estacionales, cuyo desenlace (si así puede llamárselo) sólo pueden conocerlo quienes observan a Heliconia desde el espacio.

En efecto, en el cielo de Heliconia hay una estación orbital terrestre que registra y transmite cuanto allí ocurre. Después de sentirnos "observados" desde H. G. Wells por inteligencias frías y calculadoras, ahora somos nosotros —o nuestros descendientes— los espectadores de un drama extraterrestre. Como en la *Iliada*, hay dos niveles de la acción:

el "humano" y el "divino"; en la estación espacial viven cinco mil personas, sin esperanzas de volver a la Tierra ni de bajar a Heliconia, que han dedicado sus vidas a recopilar y transmitir información. En una escena podemos ver con qué avidez se sigue en la Tierra el drama de Heliconia, diferido en muchos siglos y convertido en el mayor espectáculo.

Los terrestres conocen las claves de la historia heliconiana, los factores que causan el ascenso y caída de las civilizaciones en Campanlat, el continente tropical, y en Sibornal, el boreal. También conocen la existencia del *virus hélico*, uno de los auténticos protagonistas de la historia: es precisamente éste lo que les impide bajar y establecer

contacto con los heliconianos.

Toda la vida en el planeta está adaptada al ciclo del Gran Año. En lugar de una hay dos especies dominantes; los hombres y los *phagors*, especie de osos cornudos con una anatomía totalmente diferente a la humana e inteligencia inferior. El invierno heliconiano favorece el dominio *phagor*; la primavera trae esperanzas para los hombres. Siguiendo el ritmo de las estaciones, varias civilizaciones de hombres y *phagors* se han ido alternando, sin eliminar del todo a otras especies de primates prehumanos. El virus hélico, cuya vida abarca siete siglos terrestres, es huésped de un parásito del *phagor*, pero ataca al hombre mediante catastróficas epidemias que se desencadenan al comienzo y al final de cada estación.

Las formas de vida inferiores también se han adaptado al Gran Año, desarrollando estados alternativos para cada estación: los *mieras*, que aquí cumplen el papel del caballo, permanecen durante siglos en un letargo cristalino para invadir las praderas en primavera; el "gusano de Wutra", que es un monstruo cavernícola en invierno y ave Roc con el tiempo cálido; los *childrims*, formaciones eléctricas cuasi-vitales de la alta atmósfera que florecen cuando asciende la temperatura; el *rajabara*, un árbol que

subsiste durante siglos como un tronco seco para expandir su ramaje en primavera y diseminar a gran distancia sus semillas. El virus, y las demás formas de vida, jugarán un papel destacado en los conflictos humanos: el árbol *rajabara* se convertirá al final en un *deus ex machina* que resuelve la guerra de hombres y *phagors*.

Oldorando, la ciudad donde se iniciará el resurgimiento de los humanos, fue en otro "invierno" dominio de los *phagors*, y la efigie de sus dios tutelar está para recordarlo; alternativamente, hombres y *phagors* se han esclavizado y combatido, sin destruirse y quizás conviviendo como complementarios.

En las estaciones cálidas, reina el dios Wutra (el cielo), pero en los largos inviernos se rinde culto a Akha, numen del subsuelo donde los humanos deben refugiarse. La cosmovisión, la religión y la mística de los oldorandinos se basan en la evocación de *coruscos* y *fessupos*, las sombras de sus difuntos que van hundiéndose en la tierra hasta alcanzar el disco de piedra que sirve de basamento al mundo.

La llegada de la primavera generará en Heliconia grandes migraciones, guerras, cruzadas y revoluciones. En Pannoval se producirá una Reforma religiosa; en Oldorando habrá un Renacimiento científico-cultural; los *phagors*, guiados por un

caudillo iluminado, retomarán su periódica *Völkerwanderung*, llevando consigo el virus que causará la desgracia de los hombres; de Sibornal surgirá una nueva religión misionera y conquistadora.

La historia de Yuli, el héroe fundador de la dinastía de Oldorando, ocupa la primera parte del libro. Cuando aun el deshielo no ha comenzado, el huérfano Yuli se refugia en la ciudad subterránea de Pannoval y presencia el comienzo de la Reforma. Pannoval es una sociedad teocrática de sacerdotes-guerreros; la descripción es sombría pero matizada y los personajes (Sifans en especial) resultan creíbles. Mientras Yuli vive en Pannoval, el reformador



Naab es mortificado y convierte a muchos. Más tarde, seducirá a sus propios perseguidores y dará origen a una religión misionera.

Los descendientes de Yuli se establecen en Oldorando, cuyo antiguo nombre, Embruddock, recuerda que en otra era la ciudad fue dominio de los phagors. Oldorando será la cuna de un Renacimiento.

Rescatando el saber arcaico de la hechicera Loil Bry, una mujer, Shay Tal, funda una "academia" para educar a sus congéneres; ella y su continuadora Vry cumplirán la revolución copernicana, al concebir una imagen del mundo más adecuada. Aparece el espíritu "humanista", que rechaza los sacrificios humanos y procura una religión más tolerante; se predicen los eclipses con recursos "babilónicos"; se examina la tradición y se procura el saber histórico. Al mismo tiempo, crece el comercio y se acuña moneda, dando origen al desarrollo capitalista; Laintal Ay domestica a los *mielas*, equivalentes locales del caballo, creando una caballería conquistadora; el caudillo Aoz Roon funda un emirato de Estado.

Lo demás, es lo que da vida a la historia: el eterno drama del amor, el poder, la traición, la piedad, donde se rescatan los episodios de encuentro entre las especies rivales, que por momentos parece ceder a una actitud más

humanitaria; tal el episodio en que Aoz Roon queda aislado con un enemigo phagor y aprende a convivir con él, o aquél en que Laintal Ay es salvado por una hembra prehomínida, y descubre que la inteligencia no lo es todo, cuando alguien es capaz de dar la vida por otro.

Heliconia se puede leer como una eficaz combinación de tragedia griega, genealogía bíblica, historia moderna revisada y novela de aventuras; la extrañeza del ambiente es pronto superada y se hace familiar; los supuestos conceptuales no estorban el desarrollo de la trama. Heliconia "funciona" como una Tierra Media tolkieniana, una historia ecológica y una novela de ciencia ficción clásica. Los observadores terrestres, con su silencio, son los que menos se lucen; el "trauma del Tercer Mundo" no es ajeno a esto, aunque por momentos nos recuerden a ese cínico "Sísifo Tours" que concibió Günter Grass en *Engendros de la mente*, para que los satisfechos turistas del Norte contemplaran las miserias y supersticiones del Sur.

Pese a sus innegables méritos, y sin menoscabar la monumental empresa de Adliss, Heliconia resulta un mundo demasiado "construido" y coherente, un modelo teórico con impecables deducciones, al cual le falta algo de "magia" para apasionar, por lo menos a este lector.



CINE

Un E.T. en el Borda

Marcelo Figueras

Cuento negro. El hombre se llama Julio Denis. Psiquiatra. Tiene a su cargo uno de los pabellones del Hospital Borda. La mañana se le presenta casi como cualquier otra. Llega un suicida frustrado, y Denis lo recibe: "Bienvenido al infierno..." Una de las enfermeras le saldrá entonces al cruce.

"Perdón, doctor, pero ¿cuántos internos hay en su sala?" Treinta y dos, musita Denis. "Al menos eso creo. ¿Es que se escapó alguno?" La enfermera sacude la cabeza: "Al revés. Hoy son treinta y tres. Hay uno de más..." El sujeto en cuestión dice llamarse Rantés. Dice, también, venir de muy lejos. Tanto como de otra galaxia. Denis se enfurece. Piensa que Rantés es un delincuente que planea utilizar el Borda como aguantadero. Las amenazas del psiquiatra no parecen surtir efecto: Rantés se mostrará imperturbable, insistiendo a la vez en su historia de

OVNIs y extrañas misiones alienígenas sobre la Tierra. Nada se obtiene de la denuncia policial, ya que Rantés no está registrado: no hay huellas digitales... Merced a este "visitante", Denis comienza a recobrar cierto interés por su profesión. Sus interrogatorios a Rantés son diarios. Pese al tesón que pone en juego, el psiquiatra no encuentra un solo rescuio en la historia de Rantés por donde colar su propia racionalidad. "Una de dos: o el loco es él, o el loco soy yo", reflexiona en un momento, no sin una pizca de cinismo. Todo parece indicar que es Rantés el que va a quebrar la coraza de Denis. Pero el joven —o el loco, o el extraterrestre— no cuenta con los medios expeditivos que el Hospital posee para quebrar la voluntad de un ser humano...

Cine argentino y ciencia ficción. ¿Un matrimonio imposible? Sólo en la medida en que se vincule al género con las cifras millonarias que en él suele invertir un George Lucas o un Dino Di Laurentiis. *Stalker: La Zona* —del soviético Andrei Tarkovski— es tanto o más ciencia ficción que *La guerra de las galaxias*, con la capital diferencia de que el presupuesto de la primera hubiera sido accesible incluso a nuestros productores. Hay dos menciones que cabría hacer en lo que respecta al flirteo del cine local con la ciencia

ficción: una es retrospectiva, y la otra prospectiva. La primera apunta a *Invasión* (1969), el célebre film que Hugo Santiago construyó sobre un argumento de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. "*Invasión* renueva el tema de *La Ilíaca*, pero no canta la astucia del vencedor sino el coraje de unos pocos defensores de una Troya muy parecida a Buenos Aires, donde no faltan la barra de amigos ni los tangos ni las milongas que nos dan ganas de salir a pelear por las causas nobles y justas. Homero me disculpe: el corazón está siempre de parte de los defensores", declaró Bioy Casares en

agosto de 1969. La segunda mención apunta a un proyecto futuro pero plausible: Adolfo Aristarain quiere filmar *El Eternauta*, ese clásico de la historieta argentina debida a Héctor Germán Oesterheld y Salano López. Para ello posee ya los derechos sobre la obra original. Sólo hace falta que funcione bien su último film, *Deadly*, y que se quite de encima un viejo proyecto titulado *Brigada Estrella Roja*, una suerte de *western* latinoamericano.

Entre ese pasado ilustre y ese futuro espectacular, existe un presente que se llama *Hombre mirando al sudeste*. Segundo

Lorenzo
Quinteros y
Hugo Soto.

largometraje de Eliseo Subiela, incluye una mirada sobre algunos de los tópicos más caros del género —el extraterrestre, por ejemplo— y un par de guiños que el *fan* no pasará por alto. Como la aparición de un personaje llamado Beatriz Dick, también conocido como "la Santa". "Admiro profundamente a Philip K. Dick, uno de mis escritores favoritos", admite Subiela. "El personaje que interpreta Inés Vérmengo lleva ese apellido como un homenaje explícito."

Pero hay más. Promediando el film, Rantés explica al doctor Denis que él es una suerte de holograma o

proyección. El psiquiatra consulta a un físico sobre el tema, y luego descubre en su cabeza "la sensación de un eco literario". Denis busca en su biblioteca, extrae un libro y comienza a leer: "Esta es la primera parte de la máquina. La segunda graba. La tercera proyecta. No necesita pantallas ni papeles..." La novela que Denis lee desde el sofá de su casa no es más que *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares.

Las referencias literarias exceden el marco de la ciencia ficción. Julio Denis es el primer seudónimo que empleó Julio Cortázar a la hora de publicar poemas. El *hobby* del psiquiatra, tocar el saxo, es otra inequívoca genuflexión ante el autor de *El perseguidor*.

Rantés no cae a la Tierra porque sí. En uno de sus múltiples enfrentamientos con Denis, el joven afirma que esa escena se está



FICHA TÉCNICA

Hombre mirando al sudeste. Argentina, 1986. Dirigida por Eliseo Subiela. Guión: Eliseo Subiela. Fotografía: Ricardo D'Angelis. Escenografía: Marta Albertinazzi. Compaginador: César D'Angiollillo. Director de arte: Abel Facello. Cámara: Aldo Lobótrico. Sonido: Carlos Abbate. Con Lorenzo Quinteros, Hugo Soto, Inés Vernengo.



Arriba: izquierda, Inés Vernengo y Hugo Soto; derecha, Eliseo Subiela.

Abajo: escena de la filmación.

verificando de modo exactamente igual en distintos puntos del planeta: España, Perú... Rantés habla de un rescate, aquél de "las víctimas que no pudieron

vivir en medio del espanto, de los quebrados por el horror, de los que ya no tienen nada más que esperar aquí". Denis se mofa. Bautiza a esa conspiración

de esperanza como "la invasión de los Cristos cibernéticos". Toda *Hombre mirando al sudeste* está surcada por subtítulos de aliento religioso. Rantés es el

paciente treinta y tres de la sala de Denis. Los internos forman una rigurosa fila para conversar con él, como si se confesarán. Rantés abraza al mendigo. Da

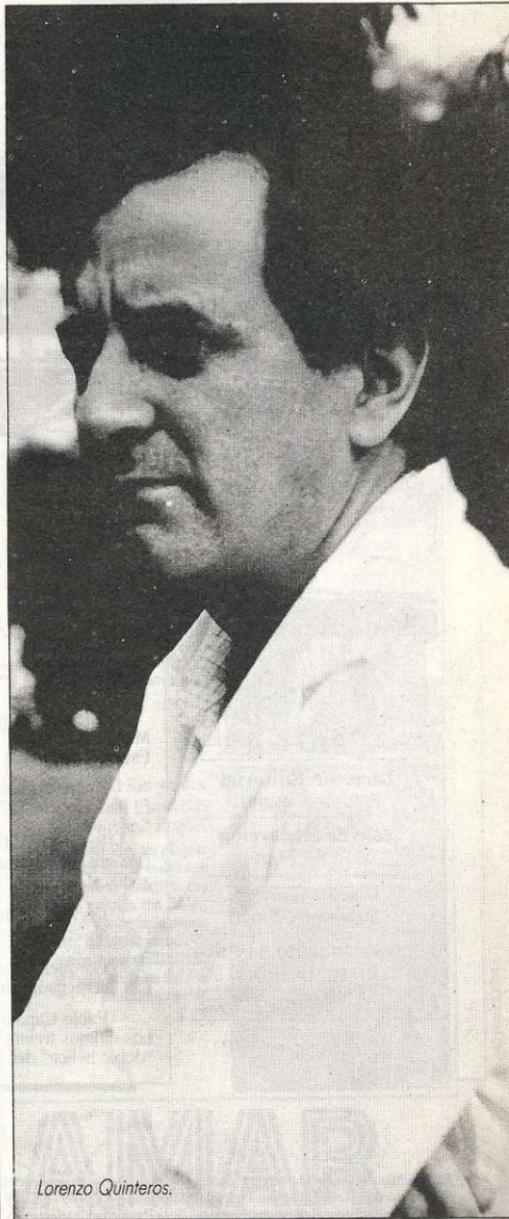
de comer a los hambrientos. No multiplica el pan, pero sí la música, en una memorable escena en un parque al son de la Novena Sinfonía de Beethoven. Diariamente Rantés pasa horas con los ojos clavados en lo alto, en dirección sudeste. Dice que se comunica y pasa información a los suyos. ¿Por qué no pensar que reza? Como es inexorable, habrá Via Crucis, una Judas, un Pilato. Incluso una escena en la que Beatriz Dick sostiene a duras penas al desfalleciente Rantés, un símil de la *Pietà* miguelangelesca en el parque de un manicomio.

El resultado de semejante hibridación —ciencia ficción, Cortázar, cierto aire mesiánico— es altamente recomendable. Si bien a menudo *Hombre mirando al sudeste* se torna algo discursiva, ha sido realizada con un esmero pocas veces visto en el país, en especial en los últimos años. El ojo de Subiela es un ojo que sabe de cine: quizá esto suene tibio como elogio, cosa que no es cierta en un contexto de escasa cinefilia por parte de quienes se autotitulan "directores". Pese a moverse la mayor parte del tiempo dentro del coto cerrado del Borda, Subiela diversificó al máximo los enclaves para las tomas: el parque, la capilla, la morgue, el comedor, los pabellones, siempre con una Arriflex en movimiento (aunque más no fuera para un

travelling de segundos). La fotografía de Ricardo D'Angelis es digna de mención, así como los actores Lorenzo Quinteros (Julio Denis) y Hugo Soto (Rantés) y la música de Pedro Aznar.

Hombre mirando al sudeste obtuvo ya dos premios internacionales a poco de haber sido terminada, uno en Canadá y el otro en San Sebastián. Su suerte en la Argentina sigue siendo una incógnita para todos: ¿Cómo reaccionará la gente ante esta historia tan extraña para los cánones narrativos del cine argentino? ¿Cómo digerirá los múltiples niveles de lectura del film? De todos modos, Subiela no está ya tan solo. Recientemente concluyó la post-producción de *Sinfín* (*La muerte no es ninguna solución*), film debut de Christian Pauls que adapta al cine la historia-llave de la "Casa tomada" cortazariana. Un texto lindante con la ciencia ficción, en que el misterio no está protagonizado por dos hermanos —como en el cuento original— sino por todo un equipo de filmación al que se ha trasladado a una casona de aspecto opresivo. Queda pendiente, además, un film que no ha llegado a estrenarse: *Otra esperanza*, de Mercedes Frutos, inspirado en un original de Bioy Casares.

Cine argentino y ciencia ficción. ¿Un matrimonio imposible? En absoluto...



Lorenzo Quinteros.



ENRIQUE BRECCA

EQUIPO

Director Editorial
Andrés Cascioli

Jefe de Redacción
Marcial Souto

Diseño Gráfico
Susana Rochocz

Asesoramiento Técnico
Elvira Ibargüen

EN EL PROXIMO NUMERO

○ Michael Moorcock: "Mis experiencias en la Tercera Guerra Mundial"
Escenas de la vida cotidiana mientras el fin asoma en el horizonte.

○ André Carneiro: "El grito"
El llamado irresistible del misterio.

○ Brian W. Aldiss: "Una ballena propia"
Una misión espacial arriesgada para corregir el rumbo de un planeta zodiacal.

○ Carlos Gardini: "Historia de Rosicler, o Los colores perdidos"
Las consecuencias de un nuevo impuesto real en Vendavalía.

○ Gardner Dozois: "La tormenta"
Las encrucijadas del tiempo y los poderes de la mente.

○ Pablo Capanna: "El texto de la Vida"
Los últimos treinta años de la biología molecular: el modelo de la "doble hélice" del ADN, el código genético y nuevos enigmas.

El Pendulo, número 13, tercera época. Revista mensual de Ediciones de la Urraca S.A. Redacción: Venezuela 842, (1095) Capital Federal, teléfonos 34-8778/8972/8747. Administración: Salta 226, 4° piso, (1074) Capital Federal. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 39.569. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Machi y Cia. Distribuidores en el interior: SADYE S.A.C.I.F., Belgrano 355, Capital Federal. Distribuidores en el exterior: Ediciones de la Urraca S.A., Casilla de Correo 4504. Focomposición: Photo Lettering S.A. Director: Andrés Cascioli. NOVIEMBRE 1986.

CORREO
ARGENTINO
CENTRAL

Franqueo a Pagar
Concesión N° 822

Franqueo Pagado
Concesión N° 1535

Tarifa Reducida
N° 3207

Impreso en Imprenta Rosgal S.A., Mariano Moreno 2712, Montevideo, R.O.U.

Depósito Legal 216.989/86

4 NAVES ULTRAMAR RUMBO AL FUTURO.



El Planeta de los Dinosaurios - I
Anne McCaffrey

Una expedición atrapada en el misterioso planeta Ireta, donde la forma de vida dominante corresponde a seres que en la tierra se extinguieron hace 70 millones de años. Un gran hito de la imaginación, relatado por la ganadora de los premios Hugo y Nebula.

Los Supervivientes - II
Anne McCaffrey

De la saga de El Planeta de los Dinosaurios, en Los Supervivientes se completa la gran aventura de Kay, Varian y sus compañeros. Cuando éstos emergen de su larga hibernación, encuentran que el planeta de los dinosaurios ha cambiado mucho. Para los supervivientes será algo más que una simple aventura.



Dioses del Mundo del Río
Philip José Farmer

Toda la gente que ha vivido alguna vez en la tierra está en el Mundo del Río. Quien acceda al manejo de la gran computadora que ordenó la resurrección, podrá manejar la vida y la muerte, cual un nuevo, omnipotente y delirante Dios, de treinta y cinco millones de hombres y mujeres. Y entre ellos, puede estar usted mismo.

El Mundo del Río y otras historias
Philip José Farmer

El Mundo del Río, un planeta donde Tom Mix se codea con Juana de Arco, Jesucristo con Mahoma y Stalin con Hitler, un lugar donde todo puede ocurrir, un relato mezcla de inspiración y maravilla donde el autor brilla en toda su plenitud creativa.



ULTRAMAR

BARCELONA - MADRID - BOGOTA - BUENOS AIRES - MEXICO D.F. - MIAMI - MONTEVIDEO

Ian Watson • Pablo Capanna • Barrington Bayley • Laura Krauz • Elvio E. Gandolfo
Jack Vance • Rogelio Ramos Signes • Sam J. Lundwall • Leonardo Moledo
Carlos Gardini • Enrique Breccia • Julio Pagano • Patricia Breccia
Carlos Nine • Marcelo Figueras • Luis Scatati • Kike Sanzol

Ediciones de la Urraca / Tercera Época / Número 13 / \$ 4.00

